



Kader Abdolah

EL REFLEJO
DE LAS PALABRAS

Lectulandia

Los lazos profundos e indestructibles entre un padre y un hijo, capaces de perdurar gracias al poder aglutinante del arte y de la lengua, son el fundamento narrativo de esta novela original y conmovedora.

Ismail, un novelista iraní exiliado en Holanda, recibe por correo el diario de su padre fallecido, un tejedor de alfombras de Arak, región remota y montañosa de la antigua Persia. Nacido sordomudo, Aga Akbar escribió esas páginas utilizando los símbolos de una antigua inscripción cuneiforme grabada en una cueva del monte sagrado del Azafrán hace tres mil años, un hermoso lenguaje desconocido que nadie ha conseguido aún descifrar. Traducir esas notas, reflejo de toda una vida, se convierte en el propósito más ferviente de Ismail, sabedor de que ese diario contiene no sólo el pasado familiar, sino el sentido de su propio presente en el apasionante Irán del siglo xx.

Lectulandia

Kader Abdolah

El reflejo de las palabras

ePub r1.0

German25 23.12.15

Título original: *Spijkerschrift*
Kader Abdolah, 2000
Traducción: Diego Puls Kuipers

Editor digital: German25
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMER LIBRO

La cueva

Y así continuaron su marcha los hombres de Kahaf^[1], hasta que por fin buscaron refugio en la cueva, diciendo: «Tened misericordia de nosotros».
En esa cueva, Nosotros les tapamos los oídos y los ojos durante muchos años.
Y cuando saliera el sol, lo verían levantarse a la derecha de la cueva.
Y cuando se pusiera, lo verían retirarse hacia la izquierda. En el medio, en la cueva, se encontraban ellos.
Pensaban que estaban despiertos; sin embargo, dormían.
Y Nosotros los hacíamos volverse a la izquierda y a la derecha (...).
Unos decían: «Eran tres, y el cuarto era quien velaba por ellos».
Otros afirmaban: «Eran cinco, y el sexto era quien velaba por ellos», aventurando una posibilidad.
Y había quienes aseguraban: «Eran siete». Nadie sabía nada.
Nosotros los despertamos, para que pudiesen interrogarse mutuamente.
Uno de ellos dijo: «Hemos permanecido aquí un día o menos de un día».
Otros replicaron: «Vuestro Dios es quien mejor sabe cuánto tiempo ha pasado. [Conviene] que enviemos a uno de nosotros a la ciudad con esta moneda de plata».
Nosotros tenemos que obrar con cautela. Si descubren quiénes somos, nos lapidarán.
Al cabo de la conversación, Yemilija abandonó la cueva con la moneda de plata en la palma de la mano.
Cuando llegó a la ciudad, notó que todo había cambiado y que no entendía la lengua.
Habían dormido trescientos años en aquella cueva y no lo sabían. Después añadieron otros nueve años a los anteriores.

Ésa era la palabra de Dios, la historia de Dios. Y «La cueva», una historia que figuraba en el libro sagrado que Aga Akbar tenía en su casa.

Hemos empezado por Su palabra, antes de intentar descifrar los apuntes secretos de Akbar.

Somos dos: Ismail y yo. Yo soy el narrador omnisciente. Ismail es el hijo de Akbar, que era sordomudo.

Aunque soy omnisciente, no puedo leer esos apuntes.

Contaré sólo la parte de la historia que precede al nacimiento de Ismail. Dejaré que él mismo relate el resto. Pero al final volveré, pues Ismail no es capaz de descifrar la última parte de las notas de su padre.

La cueva

Desde Amsterdam se tarda unas cinco horas en llegar a Teherán en avión. Luego hay que coger el tren y viajar otras cuatro horas y media hasta vislumbrar, como un secreto milenario, las montañas mágicas de la ciudad de Seneyán.

Seneyán no es bonita ni tiene mucha historia.

En otoño sopla un viento gélido y las cumbres nevadas se erigen en fondo sempiterno.

La ciudad no manufactura ninguna artesanía ni producto en especial. Y el viejo río Shirpala está seco, por lo que los niños pueden retozar alegremente en su lecho. Las madres cuidan todo el día de que ningún forastero se lleve a sus hijos a alguna de las hoyas del fondo.

El único poeta local de relieve, fallecido ya hace muchos años, aludió a su Seneyán natal en uno de sus poemas, que habla del viento que arrastra arena y la esparce sobre sus habitantes:

*¡Ah, viento! ¡Ah, viento! ¡Ay, arena en mis ojos!
¡Ay, corazón, corazón mío, que te has llenado de arena!
¡Ay, a ella se le ha pegado un grano de arena en el labio!
Arena en mis ojos... Y Dios, ahí, ahí los rojos labios de ella (...).*

Y así continúa el poema.

Cuando en alguna tienda del antiguo zoco se celebraba una velada de poesía, solían asistir únicamente hombres mayores que recitaban versos sobre las montañas, especialmente sobre unas antiquísimas inscripciones en escritura cuneiforme realizadas en la época de los sasánidas.

En una ocasión se proyectó en Seneyán una película sobre La Meca, protagonizada por Anthony Quinn. ¡Menudo acontecimiento! Miles de campesinos que no tenían ni idea de lo que era un cine atravesaron las montañas en burro y llegaron a la ciudad para admirar «La Meca».

Centenares de burros abarrotaron la plaza principal. El pueblo no sabía qué hacer con ellos. Durante tres meses, las puertas del cine permanecieron abiertas día y noche, mientras los animales comían heno en los pesebres instalados junto a las murallas.

Aunque la ciudad apenas contaba en la historia de la patria, las aldeas de las montañas sí eran importantes, pues siempre habían producido nombres famosos que habían pasado a la historia, por ejemplo el de Gaem Magam Farahani, magnífico poeta cuyas obras todos conocen de memoria:

*Jodaya rast juyand fetne az tost,
vali az tars natvanam tiagidan.
Labo dandane torkane Jota ra
be in jubi na bayad afaridan (...).*

*Dios, no me atrevo a decirlo en voz alta,
mas eres tú el verdadero causante de los problemas,
pues has dotado a las mujeres de Hotan^[2]
de una boca y unos dientes por demás hermosos.*

En aquellas aldeas nacen niñas que tejen las más bellas alfombras persas. Alfombras que sirven para volar. Volar de verdad. Las célebres alfombras mágicas proceden de allí.

Aga Akbar no era oriundo de Seneyán, sino de uno de aquellos pueblecitos: Yeria, que en primavera se cubre de flores de almendro y en otoño de almendras.

Akbar nació sordomudo. Sus parientes, y sobre todo su madre, le hablaban en un sencillo lenguaje de gestos que constaba de cien signos a lo sumo y que en realidad sólo funcionaba en casa, entre los miembros de la familia, aunque también lo entendían hasta cierto punto los vecinos. Sin embargo, la fuerza de ese lenguaje se manifestaba sobre todo entre la madre y Akbar, y, posteriormente, entre éste e Ismail.

Aga Akbar sabía de las cosas sencillas, pero lo ignoraba todo del ancho mundo. Por ejemplo, sabía que el sol alumbraba y lo calentaba, pero no que era una gran bola de fuego. Y tampoco que sin él no había vida posible, ni que algún día se apagaría como una lámpara a la que se le ha acabado el aceite.

No comprendía por qué la luna unas veces se mostraba joven y otras parecía envejecer. No sabía nada de la fuerza de la gravedad, ni había oído nombrar a Arquímedes, ni entendía que el alfabeto persa se compusiese de treinta y dos letras: *alef, be, pe, te, se, yim, che, he, je, dal, zal, re, ze, ye, sin, shin, sad, zad, ta, za, ain, jain, fe, qaf, kaf, gaf, lam, mim, nun, vau, ha, ié*. La *pe* de *parastú*, «golondrina»; la *je* de *jorma*, «dátil»; la *te* de *talebi*, «melón»; y la *ain* de *aishg*, «amor».

Su mundo era el de su pasado, de lo que había quedado atrás, lo que había aprendido y sus recuerdos.

No conocía las semanas, los meses ni los años. Por ejemplo, ¿cuándo había visto por primera vez aquel extraño objeto en el aire? El tiempo carecía de significado para él.

La aldea de Akbar quedaba en una comarca muy apartada donde nunca sucedía gran cosa. Allí no se encontraba ni rastro del mundo moderno. Ni una bicicleta, ni una máquina de coser.

Un día, se hallaba el pequeño Akbar en un prado de la montaña con las ovejas de su hermano, que era pastor, cuando de repente el perro se encaramó a un peñasco y se quedó mirando fijamente hacia arriba.

Era la primera vez que un avión sobrevolaba la aldea. Quizá fuese incluso el primero que surcaba el espacio aéreo persa.

Más adelante, esos artefactos fueron apareciendo con cierta frecuencia en el cielo. En esas ocasiones, los niños subían a los tejados y entonaban a coro esta canción:

*¡Hola, curioso pájaro de hierro!
Párate un momento a descansar
en el viejo almendro de la plaza.*

—¿Qué cantan? — le preguntaba Akbar a su madre.

—Le dicen a ese pájaro de hierro que se pose en el árbol.

—¡Pero eso es imposible!

—Sí, ya lo saben, pero fantasean.

—¿Qué significa fantasear?

—Lo mismo que pensar. Ellos ven en sus cabezas que ese pájaro viene a posarse en el árbol.

Cuando su madre no era capaz de explicarle una cosa, Akbar sabía que tenía que dejar de preguntar y aceptarla tal cual era.

Tendría seis o siete años cuando un día su madre, parapetada detrás de un árbol, le señaló a escondidas un jinete. Era un caballero que llevaba un fusil al hombro.

—Ése es tu padre.

—¿Ése?

—Sí. Es tu padre.

—Entonces ¿por qué no viene a casa?

Con gestos, ella se ciñó una corona, sacó el pecho y le dijo:

—Porque es un príncipe, un noble. Un sabio. Posee muchos libros y una pluma. Escribe.

La madre del niño, Hayar, servía en el palacio del príncipe, donde éste vivía con su mujer y sus once hijos. Pero cuando el príncipe vio que Hayar no era como las otras criadas, se la llevó a una casa de campo situada en el monte Lalezar, donde guardaba sus libros y tenía su estudio.

Ella era quien lo ordenaba, quitaba el polvo a los libros, rellenaba el tintero y mantenía limpias las plumas de ganso. Le preparaba la comida del mediodía y velaba por que nunca le faltase tabaco. Le lavaba el abrigo y el traje y le lustraba los zapatos. Cuando llegaba la hora en que el príncipe tenía que marcharse a su palacio, Hayar le alcanzaba el sombrero y le sujetaba las riendas del caballo hasta que se hubiese acomodado en la silla de montar.

—¡Hayar! — la llamó él un día en que se encontraba escribiendo en su despacho.

—¿Ha llamado, señor?

—Tráeme un té. Quisiera hablar contigo.

La mujer le llevó un vaso de té en una bandeja de plata. (Bandeja que sigue decorando la chimenea de la casa donde vive la esposa de Aga Akbar).

—Siéntate —le dijo, pero ella permaneció de pie.

—Anda, acércate una silla. Te permito que te sientes.

Hayar se apoyó apenas en el borde del asiento.

—Quiero hacerte una pregunta. ¿Hay algún hombre en tu vida?

Ella guardó silencio.

—Contesta. Deseo saber si hay algún hombre en tu vida.

—No, señor.

—Quiero que seas mi *sige*^[3], mi segunda mujer. ¿Te gustaría serlo?

Era una pregunta inesperada.

—Yo no soy quién para decidir eso, señor —respondió. —Tendría usted que preguntárselo a mi padre.

—De acuerdo, lo haré más tarde. Pero antes desearía saber si tú lo quieres.

Hayar reflexionó un momento con la barbilla hundida en el pecho y luego dijo claramente:

—Sí, señor, yo también lo quiero.

Esa misma tarde, el imán del pueblo condujo al padre de Hayar al estudio del príncipe, donde el clérigo leyó un sura del libro sagrado: «*Aan kahto wa zawagto*^[4]». Acto seguido, declaró a Hayar esposa de Aga Hadi Majmud Jazanviye Jorasani.

A continuación le explicó a la joven que, si bien le estaba permitido quedarse embarazada, sus hijos no recibirían el apellido paterno. Además, no heredarían nada. La dote que obtuvo el padre de Hayar fue un almendral cuyo producto debía compartir con su hija. Una mitad sería para él; la otra, para ella y los hijos que engendrara. Y cuando él muriera, el almendral pasaría a ser de su hija y sus nietos en su totalidad.

Diez minutos después, el imán y el padre de Hayar se marcharon. Ella se quedó.

Hayar llevaba una capa azul turquesa que había heredado de su madre.

Por la mañana temprano había ido a los baños públicos y, a escondidas, se había rasurado el vello de todo el cuerpo. Luego había metido en alheña los dedos de los pies y untado con savia roja la yema de los dedos de las manos para que la piel se impregnara y colorease.

—Hayar, esta noche me quedaré aquí —le anunció el caballero.

La mujer preparó la cama.

Aga Hadi Jorasani se acostó a su lado, y ella lo recibió.

Hayar parió siete hijos, el menor de los cuales, Aga Akbar, nació sordomudo. La madre se percató de ello al primer mes. Veía que no reaccionaba, pero se negaba a

creerlo. Nunca lo dejaba solo ni permitía que otros estuvieran mucho tiempo con él. Aguantó así seis meses. Aunque todos sabían que el niño era sordo, Hayar no consentía que nadie hiciera mención de ello. Por fin el hermano mayor de Hayar, Kazem Kan, consideró que era hora de intervenir. Él era un hombre libre, que solía cabalgar por la montaña. Era poeta y vivía solo en las afueras del pueblo, aunque nunca le faltaba una mujer. Los aldeanos veían siempre nuevas figuras femeninas en la luz que se reflejaba en la ventana de su casa.

Nadie sabía a qué se dedicaba ni adónde iba cuando salía, montado en su caballo.

Si había luz en la casa, significaba que estaba allí. «El poeta está en su casa», decía la gente.

No se sabía más de él, pero cuando lo necesitaban, siempre se mostraba dispuesto a echar una mano. En esas ocasiones se erigía en la voz de la comunidad. Si el cauce seco se llenaba de repente y el agua inundaba las casas de los aldeanos, acudía enseguida al galope y encontraba la manera de detener la corriente. Si de pronto morían varios niños y las madres temían por la vida de sus hijos, Kazem Kan aparecía montado en su caballo con un médico en la grupa. Y para los novios de turno que se casaban en el pueblo era un honor que él se acercara un momento a la boda.

Un día, Kazem Kan entró cabalgando en el patio de la casa de Hayar, se detuvo a la sombra del árbol centenario y, sin bajarse del animal, exclamó:

—¡Hayar! ¡Hermana!

Ella abrió la ventana.

—Bienvenido, hermano. ¿Por qué no entras?

—Pásate por mi casa esta tarde con tu hijo. Quisiera hablar contigo.

Hayar supo que Kazem Kan quería hablarle de Akbar. Comprendió que ya no podía ocultarlo.

Al caer la tarde, se ciñó el niño a la espalda y subió la colina donde estaba la casa que los aldeanos llamaban «joya caída entre los viejos nogales».

Kazem Kan fumaba opio, una costumbre que contaba con la aceptación general e incluso era considerada una señal de su nobleza poética.

Había encendido el fuego del hornillo, la pipa descansaba en la ceniza caliente recién formada, y en un platillo había opio picado de color marrón amarillento. El samovar estaba hirviendo.

—Siéntate, Hayar. Luego podrás calentarte algo de comida. A ver, pásame al niño. ¿Cómo se llamaba? ¿Akbar? ¿Aga Akbar?

Ella vaciló un momento y le tendió el pequeño a su hermano.

—¿Qué edad tiene? ¿Siete, ocho meses? Ve a tomar algo; quisiera estar un rato a solas con él.

La mujer sintió un gran peso sobre los hombros. No podía comer. Se puso a llorar.

—¡No, Hayar, no! No debes llorar. No te lamentes. Si lo escondes y te resignas, no conseguirás sacarlo de su ignorancia. Durante estos siete u ocho meses no ha visto nada, no ha hecho nada, no ha tenido un verdadero contacto con su entorno. En la montaña me encuentro con niños sordos y mudos por todas partes. Hemos de procurar que la gente hable con él. Lo único que necesitamos es una lengua, un lenguaje de gestos. Tendremos que crearlo nosotros. Yo te ayudaré. A partir de mañana, dejarás que también otros se ocupen de tu hijo. Permite que la gente entre en contacto con él, cada uno a su manera.

Hayar se llevó al niño a la cocina, y allí volvió a prorrumpir en lágrimas. Lágrimas de alivio.

Al rato, después de haberse fumado varias pipas de opio y sintiéndose por ello algo ligero y alegre, Kazem Kan fue a sentarse junto a su hermana.

—Escúchame, Hayar. No sé por qué, pero siento que debo influir en la vida de este niño. Nunca he tenido esta sensación con tus otros hijos, sobre todo por ser retoños de ese caballero, con quien prefiero no tener ninguna relación. Pero antes de que te marches, he de decirte algunas cosas importantes para el futuro de tu hijo. Y el caballero debe saber que yo soy el tío de Akbar.

Al día siguiente, Hayar llevó al niño a la casa del monte Lalezar. Era la primera vez que le enseñaba al padre alguno de sus hijos. Llamó a la puerta del estudio y entró con Akbar en brazos. Se detuvo un instante, pero luego depositó al niño encima del escritorio y dijo:

—Mi hijo es sordomudo.

—¿Sordomudo? ¿En qué puedo ayudarte?

Hayar tardó en mirarlo a los ojos.

—He venido a pedirle que le dé su apellido.

—¿Mi apellido? —preguntó sorprendido el caballero.

—Si se lo da, nunca más volveré a importunarlo —añadió Hayar.

Él guardó silencio.

—En más de una ocasión usted me dijo que yo le agradaba y que me guardaba respeto, y que siempre podría pedirle lo que quisiera. Nunca lo he hecho, porque nunca he necesitado nada. Ahora le ruego que le conceda a mi hijo su apellido. Sólo eso. No le pido ninguna herencia. Haga constar el apellido de Akbar en algún papel.

—Dale algo de comer para que deje de llorar —contestó el caballero tras una larga pausa. Se incorporó, abrió la ventana y llamó a su criado. —Ve a buscar al imán ahora mismo y tráelo aquí. Lo espero.

El clérigo no tardó en acudir. El príncipe se encerró con él en el estudio, mientras Hayar esperaba en otro cuarto. El religioso anotó unas frases en su libro y a continuación redactó un acta, que firmó el caballero. Todo se solventó en un

santiamén, y el imán volvió a partir en su burro.

—Aquí tienes, Hayar. Esto es lo que querías. Pero no olvides una cosa: esconde ese papel en alguna parte y mantenlo en secreto. Sólo podrás enseñárselo a otras personas cuando yo muera.

Ella lo ocultó bajo la ropa y quiso besarle la mano al caballero.

—No hace falta, Hayar. Puedes irte a casa. Y pásate por aquí de vez en cuando. Siempre te lo he dicho, y te lo repito de nuevo: es cierto que me agradas, y desearía seguir viéndote.

La mujer volvió a ceñirse el niño a la espalda y se marchó. Mientras descendía las montañas, fue consciente de que su hijo llevaba un antiguo e ilustre apellido: Aga Akbar Majmud Jazanviye Jorasani.

El acta resultó un papel sin ningún valor, pues cuando falleció el caballero, sus herederos sobornaron al imán de la aldea para que tachara del testamento el nombre de Aga Akbar. Pero eso carecía de importancia, pues Hayar no esperaba que su hijo heredase nada. Le bastaba con el apellido: así se sabría quién era el padre y que su origen radicaba en aquel viejo palacio del monte Lalezar.

Cuando Akbar se hizo adulto, se casó y tuvo hijos. Y, aunque era un humilde reparador de alfombras, seguía estando orgulloso de su procedencia y siempre llevaba consigo el papel en que figuraba su largo apellido.

Akbar mencionaba con frecuencia a su padre y quería sobre todo que su hijo Ismail supiera que su abuelo había sido un hombre importante, un caballero con un fusil al hombro.

El caballero había sido asesinado por un ruso cuya identidad se desconocía. ¿Un soldado? ¿Un gendarme? ¿O un ladrón que había cruzado subrepticamente la frontera?

Las montañas donde vivía Aga Akbar y habían vivido sus ancestros lindaban con Rusia, a la sazón la Unión Soviética. La vertiente meridional pertenecía a Irán; la septentrional, siempre cubierta por un espeso manto de nieve, a Rusia.

Sin embargo, nadie sabía qué andaba buscando aquel soldado, o el ejército ruso, por aquellos montes.

Lo único que quedaba de aquel crimen era una historia que se conservaba gracias a Aga Akbar.

Cuando estaban solos en casa, Akbar se la contaba a Ismail, que debía representar el papel del jinete. Akbar hacía del soldado ruso, con un abrigo militar que le llegaba hasta los pies y una gorra en la que destacaba una figurilla de color rojo.

Ismail se montaba encima de un almohadón, con un fusil de madera al hombro. Aga Akbar se ponía el abrigo, se calaba la gorra y se escondía detrás de un armario, que representaba un peñasco del monte del Azafrán^[5].

Era el momento en que a Ismail le tocaba empezar a cabalgar. Ni muy rápido ni muy despacio, sino con dominio de sí mismo, como corresponde a un caballero. Cuando el pequeño pasaba junto al armario, Akbar asomaba la cabeza. El jinete tenía que continuar la marcha unos dos metros hasta que, de pronto, aparecía el soldado con un cuchillo en la mano, daba dos o tres saltos hacia delante y hundía el arma en la espalda del caballero, que caía muerto al suelo.

Es probable que esta historia fuese producto de la fantasía de Aga Akbar. Sin embargo, la muerte de su madre sí la había presenciado.

—¿Cuántos años tenías tú cuando murió Hayar? —gesticuló Ismail.

Akbar carecía de noción del tiempo.

—Murió cuando una bandada de pájaros negros desconocidos vino a posarse en nuestro viejo almendro —respondió gesticulando a su vez.

—¿Desconocidos?

—Nunca los había visto.

—Entonces ¿cuántos años tenías cuando aquellos pájaros negros se posaron en el árbol?

—Mis manos estaban heladas, el árbol había perdido todas las hojas y Hayar ya no me hablaba.

—No... Me refiero a tu edad. ¿Qué edad...? ¿Cuántos años tenías cuando murió tu madre?

—Yo, Akbar. Con la cabeza le llegaba a Hayar hasta el pecho.

Tendría nueve o diez años, según le contó más tarde Kazem Kan a Ismail. Hayar estaba en cama, agonizante, y Akbar se metió en el lecho con ella y le cogió la mano.

—¿Tuviste cogida la mano de tu madre hasta que falleció? —le preguntó por señas Ismail.

—Así es. Pero ¿cómo sabes tú eso?

—Me lo dijo el tío Kazem Kan.

—Yo solía meterme en su cama. Al principio de su enfermedad, me hablaba y me apretaba la mano, pero luego ya no me hablaba ni movía la mano. Me daba miedo, mucho miedo. Me cubría con las mantas y no me atrevía a asomar la cabeza. Hasta que un día alguien me agarró para sacarme de allí. Me aferré al cuerpo de mi madre, pero Kazem Kan me obligó a soltarlo. Me puse a llorar.

Al día siguiente, la mujer de más edad de la familia cubrió el rostro de Hayar con un paño blanco. Aparecieron unos hombres con una caja y se la llevaron al cementerio.

Tras el entierro, Kazem Kan se llevó consigo al pequeño Akbar.

—Quería que conociera la muerte —le dijo años más tarde a su sobrino Ismail. — Recorrí con él las montañas en busca de algo con lo que enseñarle que morir forma

parte de la vida. Busqué en la nieve el cadáver de algún pájaro, una zorra o un lobo, pero aquel día de invierno los pájaros volaban más vigorosos que nunca y los lobos saltaban de un peñasco a otro. Así que me detuve, le pedí que se sentara en una roca y le indiqué las plantas cubiertas de nieve. «¡Mira! Esas plantas también están muertas». Pero no era un buen ejemplo. Vi una vieja cabra montés que sólo a duras penas lograba brincar de roca en roca. «¿Has visto eso? Esa cabra también morirá un día de éstos». Pero tampoco ése era un buen ejemplo. Deseaba que algún pájaro dejara de pronto de volar y cayera al suelo. Pero aquel día a ninguno le daba por caerse. Subí a Akbar de nuevo al caballo y seguimos cabalgando. En un punto del camino, divisé a lo lejos el palacio del caballero, que estaba deshabitado desde su muerte, y me dirigí hacia él. ¿Por qué, exactamente? No lo sabía. «Ya veremos», pensé, y fui con cautela hacia la parte de atrás. Akbar no comprendía mis intenciones.

»—Ponte de pie sobre el lomo del caballo —gesticulé—, y encarámate al muro.

»—¿Por qué? —replicó él, negándose a obedecer.

»Entonces subí yo mismo y me tumbé boca abajo.

»—¡Venga, sube! ¡Dame la mano!

»Lo agarré, tiré de él hacia arriba y nos deslizamos hasta unas escaleras que comunicaban con el patio.

»—No me mires con esa cara —le dije cuando llegamos. No quería bajar.

»—¿Qué hemos venido a hacer? —gesticuló.

»—Nada, sólo a echar un vistazo. ¡Venga! Este palacio también te pertenece a ti.

»Descendimos sigilosamente las escaleras y atravesamos el patio. Por un momento, Akbar se olvidó de su madre. Incluso vi que sonreía. Yo tampoco había puesto nunca mis pies en aquel palacio. Supuse que todas las puertas estarían cerradas con llave, pero no, se encontraban abiertas; entonces, sin duda, habrían vaciado las habitaciones, pero tampoco: todo seguía en su lugar. El viento había empujado el portón que daba al patio y la nieve llegaba hasta la mitad del pasillo. Entré con cuidado. Todo estaba lleno de polvo; incluso las costosas alfombras persas se veían cubiertas de una fina capa de arena, de modo que al caminar sobre ellas se marcaban las pisadas. Por las huellas se podía ver que un hombre y un niño habían andado por allí. “Dame la mano, Akbar. ¿Ves aquello? Está muerto”. Busqué el estudio, la biblioteca del caballero. Akbar lo observaba todo con extrañeza: los candelabros, los espejos, los cuadros. “Mira bien —le decía yo—, observa esos retratos; esos hombres son tus antepasados. ¡Ven, mira! ¡Oh! ¡Por Alá! ¡Mira cuántos libros!”. —Jamás hubiera pensado que en el monte del Azafrán había tantos. —¡Eh, Akbar! ¡Ven aquí! Mira éste, está escrito a mano; leamos:

*Jodaya rast juyand fetne az tost,
vali az tars natvanam tiagidan.
Labo dandane torkane Jota ra
be in jubi na bayad afaridan (...).*

»Cogí de un estante un pergamino en el que había dibujado un antiguo árbol genealógico.

»—¿Ves los nombres de esos señores? Todos ellos han escrito un libro. Tú también puedes escribir el tuyo.

»—¿Escribir? —gesticuló Akbar.

»—Yo te enseñaré. —Busqué en el cajón y encontré un cuaderno vacío. —Anda, cógelo y guárdalo en el bolsillo del abrigo. Y ahora vámonos. ¡Deprisa!

Abandonaron el palacio y volvieron a casa. Kazem Kan quería ante todo fumar y tomarse dos o tres tazas de té bien cargado.

—¿Dónde te has metido, Akbar? Ven aquí, ten un azucarillo. Está muy bueno, es azúcar de primera, importado de Rusia. Toma un sorbo de té. ¿Dónde has dejado el cuaderno? Ven, siéntate a mi lado. El opio no es bueno; nunca se te ocurra probarlo. Si no fumo a tiempo, me pongo a temblar. Pero cuando lo hago, me salen unos versos sublimes. Ve a buscar el cuaderno y escribe algo en él.

—No sé escribir, ni siquiera leer —gesticuló Akbar.

—No hace falta que leas, pero sí que escribas. Garabatea algo en el cuaderno. Todos los días una página, yo qué sé, unas frasecitas. Anda, ve un rato arriba, apunta alguna cosilla en el cuaderno y luego muéstramelo.

Cuando Kazem Kan acabó de fumar, se incorporó y subió a la planta superior.

—¿Dónde estás, Akbar? ¿Has escrito por fin alguna cosa? No importa. Ya te enseñaré. ¿Ves esa cama? A partir de ahora será la tuya. Abre la ventana y contempla las montañas. Esta bonita vista es para ti. Y ese armario también es tuyo. En él podrás guardar tus cosas. Aquí tienes la llave de tu cuarto.

Sentado junto a la ventana de aquella habitación, uno no podía concentrarse en la lectura o en la escritura, según se lamentaba Kazem Kan, de tan cautivadoras como eran la naturaleza y las vistas. Te obligaban a dejar el libro o a guardar la pluma en el bolsillo e ir en busca de la pipa, cortar una porción del rollo de opio, colocarla en la pipa, coger con unas tenazas una brasa incandescente y luego aspirar, aspirar y volver a aspirar, y lanzar el humo en dirección a aquel panorama y quedarte mirándolo.

En primer plano se veía un grupo de nogales añosos; detrás, varias hileras de granados, y al fondo, unos campos de flores amarillas y arbustos del color del opio que se entremezclaban hasta llegar al pie de la cordillera, donde se alzaba, majestuoso, el monte del Azafrán.

Si alguien pudiese escalar aquella cima tan escarpada y mantenerse de pie allí un instante, divisaría, con la ayuda de un catalejo, siempre que no hubiera niebla y

aguzando la vista, el contorno de un edificio y los soldados del Ejército Rojo. Allí se encontraban la frontera y la aduana. Sin embargo, hasta aquel día en que Kazem Kan se asomó a la ventana junto a Aga Akbar, ningún aldeano había logrado coronar la cumbre.

El monte del Azafrán es conocido en todo el país no tanto por su cima prácticamente inalcanzable, sino ante todo por su importante e histórica cueva —muy renombrada en el mundo de la arqueología—, que se encuentra en el corazón de la montaña, en un lugar de difícil acceso, donde por aquella época los lobos dormían durante los crudos inviernos y parían en primavera.

Los montañeros que llegaban hasta ella escalando la pared con picos y cuerdas encontraban pelos de lobo desperdigados por todas partes y los huesos de las cabras que se habían comido.

Con un poco de suerte, quienes subían hasta allí en primavera veían en la entrada a los lobeznos aullando por sus madres.

En algún lugar profundo de esa cueva hay unas inscripciones en escritura cuneiforme de más de tres mil años de antigüedad esculpidas en la oscuridad de la pared meridional, donde el tiempo, el viento, el sol y la lluvia no llegan. Se trata de una carta dictada por el primer rey de Persia: un secreto que hasta la fecha no ha podido descifrarse.

Muy de vez en cuando, desde la ventana de la casa de Kazem Kan se veía algún jinete —un experto en escritura cuneiforme inglés, francés o norteamericano— subiendo a la cueva en burro para intentar descifrar la escritura.

—¡Venga, a ensillar las mulas! —gesticuló Kazem Kan.

—¿Adónde vamos?

—A la cueva.

—¿Para qué?

—Para aprender a escribir. Voy a enseñarte.

Se pusieron ropa abrigada, montaron en unas mulas especialmente fuertes y salieron rumbo al monte del Azafrán. No había sendero que condujese a la gruta. Los animales olfateaban el suelo, captaban el rastro de las cabras y así, poco a poco, iban ascendiendo. Tras tres o cuatro horas de escalada, llegaron a la entrada.

—¡Espera! —gesticuló Kazem Kan. —Primero tenemos que ahuyentar a los lobos.

Cogió el fusil que llevaba a la espalda, disparó tres veces al aire y los lobos desaparecieron.

Entonces desmontaron, Kazem Kan encendió una lámpara de aceite, y se internaron en el interior de la cueva, tirando de las mulas.

—Vamos, sígueme.

—¿Por qué te adentras en lo oscuro? —gesticuló Akbar.

—Ten un poco de paciencia. ¡Mira! ¡Allí! ¡Allí arriba! —dijo sosteniendo en alto el farol. —¿Lo ves?

—¿Qué debo ver? No veo nada.

—Espera, buscaré un palo.

Kazem Kan se puso a buscar, pero no halló ninguno.

—Toma, sujeta un momento las riendas.

Se montó en la mula y alzó la lámpara.

—¿Lo ves ahora? Eso grabado en la pared. Desde allí lo verás mejor. Ahora espera a que baje. Presta atención. ¿Sabes qué es? Una carta. El relato de un rey, un rey admirable. Antes nadie sabía leer ni escribir. El papel no existía aún. Por eso, el rey ordenó que sus palabras fuesen esculpidas en la roca de esta cueva. Todos esos forasteros que suben hasta aquí vienen a leer su historia. Saca el cuaderno y la pluma. ¡Anda! Yo sujetaré a la mula. Súbete al lomo. Eso es, arriba. ¡Venga! ¿Estás bien firme? ¡Mira, cuelga ahí la lámpara! Así lo verás mejor. Y ahora apunta, fíjate bien en el texto, en todas esas palabras esculpidas en escritura cuneiforme, y cópialas una por una en el papel. Vamos, comienza. No tengas miedo, que yo me encargo de la mula. ¡Apunta!

Independientemente de que hubiese entendido bien la intención de su tío, Akbar empezó a copiar el texto. Mirándolo con atención, trató de reproducir en su cuaderno, uno por uno, todos los signos. Tres páginas en total.

—¡Ya está! —gesticuló al fin.

—¡Bien hecho! Guárdalo en el bolsillo. Y ahora baja con cuidado.

Por la noche, de nuevo en casa fumando su pipa de opio, Kazem Kan le dijo a su sobrino:

—Ven, trae el cuaderno y la pluma y siéntate junto a la estufa. Presta atención. Esas palabras del rey que has copiado, ¿sabes de qué tratan?

—No.

—Es una carta, algo que el rey tenía metido en la cabeza. Pero nadie sabe su significado. Sin embargo, algo quiso decir. Ahora te toca a ti. Tú también puedes escribir una carta, aquí mismo, en la página siguiente. Y en otro momento, otra, en otra página. Puedes apuntar lo que tengas en la mente, igual que el rey. ¡Inténtalo!

Varios años después, cuando Ismail, hijo de Aga Akbar, tenía unos dieciséis años y vivía en la ciudad, fue a visitar a su tío en la montaña.

—Pero, tío, ¿por qué no le enseñó usted a mi padre a leer y escribir de forma normal, como todo el mundo? —le preguntó por la noche, mientras cenaban.

—¿Como todo el mundo, dices? Hoy día es necesario aprender a escribir, pero antes no lo era. Y menos aquí, en las montañas. Incluso el propio imán del pueblo escribía su nombre a duras penas. ¿Quién podía enseñar en aquella época una lengua

a un niño sordomudo? Yo no era la persona indicada para hacerlo. Sencillamente, porque no tenía suficiente paciencia. Yo era alguien a quien le costaba quedarse en casa. Vivía fuera, siempre montado en mi caballo, siempre cabalgando. Para esas cosas se requiere un padre idóneo y una madre fuerte. No, yo no quería enseñarle a escribir en absoluto, pero me daba cuenta de que el cerebro de Aga Akbar construía frases, creaba historias... ¿Entiendes lo que quiero decirte? Aquel talento suyo, aquellas frases que le llenaban la mente, podían acabar con él. Padecía frecuentes dolores de cabeza, y yo era el único que sabía de dónde provenían. Por ese motivo le enseñé la escritura cuneiforme. Por eso nada más. Yo no sabía qué tal lo haría. Ni siquiera si eso lo ayudaría. Buscaba una solución. Ten en cuenta que esas inscripciones, el texto real de caracteres cuneiformes, tampoco hay quién sepa leerlo; tal vez nunca se resuelva ese enigma. Pero, en cualquier caso, el rey supo plasmar sus pensamientos. ¿Hice bien? ¿Fui un buen guía? No sé qué opinas tú, pero estoy convencido de que mi método funcionó. Tu padre aún sigue escribiendo. Y la escritura cuneiforme es bonita y misteriosa. El caso es que cada uno tenga su propia lengua, su propia lengua escrita. ¿Has echado un vistazo al libro de tu padre alguna vez?

—No, aunque lo veo escribir de vez en cuando.

—¿Has intentado leer algún fragmento de su historia?

—No, no sabría cómo hacerlo.

—Podrías pedirle que te enseñase.

—¿Y usted, tío? ¿Puede usted leerlo?

—No, pero sé de qué trata. Un día, hace muchos años, entré en su habitación y lo encontré inclinado sobre su cuaderno. Él tendría más o menos tu edad, sólo que era más fuerte. Hombros anchos, cabello oscuro, ojos claros. En fin, vi que estaba escribiendo. «A ver —le dije—, muéstramelo, cuéntame lo que has escrito». Has de saber que en aquella época tu padre solía tener trato con los extranjeros que subían a la cueva para intentar descifrar el texto, y había aprendido algo de ellos. «Anda, explícame lo que has escrito», repetí. Al principio no quería, le daba vergüenza. Pero yo insistí; deseaba saber si mi método funcionaba. Y él se puso a interpretar lo que había escrito. Todavía lo recuerdo de memoria; era hermoso, escucha: «Yo, yo, yo, yo soy el hijo del caballero, del caballero del palacio, del palacio en la montaña, la montaña en la que hay una cueva, la cueva en la que hay una carta. Una carta de un rey. Una carta en la piedra. De la época en que aún no existían las plumas, sólo martillos y cinceles».

Más tarde, siendo ya todo un muchacho, Aga Akbar se convirtió en guía. Acompañaba a los especialistas en escritura cuneiforme —norteamericanos, ingleses, franceses y alemanes—, que entraban en la cueva montados en mulas. De pie sobre el animal, sostenía en alto la lámpara de aceite para que sacaran fotografías o copiaran

el texto por enésima vez.

Quienes se interesan por los caracteres cuneiformes o estudian ese tipo de inscripciones suelen tener en casa uno o varios libros sobre el tema. Y esos libros suelen contener alguna foto que muestra los textos esculpidos en la cueva del monte del Azafrán. Entre ellas seguramente debe de haber alguna de Aga Akbar subido a una mula, alumbrándolos con una lámpara de aceite.

El tren

*No comprenderemos las notas de Aga Akbar
mientras no sepamos nada sobre el sha Reza Kan.
Observemos el telón de fondo del relato,
los acontecimientos que no figuran en los apuntes.*

La aldea del Azafrán no sólo era conocida por la milenaria inscripción cuneiforme, sino también por sus magníficas alfombras. Auténticas alfombras persas. Es muy probable que un europeo o un norteamericano que decora el salón de su casa con una hermosa alfombra persa no sea consciente de que ésta ha sido fabricada en la aldea del Azafrán. Se las reconoce fácilmente por el dibujo: si aparece en ella un extraño pájaro con una cola muy curiosa, sin duda proviene del pueblo natal de Aga Akbar.

Ciertos días de invierno, desde el otro lado de la cima del monte del Azafrán surgían de pronto cientos de pájaros procedentes de la antigua Unión Soviética, hambrientos y sedientos a causa del frío. Los aldeanos sabían el momento exacto de su llegada: por la mañana temprano, uno de los primeros días después de que la luna llena se plantase a la izquierda de la cumbre. Las mujeres dejaban apoyadas contra la pared escaleras de mano para la ocasión.

En cuanto divisaban a los pájaros, subían al tejado para depositar allí cuencos de agua caliente y restos de comida.

Cuando las extrañas aves se posaban en las azoteas, las mujeres y los niños se asomaban a la ventana para observar cómo se paseaban con sus largas y curiosas colas, inclinando continuamente la cabeza en señal de agradecimiento. Descansaban un par de horas y luego continuaban el vuelo. Las mujeres, que se pasaban todo el día, todo el mes, todo el año, toda su vida, tejiendo, sin tener nunca ocasión de abandonar la aldea, incorporaron los pájaros al diseño de sus tapices.

Otro motivo habitual de las alfombras de la región lo constituía la escritura cuneiforme.

Las mujeres analfabetas del monte del Azafrán utilizaban la misteriosa lengua de las inscripciones para plasmar sus anhelos y secretos.

A veces representaban a algún forastero con sombrero que se dirigía a la cueva sobre una mula, sosteniendo en la mano un papel con escritura cuneiforme.

Sin embargo, a finales de los años treinta comenzaron a tejer un dibujo totalmente distinto: en las alfombras apareció un tren, un tren que echaba humo y que, cual serpiente reptante, subía la ladera del monte.

En los diseños actuales se ve un pequeño avión sobrevolando la aldea, del que cae un paquete.

De manera involuntaria, mediante aquel trenecito humeante las mujeres reflejaban el símbolo del cambio de gobierno. Reza Kan, padre del último sha, concentraba a la sazón todo el poder en sus manos, un poder dictatorial y centralizado. Era un hombre de escasa formación, aunque muy ambicioso. Un soldado raso de pueblo que con el tiempo se convirtió en general.

En 1921 dirigió un golpe de Estado, anunció el fin de la dinastía de los Jazar y se autoproclamó nuevo rey de Persia. Así comenzó la nueva monarquía Pahlevi, de la que él se consideraba el primer rey.

Reza Kan anhelaba romper con las antiguas costumbres imperantes en el país. Quería trocar aquella sociedad arcaica en una nación moderna, de sesgo occidental, con nuevas fábricas, escuelas, imprentas, teatros, puentes de hierro, carreteras, autobuses, taxis..., sin olvidar las emisoras de radio y los aparatos de música por los que, por primera vez en la historia persa, se oyó la mágica voz de una cantante:

*Yavash, yavash, yavash, yavash,
amadam dare junatun.
Yek shage joul dar dastam
sare rahat benschastam.
Be joda yadat naravad za nazaram (...).*

*Temblando, silenciosamente
pasé por delante de tu casa
con una flor en la mano.
Me senté en tu camino.
Sólo Dios sabe
que no puedo olvidarte.*

Pero Reza Kan deseaba más. Incluso quiso cambiar de golpe la vida de las mujeres. De un día para otro las obligó a quitarse el velo para ir al zoco y sustituirlo por un abrigo y un sombrero.

Además, pretendía que todas esas cosas ocurriesen rápido. Por eso gobernaba con mano dura y no toleraba que nadie lo contrariase. Ordenó que al poeta Farogi le cosieran los labios por haber recitado un poema que trataba sobre la imposibilidad de que las mujeres anduviesen sin velo, pues irían dando traspiés. Muchos intelectuales, escritores y dirigentes políticos desaparecieron, fueron encarcelados o murieron asesinados.

La oposición afirmaba que Reza Kan era un siervo de la embajada británica en Teherán, que las potencias occidentales le habían encomendado modernizar el país en beneficio propio y que el imperialismo lo usaba como soldado o peón para combatir a la Unión Soviética.

Sin embargo, marioneta de Gran Bretaña o no, él también deseaba esos cambios radicales e intentaba introducirlos en el país a su manera, que no era otra que sembrando el terror.

Antes de abdicar en su hijo, Reza Kan quiso concluir personalmente los proyectos más importantes.

El tren era una de sus obsesiones.

En los dos mil quinientos años de gobiernos de reyes, sultanes y emires, nunca un funcionario se había dignado ascender a las montañas con el fin de registrar los nacimientos de sus pobladores; sin embargo, Reza Kan quería que todo el mundo tuviese un documento de identidad.

A través de los siglos, los únicos que habían mandado en las zonas rurales y en las montañas eran los imanes, pero éstos fueron sustituidos por los gendarmes, que llevaban una inscripción de Reza Kan labrada en cobre en su gorra militar y sólo obedecían a Su Majestad.

Reza Kan quería disponer de un ejército que acatara ciegamente sus órdenes, y para ello necesitaba soldados cuyo nombre, apellido e incluso fecha de nacimiento figurasen en una tarjeta. De este modo, por primera vez en la historia, se supo a ciencia cierta cuántos muchachos vivían en la aldea del Azafrán. Todos los datos se apuntaban en un libro que el gendarme local conservaba en un armario destinado a tal propósito.

Gracias a Reza Kan, también Aga Akbar obtuvo una tarjeta de identidad en la que, por vez primera, constaba oficialmente su largo apellido.

Empeñado en ver cumplido su gran sueño, Reza Kan mandó construir una larga línea férrea que uniese el extremo meridional del país con la frontera nororiental, es decir, que llegase hasta debajo de la «oreja» de la Unión Soviética. Él sabía que en realidad la estaba construyendo para los europeos, pero también que esos europeos no podrían llevársela a su casa: seguiría siendo propiedad del país.

El tendido de raíles avanzó lentamente por el desierto, cruzó ríos, montañas y valles, atravesó ciudades y pueblos hasta que, por fin, llegó al monte del Azafrán.

La serpiente de hierro escaló la montaña, pero hubo de detenerse a medio camino. La histórica cueva en cuya pared meridional estaba cincelado el texto cuneiforme obstruía el paso. La llegada del tren perturbaba su sueño eterno. Pero, sobre todas las cosas, los ingenieros temían que las explosiones de dinamita provocasen el hundimiento de la gruta.

La escritura cuneiforme, aquel milenario patrimonio cultural de la nación, estaba en peligro. Se temía que acabara agrietándose. Entre los técnicos cundió el pánico. El ingeniero jefe no sabía cómo resolver el problema. No se atrevía a correr ningún riesgo, porque era consciente de que, si algo fallaba, el sha le cortaría la cabeza.

Angustiado, envió un telegrama a la capital con el siguiente texto: «Imposible continuar tendido raíles. Obstrucción inscripciones cuneiformes».

Cuando el sha lo leyó, subió de inmediato a un *jeep* y ordenó que lo condujesen al monte del Azafrán. Tras una larga noche de marcha, el vehículo se detuvo al pie de la montaña. El gendarme del pueblo le ofreció una mula, pero él la rechazó. Estaba

empeñado en subir andando. Por la mañana temprano, antes de que el sol hubiese alcanzado la cima, Reza Kan llegó a la entrada de la cueva con un largo abrigo militar y un bastón bajo el brazo. Quería ver hasta qué punto se había cumplido su sueño.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Majestad... —respondió angustiadísimo el ingeniero jefe, sin atreverse a seguir.

—¡Explícate!

—Los... los... los raíles han de pasar por aquí, pero me temo que... que... que...

—¡Que qué!

—Yo... yo... quería solicitar su autorización para... para... para trasladar las ins... ins... inscripciones.

—¿Trasladarlas? ¡Calla, inútil! ¡Encuentra otra solución!

—Lo he... hemos calculado todo y analizado todas las posibilidades. Pero, se mire por donde se mire, la dinamita pondrá en peligro la cueva.

—¡Busca otra ruta!

—Hemos estudiado todas las alternativas, y ésta es la mejor; cualquier otra es prácticamente imposible. Salvo que demos un gran rodeo, pero eso...

—¡Eso... qué!

—Eso llevará mucho tiempo...

—¿Cuánto?

—Meses, Majestad. Seis o siete meses adicionales.

—No disponemos de tanto tiempo. ¡Ni un día! ¡Ni una hora! ¡Apártate de mi camino! ¡Ingeniero inútil! «Imposible»... ¿Es ésa la única palabra que sabéis decir? ¿Seis o siete meses? ¡Qué disparate!

Encolerizado, Reza Kan desapareció en la oscuridad de la caverna. Fuera, nadie se atrevía a moverse. Cuando al cabo de un rato volvió a salir, dirigió la mirada hacia abajo, hacia la multitud de jóvenes campesinos que habían escalado la montaña para admirar a su rey. Al verlo emerger de la gruta, se encaramaron a los peñascos y exclamaron al unísono:

—*Yavid sha!* ¡Viva el sha! ¡Viva el sha!

Reza Kan cogió el bastón y empezó a descender la cuesta. Los gendarmes se disponían a dispersar a los aldeanos, cuando al pie de la montaña apareció un pequeño grupo de ancianos que acudían a ver al rey vestidos con sus mejores ropas. Cada uno llevaba en las manos un cuenco de agua, un espejo y un ejemplar del Corán. Cuando estuvieron a unos veinte metros del sha, el mayor de ellos echó el agua en dirección a él, y los demás inclinaron la cabeza.

—¡*Salam*^[6], sultán de Persia! — exclamó el hombre—. ¡*Salam*, sombra de Dios en la Tierra!

A continuación, se arrodilló y besó el suelo.

—¡Adelántate! —le ordenó el sha, señalando con el bastón el lugar donde quería que se detuviese. —¡Escucha, hombre de sienes plateadas! No me interesan tus oraciones. Mejor usa la cabeza y dame consejos. Ese ingeniero inepto no sabe cómo seguir. ¿Cómo puedo hacer que el tren pase junto a la cueva sin dañarla?

El anciano regresó a donde estaban los otros para consultarlos.

Tardó un rato en volver.

—¡Cuéntame!

—Durante siglos, nuestros ancestros han construido sus casas aquí, en el monte del Azafrán, con sus propias manos, utilizando martillos y cinceles como únicas herramientas. Y nadie ha dañado jamás la montaña. Sólo han excavado donde ha hecho falta. Si Su Majestad así lo dispone, diré que acudan todos los mozos del pueblo con sus herramientas, y ellos se encargarán de abrir paso al tren.

El rostro del sha dio muestras de alivio, pero se esfumaron de inmediato.

—No, tardarían demasiado. No disponemos de tanto tiempo. Quiero acabar pronto.

—Lo que Su Majestad ordene. Puedo convocar a todos los jóvenes del monte del Azafrán. Y si es necesario, también a los de los pueblos vecinos. Poseemos experiencia, conocemos la montaña. Tenga a bien Su Majestad darles a nuestros hombres la oportunidad de demostrar lo que valen.

El sha guardó silencio.

—Proporcionadnos los mejores martillos del país.

—¿Y luego?

—Abriremos un paso por donde el tren de Su Majestad pueda serpentear junto a la cueva y llegar al otro lado de la montaña.

Al caer la tarde, los muecines de todos los pueblos de la comarca subieron a los almenares de las mezquitas y llamaron:

—¡*Alaho akbar!* ¡*La ilahe líala!* ¡En nombre de Alá! ¡En nombre de los espíritus de nuestros antepasados! ¡En nombre del sha Reza Kan, se buscan hombres fuertes! Aunque tengáis un vaso de agua en la mano, dejadlo y acudid enseguida a la mezquita.

En el transcurso de la tarde y durante toda la noche, los jóvenes de los alrededores fueron llegando a la mezquita de la aldea del Azafrán.

Por la mañana temprano, centenares de hombres siguieron al anciano hasta el lugar convenido, al pie de la montaña. Uno de ellos era Aga Akbar, que entonces contaba diecisiete años. No conocía al sha ni sabía lo que estaba haciendo, y menos aún tenía noticia de sus proyectos para el país. Y al igual que los demás, tampoco entendía por qué la vía férrea debía llegar con tanta prisa al otro lado del monte. Lo único que sabía era que estaban construyendo una línea de ferrocarril que pasaría

junto a la cueva y que ellos estaban allí para salvar la escritura cuneiforme.

Desde una elevación, Reza Kan observaba a los hombres congregados abajo.

Los aldeanos habían oído las leyendas que circulaban sobre la personalidad del sha. En los pueblos y zonas rurales se le conocía como un redentor, un señor con mucho poder, alguien que defendía a los pobres, que quería dar al país un nuevo semblante. Sin embargo, en Teherán conocían otra cara del sha, la del hombre que eliminaba a sus opositores utilizando una violencia extrema.

En una ocasión había ordenado que retiraran el opio, el té y el azúcar de la casa de un destacado clérigo y que lo mantuviesen detenido durante tres semanas, lo que para el religioso equivalía a la pena de muerte. Prohibió a los imanes el uso del turbante y dio orden a sus agentes de perseguir a las mujeres que llevaran velo. Cuando los clérigos de la ciudad santa se sublevaron, Reza Kan mandó instalar un cañón frente a la puerta de la sagrada mezquita dorada y exclamó:

—¿Dónde está esa rata negra? ¡Sal de tu madriguera!

¿Una rata? ¿Una rata negra? ¿Estaba calificando de rata al sublime guía espiritual de los chiíes? De repente, en el tejado de la mezquita aparecieron cientos de clérigos jóvenes con fusiles.

—¡Abran fuego! —ordenó el sha a sus oficiales.

Decenas de religiosos murieron y otros tantos fueron detenidos. Una parte del santo sepulcro dorado resultó dañado. El mundo musulmán se estremeció. Los comerciantes apagaron la luz de sus tiendas, el zoco cerró sus puertas y la gente se vistió de luto. Pero el sha hizo caso omiso de todo eso.

—¿Quedan más?

No, ya no quedaba nadie en la calle ni en las azoteas. Todo el mundo se había encerrado en sus casas a cal y canto.

Aga Akbar no sabía nada de esos hechos. Veía al sha como un militar de alto rango, un general que vestía una capa un tanto curiosa y que llevaba un bastón bajo el brazo.

El anciano se aproximó al monarca y, tras hacer una reverencia, le dijo:

—Todos están preparados para sacrificarse por los sueños del sha.

Reza Kan permaneció en silencio, observando a los campesinos. En su semblante se leía la duda que albergaba de que aquella gente pudiera solucionar realmente su problema.

En ese momento aparecieron varios carros blindados, que se detuvieron a pocos metros de los hombres. Descendieron dos generales, con la gorra en una mano y un fusil en la otra, y fueron corriendo hasta donde estaba el sha.

—¡Todo listo, Majestad! —exclamó uno de ellos.

—¡A descargar! —ordenó él.

Los generales volvieron a toda prisa a sus vehículos acorazados, los soldados

abrieron los portones traseros y descargaron un par de centenares de martillos de picapedrero importados de Inglaterra.

—¡Tú! —le espetó el sha al anciano. —¡Ahí tienes, martillos! ¡Si tus hombres flaquean, te pego un tiro! —Se dio la vuelta y, dirigiéndose al ingeniero, le soltó—: ¿Y tú a qué esperas? ¡Manos a la obra!

Cuando estaba aproximándose a su *jeep*, se detuvo, como si se olvidara de algo. Volvió a la elevación desde la que había hablado a los hombres y le hizo una señal con el bastón a uno de los generales. Éste, a su vez, indicó algo a siete soldados que esperaban en fila, con un saco repleto cada uno. Los jóvenes se acercaron al sha, depositaron los sacos en tierra y se cuadraron.

—¡Abridlos! —ordenó Reza Kan.

Un soldado los desató uno por uno. El sha extrajo de uno de ellos un fajo de billetes nuevos de color verde y, girándose hacia los campesinos, exclamó:

—¡A picar! Este dinero es para vosotros. Volveré dentro de tres semanas.

—¡*Yavid sha!* ¡Viva el sha! —proclamaron los hombres tres veces seguidas, tras lo cual el monarca descendió de nuevo hacia el *jeep*.

El ingeniero condujo lo más rápidamente posible a los aldeanos, que iban con su martillo al hombro, hasta el lugar donde acababa el camino. Los campesinos bromeaban entre sí. Sacando músculo, se decían unos a otros que arrancarían de raíz hasta las rocas más duras del monte. No sabían lo que les esperaba.

Años más tarde, Aga Akbar conservaba orgulloso en la repisa de la chimenea de su casa una vieja y descolorida foto en blanco y negro en la que aparecía con un martillo de picapedrero sobre el hombro derecho y un cincel grueso como un bacalao entre el pulgar y el índice de la mano izquierda.

Aunque el fotógrafo había querido mostrar sobre todo el martillo y el cincel, el joven Akbar exhibía su musculatura de tal modo que ésta atraía la atención por encima de las herramientas.

Siendo su hijo Ismail todavía un niño, Akbar le había contado una larga historia sobre esa foto. Una historia que, en realidad, versaba sobre sus músculos y una enorme cantidad de dinero.

—Ven aquí —gesticuló Akbar dirigiéndose a su hijo. —A ver, dime: ¿sabes quién es ése de la foto?

Y empezó a narrarle la historia:

—Yo, Akbar, era muy fuerte, ¿sabes? Yo solo podía romper a martillazos esa roca, ¿la ves? Allí detrás; no, no alcanzas a verla; la foto es vieja y mala. Allí, detrás de mí..., ¿no lo ves? No importa. Ese peñasco, y todos los demás, teníamos que

sacarlos de en medio. Esas cosas que explotan no se podían utilizar, pues dañarían la escritura cuneiforme. Algún día te llevaré a la cueva. Pero antes fíjate... ¿No has visto...? ¿Dónde está tu libro de la escuela? ¿No has visto en alguna parte una foto de un militar de altísimo rango con una capa y una corona en la cabeza? ¿No está en tu libro? Sí, sí: siete sacos de patatas llenos. Llenos de dinero. Y todo ese dinero era para nosotros. Porque iban a construir un tren.

¿Entendía Ismail lo que quería decirle en su rudimentario lenguaje de gestos?

Una cosa sí tenía clara: que su vida estaba inextricablemente unida a la de Akbar. Su familia —su madre, sus tíos y tías—, el imán del pueblo, los vecinos, los niños... todo el mundo lo obligaba a sentarse, levantarse y caminar a la par de su padre. Observarle la boca: ésa era su tarea.

Más adelante, sus tíos y tías, o los ancianos del monte del Azafrán, le facilitaron la información de la que carecía. Y quizá también él se encargó de buscar los datos correctos en los libros de historia o en las novelas publicadas después de la muerte del sha.

Pero sobre todo visitaba a menudo a Kazem Kan, el anciano tío de su padre, y se sentaba a su lado para escuchar las partes de la historia que desconocía.

—Tu padre era un hombre muy fuerte. Fui yo quien le dije que iban a construir un tren. A mí nunca me gustaron los nobles ni los generales, ni los shas, pero había oído muchas cosas sobre Reza Kan y quise ir a verlo. Aunque no lo conseguí.

—¿Por qué?

—Por testarudo. Fui a caballo, y los gendarmes no me dejaron pasar.

—¿Por qué?

—Porque no estaba permitido acercarse al sha a lomos de un animal. ¡Pretendían que fuera a verlo caminando..., de rodillas! Yo me negué y tuve que regresar a casa. Pero al día siguiente volví. Deseaba ver lo que hacían aquellos hombres con el monte del Azafrán.

—¿Fue usted andando o lo intentó de nuevo a caballo?

—Nadie me ha visto nunca ir caminando a ningún sitio. Me quedé mirando desde la lejanía a aquellos hombres, que día y noche y por turnos rompían las rocas a martillazos para dejar paso libre al tren.

—¿Lograron resolver el problema con los martillos? Quiero decir: ¿abrieron a tiempo el camino?

—No exactamente a tiempo, aunque al final lo consiguieron. Los primeros días las cosas marcharon bien. Todos trabajaban al límite de sus fuerzas y se veía cómo la senda iba cobrando forma, hasta que toparon con una roca durísima justo debajo de la pared meridional de la cueva. Los hombres la emprendieron a martillazos, turno tras turno, pero no podían romperla. Así pasó una semana, y otra, y a la tercera se habían acabado sus fuerzas. Estaban exhaustos, debilitados, maltrechos. En una palabra: irreconocibles. Los ingenieros temían tanto al sha que no se daban cuenta de que los hombres no podían más. Les entró el pánico. El plazo estaba a punto de expirar, y

ellos seguían intentando eliminar la roca. Aunque Reza Kan no había recibido ninguna formación oficial ni procedía de una familia en la que se leyese libros, era un hombre inteligente y conocía bien a la gente del pueblo. Cuando llegó, le bastó ponerle la vista encima a un trabajador para advertir lo que pasaba. De inmediato, mandó de vuelta a casa al jefe de ingenieros, gritándole: «¡Coge la maleta y vete! ¡Rata de biblioteca! No tienes ni idea de lo que es trabajar, sólo sabes meter la nariz en los libros». A continuación, ordenó que trajeran del campamento diez enormes cacerolas, y enseguida llegaron otros tantos cocineros corpulentos acarreando sendas ollas de gran tamaño. Reza Kan había comprendido que el pan y el queso de cabra no eran alimento suficiente para aquellos hombres que llevaban semanas enteras martilleando. Acto seguido, ordenó a unos soldados que matasen cinco cabras y se las entregasen a los cocineros. Aquel día nadie trabajó. Lo dedicaron a comer, beber, fumar y descansar. Por la noche, el sha regresó con un nuevo jefe de ingenieros y con la firme determinación de no volver a Teherán hasta que los raíles hubiesen llegado al otro lado de la cueva. A la mañana siguiente, antes de salir el sol, subió a la gruta acompañado de un soldado que cargaba un saco repleto de dinero. Reza Kan se quitó la capa, extrajo del saco un puñado de billetes y se encaramó a un peñasco para dirigirse a los hombres, que esperaban con el martillo al hombro, dispuestos a hacer lo que mandara su monarca. Señalando con el bastón a un hombre, gritó: «¡Tú!». El elegido dio un paso al frente. «¡Y tú! ¡No, tú no, el otro!». El otro también se adelantó. Era tu padre. Naturalmente, no podía oír lo que le decía el sha, pero los que estaban a su lado le dieron una palmada: «¡Es a ti, Akbar! ¡Al frente!». Así, uno a uno, Reza Kan seleccionó a once jóvenes fuertes. «¡Escuchad! —les dijo. —Mañana no quiero ver este peñasco aquí. Recompensaré con un billete cada martillazo certero. ¿Quién golpeará en primer lugar?». Por supuesto, tu padre no entendió sus palabras, por lo que no pudo ofrecerse voluntario. El primer hombre, haciendo acopio de todas sus fuerzas, dio tal golpe que hizo saltar un pedazo de roca. «Aquí tienes tu dinero —le dijo el sha. —¡Ahora tú!», añadió, señalando a tu padre, que sólo entonces entendió de qué iba la cosa. Su martillazo arrancó un pedazo aún mayor. El sha esbozó una sonrisa. «Aquí tienes, muchacho. Coge estos dos billetes. ¡El siguiente!». Y así continuo, uno tras otro, hasta que finalmente la roca desapareció y los once hombres regresaron a sus casas, exhaustos. Al caer la tarde, todo el pueblo comentaba que el sha Reza Kan había deslizado unos billetes en el bolsillo de tu padre, que había caído desplomado, sin fuerzas siquiera para mantenerse en pie.

»Y aquí viene la historia de la foto. El sha mandó llamar al fotógrafo de prensa que registraba las obras del ferrocarril y apuntó con el bastón a tu padre, que yacía en el suelo. Akbar se incorporó de inmediato y agarró el martillo. “Póntelo al hombro —le indicó el fotógrafo—, y coge uno de esos cinceles gruesos. Sí, así está bien. No te muevas”. Pero Aga Akbar se giró un poco para que se le viera mejor la musculatura. En el pueblo, esa noche todos rieron de buena gana comentando la anécdota y se sintieron muy orgullosos de que el periódico publicase aquella imagen.

»De ese modo, aquellos once hombres se convirtieron en los habitantes más ricos del monte del Azafrán. Construyeron casas nuevas de piedra, similares a las que había en la ciudad, y todos los padres estaban deseosos de dar a sus hijas en matrimonio a esos mozos, que se casaron con las muchachas más hermosas del pueblo. Pero a tu padre no logramos encontrarle ninguna novia, ninguna mujer adecuada. Así eran las cosas entonces. Y así son a menudo en esta vida. Todo pasa. La vida está llena de sorpresas.

—He oído muchas críticas acerca de Reza Kan, sobre todo en lo referente a la construcción del ferrocarril. ¿Qué opina usted?

—Escucha, muchacho: acabo de decirte que no sé nada de política. Esas cosas no debes consultármelas a mí. Además, nunca he leído periódicos, y mucho menos en aquella época. Me limito a leer mis propios libros, libros antiguos, poemas, historia... De críticas no sé nada. Lo que sí sé es que el monte del Azafrán no es una montaña cualquiera. No se trata sólo de una masa rocosa. Forma parte del patrimonio sagrado de este país. Las raíces de nuestros ancestros crecen entre esos peñascos. Pero no es sólo la cueva. En ese monte se ocultan otras cosas, como por ejemplo el pozo sagrado. La montaña está viva. Si uno se detiene en la boca de la gruta, puede oírla respirar. Y lo mismo ocurre en el pozo sagrado. Si te arrodillas junto a él y aguzas el oído, oyes el latir del corazón de la montaña... ¡Y en aquella época no se les ocurrió otra cosa que dinamitarla y golpearla con martillos ingleses!

—Entonces ¿por qué envió usted a mi padre allí?

—Yo no lo envié. Simplemente le expliqué lo que estaba sucediendo. Además, él no me obedecía, imitaba lo que hacían los muchachos de su edad. De todos modos, debo reconocer que las cosas no han sido tan terribles. Al principio temí que la montaña no resistiera, pero aguantó, y con el paso de los años se ha recuperado. La ladera ha vuelto a cubrirse de arbustos y flores, y ya no se ven los peñascos dañados. Las cabras monteses se pasean entre las vías y los terneros saltan de un raíl a otro. La montaña ha aceptado la vía férrea y la ha hecho suya. Prácticamente no se la ve. Dentro de un rato pasará el tren. Circula muy despacio. Y eso está bien. A nuestro viejo monte se le ha añadido un elemento nuevo, moderno. Un tren con pequeños vagones rojos que se arrastra hacia arriba, retumbando. Así son las cosas en esta vida, muchacho. Así son.

Mujer

*Suponemos que en esta parte Aga Akbar
ha escrito acerca de sus amigos.
También sobre su mujer.*

Todos los pájaros habían empezado a construir su nido, menos Aga Akbar. Para él no había ninguna mujer disponible.

Los otros hombres fuertes que, como él, se habían construido una casa de piedra ya tenían hijos, pero la de Akbar seguía vacía.

De manera que empezó a frecuentar prostitutas, afición ésta que se veía facilitada por los numerosos contactos que tenía a causa de su trabajo de reparador de alfombras.

Al cumplir los doce años, Kazem Kan lo había llevado al taller de un viejo amigo suyo que vivía en una aldea próxima. Usa Jolam, o Jolam *el Diestro*, fabricaba tinturas naturales utilizando flores y raíces de toda clase de plantas que crecían en el monte del Azafrán. Gentes de los rincones más remotos del país acudían a él en busca de los colores originales para fabricar sus tapices.

No obstante, el verdadero oficio de Usa Jolam era reparador de alfombras antiguas. Siempre había piezas muy valiosas que habían sufrido algún daño y que si no se restauraban a tiempo acababan por deshilacharse del todo. Pero éste no es un trabajo que se encomiende a cualquiera, pues si el reparador no conoce bien su oficio, en el dibujo original queda para siempre una marca, como una herida reciente. Sin embargo, aunque Usa Jolam se contaba entre los mejores del país, ya estaba viejo. La vista había empezado a fallarle y ya no podía trabajar.

Kazem Kan sabía que Akbar nunca sería un buen campesino. No tenía madera de labrador, y tampoco lo veía pastoreando en el monte con un rebaño de ovejas. Necesitaba hacer algo con las manos, o con las manos y la cabeza. Por eso lo llevó a casa de su amigo.

—¡*Salam aleikum*, Usa! Aquí te traigo al muchacho del que te he hablado. ¡Eh, Akbar, ven a saludar a Usa!

El anciano hurgó en el bolsillo y sacó una hebra de color púrpura procedente de una alfombra vieja.

—Ten, toma esta hebra y ve a cortar unas flores del mismo color.

De ese modo, Aga Akbar dio el primer paso en su carrera, en el oficio que ejercería hasta el fin de sus días.

Durante tres años acudió a diario al taller de Usa. Iba por la mañana temprano y volvía a casa al anochecer. Hasta que un día el anciano falleció. Sin embargo, Akbar

ya había acumulado suficientes conocimientos sobre la reparación de alfombras y la elaboración de tinturas.

Si bien nadie podía ocupar el vacío que dejaba Usa, Akbar gozaba ya de cierta reputación en la comarca. Los aldeanos lo apreciaban, confiaban en él, y preferían que entrara él en sus casas, en vez de un extraño. Así pues, recorría las aldeas una a una montado en su caballo, y de esa época datan sus contactos con las prostitutas.

Kazem Kan era muy selectivo a la hora de elegir una esposa para su sobrino. No quería que fuese tuerta ni una campesina que tejiera alfombras. Buscaba para él una mujer fuerte, con la cabeza bien puesta, organizada, que comprendiera para quién debía traer hijos al mundo.

—No quiero para él una mujer cualquiera —decía. —Esperaré. Le encontraré una buena esposa. No se morirá por seguir soltero unos años más.

Sin embargo, los otros hombres de la familia le objetaban:

—No lo compares contigo, Kazem Kan. Tú tienes mujer en todos los rincones del monte del Azafrán, pero el muchacho no, y si no dejas que se case, acabará por mal camino.

—Yo quiero que se case, pero no con una sorda, una coja o una tullida.

Desgraciadamente, no había en el monte del Azafrán ninguna joven fuerte, sana e inteligente que quisiera a Akbar por marido. Y así fue cómo buscó y encontró el calor de las prostitutas.

—¡Eh, Akbar! Ven, entra. Ven a mirar mi alfombra. ¿Podrías arreglármela? Pasa, siéntate un momento aquí conmigo. Se te ve cansado. Deben de dolerte los brazos, y también la espalda. ¿Te apetece un té? No me mires así. Deja que me siente a tu lado. Dame la mano. ¿A que está calentita?

Para saber algo más sobre las relaciones que mantenía Akbar con las prostitutas, había que recurrir a Seyed^[7] Shoya, su amigo de la adolescencia.

Seyed era ciego de nacimiento, pero poseía un oído excelente. Percibía los sonidos como un perro y siempre contestaba de mala manera a todo el mundo. Los hombres no se metían con él, pues sabían que se enteraba de todo lo que hacían.

Seyed Shoya conocía por su nombre de pila a todas las prostitutas que vivían en el monte del Azafrán y sabía qué aldeanos las frecuentaban. Los reconocía inmediatamente por sus pisadas:

—¡Eh! ¿Por qué pasas de largo con tanto sigilo? ¿Acaso querías eludirme? ¿Por qué, si puede saberse? ¿Es que has vuelto a hacer alguna maldad con esa cosa que llevas dentro de la bragueta? ¡Anda, ven, dame la mano! No temas, que no voy a chivarme.

Al caer la tarde, solía recostarse contra el árbol centenario que había a la vera del camino, y cuando las muchachas volvían de la fuente con los cántaros llenos de agua,

reconocía por las pisadas a la que le gustaba:

—*Salam aleikum*^[8], luna mía. Déjame ayudarte con el cubo.

Ellas se reían de él, y él se mofaba de ellas.

—¡Largo de aquí! —les decía. —Con esas nalgas de elefante que tienes, será mejor que no te sientes en el suelo, no vayas a hacer un hoyo en la tierra.

Nunca tenía dinero, ni falta que le hacía, pues Akbar pagaba por él.

Los que no temían sus respuestas destempladas le lanzaban pullas al respecto:

—Eres un parásito. Le chupas el dinero a Akbar.

Pero era demasiado arrogante para molestarse por esos comentarios.

Había otra persona que compartía sus secretos con ellos dos: Yafar, *el Hombre Araña*.

Yafar era un muchacho minusválido que apenas podía mantenerse en pie, por lo que se veía obligado a desplazarse a gatas a todas partes. Extremadamente delgado y de cabeza pequeña, cuando se le veía arrastrarse por las calles con sus piernas y brazos nervudos, parecía una araña. Sin embargo, no le habían puesto el mote por esa razón, sino porque trepaba a los árboles como una araña de verdad. Se le veía en sitios inaccesibles para las personas normales. Por ejemplo, colgado de una rama, gateando por el mausoleo de la mezquita o apostado en la ventana de los baños públicos para espiar a las mujeres.

Lo que no veía el ciego Seyed, lo veía Yafar. Y éste, al ser amigo de aquél, también lo era de Akbar. Los tres componían un trío muy unido y emprendedor.

Incluso cuando iban a visitar a alguna prostituta al monte del Azafrán, lo hacían juntos. A menudo se les veía subir la ladera, Yafar a cuestras de Seyed, y éste agarrado del brazo de Akbar.

La presencia de Yafar era absolutamente indispensable, pues entendía mucho de prostitutas. Nunca entraban enseguida y a la vez, ni hacían nada sin que Yafar diera primero el visto bueno. Éste a menudo prevenía a Akbar gesticulando con el dedo índice:

—¡Hazme caso! ¡No vayas sin mí! De lo contrario, se te pegará alguna enfermedad y ya no podrás orinar del dolor.

Así hacían las cosas, y todo solía salir bien.

Hasta que un buen día, Yafar, que se había subido al tejado del retrete, oyó algo inusual. Pegó el oído para escuchar y al instante comprendió lo que pasaba. Sin perder un segundo, fue a donde estaba Seyed y le dijo:

—¡Eh, Seyed, te necesito!

—¿Qué ocurre? ¿Qué quieres?

—El tonto ese está llorando en el retrete.

—Pero ¿qué dices? ¿Quién está llorando?

—Akbar; el muy necio no puede orinar.

Se acercaron a la puerta.

—¿Lo oyes? Está llorando.

—¡Demonios, es verdad! Pero a lo mejor llora por otra cosa.

—¡No, hombre, no! Nadie se pone a llorar en el retrete, si no es por eso.

—Espera. Déjame pensar un poco.

—No hay mucho que pensar. Está clarísimo. Tenemos que verle el pito, y rápido. Así lo sabré enseguida.

Esperaron escondidos a que Akbar saliera del retrete.

—¡Ven aquí! —gesticuló Yafar.

Akbar comprendió de inmediato lo que pasaba. Quiso escapar, pero Yafar, que era muy listo, saltó como una araña hacia él, lo agarró por el pie y lo hizo rodar por tierra. Seyed también se precipitó sobre él y lo sujetó por el cuello, espetándole:

—¡No te escapes, cabrón! Ven con nosotros.

Entre los dos lo arrastraron hasta el establo.

—¡Sujétalo bien! —exclamó Yafar, mientras trepaba a un poste y encendía una lámpara de aceite. Seguidamente, le bajó los pantalones y le estudió el miembro. — ¡Ya puedes soltar a este imbécil! Está enfermo.

A la mañana siguiente, bien temprano, partieron los tres a la ciudad en busca de un médico.

Unos meses después, cuando Akbar ya se había curado, Yafar y Seyed tuvieron una conversación a solas. Akbar había empezado a distanciarse de ellos, y sabían por qué. Como amigos suyos que eran, consideraron que debían poner a su tío al corriente. Una tarde, Yafar se subió a la espalda de Seyed con una linterna en la mano y se encaminaron juntos hacia la casa de Kazem Kan.

—¡Buenas tardes! —saludó Seyed. —¿Podemos pasar un momento?

—¡Pasad, pasad! Estáis en vuestra casa. Tomad asiento. ¿Queréis un té?

—No, gracias. Tenemos que irnos antes de que llegue Akbar. En realidad, hemos venido a contarle algo. Somos sus mejores amigos, pero hay ciertas cosas que no debemos callar. Hemos venido a decirle que nos preocupa su salud.

—¿Cómo es eso?

—Usted ya sabe que solemos salir los tres por ahí, y a veces pasan cosas, aunque luego todo suele arreglarse. Pero en esta ocasión es distinto: a Akbar se le ha ido la mano.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha hecho?

—Yo no veo, pero tengo dos buenos oídos. Y Yafar lo ve todo muy bien. En realidad, mejor que se lo cuente él, pues es quien lo ha visto.

—Cuéntame, Yafar. ¿Qué has visto?

—¿Cómo decirlo? Akbar suele ir a menudo, por no decir casi todas las noches, a dormir a casa de una prostituta. Creo que... está enamorado de ella. Tal vez eso no sea grave. Ella es joven y... muy amable, y estoy convencido de que ella lo quiere bien. Sin embargo, creemos que esto ha ido demasiado lejos. ¿Verdad, Seyed? Eso es

todo. Esa mujer no tiene nada de malo. Es joven y está sana, pero nos ha parecido que debíamos contárselo. ¿Verdad, Seyed?

—Así es —subrayó. —Sí, sí, eso es todo. Y ahora vámonos, antes de que vuelva Akbar.

Kazem Kan sabía que el tiempo apremiaba y que debía hacer algo por su sobrino. De lo contrario, llegaría un momento en que nadie querría entregarle a su hija. Hubo de reconocer que no había logrado encontrar en ninguna parte a la esposa ideal para él, y decidió poner el asunto en manos de las mujeres de la familia.

Éstas se pusieron manos a la obra y se lanzaron a la búsqueda, pero al poco tiempo decayó su entusiasmo. Ninguna de las jóvenes con las que hablaron parecía encajar en la familia. Una por ser hija de un mendigo, otra por tener hermanos ladrones, la tercera por carecer de senos y la cuarta por ser tan tímida que ni siquiera se había dejado ver.

Desgraciadamente, tampoco ellas fueron capaces de encontrarle una esposa a Akbar.

Sólo les quedaba una puerta a la que llamar: la de Zeineb Jatun^[9], la vieja celestina del monte del Azafrán. Ella siempre tenía un par de muchachas disponibles.

Sin duda, Zeineb encontraría una compañera idónea para Akbar. Era adicta al opio, y con llevarle un rollo del que fumaba Kazem Kan, todo se arreglaría.

Zeineb Jatun vivía en una casita a las afueras del pueblo, al pie de la montaña. La mayoría de sus clientes eran hombres solteros en busca de esposa.

—Zeineb Jatun, ¿conoces alguna muchacha para mí? ¿Una joven buena que me dé hijos sanos?

—No, no tengo ninguna para ti, ni buena ni mala. Te conozco. Les pegas a las mujeres; recuerdo lo que le hiciste a tu última esposa. Lárgate y pídele a tu madre que te busque una.

—¿Por qué no me invitas a pasar? ¿Qué me dices de este medio rollo de opio amarillo que te he traído?

—Pasa. Sería bueno que sonrieses de vez en cuando, y que te afeitases. Con esa barba y esos horribles dientes amarillentos es imposible que te encuentre una mujer.

Otras veces llamaba a su puerta alguna madre anciana.

—Zeineb Jatun, estoy vieja y aún no tengo nietos. Si te esmeras en proporcionarle una mujer a mi hijo, te regalaré un hermoso velo, uno de verdad, de La Meca.

—Sí, la gente me promete el oro y el moro, pero en cuanto consigo esposas para sus hijos, desaparece. Ve a buscar ese velo, así me darás tiempo para pensar. Aunque no creas que será fácil. Las mujeres difícilmente se casan con hombres a los que se les cae la baba sin cesar. Pero ya pensaré en alguna para él. Anda, date prisa, no vaya a ser que me muera esta misma noche y mañana tengan que enterrarme envuelta en mi velo viejo y raído. Ve a buscarlo; yo te esperaré.

En contra de la voluntad de los varones de la familia, las mujeres metieron un rollo de opio en el bolso de la tía de más edad, se pusieron el velo y se encaminaron a la casa de Zeineb Jatun.

A los hombres les parecía impropio pedirle a esa celestina que les consiguiera una esposa. Y, si bien era cierto que buscaban eso, en realidad lo que querían era un vástago: un Ismail que pudiera cargar con el peso de Akbar.

Pero, como preferían que ese Ismail no fuese el hijo de una prostituta, tuvieron que resignarse a que sus mujeres fueran a consultar a Zeineb.

Entre risitas nerviosas, las tías de Aga Akbar golpearon la puerta de Zeineb Jatun.

—¡Bienvenidas! Pasad y tomad asiento.

Todavía en el pasillo, la tía mayor deslizó con torpeza el rollo de opio en la mano de la casamentera.

—Yo no entiendo de estas cosas. Es de parte de Kazem Kan —dijo, y añadió impaciente—: Seamos breves, Zeineb Jatun. Buscamos una buena chica, una joven juiciosa para nuestro Akbar. Eso es todo. ¿Tienes algo para nosotras o no?

Las demás se echaron a reír. Les divertía la impaciencia de la tía.

—¿Si tengo una chica para vosotras? —dijo la experta anciana. —Aunque deba explorar toda la montaña, algo encontraré. Si no le consiguiese una mujer a Aga Akbar, ¿a quién se la conseguiría? Sentaos. Primero tomaremos un té. —Acercó una bandeja con vasos y una tetera, y continuó—: Dejadme pensar un momento. Una buena muchacha, sensata... Sí, creo que conozco a alguien. Es hermosa, pero...

La tía no la dejó terminar.

—¡Nada de peros! —le soltó—. A mí no me vengas con una mujer a medias. Quiero para mi sobrino una mujer entera, completa.

—¡Alá, Alá! ¿Por qué no me dejas acabar la frase? Alá se enfada cuando hablamos así de sus criaturas. La joven a la que me refiero está sana como una manzana y es hermosa, sólo que tiene una pierna más corta que la otra.

—Eso no importa, con tal de que pueda andar —le contestaron.

—¿Que si puede andar? ¡Pero si salta como una gacela! De todos modos, no puedo preguntarle a Alá por qué le dio una pierna más corta que otra. Tal vez exista algún motivo. Ahora que lo pienso, hay una muchacha que..., pero es un poco sorda.

—No, no queremos una sorda para Akbar —dijo la tía.

—No es sorda del todo, sólo un poco. Es buena, y bonita, además; confiad en mí. Ahora que lo pienso, es incluso mejor que la primera. Creo que Aga Akbar necesita una mujer que ande bien, que tenga los pies firmes sobre la tierra. El hecho de que sea sorda, tampoco es un problema tan grave. A Akbar no le interesa hablar con ella.

—Puede que a él no, pero a los hijos que tengan sí.

—¡Dios me libre! ¡Las cosas que hay que oír! ¿Cómo podéis hablar así, teniendo un sordomudo en casa? Alá se enfadará. Escoged a esta mujer. Tiene una cara muy

linda, bonitos brazos y un cuello del color de la leche, nalgas firmes y muslos anchos. Aceptadla. Alá se pondrá contento con vuestra elección.

Al día siguiente, las mujeres fueron a conocer a la futura esposa de Akbar, que vivía en una aldea vecina. La visita fue breve. Zeineb Jatun tenía razón: era hermosa, aunque se la veía un poco enferma.

—¿Enferma? —dijo la celestina. —Puede ser. Tal vez un ligero resfriado. Quizá..., ya se sabe, las mujeres... Pero enferma, no. Para el día de la boda, ya se habrá puesto buena.

Así hechizó a las mujeres con sus palabras y, satisfecha, se despidió de ellas.

Una semana después, al atardecer, los hombres acompañaron al novio desde los baños hasta su casa.

Vestido con su traje, Aga Akbar tenía un aspecto sano y vigoroso. El ciego Seyed Shoya iba a caballo para officiar de testigo, con Yafar, *el Hombre Araña*, sentado delante de él y sujetando las riendas. Así ascendieron la colina hasta la casa, a la que poco después las mujeres llevarían a la novia, con una reata de siete mulas.

Todo el mundo esperaba fuera, oteando a lo lejos para ver llegar el cortejo.

Las siete mulas no tardaron en aparecer. Las mujeres lanzaron grititos festivos y los músicos del pueblo comenzaron a tocar. Aga Akbar ayudó a su prometida a apearse de su montura, la llevó del brazo hasta el patio, cumpliendo la tradición, entraron en la habitación nupcial y cerró la puerta.

Nadie sabe a ciencia cierta lo que sucedió allí. Nadie, excepto una anciana que se había escondido detrás de las cortinas para poder dar fe de que todo había salido bien, de que el matrimonio se había consumado.

En cuanto el novio y su prometida desaparecieron en el interior, todos abandonaron el patio. Los ancianos se reunieron a fumar hasta que llegó la mujer y anunció:

—Ya está. Lo ha hecho.

Los hombres exclamaron a coro:

—*Alaho masale aala Mohamad wa aale Mohamad (...)*. Saludemos a Mahoma, el profeta, y a sus deudos.

A Ismail, en su condición de hijo de Akbar, le relataron más detalles de aquella historia. Para entonces ya habían fallecido algunos parientes mayores, entre ellos Kazem Kan. Un día en que Ismail se dirigía a la aldea, su tía, entrada en años, lo invitó a entrar en su casa.

¿Qué edad tendría entonces? ¿Quince años? ¿Dieciséis? Por aquella época solía ir a visitar el lugar en que había nacido su padre, y pasaba todo el verano en la casa de campo de la familia. Quería saber más sobre el pasado de su progenitor.

—Ismail, hijo mío —dijo la tía—, dame la mano. Pasa, pasa, hijo mío, adelante.

Aunque sus ojos ya no veían, lo miraba fijamente, y expresó su admiración por el

muchacho pronunciando las palabras divinas:

—*Fa tabarek alah ahsan al jalegi*. Cuando Dios creó al hombre, se enamoró de su propia obra. Dios dijo: «*Fa ta ba rekalah ahsanal jalegin*. Mirad, mirad qué hermosa criatura he creado: el hombre».

Ismail no era un hijo más de la familia, sino el hijo que la familia había esperado tanto tiempo. Rezaban por él, para que algún día fuese lo bastante grande y sano para brindar apoyo a su padre. Era para todos un regalo del cielo. El primogénito de Akbar. Exactamente lo que todos deseaban. No podía ser otra cosa que la voluntad de Dios.

La tía condujo a su sobrino hasta el patio.

—Antes de morirme, debo contarte algo sobre la boda de tu padre. Ven, sentémonos allí. He extendido una alfombra debajo de mi viejo nogal.

Recostada contra el tronco, continuó:

—Te diré cómo fue todo. Metí un rollo de opio amarillo en el bolso y fui con las otras mujeres a ver a la alcahueta para conseguirle una esposa a tu padre. Fue un error. No debí hacerlo.

—¿Por qué?

—En realidad, no hicimos bien nuestro trabajo, la tarea que nos habían encomendado. Por eso Dios nos castigó.

—¿Cómo que las castigó?

—Porque nos olvidamos de que el propio Dios se ocupaba de Akbar. Queríamos casarlo por todos los medios. Actuamos como si no creyésemos en Dios, como si no confiásemos en Él, como si hubiese abandonado a tu padre a su suerte. Por eso nos castigó.

—Tía, no la entiendo.

—Las mujeres llevaron a la novia con siete mulas desde la aldea de Saruj hasta la casa de tu padre. Yo uní sus manos y los conduje al dormitorio. Era yo quien debía esconderse en aquella habitación detrás de la cortina.

—¿Detrás de la cortina?

—Así se hacía antiguamente. Debía observarlos a hurtadillas y ver qué pasaba. Ver si la mujer... Hijo, mejor déjalo. ¡Ojalá se hubiese ocultado otra en mi lugar! Yo los escuchaba y me di cuenta de que la cosa no iba bien. No entendía qué ocurría, pero tuve el presentimiento de que Dios no estaba conforme. Tu padre se acostó con ella. Era un hombre fuerte, de espaldas anchas. Yo lo oía a él, pero a la novia no: ni un movimiento, ni una palabra, ni un suspiro, ni un lamento, ni un grito de dolor, nada. Con todo, lo hicieron. Me escabullí sigilosamente y fui a donde estaban reunidos los hombres para comunicarle a Kazem Kan que lo habían consumado. Todos lanzaron gritos de alegría, fumaron y comieron. Los festejos duraron siete días, pero ignorábamos que Dios no estaba contento con nuestros actos. Y eso fue culpa mía. Como tía mayor, tendría que haber sabido, tendría que haber mantenido los ojos abiertos y ser paciente. Tendría que haberle dicho a todo el mundo que no debíamos

precipitarnos.

—¿Por qué?

—Estaba inquieta. La novia no había hecho ningún movimiento. Tenía que haberse mostrado de algún modo. Asomarse un instante a la ventana, esbozar una sonrisa, correr la cortina, pero no, nada. No hizo nada.

—¿Por qué me cuenta usted todo esto? ¿Está hablando de mi madre?

—No, hijo, no. Espera. La séptima noche, tu padre volvió a acostarse con su mujer, y yo me retiré a mi habitación, aunque debía quedarme cerca de ellos hasta la séptima noche. Estaba a punto de dormirme, cuando oí unos pasos fuertes que se acercaban a mi cuarto. Era Akbar. Balbució algo que no alcancé a entender, pero comprendí que algo grave pasaba. Me levanté de la cama y llevé a tu padre al patio, iluminado por el resplandor de la luna. Le pregunté qué ocurría, y me explicó mediante señas: «Fría. La novia está fría». Fui corriendo a su habitación y sostuve la lámpara de aceite cerca de su cara. Estaba fría como el mármol, hijo mío. Estaba muerta.

—¿Muerta? —preguntó Ismail. —¿O sea, que mi madre no fue la primera mujer de mi padre?

—No.

—¿Por qué nunca me lo ha dicho nadie?

—Yo estoy diciéndotelo ahora, hijo. No tenía sentido que te lo contásemos antes.

Años después, una tarde en que Ismail volvía a casa desde la capital, le dijo a su padre:

—Ven, hay algo que quiero enseñarte.

Sacó de la bolsa la foto de una joven y se la tendió.

—¿Quién es? —preguntó Akbar por señas.

—No se lo digas a nadie todavía —contestó Ismail. —Tal vez algún día me case con ella.

Akbar examinó atentamente el retrato y gesticuló, con una sonrisa:

—Es guapa. Pero ten mucho cuidado. Obsérvala. Escucha sus pulmones para ver si funcionan bien. Si respira bien. Ya sabes que yo no oigo nada. Pero tú sí, tú tienes buenos oídos. La respiración es muy importante.

—No tienes por qué preocuparte. La he escuchado, y respira como es debido.

—¿Y el pecho? ¿El pecho no le duele?

—No, nada en absoluto. Ningún dolor.

—¿Y los brazos?

—Estupendos.

Su padre sonrió.

—Fíjate también en el vientre.

Esa noche, Akbar le contó por primera vez a Ismail algunas cosas sobre su

primera mujer. Que tenía muchos dolores. Que padecía una enfermedad en el tórax, o en el interior del pecho, en los pulmones. Seguía sin saberlo a ciencia cierta.

—Ha de tener los senos bien calientes. Fríos no. No, no han de estar fríos.

El pozo

*Los persas siempre están esperando a alguien.
En las canciones persas se alude a alguien que llegará.
Alguien que los liberará.
Esperan en su poesía. Esperan en sus historias.
Pero, en este capítulo, aquel que ha de llegar yace en un pozo.*

Si uno se sitúa frente a la entrada de la cueva, ve a su derecha la cumbre del monte del Azafrán y a su izquierda, una larga cadena de montañas de color marrón y amarillo. En una de ellas hay un lugar muy especial que llama la atención de inmediato. Sobre todo cuando se sube al monte por primera vez, la mirada se queda allí prendida en cuanto uno comienza a contemplar la cordillera.

Ese sitio tan particular es de muy difícil acceso. Desde abajo, el sol sólo deja ver una antigua pared de la montaña, que ha adquirido un perfil muy curioso por la acción de la lluvia, la nieve y las heladas. Las únicas palabras que describen de manera acertada el lugar son «singular» y «sagrado». Al pie de esa pared tan misteriosa hay un pozo natural muy profundo, tal vez originado por una erupción volcánica.

Para los fieles, ese pozo tiene un significado especial.

Los musulmanes chiíes esperaron durante siglos la llegada de un mesías: el santo Mahdi, al que consideraban un *nayi*, un redentor. Su convicción al respecto difiere radicalmente de la de los suníes. Ellos creen que después de Mahoma, el profeta, ha habido doce santos más. El duodécimo sucesor —o último santo, en opinión de los chiíes— se llamaba Mahdi. Para ser más precisos: Mahdi ebne Hasane Askari, que significa «Mahdi, hijo de Hasan Askari».

Mahdi era hijo de Hasan, que a su vez era hijo de Taji; Taji era hijo de Reza; y éste, de Kazem; Kazem era hijo de Sadeq; Sadeq, de Yafar; Yafar, de Musa; Musa, de Bager; y Bager, de Husein; Husein era hermano de Hasan; y Hasan, hijo de Alí. Y éste era yerno de Mahoma, el profeta.

Hace catorce siglos, antes de morir, Mahoma convocó a todos sus fieles. El libro sagrado cuenta que Mahoma subió a un camello, levantó a su yerno Alí sujetándolo por el cinturón y exclamó: «Si me amáis, amad también a Alí. Alí es mi alma, mi espíritu y mi sucesor».

Los suníes creen que esa historia es un invento de los persas. Por eso siempre ha habido disputas entre árabes y persas, guerras y matanzas.

El propio Alí fue asesinado de un sablazo en la espalda mientras rezaba en la mezquita.

Su hijo y sucesor, Hasan, fue condenado a arresto domiciliario perpetuo. A

Husein, el tercer sucesor, lo decapitaron y colgaron su cabeza en un poste que plantaron delante de la puerta de la ciudad. Bager, el cuarto, murió de una enfermedad desconocida. A Musa le prohibieron salir a la calle durante el día, aproximarse a una mezquita o aparecer en público. A Yafar le fue vedado hablar a perpetuidad. A Kazem se lo llevaron detenido. A Reza lo envenenaron con uva morada fresca, y su tumba se ha convertido en uno de los lugares más sagrados de Persia.

De Hasan, el undécimo sucesor, no existen muchos datos, pero Mahdi, el duodécimo y último, escapó a un atentado y buscó cobijo entre los persas.

Desde entonces ocupa un lugar privilegiado en el corazón de los persas, en su religión y en su literatura.

Aunque no figura en el libro sagrado ni en ningún otro, los aldeanos que habitan el monte del Azafrán creen en la siguiente historia, que narran a sus hijos:

La noche en que los árabes habían planeado asesinar al santo Mahdi, éste huyó a nuestra patria, donde vivía la mayor parte de sus seguidores. Buscó refugio en el extremo nororiental del país, es decir, entre nosotros. Primero a caballo, luego en mula y finalmente a pie, Mahdi escaló nuestra montaña hasta llegar a la cueva, donde permaneció varias noches.

Si uno se adentra en la gruta hasta lo más profundo, todavía puede encontrar las cenizas de la hoguera que encendió entonces.

El santo quería quedarse más tiempo allí, pero los árabes que lo perseguían lo localizaron. Mahdi continuó ascendiendo, hasta llegar a aquella pared rocosa tan particular, donde le fue revelado que sería el último sucesor del profeta Mahoma y que debía meterse en el pozo y esperar hasta que lo llamasen. Han pasado siglos desde entonces. Y él sigue aguardando allí, en el pozo. El pozo de Mahdi, hijo de Hasan Askari.

Así fue cómo aquel paraje montañoso pasó a convertirse en un lugar sagrado.

Año tras año, miles de peregrinos subían en mula hasta casi la mitad de la montaña, a unos dos mil quinientos metros de altitud. Allí extendían sus alfombrillas sobre las rocas, se sentaban, tomaban té, preparaban comidas y conversaban hasta la madrugada, cuando la luna desaparecía detrás de la cima. Entonces todos dejaban de hablar y se quedaban contemplando el lugar sagrado, sumido en el más profundo silencio.

De pronto, una extraña luz iluminaba la pared de la montaña, una luz que parecía provenir de alguna lámpara de aceite que estuviera en el interior del pozo. Pero se extinguía de inmediato, y los peregrinos se arrodillaban para rezar.

Todos creían, y murmuraban entre ellos, que la luz era el reflejo del farol que alumbraba las lecturas del santo Mahdi.

En efecto, el mesías leía en las profundidades, esperando el día en que pudiera salir.

El lugar donde se encontraba el pozo era inaccesible para la mayoría de la gente,

y les estaba vedado a los extranjeros, especialmente a aquellos que pretendían escalar las paredes con cuerdas y clavos.

Había aldeanos que, cual expertas cabras monteses, iban brincando de un saliente a otro por los estrechos senderos de montaña hasta llegar allí. En la aldea del Azafrán, sólo un puñado de hombres podía hacerlo. Uno de ellos era Aga Akbar.

De niño, su madre le había hablado a menudo del santo.

—¿De verdad que vive allí, en el pozo? —le preguntó él una vez.

—Sí, de verdad. Dios está en el cielo y el santo, en el pozo.

—¿Tú lo has visto?

—¿Yo? ¡No, qué va! Yo no puedo llegar hasta allí. Pero algunos hombres sí lo han logrado. Han mirado dentro y lo han visto.

—¿Quiénes? ¿Qué hombres?

—Los que llevan un pañuelo verde. ¿Nunca te has fijado? Suelen pasearse por el pueblo bien erguidos y orgullosos.

—¿Yo también puedo tratar de ir alguna vez?

—Hay que tener fuerza en las piernas, y además ser muy listo y atrevido.

Akbar realizó varios intentos, pero una y otra vez se vio obligado a abandonar a mitad de camino. En cierto punto, los senderos se estrechaban tanto que ya no osaba dar un paso más. Eran senderos practicables una sola vez; luego desaparecían. ¿Cómo regresar a casa por un camino que ha dejado de existir?

No había que pensar en esas cosas cuando uno subía a una montaña; de lo contrario nunca se llegaba hasta el pozo. Pero ¿cómo arriesgarse a ir a un lugar desde el cual probablemente no podría volver?

Ahí estaba el secreto. No se trataba sólo de tener fuerza en las piernas y ser listo, sino que también era cuestión de necesidad, de haber alcanzado el punto en que se renuncia a la vida, en que se la deja atrás, en que ya no se la necesita. Sólo entonces lograba uno su propósito.

Akbar había alcanzado ese punto. La muerte de su esposa hizo que quisiera ir al pozo para nunca más volver. Precisaba ver al santo, arrodillarse y decirle que tenía miedo, que había perdido el coraje para vivir.

En el mismo momento en que depositaban a su esposa en la caja para llevarla al cementerio, Akbar se escabulló por el fondo del jardín y emprendió la subida a la montaña para olvidarse de la vida.

Todo el mundo lo buscaba. ¿Dónde podía haberse metido, justo cuando la aldea al completo lo aguardaba en el cementerio?

Kazem Kan decidió subir a la montaña en su busca. Presentía adónde había ido, pero temía que no hubiese podido llegar hasta el pozo, que se hubiera caído y que nadie pudiese ayudarlo.

Ensilló la mula, cogió los prismáticos e inició el ascenso, hasta que el animal se

negó a seguir..., no se atrevió a seguir. Kazem Kan se encaramó a un peñasco y oteó con los prismáticos en dirección al lugar sagrado. No había ni rastro de Akbar.

Volvió a mirar, por si acaso. De repente vio una figura de rodillas, con la frente pegada al suelo..., ¿o estaba mirando el interior del pozo? No. Estaba arrodillada, tomando apuntes en escritura cuneiforme.

—¡Increíble! —se dijo Kazem Kan en voz alta.

El bueno de Akbar había logrado llegar hasta el pozo.

¿Qué podía hacer por él? Nada. Nadie podía hacer nada por él. Kazem Kan se rió de nuevo, y la montaña le devolvió el eco de su risotada.

—Lo ha conseguido. ¡Mi querido Akbar! ¡Bien hecho! ¡Bien por él! ¡Y bien por mí! Que lllore todo lo que quiera. Y que escriba. ¡Ja, ja, ja! Añoro mi pipa. Dios mío, ojalá hubiese traído mi ración de opio. Me habría sentado aquí mismo en la roca a fumar tranquilo, observando a Akbar.

¿Cómo iba a volver su sobrino? No había por qué inquietarse. Quien es capaz de llegar hasta el pozo también sabe regresar. Las cabras monteses, que son tan listas, siempre regresan.

¿Qué debía hacer? ¿Quedarse a esperarlo o volver a casa?

Se fue a casa, pues tenía un buen motivo para extender su alfombrilla de fumar y celebrarlo. Quizá fuera poco adecuado, vista la reciente defunción de la mujer de Akbar, pero también la familia de ella debería haberles advertido de que su hija estaba tan enferma.

—No guardaremos duelo, sino que lo festejaremos; tenemos que ayudar a Akbar a olvidar a la fallecida. Mañana, sin más tardanza. No, ahora mismo, esta misma noche. Los llamaré a todos: «¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Subid al tejado! ¡Saludad a mi sobrino! ¡Ha conseguido llegar al pozo!».

Kazem Kan fue directamente a casa de su hermana mayor:

—¿Dónde estás? ¡Ve en busca de un pañuelo verde para Akbar! ¡Es nuestro hombre! Nuestro Akbar lo ha conseguido. Está junto al pozo. Toma, ten los prismáticos. ¡Date prisa! ¡Sube a la azotea y mira! ¡Todavía está allí!

Sin pérdida de tiempo, se dirigió a la mezquita, donde continuaban llorando a la desaparecida novia, se apeó de la mula y entró corriendo.

—¡Atención! ¡Alá, Alá! ¡Mirad, traigo un pañuelo verde! ¡Coged estos prismáticos y subid a la azotea para verlo antes de que anochezca! ¡Akbar ha conseguido llegar al pozo!

En plena noche, cuando todos temían que nunca más volviese, una sombra apareció en la plaza del pueblo. Akbar.

Llorando, Kazem Kan le colgó el pañuelo verde al cuello.

Antes de la llegada del ferrocarril, un gran misterio envolvía las proximidades del pozo. Se decía que incluso los pájaros volaban más despacio y bajaban la cabeza al

pasar sobre él.

Sin embargo, con el tendido de la vía férrea todo cambió. Hasta entonces, el pozo había sido sinónimo de inaccesibilidad, pero ya no era así. Aunque resultaba difícil decir si la santidad del sitio había aumentado o disminuido con la llegada del tren.

Durante los dos primeros años desde que el ferrocarril empezó a circular por la montaña, el pozo sagrado continuó siendo inalcanzable.

Los montañeses hacían caso omiso del tren. Era como si esas extrañas modernidades no tuviesen nada que ver con ellos. Bien mirado, ese ferrocarril que llegaba hasta la frontera con los rojos era del sha Reza, no de las gentes del lugar. Sin embargo, poco a poco se fueron habituando a la senda de hierro que serpenteaba entre las rocas, y cada vez se veían más peregrinos andando por las vías para subir la montaña.

—¡Mirad! ¡Un camino! ¡Un camino divino tendido a nuestros pies!

¿Por qué seguir cogiendo aquellos peligrosos senderos, habiendo una vía férrea? Además, ésta permitía aproximarse un poco más al lugar sagrado. (De los apuntes de Aga Akbar no se desprende que él también optara por ese camino).

Una vez descubierto el nuevo itinerario celestial, la gente trató de enseñar a las mulas a andar entre las vías, pero ellas se negaban: las traviesas con olor a petróleo les daban miedo y no se atrevían a apoyar las patas en ellas. Sobre todo las más viejas y experimentadas se resistían a hacerlo y se escapaban.

Intentaron utilizar animales más jóvenes. Por aquella época se veía a los comerciantes dedicar días enteros, a veces hasta semanas, a instruirlos para que apoyasen las patas en las traviesas.

Así llegó al monte del Azafrán una generación de bestias que, en cuanto se les embadurnaba el morro con un poco de petróleo, se plantaban en medio de las vías. Los peregrinos montaban entonces en ellas y emprendían la marcha.

Al principio, muchos no se aventuraban a subir de esa manera, sobre todo los mayores. Pero no tardaron en aparecer por la montaña incluso ancianas con velo que avanzaban entre los raíles sobre una mula, soltando risitas nerviosas.

El flujo de peregrinos creció rápidamente. Hombres de todas las comarcas del país acudían a la aldea del Azafrán cargando a hombros a sus hijos enfermos, sus mujeres enaguadas o sus padres enclenques, y alquilaban mulas.

Sin embargo, aquello no duró mucho tiempo. Los viernes por la tarde, cuando sonaba, siempre de modo inesperado, el pitido del tren, a las bestias les entraba tal pánico que se sacudían del lomo a los fieles y se precipitaban hacia sus establos en la aldea. En una ocasión, un peregrino se rompió una pierna, y otro incluso se partió la nuca. Otra vez, a una mula se le quedaron atascadas las pezuñas entre las traviesas, y otra, a una anciana se le enganchó el velo en una tuerca.

Un buen día llegaron unos camiones cargados de vallas y alambre de espino. Decenas de peones traídos de la ciudad instalaron una cerca y tendieron una alambrada para que ni una serpiente pudiese colarse a las vías.

Con todo, la gente descubrió un nuevo camino, una nueva manera de llegar hasta el pozo sagrado, aunque no era para cualquiera. Estaba reservado a los mozos fuertes y listos.

Al principio sólo unos pocos eran capaces de recorrerlo, pero su número fue creciendo considerablemente. Los jóvenes se jugaban el tipo para conseguir el pañuelo verde. Suponía un reto enorme. Un gran desafío. Tal vez la mayor prueba de toda su vida.

Subían hasta donde ya no había alambre de espino, y allí, en una elevación, esperaban en la oscuridad la llegada del tren. Cuando éste pasaba, saltaban al techo.

Hasta ahí la cosa no resultaba muy difícil. Casi todos los que se atrevían lo lograban. Pero después de unos quince minutos de marcha, el tren tomaba una curva cerrada y ése era el momento decisivo. Los que viajaban encima debían correr a toda velocidad por el techo para lanzarse a tiempo sobre cierto peñasco.

Una buena sincronización, flexibilidad de movimientos y arrojo constituían los requisitos principales para aterrizar en el punto exacto.

Si no se lograba caer bien, al día siguiente el cadáver o el cuerpo maltrecho del desafortunado era cargado a lomos de una mula.

Quien conseguía caer de pie sobre la peña y permanecer inmóvil, como un tigre o como una auténtica cabra montés, debía dar enseguida una señal convenida, pues toda la aldea esperaba con ansiedad en las azoteas. Si la cosa acababa bien, había que disparar una flecha iluminada.

En cuanto se vislumbraba alguna señal desde la roca, un arquero encendía una antorcha y la lanzaba al aire.

El resto de la marcha ya no era tan difícil. Lo único que había que hacer para llegar hasta el pozo era escalar siete paredes un tanto empinadas. Pero eso casi siempre lo conseguían.

Al día siguiente, cuando el afortunado regresaba temprano por la mañana, los niños y los ancianos salían a su encuentro para darle la bienvenida. Todos querían abrazarlo y tocarle los ojos, puesto que había visto el pozo y al santo leyendo su libro a la luz de una lámpara de aceite.

La situación no podía seguir así. Como ya ha quedado dicho, Reza Kan quería modernizar el atrasado país agrícola. Prohibió a las mujeres de Teherán llevar velo. Sus policías metían en camiones a las que lo usaban y las encerraban en calabozos. El sha encargó a París miles y miles de sombreros.

Su sueño se había hecho realidad. Sus trenes circulaban hacia los cuatro puntos cardinales, hasta las fronteras del país. Reza Kan no vacilaba. Fuera el clero, fuera la superstición y todos los santos que yacían en pozos aquí y allá leyendo libros.

¡Fuera ese pozo! Ordenó que lo quitasen de en medio, que se librasen de él y que enviasen a sus casas a los peregrinos.

¿Quién se atrevería a hacerlo? ¿Quién se atrevería a tocar el pozo y detener a los fieles? Nadie. Prenderían fuego a la casa de quienquiera que lo intentara.

Sin embargo el sha insistía. No quería que subiese a la montaña ningún creyente más.

Pero no le hacían caso. La gente seguía acudiendo hasta allí con sus enfermos a cuestas y se ponía a rezar.

Hasta que un día aparecieron unos carros blindados de los que salieron decenas de policías con armas en posición de abrir fuego.

—¡A casa! —gritó uno de ellos.

Nadie obedeció.

—Aunque sea una simple mula la que suba, la mataré a balazos. ¡A casa! —repitió otro.

Un anciano se puso en marcha. El policía lo apuntó con el fusil, pero disparó al aire.

—*La ilaha ila alah* —exclamó alguien.

—*La ilaha ila alah* —respondieron cientos de peregrinos, y comenzaron a ascender todos juntos.

Nuevos disparos al aire.

No surtió efecto. Uno de ellos se atrevió a abrir fuego contra la multitud, y dos hombres cayeron. Temerosos, los policías se precipitaron hacia los carros blindados, perseguidos por los fieles, pero los conductores partieron a todo gas.

Al día siguiente se movilizó Qom, la ciudad sagrada. Los altos cargos eclesiásticos que habían sido detenidos habían ordenado a sus seguidores que hicieran huelga y cerraran los zocos.

Reza Kan se enfureció.

—¡Selladles el pozo sagrado a cal y canto! —exigió.

¿Quién osaría hacerlo?

Nadie.

—¡Pues entonces lo haré yo mismo! —dijo.

Una mañana temprano, se oyó en el monte del Azafrán el pitido de un tren muy curioso, más corto que los habituales. La gente comprendió enseguida que se trataba de algo excepcional. Nadie había visto nunca uno tan corto. El pueblo entero subió a la azotea para ver lo que pasaba. La extraña máquina se acercó lentamente a la famosa curva desde la que los muchachos se arrojaban sobre el peñasco, y detuvo la marcha. Reza Kan se apeó y, secundado por varios asistentes, ascendió hasta el pozo sagrado. Cinco expertos escaladores, provistos de sacos de cemento, palas y cubos de agua, subieron tras él. El sha extendió su capa militar en un peñasco y plantó las botas en el borde del pozo. Nadie había hecho eso en trece siglos.

—¡Traed aquella roca y ponedla aquí! —exclamó.

Los cinco hombres la levantaron y, con manos temblorosas, la depositaron en la boca del pozo.

Y así fue cómo éste quedó cerrado.

A continuación, el sha declaró los alrededores del pozo zona militar, a la que sólo tendrían acceso las cabras reales.

Esa misma tarde voló a la ciudad sagrada de Qom, a la que llegó a medianoche. Los comerciantes en huelga del zoco se habían reunido en la mezquita dorada, donde un joven imán profería una ferviente alocución contra el sha. Éste, desde la acera donde se había detenido a escucharlo, ordenó:

—¡Apresadlo!

Arrestaron a todo el mundo. A todo el mundo menos a un joven y astuto clérigo llamado Jomeini, que se escabulló por los tejados.

Ni el diablo en persona habría podido sospechar aquella noche que, cincuenta años más tarde, ese imán arrancararía de raíz el reino de Reza Kan.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los países aliados obligaron al sha a abandonar el país. No tenía opción; lo enviaron a El Cairo y allí falleció.

Los mismos gobiernos occidentales ayudaron a su hijo (quien más tarde sería conocido como el sha de Persia) a subir al trono.

A la sazón, Aga Akbar vivía en el monte del Azafrán. Habían pasado varios años desde la muerte de su esposa, y aún no le habían encontrado una mujer adecuada, por lo que con cierta frecuencia acudía a dormir con la joven prostituta, lo que desagradaba a Kazem Kan. Un tiempo después, se le ocurrió la idea de enviar a su sobrino a Ispahán.

Ispahán

*Acompañamos a Akbar a Ispahán.
Allí tejemos alfombras. No hacemos nada más.
Nos sentamos todas las noches en el tejado de la mezquita
de Yome, una de las más antiguas de Persia,
a contemplar la oscuridad.*

El poeta Pieter Nicolaas van Eyck (1887—1954), holandés de nacimiento, consideraba que la vida era en realidad buena y bella, pues estaba llena de misterios y sufrimiento. Uno de sus poemas más conocidos lleva por título «El jardinero y la muerte».

*Un noble persa cuenta:
Mi jardinero ha entrado esta mañana
gritando horrorizado: «¡Alá me valga!
Estaba yo podando los rosales
y ha venido la Muerte a visitarme.
Bañado en sudor frío me he escapado
del gesto de amenaza que ha esbozado.
¡Pronto, señor, dadme vuestro alazán
y esta noche estaré ya en Ispahán!»
Y salió volando... Sin embargo, esta tarde
me he encontrado a la Muerte en el parque.
Esperaba a que yo hablase el primero:
«¿Por qué has amenazado al jardinero?»
Ha sonreído y me ha dicho: «No quería asustarlo;
ha sido un gesto de sorpresa al encontrarlo
aún aquí, afanado en su rosal,
cuando esta noche he de llevármelo en Ispahán».*

Un poema conmovedor. Una historia conmovedora. Emocionado, Aga Akbar se dirigió a caballo con Kazem Kan a una estación desierta para partir rumbo a Ispahán.

Su tío quería mantenerlo alejado unos meses, o tal vez incluso un par de años, de la aldea. Ya había convenido con un amigo suyo de Ispahán que le enviaría a su sobrino.

Kazem Kan deseaba liberarlo del aislamiento del pueblo, que, según él, sólo era propicio para los sordos, los ciegos, las mujeres ancianas y los hombres fumadores. Ya era hora de que Akbar se fuese a vivir y trabajar solo y de que conociera a otra gente. Pero ¿adónde podía mandarlo?

Fumar opio crea una adicción muy fuerte. Adondequiera que se vaya, siempre se depende de una pipa, una tetera, un hornillo recién encendido, azúcar, tazas de té especiales, una cuchara limpia, una alfombrilla y un lugar tranquilo y seguro con vistas a una arboleda, unas montañas o un bonito paisaje.

Por eso, los fumadores de opio dependían unos de otros y mantenían contacto entre ellos. En todos los rincones del país contaban con amigos o conocidos que los

acogían en sus casas para fumar.

Kazem, en particular, tenía muchos: poetas y famosos diseñadores de alfombras, hombres todos ellos de elevada posición social, uno de los cuales residía en Ispahán.

Llegó el tren y Aga Akbar subió a él. Era su primer viaje en ferrocarril. Kazem Kan le había metido en el bolsillo un papelito en el que había apuntado lo más importante: el nombre y las señas de su amigo de Ispahán, su propia dirección en la aldea y la dirección telegráfica del sargento al mando de la gendarmería.

Akbar abandonaba por primera vez su pueblo natal y viajaba a Ispahán, la ciudad que algunos llaman «el ombligo del mundo», donde pueden admirarse las mezquitas más antiguas de Persia, a las que siglos atrás los constructores de templos dotaron de las más hermosas tonalidades azul celeste y cuyas paredes adornaron con miles de dibujos misteriosos que te hechizan de tal modo que ya no sabes dónde estás ni adónde vas.

Detrás de la mágica plaza de Nagshe Yahan^[10] hay un cementerio antiquísimo, donde aún hoy pueden verse restos de lápidas de la época de los sasánidas. En él está sepultado el jardinero persa, es decir, el de aquel poeta holandés. En su losa se lee el texto siguiente: «Aquí yace el jardinero, el hombre que un día escapó durante un momento a la Muerte».

Desde esa tumba puede verse, a lo lejos y un poco hacia la izquierda, un cedro gigantesco. El milenario sendero empedrado que conduce a él a través de los rosales desemboca en un zoco, el más antiguo del país y el más hermoso que existe en el mundo musulmán. Allí pueden admirarse las más fabulosas alfombras persas. En todas las tiendas hay apiladas cientos de ellas. Al fondo suele haber un taller donde trabaja algún experto tejedor entrado en años, que en realidad no teje alfombras, sino que las restaura. Las que se venden en el zoco son muy caras, y a veces esas piezas únicas se dañan. Por eso, siempre tiene que haber un reparador experimentado, un maestro, capaz de hacer maravillas con la aguja y un manojo de hebras de colores.

En una de esas tiendas trabajaba un conocido reparador de alfombras llamado Bejzad ebne Shamsololama, cuyos dedos tenían magia pura. Era él quien aguardaba a Aga Akbar en la estación de Ispahán.

El tren llegó tras veintitrés horas de viaje.

Aga Akbar descendió.

—Presta atención a lo que voy a decirte —le había insistido su tío. —Cuando bajes del tren, espera allí hasta que acuda a recogerte un hombre mayor con gafas y bastón.

Todo debió de salir bien, puesto que pasado un tiempo podía verse en el salón de la casa de Akbar, sobre la repisa de la chimenea, una foto en blanco y negro en la que aparecía posando junto a un hombre que llevaba gafas y un bastón. Observándola con

detenimiento, se distinguía vagamente, en una pared del fondo, un cartel con la leyenda «Ispahán» en persa.

Aga Akbar vivió allí año y medio, trabajando de sol a sol en aquella trastienda. Cuando el taller cerraba, él se retiraba a su habitación de la azotea.

La ciudad le causó un gran impacto. Más tarde haría continuas referencias a ella. Cuando veía en alguna parte una alfombra de Ispahán, decía:

—Mira, está hecha en Ispahán. ¿Has estado allí alguna vez?

Aprovechaba cualquier ocasión para contar cosas de las mezquitas. Señalaba al cielo para describir los azulejos de la del jeque Lotfolah, una de las más hermosas de la ciudad. Un templo construido como desafiando al templo del universo.

Y para expresar su admiración por la antiquísima de Yome, cogía un ladrillo, lo levantaba y lo dejaba caer. Con eso quería decir que las piedras con las que había sido construida procedían del cielo.

Cuando se refería al zoco, se llevaba la mano a la boca y miraba extasiado alrededor, queriendo indicar con ello que a veces extendían allí alfombras mágicas, que hacían que se te abriera la boca de asombro.

Pero ¿cómo explicar en aquel sencillo lenguaje de gestos lo que era Ispahán? Simplemente, la gente no lo entendería. Necesitaba un hijo, un Ismail que supiera transmitir el significado de sus mensajes.

—¿Y qué otras cosas hacías allí, es decir, por las noches cuando terminabas el trabajo, o los viernes, cuando librabas, qué hacías, aparte de reparar alfombras?

—Los viernes acudía a la oración. Iba muchísima gente.

—¿Y después?

—Me quedaba en la mezquita hasta que caía la noche.

—¿Y luego?

—Subía al tejado a contemplar la oscuridad.

—¿Y qué más?

—¿Cómo que qué más?

—¿Y las otras noches? ¿Qué hacías las otras noches?

—Mirar.

—¿Cómo? ¿Mirabas la oscuridad todas las noches desde la azotea?

—Observa mi pecho, aquí, a la izquierda. Sentía algo. No sé qué, pero algo me dolía. No, no era dolor. Era otra cosa. Un sentimiento... ¿Cómo explicarlo? Quería volver.

Por fin le permitieron regresar a su casa.

—Caí enfermo. Ya no podía reparar alfombras. Me dolía la cabeza. Elegía las hebras equivocadas. En vez de una verde, escogía una azul. Eso no estaba bien. Fui a donde el patrón, apoyé la frente en el dorso de su mano y me eché a llorar.

El anciano acompañó a Akbar hasta la estación y se despidió de él. Tras un largo

viaje, el tren se detuvo a media noche en el pequeño apeadero del monte del Azafrán. El revisor le avisó que había llegado, Akbar se bajó y se dirigió a la montaña para empezar una nueva vida.

Pero, a mitad de camino, tomó un sendero que, después de una hora de subidas y bajadas, lo condujo hasta la casa de la joven prostituta.

Golpeó la puerta, pero la joven no abrió, temiendo que fuese un borracho. Volvió a llamar. No hubo respuesta. Entonces él le gritó:

—Aaiaaá iaiaiaíá aaiaiaíá iá iá aiá aiá iá.

—¿Akbar, eres tú? —contestó una voz desde arriba.

La muchacha bajó a abrir, lo abrazó y lo hizo entrar. Él se quedó a dormir, y pasaron juntos el día siguiente. Sólo al caer la tarde, regresó a su casa.

Cuando a la mañana siguiente se encontró en la plaza del pueblo, refiriendo a los pueblerinos las maravillas de Ispahán, todos le miraban las manos. Los colores de las alfombras que aún le teñían los dedos eran diferentes de los que utilizaban en las aldeas. El azul de Ispahán procedía del cielo, el amarillo estaba copiado del color de las piedras centenarias, y el verde era distinto del de la hierba del monte del Azafrán.

Todos sabían que Akbar había aprendido nuevas técnicas: los estilos de Ispahán.

También lo fue demostrando en la práctica. Los clientes le pedían que fuese a sus casas, con un interés que nunca antes habían mostrado.

¿Que ha caído una brasa incandescente en la alfombra? No importa. Akbar la repara. Hace desaparecer el agujero como por arte de magia. ¿Que una rata ha roído un trozo de la alfombra que forma parte de la dote de la novia? No llore, tranquilícese. Salgo ahora mismo a buscar a Akbar.

La gente lo recibía como a un noble, y él se comportaba como un verdadero maestro, orgulloso de su buen trabajo. Siempre llevaba colgada al hombro la bolsa de cuero para las herramientas que se había traído de Ispahán. Cuando llegaba a casa de algún cliente, desmontaba del caballo, se ponía la bolsa bajo el brazo y llamaba a la puerta. Exactamente igual que el viejo Shamsololama. Enderezaba la espalda y preguntaba:

—¿Dónde está la alfombra?

En una ocasión, Ismail le preguntó a Kazem Kan:

—¿Por qué mandó usted a mi padre a que aprendiera ese oficio?

—Pues mira, hijo mío: tejer alfombras no era una actividad que tuviese mucho que ver con nuestra familia; ni siquiera nuestras mujeres se habían dedicado nunca a ella. Eso era más bien para aldeanos corrientes y campesinos que en las largas noches de invierno no tenían nada que hacer. Sin embargo, quise que aprendiera ese oficio; aunque pronto me di cuenta de que no estaba hecho para él. Tu padre necesitaba ser libre, poder moverse. No era capaz de dedicar dos, tres o incluso cinco años a fabricar

una pieza. Precisaba algo que lo ocupara un par de horas, no más. Por eso pensé que lo de reparador le iría bien. Arreglar alfombras no es un trabajo tedioso; puede resultar incluso muy interesante. No creas, se necesita cerebro para ello. En realidad, hay que ser un artista. ¿Entiendes lo que quiero decir? Y yo sabía que tu padre tenía alma de artista.

—¿De artista?

—Así es, de artista, de dibujante, de..., ¿cómo decirlo? Por aquella época no se hablaba de esas cosas. Había que salir a trabajar, tejer, segar, arar, ganarse el pan. ¿Tú qué habrías hecho en mi lugar? Reparar alfombras, hijo mío, era el mejor oficio que podía aprender. Por todas partes hay piezas dañadas que necesitan arreglo. Tu padre podría ir a donde hiciera falta. De esa manera podría ganarse el sustento, tejiendo, tiñendo, cepillando y diseñando como un artista. En las alfombras uno puede plasmar sus pensamientos. Tu padre era un poeta sordomudo y analfabeto. Ya te lo he dicho en alguna ocasión. Necesitaba canalizar sus pensamientos de algún modo, ya fuese en su cuaderno de escritura cuneiforme o en el agujero de una alfombra.

Así pues, con su cuaderno en el bolsillo y la bolsa de herramientas al hombro, Akbar iba cabalgando de pueblo en pueblo.

Nadie sabía cuándo se sentaba a escribir. Y menos aún sobre qué. El cuaderno se había convertido en parte de su persona, estaba inseparablemente unido a él, como su corazón, que bombeaba sin que nadie reparara en ello. Pero Ismail sí sabía cuándo escribía su padre, cuando necesitaba plasmar las cosas que no comprendía y que no alcanzaba a explicar con su lenguaje de gestos. Cosas inalcanzables, incomprensibles, impalpables, que de pronto lo conmovían y que se quedaba contemplando impotente. La muerte, por ejemplo, o la luna, la lluvia que caía, el pozo y, por supuesto, el amor: aquella sensación indescriptible que afectaba al corazón. Y también los acontecimientos más relevantes que habían jalonado su vida, uno de los cuales ocurrió cuando se dirigía a la aldea de Savodshbolaj.

Aga Akbar le había relatado varias veces la historia, e Ismail entendía más o menos de qué trataba, pero los hechos no le quedaban del todo claros.

Un buen día, cuando tendría diez o doce años, su padre se lo llevó con él.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás —gesticuló—. Tengo un amigo que vive por aquí. Él sabrá contarte la historia. Conoce todos los detalles.

—¿A qué historia te refieres?

—A la del servicio militar. Ya sabes. Anda, vamos, acelera un poco el paso.

Ismail habría preferido no seguir subiendo. Cuando al cabo de hora y media de marcha alcanzaron el pueblo, Akbar pasó de largo sin detenerse. Empezaba a oscurecer y los aldeanos ya estaban encendiendo las lámparas de aceite.

—¿Adónde vamos ahora? —protestó Ismail.

—A aquella casa. ¿La ves? Allí a lo lejos, donde hay una luz.

Akbar no había considerado en ningún momento que la ascensión pudiese ser demasiado agotadora para su hijo, que los niños de ciudad eran distintos de los que vivían en las montañas.

—Venga, ya casi estamos.

Después de otra media hora, llegaron por fin a la casa, vigilada a ladridos por un enorme perro negro.

Un campesino salió a su encuentro con una lámpara en la mano.

—¿Quién anda ahí?

Con su voz muda, Akbar gruñó:

—¡Aka, Aka, Akba, Akba, Isma, Isma, Isma!

—Ah, eres tú, Akbar... *Salam aleikum!* ¿Cómo te llamas, chaval? ¡Adelante, adelante! ¡Quieto, chucho! Vamos, pasad.

El perro desapareció en la oscuridad y entraron en la casa.

—Ismail... De modo que te llamas Ismail, hijo de Aga Akbar. ¡Alá sea loado! Sabía que Akbar tenía un hijo, pero no esperaba encontrarme un jovencito tan educado e inteligente. ¡Qué honor! Bienvenidos a mi modesta morada. Pasa, pasa, muchacho. ¡Huy, qué alegría! ¡Qué honor! —Seguidamente, llamó a su esposa—: ¿Dónde estás? ¡Ven a ver quién ha venido!

Ella acudió y miró sorprendida a Akbar, que tenía a Ismail cogido por el hombro.

—¿Así que éste es tu hijo? —gesticuló. —¡Por Alá! ¿Quién hubiese dicho que Aga Akbar llegaría a tener un hijo así? —Besó a Ismail en la frente. —Bienvenido seas, muchacho. Nosotros no tenemos descendencia, de modo que tú serás nuestro hijo. Bienvenido. Ésta es tu casa. Somos amigos de tu padre. Pasa, siéntate en aquella alfombra si quieres.

La mujer entró en la cocina, y un momento después apareció con una gran bandeja de latón llena de viandas sobre la cabeza.

Mientras comían, hablaban del pasado, sin que Ismail tuviera que traducir nada, pues se entendían a la perfección. Finalmente, llegó el momento de pedirle al campesino que le narrase la historia de su padre.

—¿Es que todavía no la conoces, muchacho? Pero, claro, ¿cómo habrías de conocerla si aún no te la he contado...?

Akbar seguía con atención los movimientos de la boca de su amigo, como si pudiera oír sus palabras.

—¿Sabes quién es el sha Reza Kan? ¿Alguna vez has oído o leído algo de él?

—¡Por supuesto! En el libro de la escuela hay una foto suya en blanco y negro. Lleva una capa militar y un bastón bajo el brazo.

—En efecto. ¡Por Alá, los niños de ahora! Lo saben todo. Así es; era el padre del actual sha. Cuando Reza Kan era joven, aún no existía el servicio militar, pero cuando se convirtió en sha, ordenó que todos los muchachos lo hicieran. Nosotros, por supuesto, nos negábamos. Porque ¿quién iba a labrar la tierra? ¿Quién iba a arar y

segar mientras tanto? Si nos ausentábamos durante dos años, los campos se echarían a perder. Por eso, en cuanto veíamos aparecer a un gendarme, corríamos a escondernos en las azoteas o en los pajares de los establos. Pero, a veces, entraban de repente en el pueblo decenas de ellos y prendían a todo mozo que encontrasen. ¿Te imaginas, muchacho? Te agarraban, te metían en una furgoneta y te llevaban con ellos. Y ya no regresabas a tu casa en dos años. Reza Kan era muy severo.

—¿A usted también lo cogieron?

—Así es, y me dieron una paliza. Un buen día apareció una de esas furgonetas y bajaron de ellas un montón de gendarmes. Todos los mozos pusieron pies en polvorosa y corrieron a ocultarse en las azoteas, en los pozos de agua, en lo alto de los árboles... No puedes imaginar los escondites que elegían. En cuestión de segundos, no quedaba un solo joven en el pueblo. Los policías empezaron a disparar al aire, justo cuando tu padre atravesaba la plaza desierta montado en su caballo, camino del trabajo.

—¿Y dónde estaba usted en ese momento? ¿Escondido?

—Eres un muchacho muy listo. Prestas atención. Yo estaba tumbado en la azotea de la mezquita sin apartar la vista de los gendarmes.

Akbar se rió.

—¿Te acuerdas? —gesticuló el campesino. —Akbar, ¿lo recuerdas? Ellos disparaban al aire y..., claro, tú no oías los tiros.

—No, no los oía —confirmó Akbar dirigiéndose a Ismail.

—Pues bien, él atravesaba la plaza con la espalda erguida, cuando divisó a unos gendarmes armados. Se detuvo un momento a mirarlos, y luego continuó su camino tranquilamente. «¡Alto!», le espetó uno. Pero Akbar no lo oyó. «¡Alto, he dicho!». No había nadie en la plaza que pudiera explicarle a aquel hombre que Akbar era sordomudo. «¡Alto! —ordenó por tercera vez. —¡Si no te detienes, disparo!». ¡Por Alá, qué momento! Y yo, tumbado en la azotea, observándolo todo.

—¿Y qué pasó?

—La cosa no fue nada difícil. Bueno, en realidad sí lo fue. Lo único que tenía que hacer era ponerme en pie y gritar: «¡No! ¡No dispare!».

—¿Y lo hizo?

—Por supuesto. Me levanté enseguida con los brazos en alto y grité: «¡Es sordo! ¡No disparen! ¡Es sordo!».

—¿Y qué ocurrió?

—El agente me apuntó con el fusil y me dijo: «¡Abajo!».

—¿Y mi padre?

—Él no oía nada, y no se dio cuenta de lo que pasaba. Continuó su marcha como si tal cosa. Los gendarmes querían cogerme primero a mí. «¡Baja de ahí! ¡Salta!», me gritó el que me estaba apuntando. ¡Pretendía que saltara desde lo alto de aquella azotea! ¿Te has fijado en la mezquita de la plaza?

—No, no hemos pasado por el pueblo.

—Tiene un tejado muy alto. Yo salté. Todavía me duele el talón del pie derecho, muchacho. En fin, me ataron las manos con una cuerda y me obligaron a subir a la furgoneta. Luego fueron en busca de tu padre. No se creían que fuese sordomudo.

—¿Por qué?

—Porque no. Porque lo veían montado en su caballo con la espalda recta y con mucho aplomo. No podían creer que los oídos de un hombre así no oyesen, y que no hablase.

—Y entonces ¿lo detuvieron?

—Así es. Le quitaron el caballo y le pegaron una paliza. Luego lo ataron y lo metieron conmigo en la furgoneta. Y así fue cómo tuve que hacer el servicio militar durante dos años.

—¿Y mi padre?

—Es una larga historia; mejor tomemos un té primero.

La campesina llevó té para Akbar y su marido, y unos bollos dulces para Ismail.

—¿Nunca te habían contado esta historia?

—No de esta manera. Mi padre ha intentado contármela muchas veces, pero no me imaginaba que hubiera sucedido así.

—Yo la he oído más de un centenar de veces. Tu padre solía visitarnos muy a menudo. Y nada más sentarse, todos empezaban a hablar de los gendarmes y el servicio militar.

El campesino apuró el té y continuó la narración.

—Les juré a los policías que Akbar era sordomudo. Pero no me hicieron caso y nos llevaron a un cuartel de la ciudad. Claro, por aquel entonces mucha gente fingía ser sordomuda para librarse del servicio militar. Muchos afirmaban que eran ciegos, aunque no lo fuesen. Otros se cortaban el dedo índice para no poder apretar el gatillo. Por eso se negaban a creer a tu padre. Y lo metieron en un calabozo.

—¿Como un presidiario?

—Así es.

—¿Y él qué hizo?

—No lo sé. Para mí que no entendía lo que pasaba.

—¿Cómo es posible? Algo debía de entender. ¿No sabía qué era el servicio militar?

—Creo que no. Y yo tampoco exactamente. Tenía miedo; todos teníamos miedo. Hasta las muchachas del pueblo lloraban por nosotros, pensando que nunca más regresaríamos.

—¿Por qué lo encerraron?

—A los sordomudos los metían en una celda y no les daban nada de comer durante mucho tiempo, y tampoco de beber, ni una gota de agua, hasta que al final abrían la boca y rogaban: «¡Agua, por favor, un poco de agua! Oídmeme, que no soy mudo, agua, ¡por favor, una gota de agua!». Yo temía que Akbar se deshidratase. Tenía que hacer algo.

—¿Y no podía usted ir a ver a algún oficial, o a algún general? —le preguntó Ismail.

—No, esa gente era inalcanzable. Y tampoco me atrevía. Había vivido siempre en el pueblo, nunca había estado en la ciudad, jamás había visto a un oficial ni a un general. Pero entonces ocurrió algo que empeoró las cosas. Encontraron un cuaderno muy extraño en el bolsillo del abrigo de tu padre.

—¿Qué cuaderno? —preguntó Ismail.

—Yo no sabía nada de la existencia de ese cuaderno. Y menos aún que lo llevase encima. Los agentes se reunieron para debatir el asunto: «¿Qué es esto? ¿De dónde habrá sacado este hombre esta escritura con caracteres cuneiformes?». Las cosas se estaban poniendo feas para Akbar. Me mandaron llamar para que me presentase en el despacho de los gendarmes. El jefe de ellos me preguntó si sabía algo del cuaderno. No, yo no sabía nada. Lo examiné. No podía leerlo. Pero me di cuenta de que no se trataba de un cuaderno cualquiera. Estaba escrito con una letra muy curiosa, como si un niño hubiese dibujado cientos de clavos. Fueron a buscar a tu padre. Había perdido peso. Estaba en los huesos por falta de alimento.

»—¿Qué es esto?

»—Es mío —respondió con gestos.

»—¿De dónde lo has sacado?

»—Lo he escrito yo —dijo a entender.

»—¿Tú? ¿Tú has escrito esto?

»—Sí.

»—¿De qué trata?

»—De las cosas que tengo en la cabeza —gesticuló.

»No lo entendían, no lo creían.

—¿Y usted? ¿Lo creía usted?

—Conocía a tu padre, pero no siempre comprendía lo que decía. Para ser sincero, me entró la duda. Temí que le hubiese robado el cuaderno a alguno de aquellos extranjeros expertos en escritura cuneiforme.

»—Mi tío —gesticuló Akbar de repente. —Mi viejo tío lo sabe. Es él, él mismo, quien me ha enseñado a escribir aquí las cosas que tengo en la cabeza.

»—¡Está bien! Vamos a ver al general —ordenó el gendarme.

»Entonces nos llevó a otro despacho, y depositó el cuaderno en la mesa.

»—¿Qué? ¿Escritura cuneiforme? —exclamó el general. —¿De dónde has sacado esto?

»—Lo hemos encontrado en el bolsillo de su abrigo —respondió el gendarme. —Y él afirma que es sordomudo. —Ahí sólo Dios podía ayudarlo.

»—Mío, es mío —gesticuló Akbar. —Mi tío, mi tío lo sabe. Cuando pienso, escribo en este cuaderno.

»—¿Tú conoces bien a este hombre? —me preguntó el general.

»—Sí, señor. Es mi amigo, un maestro, el mejor reparador de alfombras de la

región. Vive con su tío en la aldea del Azafrán.

»—¿Sabes de dónde ha sacado esto?

»—No, señor.

»—Está bien, puedes retirarte.

»No sabía qué pensaban hacer con él. Alrededor de una hora después, oí que alguien pronunciaba en voz alta su nombre: “Aga Akbar”. Los gendarmes le habían quitado la ropa y lo habían obligado a sumergirse en el agua helada del estanque.

Ismail observaba con sorpresa cómo su padre seguía el hilo del relato, asintiendo con la cabeza y esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

La campesina puso las manos sobre los hombros del muchacho y se sentó junto a él.

—Por suerte, ahora Akbar tiene un hijo que lo apoya —le dijo.

El granjero continuó su relato:

—Yo no sabía a ciencia cierta si tu padre decía la verdad, pues me costaba creer que él hubiese escrito esas cosas. Pero yo era el único que podía ayudarlo. Llegó un momento en que ya no pude contenerme. Fui corriendo hasta el estanque, me arrodillé a los pies del general, y le dije que Akbar no mentía, que era una buena persona, que había que llamar a su tío Kazem Kan.

—¿Y sirvió para algo? —preguntó Ismail.

—Afortunadamente, sí. Lo sacaron del estanque, lo cubrieron con una manta y se lo llevaron al interior del edificio. ¿Lo recuerdas, Akbar?

—Sí, lo recuerdo, todavía lo recuerdo —asintió con la cabeza.

Tres días después, Kazem Kan se presentó en el cuartel acompañado del imán de la aldea del Azafrán, el cual, tras depositar el libro sagrado sobre la mesa del general, juró que aquél era un cuaderno corriente de apuntes que imitaban la escritura cuneiforme; que aquellos signos no tenían ningún significado; que eran meros garabatos dibujados por Aga Akbar.

Muchos años después, tras la muerte de Akbar, el cartero le entregó un paquete a Ismail, que tenía a la sazón la misma edad que su padre por aquel entonces. Ismail lo abrió: era un libro, el cuaderno con los apuntes de Aga Akbar.

Se sentó en su escritorio, lo hojeó y pensó: «¿Llegaré a descubrir algún día el secreto de estas notas? ¿Cómo conseguiré que este libro hable? ¿Cómo traducirlo a un lenguaje inteligible?».

Otra mujer

*Ya hemos hablado muchas veces de Ismail,
pero en este libro aún no había nacido.
Pronto nos encontraremos con una mujer en la nieve.*

A veces sólo es cuestión de paciencia. Cuando una cosa no resulta, hay que dejarla reposar un tiempo. De este modo se da margen a la vida para que encuentre una salida por sí sola.

Kazem Kan se encontraba de viaje. Había caído casi un metro de nieve, por lo que no podía regresar a casa. Debería esperar unos días, hasta que el camino estuviera transitable otra vez.

Mientras deambulaba en busca de un fumador conocido suyo, llegó a la aldea de Jomein cuando ya oscurecía.

—¡Buenas tardes! —saludó a un anciano ocupado en quitar la nieve del camino.

—¡Buenas tardes, forastero! ¿En qué puedo ayudarte?

—Busco al cazador.

—¿A cuál de ellos? En este pueblo somos todos cazadores.

—Pues... al cazador de cabras monteses.

—Ah, sí. Ya sé a quién te refieres. En otros tiempos solía capturar cabras monteses, pero me parece que ya no logra acertarle ni a una doméstica. Al final del camino que acabo de despejar hay un viejo roble. Cuando llegues allí, coge el sendero de la izquierda, sube la colina y a lo lejos verás una casa de paredes muy largas con un arco de entrada donde hay colgado un gran cuerno de cabra. Allí vive el hombre que buscas.

Kazem Kan ascendió la colina nevada hasta llegar a la casa, pero parecía no haber nadie. Desde lo alto del caballo, gritó:

—¿Está el cazador?

No obtuvo respuesta. Golpeó la puerta con la fusta:

—¡Cazador! ¿Estás en casa?

Se oyó la voz de una mujer joven:

—¡Espere un momento! Deje que termine de retirar la nieve.

Kazem Kan no sabía de dónde provenía aquella voz, si del patio o de la azotea.

—¡Salam, forastero! —lo saludó la mujer.

Kazem Kan miró alrededor.

—¡Aquí! ¡Estoy aquí arriba! ¿A quién busca?

—¡Ah! ¡Hola! Busco al cazador.

—Está durmiendo.

—¿A estas horas?

—Sí —dijo, y desapareció.

Lo que Kazem Kan quería era un sitio para sentarse a fumar. Era su hora, y

empezaba a sentir temblores por todo el cuerpo.

—¡Eh, muchacha! ¿Dónde estás? Escúchame, soy...

De nuevo, no hubo respuesta.

—¡Por el amor del cielo!, ¿qué haces?

—Quitar la nieve, señor mío. De lo contrario, a su cazador le caerá el techo en la cabeza.

—Sal aquí un momento. Necesito urgentemente un...

—Ya sé lo que necesita usted urgentemente —le soltó. —Pero aquí no se lo ofreceremos. ¡Buenas noches!

—Te ruego que lo despiertes y le digas que Kazem Kan llama a su puerta. ¿Lo has entendido? ¡Kazem Kan!

—Pues no lo haré. En esta casa ya no entran forasteros. ¡Hasta la vista, señor!

—Me llamo Kazem Kan.

—¡Me importa un rábano quién sea usted! Ni opio, ni fuego ni un sorbo de té. No pienso darle nada de nada. ¡Buen viaje!

—¡Por Dios, qué mujer! ¡Escúchame! Tengo que fumar ahora mismo, porque si no me caeré muerto aquí, delante de tu puerta.

—Ya he oído otras veces esa cantinela.

—Esta vez es diferente.

—Su nombre no me dice nada. Por mí puede usted caerse muerto delante de mi puerta. Pero fumar... nunca más en esta casa. Porque ¿quién ha de encenderle el fuego? Yo. ¿Lo oye usted? ¡Yo! ¿Quién ha de prepararle el té? ¡Yo! ¿Ha entendido? Pues no, ya no pienso hacerlo para nadie más.

—Entonces ve a llamar al cazador.

—El cazador está muerto, ¿me ha oído? ¡Muerto!

—¿Acaso debo implorarte? ¿Acaso este pobre viejo tiene que hincarse de rodillas? Mira..., estoy a punto de caerme del caballo...

No había manera.

Kazem Kan se lo pensó e hizo otro intento.

—Te entiendo. Tienes razón, pero yo no soy un fumador cualquiera. Soy el hombre más conocido del monte del Azafrán. Leo libros y me sé cientos de poemas de memoria. También los escribo. Si me dejas pasar, escribiré un poema especialmente dedicado a ti.

No obtuvo respuesta.

—Pero ¿se puede saber quién eres? —exclamó enfadado. —¿Acaso eres su nueva mujer?

—¿Yo? ¿La mujer del cazador? ¡Qué ocurrencia! Ahora sí que no le abro ni en sueños.

Descorazonado, Kazem Kan dio media vuelta.

—¡Forastero, espere! —le dijo la joven, al tiempo que bajaba de la azotea.

Abrió la puerta y Kazem Kan entró en el patio. Al ver a la muchacha, pensó que

tal vez fuera ésa la mujer que estaban buscando. Pero esa reflexión se mantuvo flotando en el aire sólo un instante.

Se apeó del caballo, y la joven lo condujo al cuarto de fumar, donde el cazador, con la pipa todavía en la mano, se había quedado dormido junto a un hornillo ya apagado.

La muchacha juntó unas ramas de almendro secas y les prendió fuego. Cuando estuvieron incandescentes, las trasladó a un hornillo limpio de latón, puso unos trocitos de opio puro de color amarillo en un platito de porcelana y sacó una pequeña fuente de dátiles frescos.

—Aquí tiene. Para usted —dijo, y desapareció.

Kazem Kan se quedó atónito. Fumaba opio desde su juventud, pero nunca le habían preparado un juego de opio tan limpio y pulcro.

—¿Cómo te llamas?

—Tine —respondió desde otro cuarto.

—¿Cómo?

—Tine.

—¿Es un nombre persa? ¿O proviene del otro lado de las montañas, de Rusia?

Ella no lo sabía. Mientras fumaba, Kazem Kan pensó: «No resultará. No podré llevársela a Akbar ni aun pagando una montaña de oro por ella... ¿O sí? Tal vez la vida ha puesto a esta muchacha en mi camino... En fin, es un secreto que irá desvelándose poco a poco».

—¡Tine! —dijo. —¿Dónde estás? ¿Has dicho que te llamas Tine, no es así? ¡Ven aquí un momento! Tengo algo para ti.

La joven entró con té recién hecho y un cuenco de azúcar moreno del otro lado de la frontera.

—¿Es ésta la casa del cazador, o estoy en el paraíso? Gracias. Mira, te regalo esta sortija *firuze*. Yo no tengo hijos varones, ni hijas. Tú podrías ser mi hija. Por favor, pónstela en el dedo. Ven, siéntate a mi lado.

Tine se sentó cautelosamente frente a él, junto al hornillo. Con gesto vacilante, se llevó al dedo la sortija, que tenía una piedra roja incrustada, pero enseguida hizo ademán de incorporarse, como si temiese que aquel viejo estuviera gastándole una broma.

—Quédate un momento más. Eres la hija del cazador, ¿verdad? Estupendo. ¿Me permites que te haga una pregunta impertinente? ¿Vives aquí con tu padre o estás de visita?

Leyó en su mirada un temor repentino. Tine le devolvió la sortija y salió corriendo.

En ese momento se despertó el cazador.

—¡Alabado sea Dios! ¡Dichosos los ojos! ¿Estoy soñando? ¿O es ésta la realidad?

—Estás soñando —le contestó Kazem Kan. —Tengo la impresión de haber llegado al paraíso. Tu hija me ha permitido entrar. Ven a sentarte aquí conmigo. El

fuego está rojo como un rubí. Esta Tine tuya vale su peso en oro.

—A sus órdenes. Es un honor para mí que Kazem Kan sea mi huésped —dijo, y dirigiéndose a Tine, continuó—: Prepárale al señor una buena cena.

Kazem Kan sacó la cartera del bolsillo y deslizó unos billetes debajo de la alfombrilla en la que estaba sentado el cazador.

—No hace falta; es usted mi huésped. Bienvenido sea a mi casa.

—Te ruego que lo aceptes, y te doy las gracias por todo, cazador. A propósito, qué hija tan agradable tienes.

—¿Agradable? Es insufrible.

—¿Cómo insufrible?

Kazem Kan le alcanzó la pipa. Tras dar unas caladas, el hombre volvió a animarse y prosiguió:

—Se agazapa en la azotea como un tigre y no deja pasar a nadie.

—¿Vive aquí sola contigo? Quiero decir... ¿está casada?

—¿Si está casada, dice? ¡Se ha casado al menos tres veces! Odia a los hombres. Es mejor no hablarle de ellos. Cuando alguien lo hace, se pone a gritar como una loca. Las vecinas suben al tejado agitando la escoba porque piensan que quiero vendérsela a algún viejo fumador... ¡Tine!, ¿dónde te has metido?

Mientras millones de estrellas centelleaban en el cielo, Tine le sirvió al poeta una cena deliciosa. La extraordinaria amabilidad de la muchacha sorprendió a su padre.

Cuando éste se hubo dormido otra vez, Kazem Kan la llamó.

—Ven, siéntate aquí. Te ruego que aceptes la sortija. Quisiera hablar contigo. Tengo un problema y quizá tú puedas ayudarme.

—¿De qué se trata?

—Escúchame, hija mía. Te haré unas preguntas. Puedes responderlas o no. Pasaré aquí la noche y mañana me iré. Quién sabe si ha sido la providencia la que me ha traído a esta casa. Tal vez seas tú la que estamos buscando. Tengo un hijo, en fin, en realidad un sobrino, un hombre joven, fuerte y apuesto, de buena familia, pero con un problema.

—¿Cuál?

—Es sordomudo. Y aún no le hemos encontrado esposa. Buscamos una mujer inteligente, ¿entiendes lo que quiero decirte?

Continuaron hablando hasta bien entrada la noche.

Por la mañana, en cuanto el sol iluminó la nieve, Kazem Kan subió a su caballo y, aunque todavía era arriesgado viajar, se fue cabalgando a la aldea del Azafrán.

—¿Dónde está Akbar?

Preguntó casa por casa, hasta que al fin lo encontró en la de un cliente.

—Déjalo todo enseguida. ¡Venga, espabila, a los baños! Ponte el traje de Ispahán y un poco de crema en el pelo. ¡Date prisa, coge el caballo más joven y métete unos

pétalos de rosa secos en los bolsillos! ¡Anda, ven conmigo! Toma este collar. Cuando ella abra la puerta, ponte bien derecho y yergue la cabeza. Luego sacas el collar y le tiendes la mano.

Al caer la tarde llegaron a la casa del cazador. Kazem Kan golpeó la puerta y abrió Tine.

—Aquí lo tienes —le dijo Kazem Kan señalándole a Akbar, que la miraba, vestido con su traje de etiqueta negro, desde lo alto del caballo.

Llegados a ese punto, los tres permanecieron inmóviles, sin saber qué hacer. Incluso el experimentado Kazem Kan se había quedado sin palabras.

—¡Adelante, pasad! —les ofreció Tine, y dirigiéndose a Akbar, gesticuló—: ¡Bienvenido!

A Kazem Kan le asomaron lágrimas a los ojos.

—Estupendo. Eres una mujer maravillosa. ¡Venga, Akbar, apéate del caballo! ¡No te quedes ahí mirando! Entremos. Tine, hija mía, primero tengo que contarte algo. Pronto serás nuestra novia. Mañana vendrá la familia a recogerte, te llevaremos con nosotros y te acogeremos con calidez. Pero debo prevenirte: es posible que de ahora en adelante tengas una vida difícil, aunque no necesariamente, no lo sé, pero fácil seguro que no será. Sobre todo al principio. Acabas de ver a tu futuro esposo. Tómate tu tiempo, todavía eres libre de cambiar de opinión. Ve a dar un paseo entre los cedros y piénsatelo. Yo te esperaré aquí.

Pero a Tine no le hacía ninguna falta dar un paseo entre los cedros. Se acercó a Akbar y gesticuló:

—Entra. Mi padre no tardará.

—¡Válgame Dios! ¡Ay, Dios misericordioso, qué momento, qué mujer! ¿Dónde estás, cazador? Extiende tu alfombrilla y ve preparando el fuego.

Al día siguiente llegó el resto de la familia, cargados de oro, plata, vestidos, telas, nueces, pan, carne, ovejas, gallinas, gallos, huevos y miel. Todo para obsequiárselo al cazador. Envolvieron la cabeza de Tine en un velo blanco y la ayudaron a subir a su montura. No hubo festejos, ni canciones, ni invitados, tan sólo una novia a caballo. Era como si nadie se atreviera a mostrar su alegría, a expresar sus emociones.

«No digamos nada, simplemente partamos», era lo que se leía en sus miradas. Aun así, el imán declamó un sura breve y melodioso:

—«*Ar rajmaan el lamal coraan. Jalajal ensaan. Al lamal beyaan. Shamse jamare hasbaan. As samae mizaan. Al habbe raihaan*».

Acto seguido, emprendieron viaje hacia la casa de Akbar.

—Ésta es tu casa, éste es tu esposo, ésta es tu cama.

Esa vez no hubo ninguna mujer escondida detrás de la cortina. Todos se retiraron de inmediato a sus casas.

—Mira, Tine, aquí tienes la olla, el pan, el té, el queso. ¡Buena suerte!

Dejaron que las cosas siguieran su curso.

Así lo había querido la providencia. La propia vida lo había determinado así. Y Tine se quedó embarazada.

Una fría noche de noviembre, Tine estaba envuelta en una manta junto a la estufa empotrada —un tipo de estufa especial alrededor de la cual se solía dormir en los inviernos crudos—, cuando dio un golpecito con el pie en la espalda de Akbar para despertarlo. Como éste sabía que el niño estaba a punto nacer, se incorporó de un salto y encendió la lámpara de aceite.

—¿Te duele? —gesticuló Akbar.

—Deprisa —le indicó Tine por señas. —Ve a buscar a la comadre.

Aun antes que las mujeres de la familia, acudieron los hombres. Uno llevó un gran samovar; otro, un gran hornillo, y Kazem Kan, opio amarillo. No se podía descartar que hubiese llegado el momento de festejar algo.

A Kazem Kan no le cabía duda, pues había consultado el Corán y la respuesta era el sura de Mariam (María):

Waa zekre fi kotob Mariam eza antabaz menahla makana sharga (...).

Cuando María se alejó de los suyos y se recogió en un lugar que daba a Oriente, tapándose el rostro con el velo para ocultarse de sus miradas, Alá le envió su Espíritu en forma de un hombre perfecto. Ella dijo: «¡Me he refugiado en Alá; dejadme en paz!». Entonces él replicó: «Soy tan sólo un enviado de Dios para darte un hijo».

Los hombres se sentaron en círculo en el cuarto de huéspedes. La espera se prolongó tanto que el fuego del hornillo casi se extinguió. Todos miraban a Kazem Kan, que lo tenía todo preparado para encender su pipa en cuanto naciera el niño. Tras un momento de silencio inquietante, se oyó el llanto de una criatura en la habitación contigua.

Según imponía la tradición de la casa, nadie debía hablar aún. La partera gesticuló:

—Es un varón.

Kazem Kan esbozó una sonrisa de oreja a oreja que dejó ver su brillante diente de oro. Poco después, la mujer de más edad de la casa tomó en brazos a Ismail y lo llevó al cuarto de huéspedes. Todos guardaron silencio, pues la primera palabra, la primera frase que llegase hasta el cerebro límpido del niño, tenía que ser un poema, un verso antiguo y melodioso; no una palabreja pronunciada por la comadre, ni el chillido de alguna tía, ni una expresión vulgar en boca de una vecina, sino un poema de Hafiz^[11], el maestro medieval de la poesía persa.

Kazem Kan se incorporó, cogió la antología de Hafiz, cerró los ojos y la abrió. En la parte superior de la página derecha, halló el poema apropiado para susurrarle al niño al oído. Acercó la boca a Ismail y canturreó con su aliento impregnado de opio:

*Bolboli barge joli dar mengar dasht
wan dar an aho nawa josh nale haye zar dasht.
Jof tamash dar ene wasl in nale wa fariad chist.
Joft yilweie mashuj ma ra bar in kar dasht.*

En otoño, el pajarillo Bolbol llevaba una hermosa pluma en el pico, y al mismo tiempo lloraba. «¿Por qué lloras? ¿Acaso no llevas un trozo de tu amada en el pico?», le decían. «Es que la pluma me trae recuerdos de ella —dijo Bolbol. Me parece verla».

El amor, la melancolía y el ardiente deseo de estar con la amada fueron las primeras palabras que alcanzaron el cerebro de Ismail.

Acto seguido, Kazem Kan entregó el niño a Akbar.

—¡Aquí tienes a tu hijo!

Las mujeres soltaron alaridos de júbilo.

La voz de Kazem Kan fue la primera que oyó el pequeño. Sin embargo, mucho después, años más tarde, cuando Ismail intentaba leer los apuntes de su padre, descubrió que los hechos habían ocurrido de un modo ligeramente distinto.

Ismail sentía una molestia permanente en el oído izquierdo. Su padre, que sabía de dónde procedía aquel dolor, le contó lo de la partera y el libro, lo del oído y su propia mudez, pero Ismail no entendió de qué le estaba hablando.

Las cosas sucedieron de la siguiente manera (así constaban, aproximadamente, en los apuntes de Aga Akbar):

Yo estaba sentado entre los hombres. No sabía si el niño había nacido ya. De repente vi el destello del diente de oro de Kazem Kan, y comprendí que el bebé había llegado. Entonces entró la mayor de mis tías con él en brazos. Temía que fuese sordomudo como yo y quise comprobarlo. No debería haberlo hecho, pero de pronto me puse en pie y me abalancé sobre mi tía, cogí al pequeño, acerqué la boca a su oído y le hablé. El niño soltó un berrido y se puso morado de miedo. Kazem Kan se enfadó conmigo, me lo quitó de las manos y me empujó hacia fuera. Yo me aposté detrás de la ventana. Todos me miraban enfadados. Le había gritado al niño al oído, y decían que se lo había dañado. Fue muy necio por mi parte, muy necio. Akbar es un necio.

¿Dañado? No, no fue para tanto, pero cada vez que Ismail enfermaba, o tenía muchos asuntos que atender, o su ánimo flaqueaba, o se caía y tenía que hacer un esfuerzo por incorporarse, había alguien que le gritaba al oído. Su padre. Siempre estaba presente dentro de él.

SEGUNDO LIBRO

Tierra nueva

Tierra nueva

*Ismail duda que pueda verter
al papel la historia de su padre.
Tras mucho vacilar, coge la pluma.*

Soy corredor de café y vivo en el número 37 de Lauriergracht. No acostumbro a escribir novelas ni cosa parecida, y la verdad es que me ha costado mucho decidirme a encargarme unas resmas de papel suplementarias e iniciar esta obra que, tú, caro lector, tienes a la vista y debes leer, tanto si te dedicas al negocio del café como a cualquier otra cosa. Y aún te diré más: no sólo nunca he escrito nada que se parezca a una novela, sino que ni siquiera me gustan esas lecturas, pues por algo soy un hombre de negocios. Hace años que me pregunto para qué sirven esos libros, y no salgo de mi asombro al ver la impudicia con que un poeta o un novelista se saca de la manga un suceso que no sólo no ha ocurrido jamás, sino que, muchas veces, ni siquiera podría haber ocurrido. Si en el ejercicio de mi profesión —soy corredor de café, con domicilio en el 37 de Lauriergracht— le dijera a un principal —un principal es un vendedor de café al por mayor— tan sólo la milésima parte de las falsedades que constituyen el fundamento de poemas y novelas, se iría corriendo a Busselinck y Waterman. (También son negociantes de café, pero, como comprenderás, no voy a darte su dirección). Quedamos, pues, en que yo no escribo novelas ni cuento patrañas de ninguna clase.

La verdad es que siempre me ha llamado la atención el hecho de que quienes se dedican a semejantes invenciones suelen acabar mal. Tengo ahora cuarenta y tres años y llevo veinte frecuentando la Bolsa, así que bien puedo dar un paso al frente si se pide a un hombre con experiencia en el oficio. ¡Cuántas casas no habré visto caer! Y si me pongo a analizar los motivos de su caída, compruebo que en la mayoría de los casos se debe a la mala inclinación que se les imprimió desde un principio.

Nada, lo que yo digo: verdad y sentido común. Y a eso me atengo. Excepción hecha de las Sagradas Escrituras, naturalmente.

¡Tonterías!

Nada tengo en contra de los versos. Está bien colocar las palabras en filas de orden cerrado, mientras no se falte a la verdad. «¡Qué aire lo mueve! / Ya son las nueve...». Me parece correcto, si es cierto lo del aire y no es menos cierto que es ésa la hora. Pero si son las ocho y cuarto, ya no hay manera de aconsonantar: «¡Qué aire lo mueve! / Ya son las ocho y cuarto». El versificador se ve constreñido a decir una hora, aunque no sea la exacta, so pena de no rimar. O bien ha de hacer que rime el tiempo meteorológico con la hora verdadera. En cualquier caso hay un tiempo falso, sea el atmosférico o el del reloj.

¡Falso, falso, todo ridículamente falso!

¿Y eso de la virtud recompensada? ¡Vamos, hombre! Llevo diecisiete años

dedicado a la compra—venta de café —agencia en el 37 de Lauriergracht—, y puedo decir con razón que he visto cosas, pero si hay algo que no puedo sufrir es ver mi adorada y querida verdad tergiversada. ¡Recompensar la virtud! Si así fuera, ¿no sería convertirla en un artículo de comercio más? Cosa semejante no se da en este mundo, y está bien que así sea, porque ¿qué mérito habría entonces en ser virtuoso, si tuviera una compensación? ¿A qué viene, pues, que la gente repita constantemente semejante engaño?

¡Bah, todo es una engañifa, de cabo a rabo!

Yo también soy virtuoso, pero ¿acaso pido un premio por eso? Mi amor a la verdad me basta para probar que lo soy. Y hago votos, amigo lector, para convencerte de ello, pues no tengo otra disculpa para escribir este libro. Como sabes, soy corredor de café, Lauriergracht, 37. Ya ves, pues, lector, cómo el hecho de que estas páginas estén escritas y tú puedas leerlas se debe a mi inquebrantable amor a la verdad y a mi celo por los negocios.

¡Lector! He copiado las páginas precedentes de *Max Havelaar*, la famosa novela —panfleto del escritor romántico holandés Multatuli. Lo que relata el corredor de café guarda cierta semejanza con mi propia historia. Multatuli escribe acerca del comerciante Droogstoppel, que vive en Lauriergracht, 37, de Amsterdam. Y éste cuenta a su vez —en contra de su voluntad— la historia de Havelaar. Así pues, el libro trata tanto del uno como del otro.

En la novela, Droogstoppel recibe un paquete con apuntes de Max Havelaar que debe utilizar para escribir un libro.

Pues bien, hace un par de meses me entregaron a mí uno que contenía las notas de mi padre. Nunca he escrito un libro, pero desearía intentarlo ahora. Porque, siempre y cuando lo consiga, quisiera que algún día los apuntes de mi padre pudieran leerse.

«¡Todo mentiras! —dice Droogstoppel. —¡Todo sandeces y mentiras!».

Confieso que he aplicado el mismo método de trabajo. Yo no soy corredor ni en mi vida he tenido nada que ver con el café. Soy un extranjero que lleva residiendo unos años en Holanda.

Me llamo Ismail, Ismail Majmud Jazanviye Jorasani. No vivo en Lauriergracht, 37, sino en Nieuwgracht, 21, en medio de un polder, en tierra joven que Holanda le ha ganado al mar.

Estoy sentado en el desván, detrás de mi escritorio, y miro por la ventana hacia el exterior. Todo es nuevo, la tierra todavía huele a pescado, los árboles son jóvenes, los nidos de los pájaros están hechos con ramas nuevas, no hay palabras viejas, ni viejas historias de amor ni odios por viejas disputas.

Pero en los papeles de mi padre todo es antiguo: las montañas, el pozo, la cueva, la escritura cuneiforme..., hasta los ferrocarriles; y eso me impide coger la pluma. Tengo la impresión de que en este suelo nuevo no se pueden escribir novelas.

Dirijo la mirada hacia el dique y veo el mar. El mar sí es viejo. No es el mar

entero, sino tan sólo un pedazo que los holandeses han encerrado detrás del malecón. Del mismo modo estoy recluso yo, un fragmento de la antigua cultura persa obligado a quedarse aquí, tras el dique.

Ese trozo de mar podrá ayudarme.

La ciudad es nueva, pero por todas partes se ven restos de una presencia humana inmemorial: justo lo que necesito.

Holanda ha creado esta tierra, este paisaje, y yo también podré crear algo nuevo con la escritura cuneiforme de mi padre.

En este polder viven algunos poetas que conozco. Nos reunimos una vez al mes en un café que han abierto hace poco y nos leemos nuestras obras.

A continuación, figuran algunos poemas publicados en la antología *Flevoland*.

Annemarie escribió:

*Cubriendo este paisaje
respira el viento como un padre,
acaricia las olas a veces
y apuntala las voces de la tierra...*

Y estos versos son de Tineke:

*Ha venido el hombre con sus máquinas.
Allí donde las olas y el viento
habían jugado su potente juego,
han domesticado la marea,
dándole un rostro al fondo del mar...*

Y ahora un poema de Margryt:

*No hay lengua. No hay historias viejas en las que apoyarse.
Espacio que resulta infinito a la vista.
Un mapa con el trazado del ferrocarril, y puentes
que no comunican nada con nada. No hay palabras que indiquen que
aquí hallaremos domicilio seguro.*

Escribo mi relato en la lengua de los holandeses, es decir, en la de los siguientes poetas y escritores ya desaparecidos: la autora anónima del drama religioso *Mariquita de Nimega*, Carel van Mander, Alfred Hegenscheidt, Willem van Hildegarsberch, Agathan Marius Courier, Dubekart, Anthonie van der Woordt, Caspar van Baerle o Barlaeus, Dirck Raphaëlsz Camphuysen, Louis Couperus y Eduard Douwes Dekker.

Lo hago porque es la ley del exilio.

Empiezo, pues:

*Todos los ciegos del pueblo tenían un hijo varón. ¿Casualidad? No lo sé. Supongo que la naturaleza lo había dispuesto así.
Aquellos niños eran los ojos de sus respectivos padres. Cuando el pequeño hacía sus primeros intentos de gatear, el padre ciego lo agarraba por el hombro con la mano izquierda y le enseñaba a guiarlo. El niño*

no tardaba en percatarse de que era una prolongación de su progenitor.

Los hijos de los sordomudos estaban en una posición todavía más difícil, pues tenían que ser la boca, el entendimiento y la memoria de sus padres. La familia y toda la aldea se esforzaba por enseñarles el lenguaje de los adultos. Hasta el imán dedicaba parte de su tiempo para que aprendieran el libro sagrado antes de lo habitual. Tenían poco contacto con los niños de su edad, pues se codeaban con los hombres. Estaban obligados a cumplir toda clase de compromisos en nombre de sus familias y a asistir a festejos y funerales.

En un recoveco escondido de mi memoria veo a un crío gateando. De pronto, aparece una mano que le sujeta la cabecita por detrás y la vuelve cuidadosamente, un poco a la derecha primero y luego hacia arriba. Después oigo, pronunciadas en persa, las palabras:

—*Neja kon, neja kon, anya neja kon.* Mira, mira, mira allí.

El niño eleva la vista hacia una boca, un hombre, un padre que le sonrío.

Otra escena archivada como una imagen en blanco y negro en las catacumbas de mi mente: estoy de rodillas en una alfombra debajo de un viejo almendro, leyendo un libro, y surge la mano de un anciano indicándome una estrofa en particular. No alcanzo a ver de qué poema se trata, pero de golpe huele a opio y acude a mi memoria el siguiente poema de amor del poeta medieval Hafiz:

*Jarche sad rud ast az chesh mam rawan.
Yade rude zende karan yadbad...*

*De mis ojos fluyen lágrimas de añoranza.
¡Bienaventurado el río que fluye junto a tu casa!...*

Y ya no recuerdo mucho más.

En el siguiente capítulo veremos la preparación de un carromato. Nos mudamos. Tendría yo siete u ocho años, pero conservo vívidas las imágenes. Aún veo cómo Tine, mi madre, sale corriendo en busca de Kazem Kan, gritando:

—¡Tío, ayúdame! ¡Akbar se ha vuelto loco!

Después oigo el ruido de los cascos del caballo de Kazem Kan en el empedrado de nuestro patio.

—¿Dónde está Akbar?

La mudanza

*A Aga Akbar se le ha ocurrido mudarse.
¿Por qué? Nadie lo sabe todavía.*

La vida en la aldea del Azafrán seguía su curso habitual. Mi madre Tine dio a luz a otras tres criaturas, todas mujeres, de modo que Aga Akbar se había convertido en padre de cuatro hijos sanos. Hijos que no sólo oían bien, sino que se expresaban a la perfección, tanto en el lenguaje de gestos como en persa.

Akbar continuó trabajando duro, y todo lo que ganaba se lo daba a Tine, pero no se ocupaba de la educación de sus hijos ni de la casa. Seguía viajando mucho. A veces se ausentaba durante una semana entera, y en ocasiones incluso más.

—¿Dónde está Akbar?

—Trabajando.

—¿Dónde?

—Al otro lado de las montañas.

—Tiene clientes de sobra en este lado. ¿Qué lo lleva a cruzar las montañas?

Nadie sabía con exactitud adónde iba ni dónde dormía. (En sus apuntes no se encuentra ningún dato al respecto).

Ignoro en qué ocupaba su tiempo Tine por aquella época, ni sé nada de su trato con Akbar, ni de cómo fueron sus primeros meses de matrimonio, pues no solía hablar de ello.

—Mamá, ¿cómo aprendiste el lenguaje de gestos?

—Ha pasado tanto tiempo ya... No lo recuerdo. Lo he olvidado.

—¿No te resultó difícil tener que vivir de golpe con un hombre con el que no podías hablar?

—Hace mucho de eso. Ya no me acuerdo.

Tampoco soltaba prenda sobre sus padres. Era como si no tuviese familia, como si estuviera sola en el mundo, como si no fuese hija de nadie. Lo que yo sabía de ella me lo había dicho Kazem Kan.

—Mamá, ¿tu padre era cazador?

—Sí.

—¿Y tu madre? Todavía no sé nada de ella.

—Ni yo. Falleció siendo yo muy pequeña.

Tine había metido su infancia, adolescencia y primeros años de vida conyugal en un paquete y lo había escondido. «No sé nada», repetía invariablemente.

No insistí más. Pero ahora que vivo en un pólder holandés y me paseo por el dique, las preguntas acuden a mi mente con cierta frecuencia.

No quisiera quedarme estancado en mis recuerdos, pero es casi imposible vivir en una nueva sociedad sin haber hecho balance del propio pasado.

Por eso me he puesto a estudiar los papeles de mi padre, porque lo que él anotó es

también mi historia. De modo que si consigo trasladar, aunque sólo sea de manera parcial, sus escritos a la lengua holandesa, eso facilitará mi integración en esta nueva sociedad.

Ayer, mientras caminaba, pensé en el primer encuentro entre Kazem Kan y Tine, en la escena en que ella está quitando la nieve del techo y mi tío llega cabalgando, en busca del cazador para fumar opio con él.

Ahora dudo de la veracidad de esa historia. Quizá fuese producto de la imaginación de Kazem Kan, pues nunca he logrado encontrar en mi madre nada de aquella joven.

Tal vez él relatara ese encuentro exagerando un poco, viendo en Tine a la esposa de sus sueños.

Es verdad que fue una buena madre, con un carácter fuerte, pero seguramente no fue la misma mujer que estaba subida a aquel tejado.

Hubo momentos en que ya no soportaba la vida conyugal con Akbar. Sucumbía bajo la enorme carga que descansaba en sus hombros. Conservo una imagen nítida de aquella época.

Kazem Kan entra en nuestra casa y Tine se queja:

—Ya no puedo más. No puedo seguir viviendo con ese hombre.

A continuación comienza a darse golpes en la cabeza hasta que se desmaya.

Mi tío la sostiene rápidamente por los hombros y la lleva a la cama.

—¡El libro sagrado! —me ordena por lo bajo.

Corro a cogerlo de la repisa de la chimenea y se lo alcanzo. Él se hinca de rodillas ante la cama de Tine y lee con voz pausada:

—«*Ejra besma raboka lazi jalaj*^[12]. *Jalaje insane men alaj. Ejra wa rabokal akram. Alazi alemel bel jalam...*».

Mientras paseaba por el dique, intenté recordar más cosas de entonces.

Un carromato se pone en movimiento. Mi padre entra en el patio de nuestra casa tirando de las riendas del caballo, pero no le dice nada a Tine; en cambio, me pide a mí, gesticulando:

—¡Ven a ayudarme!

Desengancha el caballo y lo llevo al establo. Mientras tanto, él empuja el carro hacia el cobertizo y se queda allí trajinando. Tine está inquieta, sabe que algo ocurre, algo que no puede detener.

—¿Qué está haciendo tu padre? —me pregunta con voz chillona.

—No lo sé. Ha echado el cerrojo a la puerta.

Él permanece en el cobertizo hasta bien entrada la noche.

Por la mañana temprano oigo ruido, una disputa en el patio.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, por el amor del cielo? —chilla Tine.

Salto de la cama y me asomo a la ventana. Mi padre ha cargado todas nuestras

alfombras, mantas, cacharros de cocina y cubos en el carromato y se apresta a buscar a mis hermanas, que aún duermen.

—¡Ayúdame, Ismail! Ve a llamar a... —me implora Tine.

Me precipito escaleras abajo con los pies descalzos y salgo corriendo hacia la casa de Kazem Kan.

—¡Tío, deprisa! Mi padre se ha vuelto loco.

En medio del pólder oigo el estrépito que producen los cascos del caballo de Kazem Kan en el empedrado del patio de nuestra casa.

—¿Dónde está Akbar? — pregunta alzando la voz.

Mi padre había instalado ya a las niñas en la carreta y, como aún estaban medio dormidas, las había cubierto con una manta. Kazem Kan se apeó del caballo y se dirigió a Akbar blandiendo su bastón:

—¡Ven aquí!

Él permaneció inmóvil junto al carromato.

—¿Qué te has propuesto?

No contestó.

—¿Qué se te ha metido en la cabeza?

—¡A la ciudad! —indicó mi padre.

—¿Lo has hablado con Tine?

No obtuvo respuesta.

—¿Por qué no me has dicho a mí nada?

Silencio.

Señalando los trastos del carro, Kazem ordenó:

—¡A descargar! ¡Descargadlo todo!

Tine me llevó adentro para que no asistiera a la escena.

—¡Tienes cuatro hijos, y sigues haciendo necedades! —oí gritar a mi tío con enfado. —¡Ponlo todo en su sitio de nuevo! ¡Y devuelve ese carromato!

Pensé que mi padre llevaría otra vez las alfombras y las mantas a sus respectivos lugares de la casa, pero no lo hizo.

—¡Te he dicho que vuelvas a colocarlo todo en su sitio!

Los espíe escondido detrás de la cortina. Akbar gesticuló que quería marcharse a la ciudad y que no descargaría los trastos.

Kazem Kan se quedó parado, impotente junto al carromato. Sujetando firmemente el bastón bajo el brazo, se acercó a su caballo, cogió las riendas y, tirando del animal, se dirigió a la salida.

—Kazem Kan se marcha —le dije a Tine.

Ella apartó la cortina y puso cara de desdichada.

Mi tío se detuvo un instante junto a la puerta con la cabeza gacha. Luego se giró y

me llamó:

—¡Ismail!

Fui corriendo hacia él.

—Coge el caballo y llévalo al establo. Estoy viejo; tu padre ya no me hace caso, ya no está atado a mí.

Conduje el animal al establo y volví enseguida junto a mi tío.

—Escúchame bien —me dijo—: Akbar desea ir a la ciudad y yo no puedo detenerlo. Voy a ver a tu madre; tú vigila a tu padre. ¡Tine! —gritó—, ¿me invitas a una taza de té?

Acto seguido, entró en la casa.

—Akbar quiere mudarse a toda costa —lo oí decir. —No seas tan débil. No llores ni chilles ni te des golpes en la cabeza a cada rato. Sírvenme un té, anda, que tengo la garganta seca. ¡Ismail, trae a tu padre!

Kazem Kan tomó asiento y Tine le sirvió el té. Yo volví con mi padre y me quedé a su lado.

—Pregúntale por qué quiere ir a vivir a la ciudad —me dijo mi tío.

—¿Por qué a la ciudad? —gesticulé. —¿Qué se te ha perdido allí?

—Yo... Akbar —me respondió con señas. —Yo quiero ir a... a donde están los coches y...

—¡Los coches! —le espetó furioso Kazem Kan. —¡Se ha dejado encandilar por los coches!

—Y la escuela —siguió mi padre. —Una para Ismail. Y para las niñas. Ellas también deben ir.

—¿La escuela? —replicó, sorprendido, Kazem Kan. No esperaba esa respuesta. —Los coches, la escuela... ¿Tú quieres que vayan a la escuela? ¿A la ciudad? ¿Un hombre sordo con cuatro hijos en medio de los coches en una ciudad extraña?

—Yo soy sordo, pero Ismail no —se defendió mi padre. —Ni las niñas. Y Tine tampoco.

Kazem Kan guardó silencio.

—¿Lo has oído? —le dijo a mi madre. —No hace falta que vengas corriendo a mi casa. Tu marido quiere que sus hijos vayan a la escuela. No te hagas la víctima. ¡Yergue la espalda! ¡Ponte de su lado! Puede que sea sordo, pero no es tonto. Medítalo. Anda, sírvenme otra taza de té, que éste se ha enfriado. — Y volviéndose hacia mí, me instó—: Pregúntale si ya ha conseguido casa.

—Casa no, pero sí una habitación —contestó Akbar.

—Pregúntale qué piensa hacer en la ciudad. Dile que allí todo es distinto porque nadie sabe quién es Akbar, que no será bien recibido en todas partes así como así. Aquí, en las montañas, se le conoce como *Aga Akbar el Mago*, pero en la ciudad será un don nadie, un reparador de alfombras sordomudo. Es necesario que lo sepa; explícaselo.

Le transmití bien claro el mensaje.

—Ya lo veremos —replicó mi padre.

—Pues muy bien, no tengo nada más que añadir. Que disfrutéis del viaje. Eso díselo también —concluyó Kazem Kan, incorporándose. —No te molestes en traerme el té, Tine, que ya me marchó. —Salió al patio y me llamó—: ¡Ismail, ven aquí un momento!

Lo seguí por el camino de los cedros. Me hablaba sin mirarme. No recuerdo con exactitud todo lo que me dijo, aunque sí la escena siguiente: voy detrás de él y no le veo la cara, tan sólo las manos, que lleva cruzadas en la espalda. Veo el bastón que sujeta. El sol le ilumina los hombros a través de las ramas. Él camina; yo voy detrás. Me habla; yo lo escucho. Súbitamente, se gira, me estrecha la mano y me dice:

—Buen viaje, hijo mío.

He olvidado el resto de la escena. Luego el carromato se pone en marcha y yo voy sentado al lado de mi padre. Tine viaja detrás, con mi hermana pequeña en el regazo. Tiene un aire triste y la mirada perdida. Mis otras dos hermanas están contentas con ese viaje inesperado y sueltan risitas tontas cada vez que el carro da una sacudida al tomar alguna de las numerosas curvas cerradas del sinuoso camino de montaña.

Me preocupaba Tine. Temía que se pusiera a chillar de nuevo en cualquier momento. Yo ya no era el hijo de mi padre, sino que me había convertido en el hombre de la casa, a pesar de mi edad. Me lo había dicho Kazem Kan. Tenía que cuidar de Tine y de las niñas.

Era la primera vez que mi padre se hacía plenamente responsable de la familia. Ya no teníamos a quién recurrir, y sentí que también sobre mis espaldas recaía una gran responsabilidad, lo que me producía un gran agobio. Tenía miedo, pero nadie debía detectarlo en mi mirada.

Después de más de tres horas de viaje, fuimos dejando atrás las montañas, los zorros, las cabras monteses, los tulipanes silvestres de color marrón rojizo, y llegamos al llano y a las carreteras por las que circulaban autobuses y camiones.

Aún no habíamos desayunado, y parecía que tampoco íbamos a almorzar.

—Para en algún sitio —gesticulé. —Tenemos que comer algo.

Durante todo el trayecto no había hablado con mi padre ni le había dirigido la mirada. No recuerdo si estaba irritado con él o no. No, seguro que no, puesto que no me consideraba algo distinto de mi padre. ¿Cómo explicarlo? Yo era él, o él era yo; formábamos una misma persona. No podía enfadarme con él. Cuando estaba enojado, no lo estaba con él, sino más bien conmigo mismo, porque yo, o mejor, nosotros dos, nos habíamos embarcado en la misma aventura. No sabíamos si sobreviviríamos en la ciudad, pero queríamos intentarlo. La ciudad nos había llamado y no podíamos decirle que no.

Mi padre detuvo el carromato y bajamos un momento a descansar.

—Deja de poner esa cara —gesticulé. —Habla con Tine, antes de que vuelva a

hacer locuras.

Él tomó conciencia de lo que estaba pasando. Sacó pan y queso de una bolsita de tela y se los ofreció a mi madre. Acto seguido, acarició a mi hermana, que estaba sentada en el regazo de Tine, y vi cómo su mano le rozaba el pecho.

Continuamos el viaje. Después de una hora divisamos las afueras de la ciudad. Al contrario de lo que me esperaba, por allí no se veían coches ni escuelas. En un punto lejano se divisaban tres edificios de apartamentos. Mi padre condujo el carromato hacia ellos y se detuvo delante del más horrible. Al parecer no disponíamos de una habitación en la ciudad, sino que íbamos a instalarnos en un apartado polígono industrial.

Con todo, era emocionante, ya que nunca habíamos visto un edificio de cuatro plantas.

Descargamos todas las cosas y las subimos a un apartamento de la planta superior, que consistía en una habitación muy grande y un cuarto oscuro que hacía las veces de despensa. A través de la ventana se veía una larga cadena de montañas, entre las que destacaba el monte del Azafrán. A mano derecha debía de estar la ciudad, pero no había nada que lo indicara.

Tine extendió la alfombra, guardó los trastos de cocina en la despensa y nos preparó una sopa, el plato tradicional de nuestra aldea.

—El tiempo dirá —dijo mientras me servía.

No había pronunciado una sola palabra en todo el día.

Fue la frase con la que dio comienzo nuestra vida en la ciudad.

A la mañana siguiente, de madrugada, mi padre salió a trabajar. Un vendedor de alfombras del zoco le había prometido un empleo.

—¿De qué tipo? —le pregunté. En realidad, era Tine quien quería saberlo.

—No me lo ha dicho. Pero es una tienda muy grande. El dueño es quien me ha prestado el carromato. Bueno, me voy. No sé... Quizá tenga que coserles números a las alfombras.

—¡Coser números!... —suspiró Tine.

—¿Por qué? —gesticulé.

—No lo sé, en la tienda hay gente que se dedica a eso. Luego transportan las alfombras en camión al tren. Y el tren las lleva a... no lo sé... lejos, muy lejos.

—¡Dios, apiádate de nosotros! —dijo Tine. —Aga Akbar *el Mago* se ha vuelto costurero.

Se metió en el cuarto de la despensa y echó el cerrojo.

Una semana después empecé a ir a la escuela, gracias a los buenos oficios de un compañero de trabajo de mi padre. El colegio quedaba al otro lado de la ciudad, a cinco o seis kilómetros de donde vivíamos, y como por allí no pasaba ningún

autobús, tenía que ir andando, como los otros niños.

Al salir, volvía derecho a casa, pues me preocupaba Tine. Kazem Kan me había dicho que la vigilase. Yo sabía que dentro de ella anidaba una bestia. Un lobo.

Una tarde, al llegar, encontré a mis tres hermanas jugando en silencio en un rincón. Tine no estaba. No sé por qué, pero de pronto sentí que el lobo había entrado en casa.

—¿Dónde está nuestra madre? —les pregunté.

No lo sabían. Abrí la puerta de la despensa y eché un vistazo en la oscuridad. Ni rastro de ella. Corrí al piso de los vecinos.

—Hola. ¿Está Tine con vosotros?

No, no estaba allí; todavía no había establecido mucho contacto con el vecindario. Regresé rápidamente a casa y volví a mirar en la despensa. Me quedé escrutando en la penumbra, pero no la veía. Agucé el oído y percibí algo: la oí a ella.

Sin embargo, no era Tine. Lo que vi fueron sus ojos de lobo refulgentes en un rincón oscuro. ¡Válgame Dios! Me sentí impotente. Si hubiésemos estado todavía en el pueblo, habría cogido el caballo y corrido a casa de Kazem Kan: «¡Deprisa, tío! ¡Ha vuelto el lobo!».

Pero no estábamos en el pueblo y allí no había ningún Kazem Kan. Retrocedí un paso, como le había visto hacer a él. En voz baja, ordené a mis hermanas:

—¡Traedme el libro sagrado!

Una de ellas corrió a cogerlo de la repisa de la chimenea y me lo entregó.

Me arrodillé en la puerta de la despensa y, dirigiéndome a la bestia, besé la cubierta, cerré los ojos, abrí el libro por una página y empecé a susurrar el siguiente sura:

Wal zoha, wal zoha.

Wal leil eza zoha.

*Wal leil ma waddak, waddak, waddak, rabbak,
rabbak, zoha, zoha.*

*Wal agra jeiron lakka zoha, rabok alah rabok, zoha
rabbak.*

Juro, juro por la noche,

*en el momento en que la noche abraza la estrella,
la estrella solitaria y lejana que sale lentamente.*

Juro, juro por el día, el amanecer,

en el momento en que reaparece el sol perdido.

Juro, juro que no te abandonaré,

que seguiré sujetando tu mano.

Entre susurros y sin hacer ruido, avancé un poco hacia ella. Seguí murmurando y me acerqué un poco más. Le tendí la mano y percibí cómo el fulgor de los ojos del lobo se apagaba. Sin dejar de susurrar, vi cómo su mano buscaba la mía en la oscuridad.

—¡Ven, Tine, ven! —le musité al oído. —Vamos a comer algo.
Se incorporó con dificultad y abandonó su refugio.

Al otro lado de la ventana, veo al lobo correr por el pólder holandés en dirección al dique.

Déjalo, deja que desaparezca, que se pierda en la tierra nueva, para que ya no encuentre el camino de regreso a Tine.

Una mujer con sombrero

*No son los autobuses ni las escuelas
los que han encandilado a Akbar.
Hay algo más.*

Estoy nuevamente en el desván y hace calor. Tanto, que casi resulta inaguantable. Estoy leyendo. Bueno, no, no puede decirse que lea; paso revista a las palabras y frases del cuaderno con la punta del lápiz. Luego lo introduzco todo, o al menos las partes del texto que he comprendido, en el ordenador. Es una labor ardua, pues me veo obligado a basar mi historia en los pensamientos imprecisos e ininteligibles de otro. Suelo enfrascarme en la tarea hasta que el dolor de cabeza me impide continuar.

El desván es mi estudio; paso allí casi toda la jornada. Mi pequeña hija va a la escuela y mi mujer trabaja en Lelystad, la capital de la provincia. Cuando ella llega a casa, yo salgo para acudir a mi curso nocturno de Literatura Neerlandesa en la Universidad de Utrecht.

El dolor de cabeza me ataca a menudo, pues no sé cómo sigue la historia. Varias veces me he propuesto abandonar y no dedicarle más tiempo, pero al final siempre la retomo.

Oigo a los niños jugando en el recreo. Ríen y gritan:

—¡No! ¡No lo hagas!

Me asomo a la ventana. La maestra está mojándolos con el chorro de agua de una manguera, y ellos la mojan a su vez, hasta dejarla hecha una sopa. Ella corre, ríe y se quita los zapatos. Los niños la persiguen. Ella corre, ríe y se quita la blusa.

Hace calor; todo el mundo está sentado al resguardo de alguna sombrilla o bajo un árbol en el jardín. Por todas partes se ven caravanas aparcadas; la gente acaba de regresar de las vacaciones.

Este año no he salido fuera. He preferido dedicar al libro el período de descanso veraniego, deseoso de que cobre forma antes de que comience el año lectivo. Mi mujer y mi hija han pasado unas semanas en casa de unos amigos en Alemania.

Aunque nadie lo hace, debido al calor, yo salgo un momento a correr. Basta de ordenadores y de apuntes de Aga Akbar.

Voy corriendo, alejándome del relato, aunque en realidad me aproximo a él. Corro por un sendero que antes se encontraba en el fondo del mar. Al cabo de un rato llego al malecón. A lo lejos, los veleros permanecen inmóviles, mientras yo sigo corriendo hasta el final del dique. Siento cómo las gotas de sudor deslizan por mis sienes, y el dolor de cabeza desaparece. Ya sé cómo sigue la historia.

Veo las noticias sentado en el sofá. El príncipe Claus, consorte de la reina de Holanda, pronuncia un discurso en un desfile de moda. De pronto, inesperadamente,

se desanuda la corbata y la lanza al aire. La televisión lo retransmite a cámara lenta. La corbata sube hacia arriba primero, y luego revolotea despacio hasta caer al suelo.

El príncipe Claus tiene razón: la era de las corbatas se ha acabado, como puede apreciarse en las tiendas de ropa: siempre hay liquidaciones, siempre hay ofertas a mitad de precio, y luego a mitad de la mitad, y al final puedes adquirir una hermosa corbata de seda verde por un florín.

Hace unos meses me compré una corbata de ésas con ocasión de una fiesta de estudiantes y, con ella puesta, me dirigí a la universidad. Nada más entrar en la sala, me la tapé con la mano y fui corriendo a los lavabos. Todos llevaban ropa de diario: tejanos, camisetas... Yo era el único con chaqueta y corbata.

Era la primera vez desde que era adulto que me ponía corbata, aunque la segunda que me la quitaba a hurtadillas y la escondía en el bolsillo. La primera vez fue en mi infancia, cuando acabábamos de mudarnos.

Un buen día, mi padre llegó del trabajo a casa con dos corbatas. La más pequeña, de color verde hierba, era para mí, y la otra, de un rojo chillón, para él.

Me anudó la mía al cuello y luego se acercó al espejo para ajustarse la suya.

—¿Por qué nos ponemos corbata? — gesticulé.

—Quiero llevarte a la ciudad.

—¿Y por qué tengo que llevar corbata?

—En la ciudad todos los hombres la llevan.

Tine no estaba en casa. Había ido con mis hermanas a visitar a una conocida que acababa de instalarse en la ciudad, igual que nosotros. Mi padre me dijo que no le comentara nada a ella sobre las corbatas. Yo había aprendido ya en la cuna a no delatar sus secretos.

Fuimos andando al centro de la ciudad, más concretamente a una alameda de cuya existencia yo no tenía noticia, y nos detuvimos en una plaza cuadrada con muchas lucecitas de colores. Había muchos hombres, y también mujeres, todas sin velo. Allí todo era distinto: las personas, los coches, los muchachos que voceaban: «¡Últimas noticias! ¡Últimas noticias!», con un fardo de periódicos bajo el brazo...

En cada esquina se veían hombres con gramófonos que vendían discos, y en el aire flotaba la voz cautivadora de una cantante persa.

¿Quién sería la intérprete? ¿Cuál sería la canción que había puesto aquella tarde el vendedor de discos? Ya no recuerdo la letra y, lamentablemente, no tengo a ningún compatriota a mano para preguntarle. Cierro los ojos y aguzo el oído. No, en mi recuerdo no resuena ninguna letra, ninguna palabra, aunque sí una vieja melodía, «baradán, baradán, baradán...», que se corresponde más o menos con la siguiente

canción:

*Be rahi didam barge jazan,
oftade ze bidade zaman.
Ei barge paizi,
az man to chera bojrizi (...).*

*Por el camino vi que el viento
se llevaba una hoja de otoño
que se había caído.
Dime, hoja de otoño,
¿por qué te alejas de mí?*

También había vendedores de nueces nuevas y helados, y hombres con corbata. Casi todos llevaban un periódico bajo el brazo o lo hojeaban a la luz de una farola. De pronto, mi querido padre, que no sabía leer una palabra, se sacó de la manga un viejo diario doblado, se lo puso bajo el brazo derecho y echó a andar por la alameda como todos los demás. Lo seguí, preguntándome qué estaría tramando, pero no hizo nada de particular. Se paseó por el perímetro de la plaza y se plantó al lado de una farola. Luego desplegó el periódico, lo sostuvo a la luz de la bombilla y fingió leer. Por un momento pensé que le había dado otro ataque de locura, que tenía razón Kazem Kan: «Está loco, está chalado».

Al cabo de un rato se puso de nuevo el diario bajo el brazo y echó a andar.

¿Cómo podía yo imaginar que mi querido padre estaba perdidamente enamorado?

Creo que, en su lugar, también yo me habría chiflado por alguna de aquellas mujeres.

Las que nosotros conocíamos eran distintas a las de la alameda. Yo siempre las había visto trabajando, tejiendo alfombras, preparando la comida, rezando, pariendo, llorando, enfermando, acogiendo a algún lobo en su seno... Por primera vez veía mujeres paseándose con zapatos de tacón alto.

De pronto los ojos de mi padre resplandecieron cuando vio entrar en la alameda desde un callejón lateral a una joven con sombrero. Se acercó a ella y, señalándome con el periódico, le explicó con gestos:

—Mi hijo. Habla, oye y lee el periódico.

—¡Qué muchacho tan listo! ¿Cómo te llamas? —me preguntó la mujer, inclinándose un poco hacia mí.

—Ismail —le contesté con desconfianza.

¿Sabía mi padre en verdad lo que significaba el amor? ¿Era consciente de su condición de enamorado? Quiero decir, ¿sabía que había entrado en el mundo del amor? Ese ferviente deseo orientado a otra persona: el querer estar con ella, cogerle la mano, olerle el pelo, poseerla..., ¿era capaz él de relacionarlo con el amor?

Es necesario haber leído, hablado o escuchado hablar alguna vez del tema. De lo

contrario, difícilmente puede saber uno qué le está pasando.

Existe un antiguo libro persa que relata los viajes del ulema Nasredin. Con el fin de comprender el sentido de la vida, Nasredin se lanza a recorrer el mundo a pie. Al llegar a la puerta de Hamadan, se encuentra con una multitud de hombres, mujeres, niños, camellos, burros, caballos, cabras y gallinas; todos siguiendo a un joven. El muchacho llora, baila y balbucea algo ininteligible, se deja caer y se reincorpora, llora otra vez, ríe, corre y se echa tierra en la cabeza.

Nasredin detiene a un anciano y le pregunta:

—Hermano, cuéntame, ¿qué le pasa a ese muchacho?

—Es el amor, que se ha apoderado de él. Todo el mundo ha acudido a verlo para enterarse de cómo es el amor.

Todas las tardes acompañaba a mi padre a la alameda, donde se citaba con la mujer. Nos sentábamos los tres en un banco en la oscuridad, yo me colocaba entre ellos y traducía lo que se decían.

¿Quién era aquella mujer? ¿Cómo se habían conocido? No lo sabía.

En el trabajo, mi pobre padre tenía siempre la cabeza en otra parte. Cosía números equivocados en las alfombras, lo que provocaba un caos en el almacén y en la contabilidad. Un día vino un empleado a nuestra casa para prevenir a Tine:

—No sé qué le ocurre, pero, si sigue así, acabarán despidiéndolo.

Siguió así y lo despidieron.

También en casa se le notaba ausente; se pasaba las horas muertas mirando por la ventana o buscaba algún rincón tranquilo donde sentarse a escribir en su cuaderno. Tine avisó a los parientes:

—¡Auxilio! ¡Akbar ha sucumbido!

Los persas no necesitan haber vivido el amor en sus propias carnes. En sus cuentos y mitos, incluso en el libro sagrado, el amor está por todas partes. Como cualquier persa, Tine debía de conocer la historia de Sheij y Tarsa.

Sheij, el viejo líder sufí, se dirige a La Meca acompañado por miles de seguidores. En el zoco de una de las ciudades extranjeras por las que pasan conoce a una hermosa *tarsa*, una cristiana, y se enamora perdidamente de ella. No podía haberle ocurrido nada peor: ¡ir de camino a La Meca y enamorarse de una cristiana! Sheij se olvida de La Meca y, descalzo, va en busca de la muchacha.

En todo el mundo musulmán resonó el mismo estribillo: «¡Sheij ha sucumbido!».

Mi padre y yo, luciendo nuestras respectivas corbatas, estábamos sentados con la mujer en un banco de la alameda, cuando de pronto vi a lo lejos a dos de nuestros caballos. ¡Pero eso era imposible! ¿Cómo podían estar allí los caballos que habíamos dejado en la aldea del Azafrán? Enseguida reconocí nuestro carro, luego oí la voz de mi tía mayor, y a continuación las de las otras mujeres y sus maridos.

Se detuvieron a poca distancia de nosotros bajo la luz de una farola. Mi tía mayor se bajó y fue directamente hacia mi padre. Alargando la mano, lo cogió por la corbata y lo arrastró hasta el carro como si fuera una vaca.

Mientras las otras lo sujetaban, los hombres le quitaron la corbata roja y la tiraron al suelo. Entonces mi tía mayor se acercó a mí, me agarró de la oreja derecha y, arrastrándome a mí también, me espetó:

—¡Bien hecho! ¡Muy bien hecho, muchacho! ¡Qué bien has cuidado de tu padre!

Los caballos se pusieron en marcha.

Oí que mi padre lloraba, aunque no alcanzaba a verlo bien, pues se había acurrucado detrás de las tías y se tapaba la cara con las manos.

Volví la cabeza para ver si la mujer seguía allí. Estaba plantada a la luz de la farola, sujetándose el sombrero como si soplaste un fuerte viento, mientras observaba cómo nos alejábamos.

Al día siguiente, las tías y sus maridos cargaron todas nuestras pertenencias en el carro y nos llevaron a otra ciudad, Seneyán. No sé cómo lo habían hecho, pero ya estaba todo arreglado: nos dieron una casa y mi padre empezó a trabajar en una fábrica textil.

Su trabajo consistía en pasearse continuamente por una larga fila de telares industriales y anudar todos los hilos que se soltasen. No podía distraerse ni un segundo.

A partir de ese momento, casi no lo veía, pues salía de casa antes de amanecer y regresaba por la noche. Cuando llegaba, Tine le servía la cena. Él comía en silencio, se quedaba un rato a la mesa, sentaba a las niñas en su regazo, tomaba un té y luego se tumbaba a dormir.

Siempre durmiendo: ésa es la imagen que tengo de él en aquella época.

Recuerdo que a veces ni se molestaba en quitarse la ropa de trabajo. Decía que sólo quería descansar un rato, pero solía quedarse tan profundamente dormido que ya no lo despertábamos.

—Cubre a tu padre con una manta.

Esa frase de Tine también la he conservado. Yo sabía que tenía que taparlo con una manta, pero no lo hacía por iniciativa propia, sino sólo porque ella me lo pedía. Quizá por eso recuerde sus palabras tan bien, hasta el día de hoy.

La mujer del sombrero había aparecido para dividir en dos partes la vida de mi padre. Supuso el final de una etapa y anunció el inicio otra. Por lo demás, no tenía nada que ver con nosotros, ni nosotros con ella. Llegó, cumplió su misión y se marchó.

En un tiempo Aga Akbar había sido un reparador de alfombras respetado por todos, que galopaba de un pueblo a otro montado en su caballo, con la espalda bien erguida. Tenía el pelo negro y su dentadura resplandecía incluso en la oscuridad.

Luego le salieron canas y se le agrió el semblante. Y debía trabajar, trabajar y nada más que trabajar.

Hojeo su cuaderno con la esperanza de recuperar más datos de aquella época. Las páginas no están numeradas; las numero yo a lápiz en el ángulo inferior derecho. En la ciento treinta y cuatro descubro una serie de pequeños dibujos que parecen representar lunas: una nueva, una creciente, una media luna, una menguante, una llena y, de pronto, una oscura y otra roja.

Del primer período de su vida le había quedado una costumbre muy especial: dondequiera que estuviese y cualesquiera que fuesen las circunstancias, las noches de luna llena nunca salía de casa. Cuando todos dormían, apoyaba la escalera contra la pared, subía a la azotea y se instalaba allí a mirar la luna, canturreando.

¿Canturreando?

¿Qué podía canturrear, si no se sabía ninguna melodía ni letra, ni conocía ningún canto del eternamente enamorado poeta medieval Baba Taher, ni había oído hablar de los poemas amorosos del famoso líder sufí?

Aquella luna llena se la había llevado consigo de Ispahán. La noche de Ispahán estaba repleta de estrellas y la luna colgaba como una lámpara celestial por encima de las mezquitas encantadas.

Si uno se encuentra en la plaza de Nagshe Yahan en una noche clara y extiende los brazos, puede poner la luna en la palma de su mano. Los antiguos poetas persas siempre la atrapaban de ese modo en sus versos.

A Aga Akbar también lo cautivaba aquel cielo. En sus noches solitarias subía a hurtadillas al tejado de la mezquita de Yome, se sentaba en el suelo, se rodeaba las rodillas con los brazos y se quedaba mirando la oscuridad. La noche lo unía con lo inexplicable, con Alá y con el amor. Tal vez la mejor manera de describirlo sea citando los siguientes pareados de un antiguo poema épico:

*Az neistan chon mara bobidré an
az nafiram mardo zan nalidé an.
Sitie jaham shárhe shárhe az feraj
ta beju yam sharhe dárde esh tiyaj...*

Todo persa conoce este poema, o al menos estos cuatro versos, que se cantan cuando se está enamorado.

Si bien Akbar nunca pudo oír la letra, canturreaba esa canción.

Trata de una caña que es cortada del cañaveral para fabricar una flauta. La caña se queja así:

*Desde el preciso instante en que me cortaron,
todos me tocan y comparten conmigo sus nostalgias, sus anhelos.
Yo también busco un corazón que el anhelo haya quebrado,
para compartir con él mi propia nostalgia.*

Un buen día pedí prestado un proyector de películas. Al caer la noche, cuando salió la luna llena y mi padre se disponía a trepar hasta la azotea por la escalera de mano, lo agarré de la manga y le dije:

—¡Ven aquí! Voy a enseñarte algo.

Él se resistió; quería ir a ver su luna.

—Escúchame, no hace falta que subas al tejado. Te tengo preparada una luna en el cuarto de estar.

No entendió.

—La luna —le indiqué por medio de gestos. —La he metido en ese aparato. Para ti. ¡Ven a mirar!

Mi padre esbozó la típica sonrisa que exhibía cuando no entendía lo que intentaba explicarle. Le acerqué una silla y corrí las cortinas.

—¡Siéntate! —gesticulé antes de apagar la luz.

Él vaciló un momento y luego se sentó, con la mirada fija en la pantalla.

Encendí el proyector. Primero aparecieron unas palabras en inglés, seguidas bruscamente de una luna nueva. No se percibía aún ninguna reacción por parte de mi padre, que continuaba observando en silencio. De forma sucesiva fueron surgiendo en la pantalla una luna creciente, una media luna y una luna llena. Mi padre se volvió y me buscó con la mirada, detrás del aparato.

Ésa no era la luna de Ispahán, sino la de Estados Unidos, inalcanzable y con un fondo de color azul oscuro. A continuación, la pantalla mostró el *Apollo XI*.

¿Era capaz mi padre de entender la relación existente entre la luna y el *Apollo XI*?

Unos minutos después, el cohete alunizaba y, por primera vez en la historia, el hombre ponía el pie en la superficie lunar. Apagué el proyector y la luna desapareció. Mi padre permaneció sentado en la silla, con las manos apoyadas en las piernas, como si estuviese rezando. No encendí la luz; dejé que siguiera un momento más así. Me quedé mirándolo, mirando a mi querido y anciano padre. Sólo apreciaba su sombra y su cabellera gris, centelleante en la oscuridad.

Mossadeq

*Aga Akbar no escribió nada
sobre un período muy importante
de la historia del país.
Acudo a otra persona para pedirle
información al respecto.*

Ayer estuve hojeando la primera parte del libro y observé que faltaba un período fundamental de la vida política de mi país.

Es natural que, si Aga Akbar no sabía nada de política, no escribiese sobre el tema.

Aunque prefiero no hablar de eso en este libro, a veces resulta inevitable. Al menos tendré que relatar los acontecimientos más significativos, pues los cambios más importantes que se produjeron en la vida de Akbar no fueron sino consecuencia de las transformaciones radicales que sufrió la situación política del país.

La mudanza de mi padre a la ciudad, por ejemplo, tuvo su origen en un terremoto político: la ayuda ofrecida por Estados Unidos al sha para que ascendiera al trono.

Quería contar algo acerca de Mossadeq, pero ¿dónde encontrar los datos necesarios?

Seguro que en la biblioteca de la universidad los hallaría a montones; sin embargo, yo no buscaba un enfoque puramente histórico, pues eso implicaría apartarme demasiado de los apuntes; prefería esbozar un claro retrato de él mediante un par de simples líneas, pero ¿cómo?

Se me ocurrió una idea: llamar a Igor.

—Buenos días, Igor. Soy Ismail.

—Buenos días, Ismail. ¿Qué se te ofrece a estas horas de la mañana?

—¿A estas horas? No es tan temprano. ¿No sueles levantarte a las seis y media? No me digas que aún estás en la cama...

—Pues sí. Por lo general ya suelo estar levantado, pero hoy no es el caso, muchacho. La verdad es que no me apetece nada coger el periódico, ni el bolígrafo, ni el papel. Debe de ser la edad... Bueno, dime qué se te ofrece.

—Nada fuera de lo común. Sólo una pregunta, pero no hace falta que me la contestes enseguida; ya me pasaré por tu casa un poco más tarde. Quisiera saber algo sobre Mossadeq.

—¿Mossadaq? ¿Qué? ¿Quién diablos es ése?

—No es Mossadaq... Su nombre es Mossadeq. Seguro que alguna vez has leído algo acerca de él, aquel viejo persa que fue primer ministro tras la caída de Reza Kan Pahlevi...

Igor es un viejo periodista amigo mío. Antes vivía en Amsterdam, a orillas de un

canal, pero como ya no le quedaba sitio para un solo libro ni disco más, vendió la casa tras jubilarse, después de pensárselo un par de años, y se trasladó a la tranquilidad del pólder.

Lo conocí el mismo día en que se mudó. Hacía calor y yo había salido a correr. Justo después del nuevo cementerio, se erguía frente al dique una casa aislada con magníficas vistas al mar. Era hermosa, pero se notaba que llevaba un tiempo deshabitada. En la acera vi aparcado un camión enorme y a un hombre mayor con sombrero dando indicaciones sobre los lugares de la casa a donde había que llevar las cajas repletas de libros.

—¡Tenga cuidado! ¡Ahí van mis carpetas! —le advirtió secamente a un operario. Y luego, casi desgañitándose, gritó. —¡Ay, Dios mío! ¡Me van a destrozar todos los libros!...

Me detuve a curiosear un momento, fascinado por aquel hombre con tantos libros y sombrero.

—¿Y tú que estás mirando? —me dijo. —¡Ven a echarme una mano con esta caja!

Me acerqué y lo ayudé a cargar una gran caja con siete gatos que maullaban al unísono. A partir de ese día nos hicimos amigos.

Igor vive solo con sus siete gatos. A lo largo de casi cincuenta años ha ido recortando todas las mañanas, siempre con las mismas tijeras, un sinnúmero de artículos, que guarda clasificados y archivados en cientos de carpetas.

Sin duda tendría alguna relativa a Mossadeq, pero la cuestión era si existía alguna probabilidad de encontrarla entre tantas.

Fui a su casa. Él no suele bajar a abrir, sino que se asoma a la ventana para ver quién es y tira de una cuerda larga.

—¿Sabes que en las tiendas venden porteros automáticos? Son mucho más prácticos que esa cuerda tuya —le grité desde la calle. Siempre que iba a visitarlo le repetía lo mismo.

—¡Calla, muchacho! Adelante, pasa...

Nada más entrar, los siete gatos se te echan encima.

—¿No te encuentras bien? ¿De verdad estás en la cama o...?

—Cuando uno lleva cincuenta años levantándose todos los días a las seis y media, sigue haciéndolo aunque se vaya a morir. Pasa, pasa. No estoy enfermo ni en cama. Estoy viejo nada más; eso es todo. Así que quieres saber algo sobre Mossadeq... ¿A qué viene ese interés tan repentino por ese hombre?

Quise explicarle para qué necesitaba la información, pero él continuó hablando, como de costumbre. Además, todavía no le había comentado nada de los apuntes. Tenía que decírselo, pero no me atrevía.

—Como ya sabes, mi adicción a los periódicos me viene de lejos —siguió. — Cuando tenía unos diez años, leí algo sobre un político de tu país que lloró al ser destituido... Pero esa anécdota tú debes de conocerla mejor que yo... Lo que yo sé de ese hombre es que quiso nacionalizar la compañía petrolífera anglo—iraní, lo cual, dicho sea de paso, en aquel momento me pareció una iniciativa muy acertada. Sírvete café, muchacho. Allí en la mesa te he dejado una taza muy bonita. Creo que es oriental. La compré en un mercadillo..., no, en la fiesta de la reina en Amsterdam. El café sabe distinto en esa taza. Ese tal Mossadeq... No sé mucho de él. Estoy seguro de que tengo una carpeta, pero no logro encontrarla; creo que no era del agrado de sha, y lo metió en la cárcel. No sé si lloraba a menudo, quizá sólo lo hiciese una vez. Por aquel entonces no había televisión, pero en los cines, antes de proyectar la película, ponían un informativo con noticias de todo el mundo. El llanto de Mossadeq supuso un gran alivio para mí: por fin un político expresaba sus emociones en público. Durante muchos años, tuvimos en Holanda un presidente de gobierno muy respetado, llamado Drees, al que nunca se le veía reír; y llorar, ya ni te cuento, imagínate. Tal vez lo hiciera alguna vez en su casa, pero, claro, ahí la televisión no entraba. En Holanda no es habitual que un hombre muestre sus emociones en público; tiene que saber contener las lágrimas... ¿A que sabe distinto el café en esa taza? Coge una galleta, la lata está en... ya no sé dónde la he puesto. Siempre la escondo en alguna parte, por los gatos. Se ponen a jugar con ella y me rompen todas las galletas. Es posible que la haya metido allí, detrás de las carpetas... Llorar un poco en un funeral, sí, eso se puede hacer. Yo lloro cuando me apetece. No sé si me viene por parte de madre o de Mossadeq, no sabría decirlo... El sha dejó vivir a Mossadeq, lo cual fue todo un gesto de buena voluntad. Entonces yo no le tenía ninguna simpatía al sha, pues era amigo de nuestro príncipe Bernardo. Sabes quién es, ¿verdad? El marido de la anterior reina, el padre de Beatriz, de quien lo único que se sabe es que casi todos sus amigos eran unos impresentables. Mis análisis son a menudo resultado de mis emociones y sentimientos, y éstos me indican que el sha era el malo impresentable y Mossadeq, el bueno. ¿Dónde habré puesto esa lata de galletas?

Aunque eso fue todo lo que Igor supo decirme sobre Mossadeq, me indicó dónde, más o menos, podría localizar los recortes correspondientes.

Estuve horas sentado en cuclillas, rebuscando datos entre sus carpetas. He aquí lo que encontré:

Mossadeq: de 1921 a 1925, ministro de Justicia, Hacienda y Economía, sucesivamente. En 1944 resultó elegido diputado al Parlamento. En 1950 fundó el Frente Nacional. En 1951 fue nombrado primer ministro y, acto seguido, nacionalizó la compañía petrolífera anglo—iraní, lo que originó un conflicto con Gran Bretaña. En 1952 fue obligado a dimitir, pero tres meses después, tras una revuelta, fue

restituido al cargo. Apoyándose cada vez más, al parecer, en las fuerzas de izquierda, puso coto al poder del sha, el hijo de Reza Kan, que se vio forzado a abandonar el país. Sin embargo, regresó con la ayuda de Estados Unidos, derrocó al gobierno nacional y detuvo a Mossadeq.

Cuando Churchill se enteró de que lo habían condenado a arresto domiciliario de por vida, alzó la copa y dijo: «Estaba loco. Era un hombre peligroso».

Mossadeq no era peligroso en absoluto, sino el orgullo del país.

Sus seguidores fueron arrestados a millares, a muchos de ellos los ejecutaron y cientos huyeron. La mayoría militaban en el partido de izquierdas del país, de tendencia prosoviética, que estaba en contra del sha y se oponía terminantemente a la llegada de los estadounidenses.

Confiados en el gran número de adeptos con que contaban, pensaban que pronto conquistarían el poder. Incluso se permitían estar descontentos con la política de Mossadeq, pues en su opinión hacía demasiadas concesiones al imperialismo; y por ese motivo no pudieron apoyarlo a tiempo cuando el sha regresó. Tras la caída de Mossadeq, el partido se desintegró.

Muchos de los que lograron escapar huyeron hacia el monte del Azafrán, con la esperanza de llegar a la frontera soviética. Pero la cosa no fue fácil, pues los gendarmes los perseguían por las montañas con *jeeps* de fabricación estadounidense. Hambrientos y desesperados, muchos de ellos consiguieron refugio en las casas de los aldeanos.

Probablemente mi padre nunca entendió nada del comunismo, pero sí sabía lo que era un fugitivo.

Un día en que lo acompañé a la aldea del Azafrán, me llevó por la tarde a nuestros almendrales. De pronto, me puso un trozo de pan en la mano, se escabulló entre los árboles y se escondió detrás de un tronco.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Ven, dame el pan —gesticuló él.

—¿Qué intentas decirme?

Me arrebató el pan de la mano y echó a correr en dirección a las montañas.

—Antes muchos hombres entraban furtivamente en nuestros campos cuando oscurecía —me explicó. —Yo les daba pan y huían al monte.

Un año después del arresto de Mossadeq se oyó por toda la zona el silbido prolongado de un tren. La máquina se detuvo a la altura de la aldea, algo que nunca había ocurrido.

¿A qué venía aquello?

Azúcar. Terrones de azúcar de Estados Unidos metidos en sacos en los que ponía la palabra «SUGAR».

La antigua palabra persa *gand* debió cederle el sitio a *sugar*. Ése fue el primer

vocablo inglés que llegó al monte del Azafrán. A continuación, apareció otro: *cigarette*. Y así se esfumaron paulatinamente las pipas tradicionales.

El término milenario *kadjoda*, «alcalde», desapareció, y en su lugar se introdujo otro: *bajshdar*.

El *bajshdar* era un individuo con corbata que se paseaba por el pueblo en un *jeep*.

Un buen día, el *bajshdar*, secundado por el imán local y en presencia de los ancianos del pueblo, se subió a un taburete y colgó en la pared de la mezquita un gran retrato del sha.

Y así fue cómo un buen día el hijo de Reza Kan se convirtió en sha de Persia.

En la escuela no nos enseñaron nada de Mossadeq, pero sí todo sobre el sha. Aprendimos que era hijo de Reza Kan y que éste, a su vez, era hijo de un sha anterior, y éste, de otro anterior a él, y así sucesivamente, retrocediendo dos mil quinientos años en la historia hasta remontarnos a Ciro, el primer rey persa, cuya carta fue cincelada en caracteres cuneiformes en la cueva del monte del Azafrán y que comienza así: «Me llamo Ciro. Soy rey de reyes».

Tuti

*Nace el hijo del sha.
Y un papagayo cae muerto de un árbol.
Ambos acontecimientos modifican
el curso de la narración.*

A veces pienso que lo que me impulsa a escribir este libro es el sentimiento de culpa. El sentimiento de culpa de un hijo que no ha acabado su tarea o no ha cumplido su misión, de alguien que se ha evadido a mitad de camino y ha dejado a su padre en la estacada. Quizá por eso se me aparece tantas veces en sueños. No me mira, me evita y me vuelve el rostro.

Ahora está muerto y yo no puedo retroceder en el tiempo para reparar el daño. Confío en que me perdonará y en que la próxima vez que me visite en sueños me mire a la cara.

Escribo este libro para aclarar, primero a él y luego a mí mismo, que mi evasión era inevitable, que se produjo como algo ajeno a mí, que ya no podía controlarla; ¿cómo decirlo?, que él fue justamente la causa por la que huí del país.

No puedo explicarlo. Como soy el hijo de Aga Akbar, ahora me encuentro aquí luchando con esta lengua nueva.

Si bien es cierto que a lo largo del tiempo utilicé en varias ocasiones a mi padre para mis propios fines, no lo es menos que nunca he dejado de prestarle servicio. Por ejemplo, ahora que escribo esta historia, no hago sino descifrar su libro, intentando volver inteligibles sus palabras. No me quejo, acepto que es mi destino. No tengo opción; es mi deber difundirlas.

El hijo de Reza Kan cambió de esposa un par de veces, hasta que acabó teniendo un hijo varón, un príncipe heredero. Su sueño se hizo realidad.

Contaba yo diez u once años, y el heredero, tres o cuatro. En todas las escuelas del país se festejaba con gran júbilo el día de su nacimiento. Sin embargo, en nuestra ciudad, que era muy religiosa, ni nos enterábamos. En los colegios de Teherán había niñas que bailaban enseñando las piernas. Todos cantaban, y se regalaban plátanos a los alumnos. En mi familia jamás habíamos visto un plátano, ni siquiera en fotografía.

En el Archivo Nacional de Teherán se pueden encontrar periódicos de aquella época con fotos en las que aparecen chiquillas de la capital que han resbalado en una piel de plátano. También hay una en blanco y negro de la reina y el príncipe heredero, que apenas sabe andar, visitando a una de esas niñas en el hospital.

El alcalde de nuestra ciudad puso el mayor empeño en organizar una serie de festejos

para celebrar el aniversario del heredero, tarea que encomendó a nuestra escuela, situada en un paraje alejado y olvidado de las afueras. El director cogió la ocasión al vuelo para ascender unos peldaños en el escalafón administrativo, dado que el alcalde no acudiría solo, sino que llevaría a un «egregio invitado».

De haber sido posible, incluso habría hecho venir a una niña de Teherán para que bailara mostrando las piernas ante la mirada del alcalde.

—¡Ismail! —me dijo una tarde, dándome una palmadita en el hombro. —Ven conmigo un momento; quisiera hablar contigo.

En su despacho, al que a los alumnos nos estaba vedada la entrada, me ofreció una galleta e incluso llegó a enseñarme un plátano diminuto. Luego empezó a hablarme del sha, del antiguo imperio persa y de Ciro, nuestro primer rey, llamado rey de reyes. Y también del mundo que cambiaba a pasos agigantados para convertirse en una sociedad moderna. Todos habían progresado, menos los habitantes de nuestra ciudad, atrasada y presa de los clérigos. En resumen: ante la perspectiva de la próxima visita a la escuela por parte del alcalde y su ilustre invitado, me pidió que lo ayudase.

—¿Yo?

—Sí. Tú, Ismail. Tienes que ayudarme.

Ahora que recuerdo aquel día, me cubro la cara con las manos, avergonzado. ¿Por qué yo? ¿Por qué precisamente yo?

El director acercó su cabeza a la mía, afirmando que yo era distinto a los otros alumnos. Que leía muchos libros, que sabía mucho del mundo, y los demás no. Los otros no eran más que unos paletos que no entendían nada de la modernización del país. Luego me contó algunas cosas que debían quedar rigurosamente entre nosotros.

Yo no tenía que hacer nada en especial, sólo demostrar que era tan cultivado como cualquier alumno de Teherán y tan moderno como cualquier muchacho de París.

Llegó el día de la celebración. El alcalde acudió acompañado de su «egregio invitado», y ambos se instalaron en unos asientos reservados para ellos en la primera fila. Yo espiaba entre bastidores al invitado y al resto de la sala —que estaba de bote en bote—, agazapado detrás del telón, esperando mi turno para salir a escena. Para gran sorpresa del alcalde y de todo el alumnado, yo bailarían y demostrarían que también nosotros éramos modernos. Era algo que ningún hombre de la familia, desde Adán hasta Ismail, había hecho jamás.

En unos instantes empezaría a contonearme con los brazos en alto, sacando el pompis y haciendo movimientos rítmicos con el vientre abombado; luego me inclinaría y me pondría otra vez derecho, exactamente como me había enseñado el director.

Justo cuando me tocaba salir, éste se me acercó con unas prendas de niña y una

peluca en la mano.

—¡Toma, ponte esto! — me ordenó.

Sólo Dios, él y yo sabíamos que no habíamos acordado nada de eso. Lo único que se suponía que debía hacer era danzar como un joven parisino. Ese solo hecho ya representaba un salto de gigante, un paso enorme en aquella ciudad tan religiosa.

—¡Deprisa! ¡Quítate los pantalones! —me instó el director.

—¡¿Qué?!

—¡Ponte esto!

Él nunca habría osado cometer ese crimen con otro alumno, pues sabía que los parientes lo habrían matado. Me había elegido a mí pensando que mi padre minusválido no suponía ninguna amenaza.

Me resistí firmemente, pero mientras él me sujetaba, el subdirector me quitó los pantalones, me puso una falda corta, me encasquetó la peluca, me pintó los labios con carmín y me empujó a escena.

En ese instante, los músicos empezaron a tocar a todo volumen.

Yo permanecí inmóvil en medio del escenario.

—¡Baila! —masculló entre dientes el director detrás del telón.

Miré al público. Los alumnos estaban perplejos, aunque nadie me reconoció. El alcalde batía palmas entre risas. Los músicos se pusieron a tocar más alto.

—¡Baila! —me espetó otra vez el director.

Comencé a bailar.

Todavía tengo la frente bañada en sudor. Por la ventana veo el mar, el mar encerrado, dando puñetazos contra el dique.

La sucinta falda se me levantaba, dejando al descubierto mis calzoncillos blancos de algodón. Todos se reían, daban gritos de alegría y silbaban con los dedos, y el alcalde se desternillaba de risa.

De pronto vi a mi padre acercarse hecho una furia, perseguido por unos policías que intentaban detenerlo. A pesar de su debilitada salud, logró abrirse paso entre la multitud y trepó al escenario. Sin más, me cogió por la cintura, me cargó a la espalda y saltó abajo, con tan mala suerte que perdió el equilibrio y rodamos los dos por el suelo. Finalmente, los agentes lograron echarle mano y lo golpearon con sus porras de goma.

Por respeto a mi padre, prefiero no contar aquí el resto del episodio. Sólo esto: que me veo esperando, con las piernas desnudas y un vago rastro de carmín en los labios, en la puerta de una sala de operaciones, donde un médico y su ayudante suturan las heridas que acaban de hacerle a mi padre en la cabeza.

Pasa, todo pasa. El reino persa ya no existe, y el sha tampoco. ¿Y dónde está su príncipe heredero?

Un día lo vi en una noticia del informativo de la tarde sobre el funeral de la

princesa Diana de Gales. Había mucha gente conocida: estrellas de Hollywood, cantantes, políticos y muchos príncipes y princesas.

Decenas de cámaras de la BBC mostraban con todo detalle a los asistentes. Una de ellas captó el rostro de un hombre joven y fornido que miraba al objetivo con la cabeza erguida, como un militar retirado. «¿Quién es? ¿De qué lo conozco?».

Él también era un refugiado, igual que yo. Nunca había pensado en eso. Sólo aquel día caí en la cuenta.

¿Qué había ido a hacer mi padre a la escuela? ¿De dónde salió tan de improviso? ¿Cómo se había enterado de que su Ismail había caído en la trampa? ¿Fue el azar?

No pudo ser eso; yo estaba irreconocible con la peluca. Alguien debió de avisarlo. Pero ¿quién? ¿Quién pudo enterarse de los planes del director?

El conserje, tal vez el anciano y piadoso conserje... Seguro que fue él. En mi mente lo veo correr a mi casa: «¡Por Alá! ¡Deprisa!».

Debió de encontrar a mi padre por pura casualidad, aunque quizá no fue tanta, pues por aquella época enfermaba muy a menudo, y a veces se quedaba en cama toda una semana.

Aquel día mi vida dio un vuelco, y también la de mi padre. En los años siguientes, los chavales del barrio ya no nos dejaron tranquilos. Me perseguían hasta en sueños. Yo los rehuía jadeando, pero siempre me alcanzaban y me zurraban hasta hacerme sangrar. Ni siquiera podía defenderme, pues tenía que sujetar con todas mis fuerzas el cinturón para que no me bajaran los pantalones. Querían ver una vez más mis piernas desnudas. Cuando se encontraban con mi padre en alguna parte, señalaban con el dedo las cicatrices que tenía en la cabeza y se desataban el cinturón. Él intentaba atraparlos, mientras ellos le tiraban piedras.

No eran escenas dignas de contemplación, y tampoco puedo describirlas.

Aquellos años de humillaciones, tanto para mí como para mi padre, en que, cuando volvíamos a casa, teníamos que dar un gran rodeo para eludir a aquellos chavales, fueron los de gloria del sha y su príncipe heredero. El mismo heredero que también vive en el exilio y que, como yo, ha perdido a su padre.

Los dos sufrirían después muchas vejaciones, especialmente durante el período en que el hijo no hallaba un lecho de muerte para su padre ni, al cabo, una última morada.

Por fin le encontró un sepulcro en Egipto.

Me resigné a aceptar mi destino. A la salida del colegio, corría a mi habitación y me refugiaba en mis libros, en novelas occidentales.

No recuerdo cómo fue a parar a casa aquel volumen ajado, o si alguien se lo dejó

olvidado allí. Es posible que mi padre lo encontrara en algún sitio y lo cogiese. En cualquier caso, fue una revelación. Ese libro era distinto a todos los que yo conocía. ¿Sobre qué trataba? A bote pronto no me viene a la memoria, pero dando un pequeño paseo y volviendo atrás en el tiempo, he de poder recordarlo.

En mi barrio había una pequeña librería, regentada por un hombre mayor, que, además de periódicos y revistas, tenía una estantería repleta de manoseadas novelas policiacas. Cada vez que pasaba por allí, le pedía prestadas al librero unas cuantas y las leía a hurtadillas en la cama. Un día llegué a pensar que ya había leído todos los libros del mundo, pues aquel hombre no tenía más para mí.

Mi padre empezó a traer libros a casa.

—¡Mira, para ti! —me decía con gestos.

Yo los hojeaba y los colocaba con indiferencia en mi biblioteca. No eran auténticos libros de lectura, sino mamotretos de la más variada índole; por ejemplo, un viejo ejemplar sobre el algodón y el hilo que había encontrado en algún rincón del trabajo, o un volumen con un montón de tablas y series numéricas.

Al principio era algo inofensivo; él llegaba con un libro y yo lo ponía en el estante, pero luego empezó a preguntarme si lo había leído.

—No, todavía no. Lo leeré más adelante —le contestaba yo.

Un día me entregó un viejo libraco de la empresa y quiso saber de qué trataba.

—De números —gesticulé. —Uno, dos, tres, cuatro... Y también de ángulos y círculos.

—Entonces ¿te sirve?

—Sí, muchas gracias —contesté, y lo metí entre los demás.

A veces se sentaba a mi lado, sin hacer ni decir nada, y me observaba en silencio. Los libros y la lectura lo habían hechizado. Quería saber qué se experimentaba cuando alguien se quedaba sentado o tumbado leyendo un libro.

Ahora que me he puesto a ahondar en sus escritos, veo que su vida se dividió en varias fases. Habíamos llegado a la de los libros, que duraría casi dos años.

—¿De dónde los sacas? —le pregunté una vez.

—Los compro —me contestó.

—Pues no compres más. Los libros no se compran así como así. Cuando necesite alguno, ya me lo procuraré yo mismo.

Pero hizo caso omiso y siguió trayendo cada vez más. Un día, al caer la tarde, Tine lloró tanto que acabó desmayándose.

—¿Estás contento ahora? —le grité enfadado—. ¿Por qué no me haces caso?

No hubo manera.

Mientras tanto, los muchachos del barrio habían descubierto un nuevo juego. En cuanto veían llegar a mi padre con un par de libros bajo el brazo o metidos en algún bolsillo, lo perseguían sigilosamente, le arrebatában uno y salían corriendo. Él iba

detrás de ellos y les imploraba que se lo devolviesen, pero ellos no le hacían caso y se lo iban pasando de uno a otro.

El momento de inflexión se produjo un día en que mi padre llegó a casa con el pantalón hecho jirones y un montón de libros embarrados.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté furioso.

—Nada. Esos chicos de la calle —gesticuló él con una sonrisa.

—No quiero que me traigas más libros —le solté.

—¿No? ¿No más libros?

Le quité violentamente uno de los que llevaba bajo el brazo y lo lancé contra la pared del patio con todas mis fuerzas.

—No más. ¿Me has entendido? ¡Ni uno más!

Con el tiempo, esa actitud mía me ha parecido ruin e infame. ¿Cuántos años tendría yo por aquel entonces? ¿Doce? ¿Trece? Sin embargo, me sentía como si hubiera cumplido ya dieciséis o diecisiete, pues en los dos últimos años había crecido más que el resto de muchachos de mi edad.

Pero hice algo todavía más atroz. Cuando mi padre se agachó para recoger el libro del suelo, se lo impedí, los cogí todos y los tiré uno a uno a la azotea.

—Ya está —dije al acabar. —¡Y ahora, desaparece de mi vista!

Mi padre no dijo nada, entró en casa y se fue a dormir. (Es tremendo, terrible, lo que hice).

Por la noche me sobrevino un ataque de llanto, pero no podía llorar. ¿Cómo arreglarlo?

Entonces comprendí por qué mi padre compraba esos libros. Encendí la lámpara de aceite y lo desperté.

—¡Ven! —gesticulé.

—¿Adónde?

—¡A la azotea!

En un principio pensó que sería luna llena y que se le había pasado por alto. Miró al cielo, pero no.

Yo era su Ismail; tenía que hacerme caso, así que se levantó de la cama y me siguió.

Sosteniendo la lámpara con la mano, me encaramé a la escalera.

—Tú también. ¡Arriba!

Con paso vacilante, mi padre subió tras de mí.

Le pasé la luz y empecé a recoger los libros, dispersos por todas partes.

—Ven aquí, dame la lámpara —gesticulé, y fui a sentarme junto a la chimenea. — Coge un libro, vamos a leer juntos.

Él eligió uno y se sentó a mi lado, sin saber qué pretendía. Ni yo mismo lo sabía exactamente.

Mi padre había escogido el volumen más grueso y me lo tendió. Se trataba de *La rosaleda*, del poeta medieval Saadi^[13], una crónica en la que se pone de manifiesto la belleza de la lengua persa. En sus hecayadas, o relatos breves, se aprecian la fuerza y las posibilidades expresivas de nuestro idioma.

Era casi imposible traducir aquellos ricos textos poéticos del maestro al sencillo lenguaje de gestos de mi padre, pero tenía que resultar. Por algo estábamos tan compenetrados. Él captaba de inmediato lo que yo le decía, y viceversa. Con unos cuantos gestos insignificantes, yo era capaz de narrarle prácticamente todo lo que acontecía en el mundo. Pero no nos comunicábamos tan sólo mediante gestos, sino también usando los ojos, los labios, las posturas; y además nos asistía el dios de mi padre, el dios de los sordomudos.

Me puse a hojear el libro en busca de una hecayada que no fuera muy larga.

—¿Qué... clase de libro es éste? —me preguntó mientras yo buscaba. Lo interpreté como una señal de reconciliación.

—¿Cómo explicártelo? Verás, es un... un...

—¿También procede del cielo?

—No, éste no es un libro sagrado. Es distinto. Trata de... la juventud. De... la vejez. De los reyes. Del corazón, el amor, la muerte y..., sí, también del amor. De cómo besar a la mujer, sujetarla, acariciarla, mirarla e incluso... Aquí hay una hecayada, una pequeña historia sobre un ciempiés.

—¿Sobre qué?

—Un ciempiés, ese bichito que tiene muchas patas y camina muy rápido. Espera, acerca un poco la lámpara.

Con un palillo dibujé un ciempiés en el suelo e hice un movimiento rápido con los dedos.

—Voy a leerlo lentamente para que puedas ver las palabras en mis labios; luego te lo explicaré. Presta atención: «*Dasto pa bò ri de ie hezar pa ie bé kosht (...)*. Un hombre a quien le habían cortado los brazos y las piernas mató un ciempiés (...).» ¿Lo has entendido?

—¿Has dicho que el hombre no tenía brazos ni piernas? —gesticuló Akbar.

—Así es. Se los habían cortado. Escucha: «Dios sea loado. Cuando le hubo llegado la hora, cien pies no le bastaron para escapar de alguien que no tenía manos ni pies». El asunto se complica, no puedo explicártelo con más detalle, pues yo tampoco lo entiendo del todo. El resto debes imaginártelo tú solo.

—¿Cómo es que logra matar al animal sin tener brazos ni piernas?

—Cierto, hay que tener por lo menos una mano o un pie para poder atizarle a algo. Tú no lo entiendes, y yo tampoco; sin embargo, el hombre lo hizo. Tal vez por eso sea tan hermoso. La historia habla de la muerte y de que nadie se escapa a ella cuando llega. El tiempo del ciempiés había terminado, tenía que morir, no debía seguir viviendo; y, siendo así, incluso ese hombre podía matarlo. ¿Qué opinas tú al respecto?

Mi padre guardó silencio. Luego, dándose un golpecito en la cabeza, gesticuló:

—Muy listo. El escritor se lo ha pensado muy bien. ¿Podrías leerme otra historia?

—¿Otra?

No sé por qué, pero en ese momento acudió a mi mente un antiguo y conocido relato persa. Pensé que era de Saadi, y me puse a buscarlo entre sus hecayadas, pero no lo hallé. Por lo visto pertenecía a otro escritor.

—¿Qué buscas? —preguntó mi padre.

—Una historia que trata de un tuti.

—¿Un tuti?

—Sí, un hermoso pájaro de muchos colores que tiene el pico torcido y habla. Un papagayo.

—¿Un pájaro hablador?

—Bueno, no habla de verdad. Repite lo que se le dice. No encuentro la historia, pero no importa. Me la enseñaron en la escuela y me la sé de memoria. Hace mucho, mucho tiempo, había un mercader de especias persa que tenía en su casa un papagayo indio. Sí, era un pájaro de la India, un país que queda muy lejos, lejísimos. El animal, que añoraba su tierra, lloraba continuamente y cantaba: «A casa, a casa, a casa». Un día en que el comerciante se aprestaba para partir otra vez a la India en viaje de negocios, le preguntó al ave si quería enviar algún recado a los papagayos de su país. «No, nada en especial —contestó—, pero dales recuerdos y díles que los echo muchísimo de menos». Al poco de llegar, el mercader vio a un papagayo en un árbol. «Mi papagayo te manda recuerdos —le dijo—, os echa muchísimo de menos». De golpe, el pájaro se cayó del árbol. Estaba muerto.

—¿Muerto? —preguntó mi padre.

—Espera. Cuando el hombre regresó del viaje, su pájaro le preguntó si tenía algún mensaje para él de parte de los papagayos de la India. «No —contestó el mercader—, aunque sí que hablé con uno, pero cuando le di recuerdos de tu parte y le dije que los echabas de menos, se cayó del árbol de golpe, muerto». «¿Muerto?», preguntó el animal. Y también se desplomó, muerto.

—¿También él? —exclamó mi padre con sorpresa.

—Sí, también.

—¿Cómo?

—Espera a que acabe. El hombre se llevó las manos a la cabeza, diciendo: «Ay, mi papagayo, mi papagayo, no debería habérselo contado». Pero ya no podía hacer nada por él. Lo sacó de la jaula para tirarlo, y de pronto el pájaro se movió y salió volando. «¿Adónde vas?, le gritó el mercader». «¡A casa, a casa, a casa!», contestó.

Mi padre seguía mirándome asombrado sin decir nada, hasta que soltó una risotada y dijo:

—Listos. Ambos papagayos eran listos. Muy bonita, una historia muy bonita.

Nos quedamos un rato más en la azotea; yo, hojeando los libros y mi padre, a mi lado, sumido en sus pensamientos.

—Las máquinas, ¿sabes? —soltó de repente—, esas máquinas de tejer que hay en la fábrica siempre siguen y siguen funcionando en mi cabeza. Incluso cuando duermo. Yo... no sé, pero ese trabajo... Me gustaría... Me duele la cabeza, ¿sabes? Me duele muchísimo.

Era la primera vez que se quejaba de su trabajo en mi presencia. Vi en su mirada que no era afectación, sino una llamada de auxilio.

—Tengo siempre inflamada la garganta y me duele —dijo. —A veces me acometen sofocos repentinos, me falta el aire. Yo... Ya no quiero ir a la fábrica, pero eso es imposible; tengo cuatro hijos.

Examiné su rostro escuálido. ¿Cómo ayudarlo?

—Los hilos se rompen entre los dientes de las máquinas —prosiguió. —Yo presto atención, observo, pero ya no los veo. Entonces llega el jefe y me riñe. Todos me miran, sacuden la cabeza y dicen que Akbar es un necio. ¿Tú qué opinas? ¿Qué debo hacer?

Acababa de formularme una pregunta muy clara y yo, Ismail, debía darle una respuesta. Si yo no lo ayudaba, ¿quién lo haría? Mi obligación no era pensar en Tine y en las niñas, sino en él. Había nacido para prestarle servicio. Debía salvarlo. Se me ocurrió una idea.

—Tienes que morirte —gesticulé.

—¿Qué?

—Morirte. Igual que el papagayo: caerte muerto.

No lograba entenderme.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo? ¿Dónde tengo que caerme?

—Entre las máquinas tejedoras. Así, de repente. De bruces. Muerto.

Al día siguiente, cinco obreros de la fábrica llegaron a casa con el cadáver de mi padre, lo depositaron en su lecho de muerte y se marcharon.

Mi padre abrió enseguida los ojos, cogió el bastón y su caja de herramientas y se refugió en la montaña.

Me pregunto adónde iría.

Cascabelito

*Hablaremos de Mariane.
También conoceremos a Cascabelito.
Y llamaremos a la puerta del doctor Pur Bajlul.*

En otro momento me referiré al sitio al que fue mi padre, a lo que hizo en la montaña y a la persona con quien durmió durante el par de meses que estuvo ausente, porque no quiero dar rienda suelta a la fantasía. Intento limitarme a los acontecimientos realmente demostrables, los que yo mismo presencié y las cosas descritas en el cuaderno. En este capítulo no iré detrás de mi padre. Dejaré que se marche solo, que haga lo que quiera, que duerma con quien desee y que se recupere un poco, pues le esperan tiempos difíciles. Por eso lo dejaré tranquilo; abordaré otro asunto hasta que él regrese.

El verano ha quedado atrás, pero después de unos días vuelve a hacer mucho calor. A unos diez kilómetros de mi casa hay un pequeño lago. Cojo la bicicleta y me dirijo allí para nadar y escribir en silencio.

Durante el verano lo he hecho a menudo. Primero nado un poco, luego extendiendo una alfombrilla y me siento a escribir.

La primera vez fui con Mariane, a quien conocí hace dos años en la tertulia literaria. Ella vivía en Amsterdam, en la casa de una amiga que estaba de vacaciones. Ya la había visto antes en aquellas veladas, pero no sabía que venía al pólder ex profeso desde Amsterdam para asistir a ellas. Solía recitar poemas de renombrados poetas fallecidos, y gracias a ella conocí a los maestros de la poesía holandesa, especialmente a Jakobus Cornelis Bloem, a quien descubrí a través del siguiente poema:

*In memoriam
Caen las hojas en los canales amarillos;
vuelven el otoño y el tiempo otoñal a la Tierra,
donde languidecen los oscuros corazones
de los vivos. Él ya nunca lo verá.*

*Cuánto había adorado todo esto: las calles
en penumbra, la niebla y la dicha plena,
cuando al caer la tarde los desiertos y húmedos
adoquines resultan tan ajenos y tan vastos.*

*Él había nacido para las cosas silenciosas
con las que vivimos —aunque no el mismo tiempo—,
de las que suspiramos la esencia en nuestro cantar
hasta que nos hundimos, y con nosotros, el canto.*

*Fue un otoño como ahora: los otoños vuelven,
pero no los corazones, tras su breve estancia;*

*allí esperábamos, con un cruel anhelo humano,
en la habitación sin aliento en la que él yacía.*

*Y por siempre me quedó esto grabado:
cuánto más silenciosa es la muerte que el sueño;
que la vida es un milagro cotidiano
y cada despertar, una resurrección.*

*Mas ahora me encuentro de nuevo en la estación
bendita, donde las hojas caídas se asemejan
a la tenue luz solar de una marea muerta,
pensando: ¿cuánto tiempo más viviré esta quimera?*

*¿Qué nos queda de la pérdida prolongada
que es la vida? ¿Qué cosas que aún pueda desear?
Para él y para mí un otoño, que morir no puede:
sol, niebla y silencio, y así por siempre jamás.*

He incluido en mi libro este poema por los deseos no expresados de mi padre, pues Mariane me dijo que J. C. Bloem era el poeta del deseo y se definía a sí mismo como «la irrealización divina».

Mariane también escribía versos, aunque yo no lo supe hasta aquella tarde en que estaba solo y fui al café de las tertulias. Aunque ese día no había reunión, la encontré allí tomando algo. Tenía la misma edad que yo, y aún no había charlado con ella a solas.

—¡Dichosos los ojos! —me saludó con efusividad.

Entablamos conversación, y desde aquella tarde somos amigos. No sé si la palabra «amigos» es la adecuada, pero da igual. Un día me dijo que conocía un pequeño lago y me preguntó si me apetecía acompañarla.

Yo no sabía nadar, pero ella me aseguró que no era difícil.

—¡Incluso es una obligación que aprendas! —insistió.

La acompañé. El lago se encontraba en un paraje tranquilo. No había nadie, sólo Mariane y yo.

Durante una semana entera, fuimos todos los días en bicicleta al lago, donde Mariane me enseñó a nadar. El último día fue al centro del lago, extendió los brazos al máximo y exclamó:

—¡Ven!

Comencé a bracear y luché hasta llegar allí.

Me aferré a ella. Luego ella se aferró a mí.

Extendí de nuevo la estera en la orilla, bajo los árboles, con la intención de sentarme a escribir, pero hacía bochorno y me dije que sería mejor nadar primero un rato. Me zambullí en el agua con el propósito de atravesar el lago. Ya lo había hecho varias veces solo. Comencé a nadar tranquilamente, pero cuando todavía no me había alejado ni cien metros de la orilla, sentí que no podía seguir. Presa del pánico, di media vuelta para emprender el regreso. Aunque braceaba con todas mis fuerzas,

tenía la impresión de que no avanzaba. El miedo se había adueñado de mí. Miré alrededor con desesperación, pero no había nadie. Ya no sabía nadar. Pedí auxilio a gritos una y otra vez; mi vida había llegado a su fin. Daba manotazos en el agua mientras me hundía. Entonces toqué fondo un momento con la punta del pie. Una brazada más, otra más fuerte, y por fin llegué a la zona donde no cubría.

Salí del agua, me arrodillé en la estera, apoyé la frente en el suelo y me eché a llorar. No sabía por qué ni por quién.

Recogí mis cosas y regresé a casa.

Aunque soy fuerte, y por lo general nada miedoso, aquel día, por primera vez, sentí pánico hasta en lo más profundo de mi ser. ¿Fue por el desgaste que me producía la traducción de los apuntes de mi padre, por el hecho de escribir en holandés y por el cansancio de los estudios? Lo más probable es que se debiera a una acumulación de cosas. Los últimos meses me he matado a trabajar. Sin pausa, intentando día y noche dar forma al libro. Ésa debió de ser la causa. El miedo me había atrapado por mi punto flaco. No volveré a meterme en el agua, y si lo hago, será en una zona donde toque fondo con ambos pies, hasta que haya acabado este libro.

El día en que nadé hasta el centro del lago donde me esperaba Mariane y me aferré a ella, me regaló un libro. Una antología de Kan Slauerhoff.

—Aquí tienes: tu diploma de natación —me dijo.

Uno de los poemas llevaba por título «Mi hija Cascabelito»:

*Rozando la cuarentena, tuve una hija.
Se me ocurrió ponerle Cascabelito.
Hace un año que llegó a nuestra familia.
Ya sabe sentarse, pero todavía le falta hablar.*

Si bien el poema sigue, sólo he copiado estos cuatro versos.

Será una coincidencia, pero el caso es que a mi hermana pequeña la llamamos Zangule, cuya traducción sería «cascabelito».

Como Zangule no es un nombre muy bonito para una niña, el oficial era Majbubé.

Mi padre siempre temió que sus hijos fueran sordomudos. Tanto, que no quiso presenciar el nacimiento de sus dos primeras hijas.

El de mi hermana menor lo recuerdo aún muy bien. Yo estaba presente cuando la partera la depositó en brazos de mi padre. Él la sostuvo con una mano contra el pecho, sacó del bolsillo del pantalón un cascabel y lo sacudió suavemente a la altura del oído de la recién nacida. Ella abrió los ojos y lo miró.

—¿Lo has visto? —gesticuló. No cabía en sí de contento. ¿Lo has visto? La niña oye, no es sorda. —Luego me pasó a mí el cascabel, diciendo—: ¡Prueba tú!

Yo también lo agité con suavidad y mi hermana abrió de nuevo los ojos, dirigidos

a mí esta vez.

—¿Lo has visto? —gesticuló de nuevo mi padre soltando una risotada estentórea que hizo llorar a la pequeña.

Así fue cómo mi padre y yo nos apropiamos de la niña. Y así fue cómo recibió el nombre de Cascabelito en el lenguaje de gestos.

Todos teníamos nombres diferentes en su lengua, y cada vez que se producía un cambio importante en nuestras vidas, nos los cambiaba. Por ejemplo, a mí al principio me llamaba Mío.

Cuando se llevaba la mano derecha al lado izquierdo del tórax, todo el mundo sabía que se refería a Ismail. Más tarde me cambió el nombre y me puso El Chaval que se Mete en la Cama y Lee. En mi época de estudiante universitario fui El Hombre que Lleva Gafas. Dos años después, El Hombre que no se Encuentra por Ninguna Parte. Y luego, probablemente, El Hombre que se Ha Marchado. Pero el nombre de Cascabelito no lo cambió nunca: la niña se llamó así para siempre.

Ella fue distinta desde el principio. Enseguida se convirtió en la hija de mi padre. También ella había nacido para mitigar sus sufrimientos. Así funciona la naturaleza, o el santo dios de los sordomudos.

Siendo todavía un bebé, se precipitaba a gatas hacia la puerta tan pronto como oía sus pasos. Eso, para él, era un regalo del cielo.

Más tarde le daba masajes en la espalda cuando llegaba de la fábrica muerto de cansancio, le preparaba sopas cuando estaba enfermo y, muchos años después, lo llevó por primera vez a Teherán, donde yo estudiaba, y le enseñó la ciudad. (Yo le había prometido que algún día se la enseñaría, pero nunca logré cumplir mi promesa). Cascabelito había cogido su cámara y le tomó fotos en varios lugares. Había una instantánea suya muy bonita junto a la estatua del sha Reza Kan, en la que ella le rodeaba el hombro con el brazo. Le había pedido a un transeúnte que se la sacase. Luego llevó a mi padre al aeropuerto y le mostró cómo volaban los aviones. Y por la noche fueron a un cine en el que ponían películas de Charlot.

Cascabelito era al mismo tiempo nuestra alegría y nuestro gran sufrimiento.

De modo natural, en la familia se había producido una especie de separación de aguas. Cascabelito y yo estábamos del lado de mi padre, mientras que mis otras dos hermanas pertenecían más bien al bando de mi madre. Ellas hacían buenas migas con Tine, a diferencia de Cascabelito. ¿Por qué? No lo sé exactamente, pero quizá se aclare en el transcurso del relato. Había una cuestión sobre la cual no cabía duda: Cascabelito era la hija de mi padre por antonomasia.

Ahora que ya sabemos quién es Cascabelito, vuelvo atrás en el tiempo para averiguar dónde está mi padre.

Cuando regresó de la montaña, al principio no lo reconocí. No se semejaba en nada al hombre sobre el que he escrito en los capítulos anteriores. Estaba más viejo y se había encogido.

Era ya bien entrada la noche, cuando alguien llamó a la puerta. Encendí la luz del pasillo y fui a abrir. Me asusté. Mi padre tenía mal aspecto y en la boca ya no parecían quedarle dientes. Me miró a la cara, lo que equivalía a una nueva petición de auxilio. Lo agarré del brazo y lo llevé a la luz.

—Abre la boca —le dije.

Me obedeció. Sus muelas y dientes eran una calamidad, estaban negros y destrozados. ¿Cómo no lo había advertido antes?

—Dolor —gesticuló. —Siempre dolor.

Le brotaron lágrimas de los ojos. Por fin alguien veía qué lo aquejaba y se percataba de su sufrimiento. Tuve que volver en mí, tomar conciencia de nuevo de quién era yo y cuál era mi tarea en la casa. Le acaricié la cabellera llena de canas y gesticulé:

—Ya lo arreglaré. Todo saldrá bien. Yo me encargaré de que se te quite el dolor.

Inclinó la cabeza. ¡Por Dios, inclinó la cabeza en señal de agradecimiento hacia mí!

No teníamos dinero para que le arreglasen la boca, pero eso no importaba. La cuestión era que yo debía ingeniármelas para lograr que le desapareciese el dolor.

Por aquella época había en la ciudad dentistas con consulta propia. También había un hospital, pero los ricos, o al menos quienes podían pagar, intentaban en lo posible no acudir a él, pues conseguir hora era un auténtico calvario. Había que ir al alba, en plena oscuridad, para hacer cola. Algunos incluso llegaban la víspera, provistos de mantas, y pernoctaban allí para asegurarse de que al día siguiente los atenderían.

La cola de los dentistas era la más larga. A veces había que pasarse tres noches seguidas hasta alcanzar la puerta de la consulta. Para colmo, el doctor no hacía más que extraer un diente o una muela cariada al paciente y, acto seguido, lo enviaba a casa con algún analgésico. No se tenía derecho a un tratamiento adicional. Yo había visto allí a hombres hechos y derechos llorando a causa del dolor de muelas.

¿Cómo podía ayudar a mi padre en aquella jungla?

Una mañana fui al centro de la ciudad mucho antes de la hora de entrada al instituto, en busca de un dentista. Había tres por la zona, pero ninguno atendía antes de las diez. En la ventana del primero que fui a visitar, había colgado un papel que anunciaba que no se podía pedir hora hasta dos meses más tarde. El segundo tenía una consulta muy elegante con un gran cartel encima de la puerta, que rezaba: «Las técnicas más modernas para todos sus problemas bucales».

Pero sólo se podía pedir hora por teléfono, y en el centro de la ciudad había una

sola cabina. Además, en mi vida había tocado un aparato de aquéllos.

Después de ver esas dos consultas, supe que jamás dejarían entrar allí a mi padre con su arruinada dentadura. Por lo tanto, decidí ir en busca del último, que trabajaba en su casa, cerca del centro. Era una vieja mansión con un pórtico de estilo clásico. En un sencillo cartel se leía: «Pur Bajlul, dentista. De lunes a jueves, de 15 a 19».

Yo no tenía dinero y era hijo de un paciente que se salía de lo habitual, por lo que me dije que ese cartel y ese horario no iban dirigidos a mí. El doctor estaría durmiendo todavía o leyendo el periódico mientras desayunaba. Golpeé dos veces con la aldaba en la puerta, sin resultado. Volví a intentarlo y me abrió un hombre mayor con una regadera en la mano, sin duda el jardinero.

—¿Qué pasa? ¿Por qué llamas tan fuerte?

—Buenos días. He venido a ver al doctor Pur Bajlul.

—¿Acaso no has visto que la consulta se abre a las tres?

—Sí, pero quisiera hablar con él ahora.

—¿De qué se trata?

—Eso prefiero decírselo a él en persona.

El jardinero me escrutó con la mirada, reflexionó un momento y me dijo:

—Espera aquí; voy a ver.

Me quedé aguardando largo rato en el pórtico hasta que un hombre de pelo cano y con una pipa en la boca abrió la puerta.

—Buenos días, jovenzuelo. Supongo que me buscas a mí.

—Buenos días, doctor. Quería hablar con usted sobre mi padre.

—¿Tu padre? ¿Qué le ocurre?

—Los dientes. Las muelas.

—Si se trata de eso, no atiendo hasta las tres de la tarde —me dijo, mientras daba caladas a la pipa.

—No, no. Es un asunto que también me atañe a mí.

—Pero también a los dientes y muelas de tu padre...

—Bueno, sí. Tiene unos dolores terribles y..., ¿sabe usted?, le he prometido que le haría desaparecer el dolor.

—¿Y qué más? Continúa. Dime qué más.

—Pues eso, que tengo que aliviárselo. Eso... es todo, doctor.

Sin apartar la mirada, el dentista siguió fumando.

—¿Cómo te llamas?

—Ismail.

—¿Tu apellido?

—Majmud Jazanviye Jorasani.

—Adelante, pasa.

Lo seguí por un jardín con rosales, petunias y manzanos llenos de fruta roja, hasta que llegamos a una sala con ventanales muy altos.

—Dos té —pidió a la servidumbre.

Me hizo pasar a una habitación cuyas paredes se veían atestadas de libros alineados en anaqueles.

—Siéntate —me ofreció, señalándome una silla.

Una criada nos sirvió el té.

—Bueno, cuéntame tu historia. Me has hablado de tu padre. ¿A qué se dedica?

—Es reparador de alfombras.

—¿Dónde trabaja?

—En todas partes. No tiene taller propio. Va pregonando por las calles: «Fomba, fomba», y todos saben lo que anuncia.

—¿Qué quiere decir «fomba, fomba»?

—Mi padre es sordomudo, y ese reclamo se parece más o menos a la palabra «alfombra».

—Ya. Así que tiene problemas en la dentadura...

—Tiene toda la boca podrida. Ha envejecido a causa del dolor.

Encendió una cerilla, la sostuvo junto a la pipa y, tras aspirar profundamente, lanzó el humo. Luego buscó algo en un cajón.

—Supongo que se te está haciendo tarde para ir a clase. Dale a tu padre este par de analgésicos y tráemelo a la consulta mañana por la tarde. Entonces hablaremos.

—Muchas gracias, doctor.

—No hay nada que agradecer.

Me incorporé.

—¿Te gusta leer, muchacho?

—Sí, doctor.

—Estupendo. Te veré mañana.

El jardinero me acompañó hasta la salida.

—He olvidado decirle algo al doctor. —Sin esperar su respuesta, volví sobre mis pasos.

—¡Doctor! ¿Me permite...?

—Sí.

—Ha de saber que no puedo pagarle. Quiero decir..., en algún momento le pagaré sin falta. Sé que debería habérselo dicho enseguida, pero... no sé..., al entrar en la biblioteca se me ha olvidado.

—Vas a llegar tarde al instituto. Mañana por la tarde lo discutiremos.

Un año después detuvieron al doctor Pur Bajlul, y no lo soltaron hasta la revolución. Era uno de los principales cerebros de una organización guerrillera clandestina de izquierdas, pero, hasta el momento de su arresto, su función en el partido se había mantenido en el más absoluto secreto, incluso para los propios miembros.

Los servicios secretos del sha encarcelaron a casi todos los dirigentes del Movimiento. Pur Bajlul utilizaba su profesión como tapadera. De ese modo, fue

capaz de mantener a flote el partido durante algunos años. Yo no sabía nada de todo eso. No lo supe hasta varios años después, cuando yo mismo pasé a militar en el partido.

En el transcurso de tres meses, Pur Bajlul le extrajo a mi padre, pieza por pieza, todos los dientes y muelas. Con la boca desdentada y el cabello canoso, mi padre se había convertido en un auténtico viejo. Bajlul le dijo que volviese al cabo de dos meses. En esa ocasión, le tomó las medidas de las mandíbulas, le revisó el estado de la boca, comprobó la consistencia de las encías y anotó todos los datos en una libreta.

Yo ya había visto alguna vez una dentadura postiza en la boca de alguien, pero nunca habría imaginado que el doctor tenía la intención de hacerle una a mi padre. Pensaba que estaba condenado a tomar sopa el resto de sus días.

Al cabo de dos semanas regresamos a la consulta. Mi padre se sentó en el sillón de los pacientes.

—Abre la boca —gesticuló el dentista.

Él obedeció.

—Cierra los ojos.

Obedeció nuevamente.

El doctor sacó de una bolsita de plástico las partes superior e inferior de una dentadura postiza y, sin mirarme ni decirme nada, se las colocó a mi padre con cuidado. Cuando acabó, le dio un golpecito en la espalda y dijo:

—¡Mírate en el espejo!

En lugar de mi padre, fui yo quien se miró. Era mía la boca en la que relucían aquellos nuevos dientes blancos. No era él, sino yo, quien se observaba atónito la boca en el espejo, una boca que contenía un elemento nuevo, moderno. Un elemento joven que no se correspondía con mi rostro, viejo y pálido.

Mi padre pudo volver a comer y fue recobrando peso poco a poco. Se le notaba en la cara que quería seguir viviendo.

Fue la primera persona en toda la montaña en llevar una dentadura postiza. Cuando pasaba las vacaciones de verano con él en la aldea, tenía que tirarle de la manga continuamente para que siguiera andando, pues cada vez que se cruzaba con algún aldeano de cierta edad, se sacaba la prótesis y le mostraba lo buena y fuerte que era. A todo el mundo le recomendaba comprarse una igual.

A veces me veía obligado a soltarle un rapapolvo:

—Ya está bien. Compórtate. Eres padre de tres hijas, métete esa dentadura en la boca; de lo contrario todos pensarán que estás chiflado.

No hubo manera. Siguió haciéndolo a escondidas.

El doctor Pur Bajlul me envió una factura de 3000 tumanes. Era una barbaridad; nunca conseguiría pagársela, pues mi padre no ganaba más que tres tumanes al día.

—Deberás abonar hasta el último céntimo —aseguró el dentista.

—Lo sé, doctor, pero es que...

Ya estaba todo arreglado: me había concertado una cita con un redactor del periódico local. Si así lo deseaba, podía entrar a trabajar en el diario dos tardes a la semana, a razón de tres horas por día, para clasificar las cartas al director, corregirlas y prepararlas para la impresión. La mitad de lo que ganara sería para mí, y la otra iría destinada a pagar sus honorarios.

Tendría que trabajar muchos años para saldar mi deuda; pero los acontecimientos tomaron un rumbo inesperado. Un año después, cuando me dirigía a casa del doctor con un libro bajo el abrigo, como había hecho tantas veces antes, observé que la calle donde él residía estaba infestada de hombres uniformados. Incluso en la azotea de su casa había tres agentes armados montando guardia. La calle estaba cortada al tránsito, así que me quedé esperando.

Media hora después, tres policías obligaron al dentista a abandonar su residencia. Él salió con la pipa en la boca, fumando. Cuando los agentes lo empujaron para que entrase en el coche, se resistió un momento, se enderezó, aspiró profundamente por última vez, lanzó una mirada a los curiosos y se instaló él solo en el interior.

El coche arrancó y desapareció.

Valerse por sí mismo

*Nos saltamos unos años,
los años en que Tine trabajaba
y Akbar se ausentaba a menudo.
Pero, antes, la rehabilitación de Hanne.*

Me pregunto con quién dormía mi padre cuando estaba en la montaña. Yo sabía que había alguien y él sabía que yo lo sabía, pero era un secreto entre los dos. Ahora que me ocupo diariamente de sus apuntes, resurge por primera vez en mis pensamientos aquella mujer. En verdad me preocupa. Lamento no tener un retrato de ella, no saber qué aspecto tiene. Ignoro si aún vive, aunque sospecho que sí. Estoy convencido de que uno no se muere así como así cuando guarda un secreto que debe confiar a alguien. Creo que seguiré viviendo hasta que nos encontremos.

En la quietud del polder quisiera decir su nombre en voz alta, gritarlo, pero no puedo, pues lo desconozco. Una vez me dijeron en la aldea del Azafrán que era hija de un inmigrante ruso y que vivía en el último poblado de la montaña, en la frontera con la antigua Unión Soviética. Si bien nunca he conocido a esa mujer, siempre he tenido una cita tácita con ella.

Hizo mucho por nosotros. Llevaba paquetes de forma clandestina al otro lado de la frontera y acogió en su casa a algunos peces gordos del partido, a los que pasaba al otro lado por la noche.

Entiendo perfectamente que lo hiciera por mi padre, pero, ahora que me he distanciado un poco de aquellos acontecimientos del pasado, siento, percibo, que también lo hizo un poco por mí, por el hijo del hombre al que amaba.

Y a menudo también pienso que salvó a Cascabelito.

¿Sería ella quien me envió los apuntes de mi padre? En el paquete no figuraba el remitente. Tampoco incluía ninguna carta, nada.

¿Cómo se llama esa mujer?

Si resulta que tan sólo existe en mi memoria, no importará que le ponga un nombre inventado por mí. Pero ¿cuál? ¿Uno persa? ¿Ruso? No, pues el suyo debe de ser persa o ruso. ¿Holandés? Le pondré uno provisional. Hanne, por ejemplo. La tía Hanne. Cuando anochezca, me acercaré al dique y, mirando al mar, gritaré su nombre: «¡Hanneeeeeee! ¡Tía Hanneeeeeee!».

No tengo opción. De lo contrario se interrumpirá el relato, y perderá fuerza. Eso es todo, no tengo nada más que contar sobre Hanne.

Ahora me voy con mi padre a la casa de baños.

Cada vez que mi padre volvía de la montaña tras una larga ausencia, Tine no le permitía entrar en casa sin antes asearse. Me daba sus utensilios de baño y me ordenaba:

—¡Ve con él a que se lave!

¿Conocería la existencia de Hanne? Apuesto a que sí, pero a nosotros nunca nos comentó nada.

Mi padre siempre regresaba al alba, para que yo pudiese acompañarlo a los baños. Tine exigía que lo examinase detenidamente, pues no quería que metiese en casa ninguna enfermedad de las montañas.

—¡Lávate bien entre las nalgas! —le decía con gestos, y él obedecía.

—¡Vuélvete!

Se daba media vuelta y yo sometía su cuerpo a una inspección minuciosa para ver si tenía la piel irritada o granos.

—¡Agacha la cabeza!

Él lo hacía y yo revisaba su pelo canoso.

—Muy bien. Todo en orden. Todo limpio.

Luego le ceñía un paño a la cintura e íbamos a la sala de oración.

Nos colocábamos con el rostro mirando hacia La Meca y rezábamos junto con los otros. Al terminar las plegarias, nos girábamos y saludábamos al que estaba detrás, según establecía la tradición. Yo me sentaba invariablemente detrás de mi padre. Cuando él se volvía hacia mí con el brazo extendido, yo le estrechaba la mano y le decía:

—Salud.

Sin embargo, un día que se dio la vuelta, no me encontró. Me había quedado junto al pilar de la casa de baños mirando a los fieles.

—¿Y tú por qué no rezas? —gesticuló.

No era la primera vez que no rezaba. De hecho, no lo hacía desde que había conocido al doctor Pur Bajlul. En la casa de baños le dejé a deber la respuesta a mi padre.

—¿Por qué no has rezado? —insistió cuando íbamos de camino a casa.

Le contesté que se lo explicaría más tarde. Me apetecía discutir con alguien sobre Dios. Había aprendido mucho de los libros que me había dejado el doctor.

Por la noche, mi padre entró en mi habitación y no me dijo nada, pero vi que la pregunta seguía ardiéndole en la mirada.

—¿No tienes sueño? —gesticulé.

—No puedo dormir —me contestó.

Se puso a examinar mis nuevos libros, los que yo había leído durante su ausencia, entre ellos algunos del doctor Pur Bajlul, que habían pasado a ser míos. Los recorrió con los dedos, como si estuviera estudiando los títulos impresos en los lomos.

—Siéntate —le indiqué.

Se puso de rodillas sobre la alfombra y yo me senté frente a él.

—Me has preguntado por qué no rezaba —le dije. —Pero explícame primero por

qué rezas tú.

—¿Cómo?

—Que por qué rezas. ¿Por qué te inclinas? ¿Por qué apoyas la frente en el suelo?

—El cielo —respondió, indicándomelo. —Lo hago por el cielo.

—¿El cielo? ¿Quién está en el cielo?

—El santo.

—¿Qué santo? A ver, dime, ¿qué santo?

Esbozó una sonrisa y apoyó las manos en las rodillas. No tenía respuesta. Parecía que habíamos llegado al final del debate, pero de pronto pasó al ataque:

—El libro sagrado que viene del cielo. El gran santo que vive en el cielo lo ha escrito para nosotros. De modo que hay un santo en el cielo.

Sacudí la cabeza.

—El Corán no procede del cielo. Es un libro. Un buen libro, pero eso no tiene nada que ver con el cielo.

—Sí, me lo dijo el propio Kazem Kan. Y también tú, Mío, El Chaval que se Mete en la Cama y Lee. Tú mismo. También tú has besado su cubierta y te has lavado las manos antes de leerlo.

—Tienes razón. Antes también yo me inclinaba y apoyaba la frente en el suelo, pero leyendo estas obras aprendes cosas que... Espera, deja que empiece por el principio.

Me incorporé para buscar un volumen que trataba del universo y que contenía muchas imágenes de las estrellas.

—Mira esto. ¿Podrías decirme qué representa o de qué trata?

No, por supuesto que no podía, no veía sino una banda lechosa, un camino, un sendero en la noche.

—Ven a ver.

Abrí la ventana. La noche era de color azul oscuro. En el cielo refulgían millones de estrellas, y la Vía láctea se veía más resplandeciente que nunca.

—Eso que ves ahí es lo mismo que esta imagen —gesticulé.

Quise explicarle que al principio no había nada y que de pronto se produjo una explosión y todo empezó a fluir, a expandirse, como la Vía láctea, que estaba formada por tantas y tantas y tantas estrellas, y seguía fluyendo. Hice un esfuerzo para intentar traducir a nuestro lenguaje de gestos todo lo que había aprendido. El resultado fue que se quedó mirándome en silencio, como pensando: «¿De qué me hablas?».

Al borde de la desesperación, cambié de tema y lo sorprendí de repente con una realidad banal:

—¿Sabes que la Tierra se mueve?

—¿Qué?

—¿Y que tú, yo y nuestra casa giramos alrededor del sol?

Le señalé las estrellas. Hice como que las recogía todas en la mano izquierda,

añadí el río de nuestra ciudad y las montañas, y lo coloqué a él encima. A continuación, lo apreté todo con ambas manos, cogí la bola de materia comprimida con la derecha, la sostuve delante de sus ojos e hice que explotara de pronto:

—¡Bam...! Estrellas, estrellas y más estrellas, y luego el sol, y la Tierra, y la luna, y luego mi padre, y luego yo... ¿Entiendes lo que quiero decir?

No, no lo entendía. Yo tampoco.

Saqué un mapamundi e intenté mostrarle en qué parte del globo nos hallábamos.

—Nosotros estamos en este lugar de la Tierra, y la Tierra se encuentra en esta zona... Mira, te la dibujo. Nosotros, tú y yo, estamos aquí, pero no vemos el sol. No hay luz. Es de noche.

Me había ido lejos, muy lejos, y me había perdido un poco, con lo que ya no lograba establecer un nexo entre mis teorías y el hecho de que no rezara. Lo dejé allí.

—Es tarde, ve a dormir —gesticulé.

Mi padre se retiró.

Posteriormente, pude comprobar en numerosas ocasiones que él seguía reflexionando sobre lo que le había dicho. A veces, cuando estaba de buen humor, le gastaba una broma a Cascabelito. Atrapaba las estrellas en el aire, las comprimía y se las sostenía delante de la nariz, antes de decir «¡Bam!» y soltar una risotada. En una ocasión lo vi junto a un grupo de ancianos, explicándoles, al tiempo que daba patadas en el suelo:

—Esta tierra es redonda. Y gira. Nosotros. Tú y yo giramos alrededor del sol. E Ismail ya no reza.

Mi padre volvió a ausentarse una larga temporada, y cuando regresó, yo ya había cumplido dieciocho años y quería largarme de casa.

La sociedad había cambiado de forma radical en los últimos cinco años. El sha estaba firmemente instalado en su trono y controlaba las riendas casi por completo.

El precio del petróleo había subido y Estados Unidos ayudaba al monarca a convertirse en el gendarme de la región. No quedaba nada de la oposición y la economía empezó a crecer, con lo que se creó más empleo y aumentaron los salarios.

Todo se había transformado. Incluso las estaciones del año eran distintas. Los inviernos resultaban menos crudos, tal vez porque habíamos comprado una nueva estufa, grande y buena, o porque comíamos mejor: más carne, más fruta, más verdura.

Tine ya no tenía que trabajar; mi padre ganaba lo suficiente.

Nuestra ciudad, aislada y en manos de los imanes, había quedado repartida entre los estadounidenses, que construían una nueva refinería, los alemanes, deseosos de renovar nuestros ferrocarriles, los holandeses, llegados para excavar canales, y los rusos, que estaban instalando una gran fábrica de tractores.

Por vez primera pintamos las puertas de la casa, sustituimos el viejo portón de

entrada, que era de madera, por otro de hierro y mandamos pavimentar el patio con losas amarillas. Tine estaba contentísima con todos esos cambios.

Suponed que vuestras hijas tienen un padre sordomudo, y que en su casa no hay una puerta de entrada decente: ¿qué clase de hombres se acercarían a pedir su mano?

Una fría tarde de otoño cogí del brazo a mi padre y le dije:

—¿Vienes conmigo? Quiero contarte algo.

El viento nos lanzaba arena a los ojos y la boca, y tuvimos que buscar un sitio abrigado para tomar algo caliente. Nos metimos en el salón de té del barrio. El propietario se acercó a limpiar la mesa y comentó:

—¿Cómo le va a Ismail? ¿Qué trae a padre e hijo a mi salón? ¿Asuntos importantes?

—Nos ha traído el viento otoñal.

—Bienvenidos. Eres el mejor chaval del barrio. Si tuviera una hija, me gustaría que fueses mi yerno. Cuidas muy bien de tu padre y tus hermanas. Hoy día los jóvenes ya no respetan a sus padres, pero tú eres un buen chico. Os invito a la primera taza, y os traeré también unos dátiles frescos.

—¿Dátiles frescos en pleno otoño?

—No me hagas caso, era una broma. ¿Ves? Tú eres distinto, tú prestas atención. Los jóvenes de ahora pasan de todo. Acercaos a la estufa, allí se está mejor. Que Alá te bendiga, por respetar a tus progenitores.

Era la primera vez que entraba en aquel salón de té, y tal vez por eso mi padre comprendió que quería decirle algo importante.

—¿Sabes qué? —gesticulé. —He acabado la escuela. Ya no voy a...

—¿Que ya no vas a la escuela?

—Ya he terminado. Ahora me iré a estudiar a otra parte. Es decir, me marcharé de aquí.

Se irguió.

—¿Marcharte? ¿Por qué? ¿Adónde?

—Debo leer otra clase de libros.

—¿Aquí no se consiguen?

—No se trata sólo de eso; he de ir a otra escuela, a la universidad, una escuela muy grande en la capital, donde vive el sha.

—Ah, vale. Una escuela muy grande en la ciudad del sha, pero lo que no entiendo es qué clase de libros vas a leer allí.

—Libros que tratan de la luz, por ejemplo.

—¿De la luz?

—De la noche, el aire, los aviones...

—¿El aire? ¿Los aviones?

—Sí, el aire es muy importante. Si no existiese, no podrían volar los aviones.

Mi padre se puso a pensar profundamente. Aunque no supiese lo que era la universidad ni entendiese que sin aire nos moriríamos, aunque ignorase dónde quedaba Teherán y de qué iba la carrera que quería estudiar, comprendió que algo importante estaba a punto de pasar. Exhausto, se reclinó en la silla.

—¿Qué te ocurre? No voy a morirme. Regresaré. Mis estudios son algo bueno para mí, para ti y para Tine.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Cinco años, o seis, no lo sé con exactitud, pero vendré a casa regularmente.

El dueño del salón depositó delante de nosotros dos tazas de té recién hecho.

—Se nos va —le dijo mi padre con gestos.

—¿Se va? ¿Adónde?

—Me han aceptado en la Universidad de Teherán.

—¡La Universidad de Teherán! —exclamó con júbilo el hombre.

—Sí, aunque me cuesta dejar a mi familia.

—Pero ¿qué dices! ¿Qué te cuesta dejarla? ¡No lo dudes ni un segundo! ¡Claro que tienes que ir! El dios de tu padre es grande.

—¿Sabes qué? Se marcha a estudiar cosas relativas al sol —gesticuló mi padre.

—Grandes libracos sobre el aire, porque el aire es muy importante. Ismail asegura que sin él nos moriríamos.

—¿Qué dice?

—Nada de particular, está... hablando de mi carrera.

Mi padre continuó:

—¿Sabías tú que al principio no había nada y que luego se produjo una gran explosión y las estrellas empezaron a lanzar llamas? ¿No lo sabías? Yo tampoco, pero Ismail lo sabe todo. Es muy importante, se va a la ciudad del sha para continuar sus estudios.

—¿De qué habla? —preguntó el dueño.

Me eché a reír.

—Pues de nada en especial, sólo ha dicho que voy a estudiar Física.

Apuramos el té y nos quedamos un rato más allí sentados. Le tenía reservada a mi padre otra sorpresa.

—Debo pedirte que no sigas desapareciendo a cada rato.

—¿Cómo?

—Que no te marches a la montaña, que no abandones la casa.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Pues porque, cuando yo me vaya, tiene que seguir habiendo un hombre en la casa.

—Pero es que yo... Es necesario. Yo no puedo...

—Te pondré una tienda, un pequeño taller.

—¿Para mí?

—Sí, un taller, para que no tengas que vagabundear por ahí. La gente acudirá a ti cuando te necesite.

La noticia lo conmocionó más que el hecho de que la Tierra girase alrededor del sol.

—¿Qué clase de tienda? Sin ti no me las apañaré.

—Tranquilízate, te ayudará Cascabelito.

—¿Cascabelito?

—Sí, ya he hablado con ella. A la salida de la escuela, irá a echarte una mano.

Todo lo demás ya estaba arreglado. El redactor del periódico donde yo seguía trabajando me había ayudado a conseguir una hipoteca. A través de unos conocidos suyos que trabajaban para el ayuntamiento nos concedieron incluso una autorización para buscar un local que estuviera cerca de casa.

Mi padre se encontraba entre la espada y la pared. No lograba entender que todo estuviera dispuesto ya. Por un lado estaba contentísimo, pero por otro guardaba un secreto, y debía marcharse de vez en cuando.

—Está bien, de vez en cuando, pero sólo unos días.

Al mes inauguramos la tienda, Tine, mis hermanas y yo. Cascabelito se instaló enseguida en la mesa que le habíamos asignado. Incluso había comprado con su propio dinero un espejo para mi padre. Todos llevábamos ropa nueva; yo, el traje que había comprado con mi madre para ir a la universidad.

La tienda abrió sus puertas, y el sueño de Aga Akbar de tener un taller propio se hizo realidad.

Sombras oscuras

Nada más llegar a Teherán, Ismail empezó a militar en una organización clandestina, por lo que le resultaba imposible mantener contacto con su padre. Akbar tuvo que valerse por sí mismo. O al revés: quien tuvo que aprender a valerse por sí mismo fue Ismail.

Me admira que incluso aquí, en el pólder holandés, haya cosas o hechos que guardan relación directa, o a veces indirecta, con mi vida anterior.

En cierta ocasión, el príncipe Guillermo Alejandro, heredero de la corona holandesa, concedió una entrevista televisada, que se anunció como la más importante de su vida. La vieron tres millones cien mil personas. El príncipe pretendía demostrar que ya era adulto e independiente respecto de su madre, la reina, y de paso convencer a su pueblo de que estaba preparado para asumir altas responsabilidades.

Le temblaba el labio inferior. Se notaba que la independencia no era una cosa fácil.

Para él fue un intento supremo de salir de la dominante sombra materna en presencia de más de tres millones de holandeses.

Insistió en que tenía personalidad propia y en que no era ningún niño de mamá.

—¿Es su madre su principal consejera? —le preguntó el entrevistador.

—Sí —contestó el príncipe—, porque ella desempeña el cargo que asumiré yo algún día.

—¿Qué cualidades de su madre le gustaría adoptar?

—Yo soy Guillermo Alejandro. Soy yo mismo. No quisiera adoptar ninguna cualidad suya. Además, es imposible.

Por más que el príncipe intentaba dar respuestas breves a las cuestiones sobre su madre y pasar a otros temas, el periodista seguía formulando preguntas relacionadas con la reina.

Lo que me resultó interesante no fue la entrevista en sí, sino lo que había detrás. Prácticamente en ningún momento lo oí referirse a su padre, ninguna vez pronunció su nombre completo. Parecía como si no tuviera presencia física en la casa real, como si fuera tan sólo un fantasma, una sombra.

He visto a la reina a menudo por televisión y la he oído muchas veces por la radio. Incluso recuerdo de memoria varios discursos suyos.

Señores diputados al Parlamento Nacional: ahora que hemos llegado al final de este siglo, es hora de hacer balance. En los Países Bajos se han conseguido numerosos logros, y eso ha sido posible gracias a la colaboración de muchas personas. Conscientes de nuestras fuerzas y sin cerrar los ojos a

nuestras limitaciones, podemos mirar al futuro con confianza. También en el siglo que comienza será necesario aunar esfuerzos para mejorar la calidad de nuestra sociedad y fomentar la cooperación internacional. El Gobierno seguirá empeñado en revitalizar la sociedad, y pretende hacerlo con sus señorías, con las administraciones y con todos los ciudadanos. Quisiera expresar aquí, de todo corazón, el deseo de que sus señorías cumplan con abnegación y total entrega sus mandatos, colmados de responsabilidades, en la confianza de que, como yo, muchos les desean sabiduría y buena suerte.

Sin embargo, de su esposo, el príncipe Claus, no recuerdo ni una palabra. Mi memoria está en blanco.

Una vez lo vi por televisión pronunciando un discurso en un desfile de moda, pero, aunque lo escuchaba atentamente, no lo oía. O sí, pero sus palabras no me llegaban, no calaban en mí. Era como si no utilizase palabras, sino sólo gestos.

La imagen que yo tenía de él era la de un padre que se limitaba a observarlo todo en silencio, y verlo hablando no encajaba con esa imagen.

Me cae bien ese hombre. Cuando la familia real aparece en televisión, por ejemplo para el aniversario de la reina, me encanta verlo marchando discretamente detrás de sus hijos, con las manos en la espalda.

También la reina me cae bien en esos momentos en que le pasa un brazo por la espalda a su marido y continúa andando erguida a su lado. Si algún día se enfadase con él y le asestase un par de cachetes en la cabeza, chillando: «¡Eres una rémora! ¡Muérete, muérete!», la odiaría.

Tine le hizo eso a mi padre una vez. Oí cómo le chillaba, me precipité hacia el interior de la casa y la vi aporreándolo en la cabeza.

—¡Muérete, muérete! —le decía.

Cuando se percató de mi presencia, se quedó con los brazos en el aire.

Posteriormente, Cascabelito me contó que ya lo había hecho otras veces.

—Lo he visto con mis propios ojos —me confesó llorando al teléfono.

Sigo sin poder perdonar a Tine, aunque es cierto que hizo mucho por mi padre. Al menos dio estabilidad a su vida. Ella sufrió mucho y demostró en varias ocasiones que poseía un carácter fuerte.

El príncipe Guillermo Alejandro no lo dijo en la entrevista, pero yo vi con toda claridad que pesaba sobre él la oscura sombra de su madre, como pesa sobre mí la de mi padre. El príncipe se equivocaba al pensar que se había liberado de esa sombra. Es imposible escapar a la influencia de personas así, ni siquiera después de muertas.

Incluso es peor cuando ya no están, pues regresan a tu vida con más vehemencia que antes. Te dominan hasta en sueños.

A pesar de que mi padre está muerto, su sombra ha caído sobre mi ordenador. En

mis años de estudiante universitario decidí distanciarme de él, pero no resultó. Volví a entrar en contacto con él de otro modo, más intenso que nunca.

Cuando me marché de casa, estaba convencido de que era mi padre quien debía aprender a valerse por sí mismo. Sin embargo, pronto me di cuenta de que yo solo no funcionaba bien del todo. Necesitaba la carga de mi padre, de lo contrario perdía el equilibrio. Me hacía el fuerte, pero no lo era.

Él se había convertido en mi punto flaco y mi punto fuerte. En comparación con los otros estudiantes, yo era un joven experimentado, lo que me sirvió para crecer aceleradamente dentro del partido. Aunque, por otro lado, me inquietaban los míos, y eso me desanimaba a seguir.

Al término de mi tercer año de carrera, mi enlace con el partido me comunicó que debía interrumpir el contacto con mi familia. Hasta entonces había viajado a casa de vez en cuando, pero a partir de ese momento me estaba prohibido hasta llamar por teléfono.

También me ordenaron que abandonase mis estudios, pues se presagiaba una revolución y se suponía que debíamos prepararnos para cuando estallara.

Tuve una fuerte sensación de culpabilidad al pensar que había dejado en la estacada a los míos. Me preocupaban, lo que me hacía perder la confianza en mí mismo. No podía seguir así; debía hablar del asunto con mi enlace.

Antes de continuar, quisiera contar algunas cosas sobre el movimiento de resistencia de aquella época. Aunque ir a estudiar algún día a la Universidad de Teherán era, y sigue siendo, el sueño de todo alumno de instituto persa, hay un dicho que reza: «Entrar, entras, pero nunca se sabe si lograrás salir».

Y es que en el terreno de la universidad crecían las raíces de la organización guerrillera clandestina de izquierdas contra el sha, que se guiaba por las tres consignas siguientes: «¡Fuera el sha!», «¡Pan para todos!» y «¡Viva la libertad!».

«Libertad o muerte», era el lema que encabezaba, en letras rojas, su boletín clandestino. Cuando empecé la carrera, las calles de Teherán eran escenario de continuos tiroteos entre los miembros armados del partido y la policía del sha. A cada paso, los servicios secretos descubrían refugios clandestinos de los cabecillas. Intentaban aprehenderlos usando helicópteros y tanques, pero era una tarea imposible; se resistían hasta la última bala. Además, los dirigentes solían llevar consigo una píldora letal, que tragaban en cuanto los cogían. Cada vez que uno de los nuestros perecía en un enfrentamiento, se producía un estallido de violencia en la universidad.

En aquellos tiempos de zozobra, caí enfermo.

Me cité con mi enlace en un salón de té de un barrio de las afueras y, por primera vez, le hablé de mi padre.

—No puedo interrumpir las relaciones con mi familia, necesito mantener el contacto con mi padre. Es indispensable, tanto para él como para mí; de lo contrario no puedo funcionar bien dentro del partido.

Pero no me lo permitían. El riesgo de que los agentes de los servicios secretos me pillaran en casa y pusiera en peligro nuestra organización era demasiado grande.

Entonces se me ocurrió una idea.

—Con mi padre, su tienda, su minusvalía, sus contactos con los aldeanos de la zona fronteriza, yo podría... No sé. ¡Hay muchas posibilidades! Creo que su taller y su conocimiento de la montaña pueden resultar vitales para el partido.

El contenido de la conversación varió y mi enlace no ahondó en el tema. Ya me comunicarían la decisión.

Una semana después, tuve una inesperada reunión confidencial con Homayun, uno de los legendarios dirigentes del Movimiento. Tras una larga charla sobre mi padre, sus contactos en la frontera y su conocimiento de los senderos de la montaña, me autorizaron a que nos entrevistáramos en secreto un par de veces al año. Mientras tanto, debía prepararlo «por si tuviésemos que recurrir a él». Ninguno de los dos comprendíamos lo que eso significaba exactamente. La dirección del partido sólo sabía que contaban con un hombre sordomudo de confianza, dispuesto a hacer lo que fuera por su hijo.

Por fin pude visitar a escondidas a mi padre, a quien no veía desde hacía mucho tiempo.

Las cosas le iban bien, y en especial la tienda. Había sido una excelente idea ponerle un local propio. Cascabelito había adquirido una buena estufa de segunda mano, que había instalado con la ayuda de un amigo. A lo largo del año, mi padre, como los pájaros viejos, iba juntando ramas secas para el invierno, provocando la exasperación de Tine. Cada vez que yo llamaba por teléfono a casa, ella se quejaba.

—Hijo, me muero de vergüenza a causa de tu padre. Hace muchas tonterías. Dondequiera que lo vea, siempre lleva al hombro un haz de ramas secas. Se sube a los árboles para cortarlas. Cada vez que me lo encuentro por ahí, tengo que meter la cabeza en la tierra.

Me entró la risa al imaginármelo encaramado a un árbol cortando una rama seca para su estufa.

Tine se puso furiosa.

—Sí, riéte. Tú no estás aquí, y no lo ves; soy yo la que se derrite como una vela de bochorno. A ti ya no te afecta nada de todo esto, pero yo soy madre, con tres hijas en casa...

—Tine, ya lo conoces. No debes tomarte tan a pecho esas cosas. Sabes que a estas alturas no podemos cambiarlo.

—¿Por qué? Tú no quieres que cambie, y la culpa es tuya, porque te has

desentendido de él. A ti te hace caso, pero no le dices nada. ¡Hijo, ven alguna vez a casa, por el amor del cielo! Y muéstrale a la gente que nosotros..., que mis hijas no tienen sólo un padre tonto, sino también un hermano con estudios. ¿Me oyes? ¡Ven! ¡Es importante para el futuro de tus hermanas!

Tenía razón. Me di cuenta de que mi padre había empezado a chochear. Cometía más tonterías que antes; no sé si ésta es la palabra más adecuada, pero no encuentro otra. ¿Qué podía hacer yo para que dejara de subirse a los árboles a coger ramas secas? No podía estar continuamente a su lado para corregir su comportamiento.

Akbar era así, y teníamos que aceptarlo como era. Pero a Tine le resultaba imposible.

Aunque al principio mi padre no había demostrado un gran entusiasmo, más tarde supe que estaba muy orgulloso de su tienda. Adondequiera que fuese, sacaba del bolsillo la llave de la puerta y se la enseñaba a todo el que quisiera verla.

—Mira, la llave de mi tienda. Me la ha dado Ismail, que estudia en la ciudad del sha. Estudia cosas de aviones. Cuando alguien te tapa la boca y la nariz con la mano, te mueres, porque el aire es muy importante.

El taller lo había salvado. Ya no erraba por la ciudad en busca de clientes. Y en invierno ya no tenía que quedarse en casa cuando no había trabajo: se iba a su local. De ahí que juntase ramas secas. Le daban tranquilidad y seguridad.

Permanecía en la tienda hasta bien entrada la noche, por si pasaba algún cliente, o acudía Ismail a visitarlo inesperadamente.

De camino a la tienda le compré un saco de leña. El barrio estaba sumido en el silencio y la nieve helada crujía bajo mis pies. Ya no había luz en las ventanas y las cortinas estaban corridas. Todos dormían, salvo la chimenea de mi padre, que seguía echando humo.

Detrás de su ventanuco se veía una tenue luz amarilla. Lancé una sigilosa mirada al interior. Él estaba sentado en su alfombrilla, junto a la estufa, inclinado hacia delante, mirando un libro abierto sobre una mesita que tenía ante sí.

—¡Dios bendito! ¿Qué estará leyendo?

En esa posición, parecía un sabio, o mejor dicho, un imán leyendo un libro en la mezquita. No, tampoco era eso; era más bien la postura de un trabajador, un reparador de alfombras que no estaba leyendo un libro, sino intentando restaurarlo. En la mesa de trabajo había alfombras enrolladas que pertenecían a sus clientes, y en la pared, un gran retrato enmarcado del sha con uniforme militar.

Me asusté: ¿por qué había colgado en su tienda la foto del dictador? Me enfadé un momento, pero enseguida decidí que tal vez fuera mejor así.

Abrí la puerta despacio y la bisagra emitió un chirrido seco. Pensé que debería echarle unas gotitas de aceite. Me deslicé hacia el interior. En el libro de mi padre apareció mi sombra. Alzó la vista hacia mí, pero no me reconoció. Entonces me quité

el sombrero y esbozó su tímida sonrisa.

—Te has dejado bigote... No te había reconocido —gesticuló, incorporándose.

Pensé que me daría un abrazo, pero no lo hizo. Se quedó mirándome, examinando mi sombrero, mis gafas, mi bigote. Le tendí la mano y le dije:

—¿Es que no vas a estrecharme la mano? Mira, te he traído algo de leña.

Como avergonzado, me señaló una pila de ramas secas arrinconada contra la pared y me dio la mano tímidamente. Luego colgó el saco de leña de un gancho y no volvió a tocarlo.

—¿Por qué me miras así? —gesticulé. —¿No vas a ofrecerme un té?

—Sí, claro. ¡Siéntate! —Me señaló la alfombra, pero enseguida se corrigió—: No, ahí no, un momento —dijo, ofreciéndome una silla. —Tome asiento usted aquí.

De pronto me trataba como a un señor, un señor con sombrero. Devolví la silla a su lugar y me instalé en el suelo junto a la estufa. Me sirvió una taza de té y se quedó esperando como un camarero.

—¿Por qué no te sientas tú también? —le pedí.

Se puso de rodillas, con las manos apoyadas en las piernas, y a cierta distancia de mí. Él lo quería así, de modo que mejor no contrariarlo.

—Bueno, cuéntame cómo te va —gesticulé. —¿Estás contento con la tienda?

—Bien, contento, muchas gracias —respondió agachando la cabeza.

—¿Y Tine?

—Bien también, gracias.

—Veo que has colgado una foto del sha —le dije, señalando el retrato enmarcado.

Resplandeció ante mi comentario. Quiso decirme algo, explicarme algo, pero no continuó. Permaneció quieto, de rodillas en la alfombra. Después de un breve silencio, gesticuló con lentitud:

—¿Cómo estás? ¿Todo bien?

—Sí, gracias.

—¿Dónde te habías metido? — prosiguió. —¿Por qué no vienes más a menudo a casa? ¿Por qué no llamas? Cascabelito está esperando tu llamada. Está grande. Quiere verte. Me ha pedido que te lo dijese. Entiendo; no tienes tiempo. Muchos libros que leer; pero telefonea de vez en cuando.

—De acuerdo, lo haré. Pero has de saber que las cosas se han vuelto muy complicadas.

—¿Qué se ha vuelto complicado? ¿Los libros?

—No, bueno, sí, también los libros son complicados. Pero me refiero a las cosas, en general. Ese retrato que tienes colgado en la pared, por ejemplo, ¿sabes de quién es?

Respondió con orgullo:

—Es el hijo de Reza Kan. Tú lo sabes muy bien; es importante. Lleva una corona de oro en la cabeza. Posee muchos caballos y fusiles, y siempre va con pistola. Muy importante. Todos los reparadores de alfombras de la ciudad tienen una foto suya en

sus tiendas. Yo también. La he comprado. Bueno, no la he comprado; me la trajo alguien del ayuntamiento, y yo la mandé enmarcar. Es bonita, ¿verdad?

No le respondí. Quiso contarme algo más sobre el retrato, pero de golpe se percató de que yo tenía algo en contra de que lo hubiese colgado en su taller. Por eso se corrigió y me dijo:

—¿Acaso te parece mal?

—Sí... No. No es eso.

—Pues a todos los reparadores les cae bien —gesticuló con cautela. —Hay imágenes tuyas en todos los comercios. Es un buen hombre, ¿sabes?

—Yo no opino lo mismo.

—¿Cómo es eso?

—A mí no me cae bien.

—¿No? ¿Por qué?

—No es un buen hombre. No es bueno.

Señaló el retrato y quiso decirme algo, pero se calló y apoyó de nuevo la mano en la pierna.

—Es complicado de explicar —le dije. —Te pondré un ejemplo. ¿Recuerdas a aquellos policías que te aporrearon en mi escuela?

—Sí..., sí que los recuerdo.

—Pues eran policías del sha. En Teherán, en la universidad donde estudio, hay muchos de éstos. Golpean a los estudiantes, los detienen y los meten en la cárcel. Incluso a mí quieren arrestarme.

—¿A ti? ¿Por qué? ¿Qué has hecho?

—Nada. Al menos, nada de particular. Ellos opinan que no debo leer determinados libros, ni decir ciertas cosas. Quieren que honre al sha, pero a mí el sha no me gusta. Así que me persiguen para atraparme. Por eso no puedo venir a casa.

Leí en la expresión de su cara que intentaba entenderme.

—¿Y sabes lo peor? Los policías de Teherán van por la calle sin uniforme. Visten de paisano, igual que tú y yo. Así no los distingues. Por eso llevo bigote, gafas y sombrero, para que no me reconozcan.

—¿Cómo puedes leer libros sobre la luz y el aire rodeado de tantos policías?

Quise explicarle que en esos momentos no estaba leyendo ningún libro sobre la luz y el aire, pero no lo hice. Sólo habría conseguido herirlo.

—Quería decirte otra cosa. ¿Te acuerdas del doctor Pur Bajlul, el dentista?

—Sí que me acuerdo, aquel doctor.

—¿Sabes quién lo ha detenido? El sha, sus policías. Y sigue preso. En la cárcel se le han estropeado todos los dientes. ¿Entiendes lo que quiero decir? Por eso odio al sha. Todas las personas importantes, todas las personas que leen libros, como el doctor, odian al sha.

¿Convenía que le explicase esas cosas complicadas simplificando tanto los ejemplos? ¿Era honesto inculcarle mis convicciones? ¿O debía dejar que él tuviera sus propias ideas y su visión del mundo, y aceptarlo?

Ahora que paso revista a aquellos años, distanciado ya de ellos, a veces me arrepiento en parte de lo que hice, pero otras no. Y es que no podía ser de otro modo, no podía imbuirle opiniones ajenas. Teníamos que ser una unidad, compartir las mismas ideas. Debía acercarlo a mí, a la realidad que yo había conocido. De lo contrario, se extraviaría en el mundo, para él extraño, de su hijo. Había que pensar en la posibilidad de que me detuviesen, de que la policía forzase su puerta a medianoche y entrase en su casa para registrarla por las actividades de su hijo, y él sin saber nada.

Sentí que era mi obligación explicarle cómo estaba organizado el mundo. En vista de que mi familia, los vecinos, los conocidos y aun la naturaleza me habían educado como guía de mi padre, no tenía opción. Debía guiarlo y orientarlo a mi manera.

Será mejor que lo diga claro de una vez, aunque sólo sea para mí mismo: de haber tenido otro padre, quizá no habría hecho falta que yo entrase en contacto con esa organización, o no habría ido tan lejos, no me habría implicado tanto. Fue el ser hijo de un padre así lo que me llevó, lo que me guió, lo que me condujo en esa dirección. Las cosas habían ido por ese camino de forma irremediable. Teníamos que acoplar nuestros pasos. Él debía acercarse a mí, lo que suponía acercarse al grupo de izquierdas en que yo militaba. Había llegado la hora de confesarle que nosotros — mis camaradas y yo— íbamos a necesitar su ayuda.

—A mis amigos y a mí no nos gusta el sha —gesticulé. —Tiene que marcharse.

Mi padre al principio no entendió de qué le estaba hablando. Se quedó mirándome sin inmutarse, hasta que al fin reaccionó. Le temblaban ligeramente las manos.

—¿Marcharse? ¿Qué quieres decir?

—¡Marcharse! ¡Que se vaya! ¡Fuera el sha!

—Pero ¡si lleva una pistola a la cintura!

Me detuve a reflexionar un momento. ¿Debía hacerlo? ¿O era mejor dejarlo?

Vacilé, pero al final deslicé la mano derecha debajo del abrigo y saqué una pistola.

La dunas de Holanda

Visitamos a Louis.

Ismail no lo conoce, pero no importa.

En la casa de Louis hay una mujer joven.

El destino quiere que Ismail y ella se conozcan.

Sabía lo que era la arena, y también las colinas, pero ignoraba qué aspecto tendrían las dunas holandesas. Y tampoco entendía cómo se podía caminar por una montaña de arena fina.

Consulté el diccionario:

duna, f. Colina de arena movediza que en los desiertos y en las playas forma y empuja el viento.

Recibí una carta de un hombre, un tal Louis, a quien había conocido en el tren cuando volvía a casa de la universidad.

Era de noche y el tren iba casi vacío. Entré en un vagón ocupado únicamente por un hombre, que viajaba al fondo, donde había dos asientos dobles enfrentados. Yo estaba cansado. Me senté y cerré los ojos para echar un sueñecito.

¿Cuánto tiempo dormí? No lo sé. De pronto oí que alguien me llamaba:

—¡Oiga!

Abrí los ojos y miré alrededor. Seguía sin haber nadie en el vagón, excepto aquel hombre. No sabía si era él quien me había llamado, o si me lo había imaginado.

—¿Le apetece venir a sentarse conmigo? Yo también estoy solo —me dijo.

Me levanté y fui con él. No me pareció que tuviera edad para usar bastón, pero llevaba uno.

—¿De dónde es usted?

—De Persia... Irán.

—Ya me parecía —dijo, contento. —Por eso me he atrevido a molestarlo. Suelo reconocer a los iraníes por su postura. Trabajé muchos años en Teherán.

—¡Qué coincidencia! —le contesté, y me senté con él.

—Me llamo Louis. ¿Podemos tutearnos?

Entablamos enseguida una conversación más bien confidencial. Me habló de su estancia en la provincia meridional de Irán, donde se encuentran los pozos de petróleo más productivos. Vivió el principio de la revolución, pero tuvo que abandonar el país junto con sus compatriotas debido a las presiones de la embajada de los Países Bajos.

Como me sucede en todos los encuentros casuales, hablamos de cómo había llegado yo a Holanda, qué hacía y qué me parecía el país.

La charla duró algo menos de una hora. Yo había llegado a mi destino, mientras que él continuaba viaje. Iba a pasar la noche en casa de un amigo. Me pidió la dirección y se la di.

Unas semanas después, recibí una carta suya. No reconocí al remitente hasta que la leí. Al pie había copiado una traducción al neerlandés del siguiente poema del poeta medieval persa Omar Jayyam^[14]:

*No somos más que un par de borrosas figurillas en una pantalla,
movidas ora sí, ora no, alrededor de la lámpara del sol,
conducidas a medianoche por el Dueño del juego.*

Recuerdo que le había parecido muy interesante que yo estudiase literatura neerlandesa. Me contó que a él le fascinaba la persa. Cuando estuvo en Irán no sabía gran cosa de ella, pero nada más regresar a Holanda se puso a buscar traducciones de libros persas.

En la carta decía que le encantaría que volviésemos a encontrarnos y me invitó a que fuera a visitarlo.

Al principio no me lo tomé muy en serio. Si bien yo tenía contactos con holandeses —Igor, algunos poetas y artistas de la zona y algunos docentes de la universidad—, ésa era la primera vez que un holandés desconocido me invitaba a su casa. Vivía en Agnet aan Zee. Lo busqué en el mapa. No quedaba demasiado lejos, pero pensé: «No, no voy. Se pasará toda la noche hablándome de sus recuerdos de Irán, y no me apetece».

Sin embargo, un párrafo de su carta despertó mi curiosidad: «Tenemos por aquí unas dunas preciosas, las más bellas de Holanda. Son ideales para una buena caminata. Estoy seguro de que te gustarán. Te espero».

Me dije que quizá no fuese tan terrible. Además, el nombre de Agnet aan Zee me resultaba un tanto enigmático.

Pensé que podría planteármelo como una excursión. Y ver el mar. Había oído hablar y leído algo sobre las dunas holandesas por primera vez en una clase de comentario de textos en la que estábamos analizando un pasaje de Frederik van Eeden, extraído de su obra ya clásica *El pequeño Juan*:

*«¡Ay, ojalá pudiera salir de aquí volando lejos, muy lejos, a las dunas, al mar!».
Todas las mañanas le pedía a Pluizer, su perro, que volviesen una vez más allí, a su casa, a visitar a su padre, para ver de nuevo el jardín y las dunas.*

Llamé por teléfono a Louis y salí hacia su casa. Por el camino le compré un ejemplar en neerlandés de *La rosaleda*, del maestro persa Saadi, pues mi profesor de prosa de la universidad había dicho en clase que acababan de publicar una buena traducción de ese libro.

Cogí el autobús, como si de una verdadera excursión se tratara. Me dirigí primero a Lelystad, luego a Enkhuizen, después a Alkmaar y, tras pasar por Bergen, llegué por fin a Agnet aan Zee.

¿Qué significaba Agnet? ¿Quién era Agnet? ¿O era Agnes, más bien? La combinación de Agnes y Zee, «mar», me gustaba. Me imaginaba a una mujer sentada en la playa, contemplando inmóvil el mar.

Agnet resultó ser una pequeña localidad con puerto, distinta de los típicos pueblos y ciudades de Holanda, con su iglesia y su plaza.

Tenía aspecto de lugar turístico, pero era tranquilo. Quizá el turismo se concentrase más en el verano. Aunque hacía frío, había muchos visitantes alemanes. Después de unos quince minutos de búsqueda, vislumbré un montecillo donde crecía mucho heno, heno amarillo, que el viento frío mecía formando olas, volviéndolo más hermoso. Nunca había visto unas colinas así, con el heno en movimiento. Ésas debían de ser las dunas de *El pequeño Juan*. Me detuve a contemplar en silencio el sorprendente paisaje. Dunas, dunas y más dunas como colinas, colinas y más colinas, sin que uno supiese dónde terminaban ni lo que había detrás.

—Es bonito, ¿verdad? —oí que decía una voz a mis espaldas. Me volví y vi a un hombre asomado a una ventana. —¡Buenas tardes! ¿No me reconoces?

—Eh... sí, ahora sí.

—Espera un momento, enseguida te abro.

Pasó un tiempo hasta que apareció en la puerta. Dio unos pasos hacia delante para salir a mi encuentro, pero comenzó a tambalearse de tal forma que casi se cae al suelo. Me abalancé sobre él y lo sujeté del brazo.

—Gracias —me dijo alegremente. —Pensabas que me caería, ¿eh?, pues no, no suele ocurrirme.

Le ofrecí mi hombro izquierdo y posó sobre él la palma de la mano derecha.

—¡Qué hombro tan fuerte tienes! Adelante, pasa. Me alegro de verte.

Me sentía abochornado por no haber reparado en que Louis era minusválido cuando lo conocí en el tren. Traté de simular que no había notado nada. Me impresionó de inmediato su carácter.

En cuanto entramos en su casa, soltó la mano de mi hombro y continuó solo. Pensé que en cualquier momento se caería o se golpearía la cabeza contra la pared, pero no, se las arreglaba para avanzar agarrándose a una silla o a un estante de la librería.

—Si piensas que voy a traerte un café, te equivocas. Andar sí puedo, pero todavía no he conseguido hacerlo con una taza en la mano. Ve a la cocina y hazlo tú. Luego te lo serviré yo. Para mí, una infusión.

Mientras trajinaba en la cocina, tuve la sensación de que aquel hombre, aquel desconocido, me resultaba tremendamente simpático.

No me sentía extraño en aquella casa. Los muebles, las sillas, la estufa y la biblioteca se me antojaban muy familiares. Llevé la jarra de café y la infusión al cuarto de estar y me senté a su lado, contento de haber ido.

—¡Hermoso paisaje! ¡Qué bien vive usted aquí! —le dije, señalando las dunas a través de la ventana.

—Puedes tutearme. No hace falta que me trates de usted.

—Necesito acostumbrarme.

—Sí, el paisaje es muy bonito —contestó. —Pero mi mujer ya se ha cansado de él. Lleva veinticinco años mirando las dunas. Ya no le agradan.

—¿Y a ti?

—A mí me siguen gustando. Incluso he concebido un plan para el futuro. Dentro de un par de años ya no podré andar, y tendré que pasarme todo el día en la cama. He pedido que vengan a realizar algunos cambios en la casa. Arriba, donde ahora hay un balcón, quiero que me hagan una habitación con un gran ventanal para poder contemplar las dunas desde la cama. Lamentablemente, no se alcanza a ver el mar, pero no importa. No se puede tener todo en la vida.

Después de conversar un rato sobre Irán y el Imperio persa, sobre su cultura y su literatura secular, le pedí que me enseñara la planta superior.

—No puedo; ve tú solo. Yo no puedo subir ni un escalón.

—Si quieres, te ayudo.

Con gran dificultad, logramos llegar arriba. Se notaba que estaba contento.

—No puedo creerlo. ¿Cuánto hace que no subía aquí? Ya ni lo recuerdo... Hace años, muchos años, me sentaba a observar las dunas desde aquí.

—¿Tienes hijos? ¿Algún hijo varón?

—Tengo una hija.

—¿Mantienes una buena relación con ella?

—Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Qué edad tenía ella cuando enfermaste y ya no podías..., en fin, cuando dejaste de andar?

—La cosa fue paulatina. Ella era aún una niña. ¿Qué quieres saber exactamente?

Le conté lo de mi padre. Le dije que de pequeño siempre me había sentido obligado a no separarme ni un instante de él, para asistirlo.

—Mi hija también me ha ayudado siempre. Por eso tiene unos hombros fuertes, sobre todo el izquierdo, bien formado, musculoso y sólido. Siempre he podido contar con ella, de verdad, siempre. Casi todas las tardes pasa a verme un rato. —Apoyó una mano contra la pared, y con la otra me señaló las dunas—: Mira. Veintiuna dunas más allá está el mar, pero hace años que no lo veo. Antes de caer enfermo, iba todas las noches a la playa cruzando las dunas en plena oscuridad, pero desde entonces me han faltado el valor y las fuerzas para seguir haciéndolo. Ahora se ha convertido en un sueño.

—¿Qué se ha convertido en un sueño?

—Volver a acercarme al mar por mi propio pie.

—Podrías intentar ir más despacio, o escoger otro camino. O pedirle a tu hija que te ayude.

—Así no me apetece. Quiero ir como antes, subiendo y bajando las dunas en la oscuridad. Pero no importa. Así es la vida. De pronto eres incapaz de seguir haciendo las cosas más normales.

El sueño de aquel hombre siguió rondando mi mente. Era un anhelo hermoso y atractivo, con el que me sentía identificado. Ese mar también se había vuelto inalcanzable para mí.

—¿Por qué estás tan callado? —me preguntó.

—Estoy pensando en el mar, en tu mar de detrás de las dunas. Es una pena que no lo hayas visto desde que estás postrado en cama. Le daría otro contenido a tu vida.

—¡Qué bien lo has expresado!

Acerqué una silla a la ventana y me subí encima.

—Creo que lo veo —le dije. —De verdad. Distingo algo que se mueve como un paño azul. Si levantas la cama un par de metros, tendrás el mar en tu habitación.

—Qué curioso... A nadie se le había ocurrido subirse a una silla para traer el mar hasta aquí.

—¿Quieres probar tú?

—¡Por supuesto que no!

—¿A qué hora dices que solías atravesar las dunas para ir al mar?

—Al anochecer, por lo general.

—¿Te parece que lo intentemos hoy?

—¡Estás loco!

—En cuanto anochezca atravesaremos las dunas.

—¡Sí, estás loco! —repitió, soltando una risa.

—No, en absoluto. Sé cómo hacerlo. ¿Cuántas dunas hay? He recibido entrenamiento para este tipo de cosas.

—¿Qué clase de entrenamiento?

—Es una larga historia. Milité en una organización clandestina, y a veces solíamos escondernos en las montañas. Imitábamos el modelo de la revolución cubana; queríamos hacer como Fidel Castro: descender un buen día de la cordillera con miles de simpatizantes, tomar las ciudades y obligar al sha a marcharse. Nos entrenábamos duramente para cuando llegase el momento. Aprendíamos a llevar a combatientes heridos o muertos de la montaña a la ciudad, aunque nunca tuvimos la oportunidad de ponerlo en práctica. Confía en mí. Estoy preparado para subir y bajar las dunas con una persona incapacitada.

Louis guardó silencio. Me miró primero a mí y luego a las dunas.

—El trayecto de ida lo haremos andando, y para el regreso ya se nos ocurrirá alguna solución.

Al anochecer, mientras el viento ondulaba vehementemente el heno, Louis apoyó el

brazo izquierdo en mi hombro derecho y emprendimos nuestra travesía hacia el mar. Él vacilaba. Sus músculos enfermos se negaban a cooperar. Cambié de posición y le ofrecí el otro hombro, pero fue en vano.

—¿Lo ves? No puedo —suspiró.

Le explique cómo debía apoyar el brazo en mi hombro para que el peso de su cuerpo descansase sobre mí, como si se tratase de un camarada que hubiese perdido la pierna derecha pero aún le quedaran fuerzas suficientes para andar con la izquierda.

—Ya verás cómo ahora lo lograremos —le dije.

No resultó. Intenté recordar lo que había aprendido. Era indispensable que el compañero herido creyese en su salvación, que no pensase en su herida ni en el largo trayecto que quedaba, sino en la ciudad que deseábamos tomar y en el dictador del que queríamos deshacernos.

—Hay algo que quiero contarte, Louis.

—¿Qué?

—Estoy escribiendo un libro.

—¿Un libro?

—Sí. Una novela. En neerlandés.

—¿En neerlandés? ¡Qué interesante! ¿De qué trata?

—De mi padre. Déjame que te explique. Mi padre escribió un diario durante toda su vida. A veces anotaba sólo una frase, otras un párrafo, otras una página entera, pero no deja de ser un diario curioso.

—¿Por qué?

—Porque no puedo leerlo.

—¿Y eso?

—Porque está escrito en una lengua ininteligible, con caracteres cuneiformes propios. A medida que voy leyendo, o mejor dicho, intentando descifrarlo, voy traduciéndolo... No, «traducir» no es la palabra adecuada... Simplemente trato de hacer comprensibles sus apuntes, y lo hago en neerlandés.

—¿Hacer comprensible algo que no puedes leer?

—Cuando lo acabe, te lo enseñaré.

Así, conversando, llegamos a la tercera duna.

Era de noche, pero vi que en sus ojos empezaba a arder la esperanza.

Hasta que llegamos a la séptima duna lo entretuve contándole lo que había escrito hasta entonces.

—Sentémonos un momento —propuso Louis. Empezó a caer una leve llovizna.

—Me has comentado un par de veces que en ocasiones te reprochas haber abusado de tu padre. No entiendo muy bien a qué te refieres, pero creo que, en tu lugar, yo habría hecho lo mismo. A propósito, ¿de verdad hacía siempre lo que tú le pedías?

—Eso es justamente lo que me duele.

Poco a poco, fui dejando que Louis descansase más en sus piernas que en mi

hombro. Quería que sintiera el suelo en sus pies. Tal vez no fuese una idea muy acertada, ya que podría afectar a sus músculos enfermos, pero yo sólo pensaba en la realización de su sueño. De pronto caí en la cuenta de que estaba repitiendo con Louis lo que había hecho con mi padre.

No debía obligarlo, no tenía que pensar por él. Así que volví a sujetarlo por la cintura y dejé que se apoyase en mí con total libertad.

La situación mejoró y continué relatándole mi historia.

—Louis, tú que has trabajado en Irán sabes que compartimos con la antigua Unión Soviética una frontera de algo más de dos mil kilómetros. Es una zona intensamente controlada. Ningún miembro de nuestro partido se atrevía a dejarse ver por aquella zona, pues enseguida te detenían. Pero eso a mi padre no le planteaba ningún problema. Todo el mundo lo conocía. Los gendarmes no le prestaban atención. Era libre como una cabra montés e iba a donde quería. Nosotros sabíamos que se avecinaba una revolución y sospechábamos que en pocos años le llegaría su hora al sha. Aunque teníamos contactos con la Unión Soviética, éstos se encauzaban a través de Europa, de Alemania Oriental; un gran rodeo. Necesitábamos establecer contactos más directos. A veces, el partido quería enviar un mensaje o un paquete a la Unión Soviética y obtener una respuesta inmediata, y precisábamos de alguien que fuera capaz de ir andando hasta la frontera. Alguien como mi padre.

—¿Él era consciente del peligro que corría? ¿Sabía, por ejemplo, que podían condenarlo a pena de muerte?

—No, no del todo. Yo le expliqué que existía la posibilidad de que lo detuviesen, pero él no lo comprendía por completo.

—¿Qué hizo por ti, por vosotros?

—Lo ignoro. No querían que yo lo supiese. Yo me limitaba a darle un paquete y le explicaba a quién debía entregarlo. Le escondía documentos secretos en el bolsillo interior de su largo abrigo negro, él se lo ponía y echaba a andar. En la frontera lo esperaba alguien que llevaba un abrigo idéntico, y se los intercambiaban.

—¿Qué abuso!

—Sí, a mí ahora también me lo parece. Un terrible abuso.

—¿Y nunca te planteaste lo que podía pasarle si lo cogían?

—Sí, pero, a veces, aunque seas consciente del peligro, estás tan obsesionado con lo que deseas lograr... Es como si de pronto te quedases ciego. El sueño te hechiza. El cerebro te funciona de otra manera, y eso hace que veas las cosas de otro modo. Reconozco que pensé en la posibilidad de que en algún momento lo atrapasen, incluso que lo torturasen para sacarle información, pero sabía que él no cooperaría con sus verdugos. Yo le había dicho que no revelase nunca la identidad de sus contactos. Los únicos gestos que debía utilizar eran: «No sé nada, no sé nada, no sé nada».

—Creo que te excediste... ¿Has oído eso?

—¿Qué?

—El mar. Ya hemos cubierto más de la mitad del camino. Desde aquí se percibe con nitidez el rumor de las olas cuando el mar está agitado.

Contuve la respiración para oírlo, pero el sonido de la lluvia lo apagaba.

El viento empezó a soplar con más fuerza por el heno. Una luna líquida surgió momentáneamente entre las nubes y desapareció.

Louis retomó el hilo de la conversación:

—¿Cómo es posible que nunca detuviesen a tu padre en aquella zona tan controlada?

—¿Has oído hablar alguna vez de Mahdi, el duodécimo santo?

—No.

—Si has vivido en Irán, tienes que haberlo oído nombrar. Se trata de un personaje mesiánico. Existe la creencia de que se refugió en un pozo próximo a la aldea del Azafrán y que algún día saldrá de allí para redimir al mundo de sus penas. ¿Tampoco has oído hablar de ese pozo?

—Pues no, la verdad.

—Claro, tú trabajaste en la provincia meridional del país, y allí la gente no es tan ortodoxa. El pozo sagrado se encuentra en un paraje prácticamente inaccesible del monte del Azafrán, de donde era oriundo mi padre. Para él, aquel sitio era el centro del universo. Una especie de símbolo de Dios en la tierra. No soy creyente ni supersticioso, pero a veces pienso que su fe en el santo Mahdi lo ayudó. —Louis soltó una carcajada. —¿Por qué te ríes?

—No, nada. Déjalo.

Empecé a oír el mar. La mano de Louis temblaba sobre mi hombro.

—Nos faltan dos dunas para verlo —me dijo.

—¿Aguantas? —le pregunté.

—Yo sí, pero tú debes de estar cansado de soportar mi peso.

—Es verdad. Pero cuando lleguemos al mar, habré recuperado el tiempo perdido.

—¿Cuál?

—Los meses, los años que pasé con mis camaradas en las montañas de mi patria entrenándome para tomar la ciudad.

—Esa sensación de haber perdido el tiempo la tenemos todos. Pero no es tiempo perdido; todo cuenta como experiencia en la vida.

De pronto, Louis exclamó:

—¡El mar! ¿Lo ves tú también?

Yo no lograba vislumbrarlo en la oscuridad. Aún era el mar de Louis, no el mío.

Seguí sosteniéndolo, dejando que lo observase en silencio. Advertí que ya no

podía mantenerse en pie.

—Faltan cuatro dunas. ¡Puedo hacerlo!

El heno estaba húmedo y temía resbalar. Ya no oía el rugido del mar; sólo prestaba atención al terreno que pisaba. Al llegar a la última duna, Louis me dijo:

—No siento las piernas.

—Será mejor que descansemos un momento.

Permanecimos sentados unos quince minutos, y lo ayudé a incorporarse.

—Ya falta poco. Lo lograremos —dijo Louis.

Nos pusimos en marcha.

Yo no conocía el mar, aunque sí el desierto.

La arena húmeda le pertenecía a Louis. La arena sedienta me pertenecía a mí. El mar, las dunas, el heno y la lluvia eran suyos, pero la noche era mía.

—Cuando acabe mi libro —le dije gritando—, ya no estaré al servicio de mi padre. Empezaré a vivir para mí.

En ese instante oí en la oscuridad la voz de una mujer, detrás de las dunas:

—¡Paaaaa! ¡Papá!

—¡Estoy aquí! —contestó Louis, emocionado.

En la última duna apareció de pronto, a la luz de la luna, la figura de una mujer joven con sombrero.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, papá?

Me detuve a observarla. El viento soplaba fuerte y ella se sujetaba firmemente el sombrero.

Mientras la lluvia le caía encima, se arrodilló ante Louis.

Oí que lloraba. Louis me señaló con la mano y ella se irguió.

El viento soplaba fuerte. La mujer se sujetaba el sombrero mirando hacia el mar, en la dirección donde me encontraba yo.

Yamila

*En el transcurso del relato hace su aparición Yamila.
Cobijo para Yamila.*

Una de las tareas más importantes que me encomendó el partido fue darle cobijo a Yamila.

Eso suponía una gran responsabilidad. Si el asunto acababa mal, las consecuencias serían funestas. Sería una catástrofe para mi familia y para el partido.

Yamila, la combatiente legendaria, protagonista de numerosas historias heroicas, valía su peso en oro. Su suerte estaba en mis manos. Tenía que esconderla de modo que los servicios secretos del sha nunca descubriesen su paradero.

Nadie podía imaginar que el partido lograría sacarla de Evin, la prisión más terrorífica del sha. Aun hoy, nadie sabe cómo pudo salir de aquel infierno. Se sospecha que fue con la ayuda de un oficial que, en el más absoluto secreto, colaboraba con la organización.

Antes de su detención, Yamila se vio involucrada en un tiroteo en el que perecieron siete destacados militantes del partido, pero ella siguió con vida y luchando. Teherán aguardó en vilo el desenlace. Yamila resistió el acoso de decenas de agentes de los servicios secretos hasta agotar su munición, y después se tragó la píldora letal. Sin embargo, los policías la condujeron de inmediato en helicóptero a un hospital militar y no la dejaron morir. Por aquella época, el sha aparecía casi todas las noches en televisión, sonriente, afirmando que sus servicios secretos habían acabado definitivamente con el movimiento de izquierdas, por lo que ningún miembro ni simpatizante del partido se atrevía a moverse.

Pero Yamila se escapó y, con esa acción, la organización puso de manifiesto que estaba más viva que nunca.

Un día me comunicaron que tenía una cita con Hodayun (al que detuvieron después de la revolución y ejecutaron por orden del propio Jomeini).

Hodayun me recibió en el sótano de una fábrica de vidrio, donde me contó que habían liberado a Yamila de la prisión de Evin. Pese a la trascendencia de lo que me estaba contando, me hablaba de forma pausada y serena, como si se tratara de un acontecimiento cotidiano, lo que me ayudó a controlar mis emociones.

—Esto debe quedar entre nosotros —me dijo. —Entre tú y yo. La operación ha sido un éxito hasta el momento, pero todavía falta mucho para darla por concluida. No le hemos dado publicidad, y tampoco la policía la ha mencionado. Queremos sacar a Yamila del país, pero hasta entonces necesitamos esconderla una semana, o tal vez más, en un lugar seguro. Debemos actuar rápido. ¿Qué te parece la tienda de tu padre?

Sentí una punzada en la nuca. Tuve la impresión de que había llegado a un punto crucial en mi vida. El Movimiento requería mi ayuda. Tenía entre las manos un pequeño trozo de la historia de la Resistencia. Sabía que se trataba de una fuga con una significación especial, que con el tiempo sería narrada a las generaciones venideras como si fuese un cuento de hadas. Y yo quería que el cuento de hadas perdurase. Pero si algo fallaba, si la policía iba a buscarla a la tienda de mi padre, todos acabaríamos mal: yo, ella y él.

Comprendí que la ley de los cuentos difiere de las leyes de la vida normal. Tenía que pensar con rapidez, dar una respuesta inmediata y actuar sin dilación.

—De acuerdo —contesté. —Yo me encargo.

Esa misma noche, hacia las nueve, aparqué mi coche en un garaje abandonado de las afueras, cerca de la carretera que conducía a Ispahán, y subí a una furgoneta roja que me habían dejado allí. Partí enseguida.

El corazón me latía con tal fuerza que podía oírlo. Durante un momento me fue imposible concentrarme. Nunca había tenido tanto miedo. El claxon de un camión me devolvió a la realidad con un sobresalto. Me recuperé y tomé conciencia de que iba conduciendo un vehículo en cuyo asiento trasero se encontraba Yamila, debajo de una pila de alfombras.

«Yamila» era un seudónimo, y nadie sabía qué aspecto tenía. Cuando estalló la revolución, publicó su autobiografía. En la prisión la habían torturado y violado para doblegarla, para que delatara a sus camaradas, pero ella había repetido una y otra vez: «¡Fuera el sha!».

Hasta diez minutos antes, había sido una mujer de leyenda. Ahora podía mirarla a través del espejo retrovisor y hablar con ella.

—Hola, camarada —le dije en voz baja, manteniendo la vista en el espejo. Ella no reaccionó. —¡Camarada! ¿Está cómoda? —pregunté alzando un poco el tono.

No hubo respuesta. Pensé que se había dormido, así que callé y seguí conduciendo en silencio.

Había convenido algunas cosas con mi padre previamente. Tendría que permanecer en el taller hasta la medianoche, y a las doce en punto debía apagar la luz y marcharse a casa.

Por regla general, las tiendas estaban abiertas hasta las nueve, pero él se quedaba hasta muy avanzada la noche, sin que ello despertara sospechas. En el local había un pequeño almacén, que sería un lugar seguro para Yamila: disponía de un ventanuco con vistas al río y a las montañas. En caso de urgencia, se podía usar como vía de escape.

—¡Camarada! ¿Me oye? —exclamé.

En el retrovisor vi que algo se movía entre las alfombras, pero no oí nada.

A las doce menos cuarto llegué a la ciudad, y a menos cinco vi que la luz de la tienda de mi padre aún estaba encendida. Aparqué, apagué los faros y susurré:

—Hemos llegado. Espere un momento, y no se mueva; vuelvo enseguida.

Entré en el taller. Mi padre se había dormido junto a la estufa. Apoyé suavemente mi mano en su hombro y se despertó sobresaltado.

—No te muevas —gesticulé. —Tengo que contarte algo importante. Algo sumamente importante. He traído a alguien. Una mujer joven. Hemos de darle cobijo una semana, diez días quizá. Escúchame bien: nadie debe saberlo. Si se entera la policía, vendrán a detenerla, y si la detienen, la matarán. ¿Has entendido lo que acabo de decir?

No, ¿cómo iba a entender a medianoche un resumen tan escueto de una historia tan larga?

—¿Quién es? —preguntó.

—Una amiga. Y creo que lleva una... —Dudé un momento si contarle que Yamila llevaba una pistola. No se lo dije.

—¿Qué tengo que hacer por ella?

—Esconderla en tu tienda.

—¿Aquí? ¿Cómo? ¿Dónde?

—En el trastero, en el almacén.

—Eso es imposible, hay mucho desorden y...

—Proporciónale una lámpara de aceite y un libro, cómprale algún periódico..., o mejor no, no le compres nada, no hace falta. Nadie debe saber que está aquí.

—¿Y si necesita ir al lavabo?

—Dale un cubo.

—¿A una mujer? ¿Un cubo? No, no soy capaz.

Yo había optado por el camino más fácil: la tienda de mi padre. Pero no existía otra alternativa, y el partido no me había dado tiempo para reflexionar. Querían sacar a Yamila cuanto antes de Teherán, y no se me ocurría un lugar mejor para esconderla.

—No es una mujer como las demás —le dije. —Déjale un cubo y no te preocupes. Es inteligente. No me mires así. Dale un libro, y ya verás como todo sale bien.

—¿Dónde está?

—En el coche. Apaga la luz. La traeré ahora mismo. Mete más leña en la estufa. No, mejor no. Mejor que no se vea salir humo por la chimenea.

Mi padre apagó la luz y yo salí a buscar a Yamila. Era un momento cargado de emoción y terror al mismo tiempo.

Abrí el portón trasero de la furgoneta. Me temblaban las manos. Era una ocurrencia infantil, pero pensé que ella saldría de un salto, con un fusil al hombro, diciéndome: «¿Adónde vamos, camarada?».

Pero no fue así como sucedió.

—Ya puede bajar —susurré.

No se movió.

—¿Me ha oído?

Soltó un suspiro. Presa del pánico, aparté las alfombras. Yamila no podía incorporarse. Entré de rodillas en la furgoneta y le palpé la frente. Estaba caliente y empapada de sudor.

—Camarada, ¿cuánto hace que está enferma?

—Ya se me pasará —me dijo sin fuerzas.

Siempre había pensado que se trataba de una mujer alta y robusta, pero resultó ser menuda y delgada. Le cubrí los hombros con mi abrigo y, cargándola en brazos, la llevé hacia la tienda. Mi padre, que esperaba asomado a la ventana, salió a mi encuentro para ayudarme.

Juntos la llevamos en la oscuridad hasta la estufa y la dejamos recostada en una alfombra. Él corrió enseguida a buscarle un vaso de agua.

A la luz del fuego, Yamila abrió los ojos y observó al hombre que le ofrecía agua.

—Es mi padre —le expliqué. —Es sordomudo.

—Lo sé —replicó ella, y volvió a cerrar los ojos.

La sacudí ligeramente.

—Camarada, ¿se encuentra bien?

—Sí, sólo estoy un poco cansada —murmuró.

—¿Voy a buscar alguna pastilla? —gesticuló mi padre.

—No, esperaremos un poco.

Decidí quedarme con ella. No podía confiársela a mi padre en ese estado.

—Tú vete a casa, y no te preocupes. Yo cuidaré de ella. Mañana trae algo de leche a escondidas.

Él no tenía alternativa, debía obedecerme. Echó el cerrojo de la puerta por fuera y se marchó. Lo seguí con la mirada desde la ventana. Estaba más viejo, más enjuto y más encogido.

Me quedé con Yamila, temeroso de que no mejorase y hubiese que llevarla al hospital, lo que pondría en peligro toda la operación.

Pero debía apartar de mi mente esas ideas. Todo dependía de mí, así que no tenía más opción que controlarme y seguir esperando.

En plena oscuridad, me dirigí al almacén y, a la tenue luz de la luna, intenté ordenar los trastos de mi padre para hacerle sitio a Yamila.

Cuando hube acabado, mi inseguridad se desvaneció. Estaba convencido de que aquél era el mejor sitio para ella. Me senté a su lado para descansar un momento y le cogí la mano.

Al alba, oí el canto del muecín en la mezquita:

*Alaho Akbar. Alaho Akbar.
Ash hado an la ıla ha ıla alah.
Haye alal salat (...).
Dios es grande.
Apresuraos para la oración.*

A los pocos minutos, oí que los fieles salían de sus casas. Me incorporé y me asomé con cuidado a la ventana. Como de costumbre, los hombres y las mujeres acudían a rezar por separado. Volví a donde estaba Yamila y le palpé la frente. La fiebre había remitido.

—¿Se encuentra mejor?

Asintió con la cabeza. En ese instante oí toser a mi padre en la calle y el chirrido de la llave en la cerradura. Abrió la puerta y entró con un gran saco de tela a cuestas.

—Nadie me ha visto —gesticuló a la luz de la luna. —¿Qué tal está?

—Algo mejor.

—Mira, ten: mantas, una almohada, leche, pastillas. Me voy a la mezquita.

—La llevaré al trastero. Aunque parece que se ha recuperado un poco, me quedaré con ella hasta mañana por la noche. Yo cerraré desde dentro. Cuando regreses, siéntate a trabajar en tu sitio, como siempre. Mañana por la noche, cuando esté totalmente restablecida, me iré. No te preocupes por ella. Es una mujer fuerte.

Hacia el mediodía, Yamila abrió los ojos y pudimos hablar un momento. Le dije que me quedaría un día más, pero ella insistió en que podía regresar a Teherán.

Al caer la tarde, deposité su suerte en manos de mi padre y me fui.

Mientras tanto, en Teherán, el partido había distribuido panfletos por toda la ciudad dando a conocer la huida de Yamila. Era una gran victoria en la lucha contra el sha.

Un grupo de simpatizantes había colgado una enorme pancarta en la fachada de la universidad, en la que aparecía Yamila, enérgica como una diosa, con un fusil al hombro.

La policía había iniciado una búsqueda a gran escala para dar con su paradero. Todo el mundo contenía la respiración y se mantenía al tanto de las noticias.

Por aquel entonces, yo trabajaba de peón en una empresa de fontanería. Por la mañana acudí al taller como si tal cosa, y me concentré al máximo en mi tarea para que el tiempo pasara más rápido, sin apartar en ningún momento la mirada del teléfono negro que había colgado en la pared. Cuando sonaba, el corazón me palpitaba con fuerza.

Al tercer día, hacia las tres de la tarde, mientras hacíamos una pausa para tomar un café, sonó el teléfono y me abalancé sobre él.

—¿Dígame?

—Habla Jazanviye. ¿Podría ponerme con...?

Enseguida reconocí la voz de Cascabelito.

—Soy yo. ¿Cómo estáis?

—Bien. Papá me ha dado este número. Quiere verte cuanto antes.

—Gracias. Ya voy.

No permití que siguiese hablando, por temor a que estuvieran escuchándonos los del servicio secreto.

Yo había apuntado el número del taller en un papel y se lo había entregado a mi padre.

—Si ocurre algo, le das este papel a Cascabelito, sólo a ella, y le dices que me llame desde un teléfono público.

Salí inmediatamente en coche. Debía de haberle sucedido algo a Yamila.

Aguardé en las afueras de la ciudad hasta que oscureció, y continué la marcha hacia la tienda. Mi padre no esperaba que llegase tan pronto. Corrió a la puerta y cerró por dentro.

—¿Qué pasa? —inquirí con un gesto.

—Estaba mejor, pero ayer por la tarde volvió a subirle la temperatura y ya no ha comido más. Respira, pero no abre los ojos.

Me dirigí al trastero y, a la luz de una vela, observé a Yamila, que yacía bajo las mantas bañada en sudor. Me hincué de rodillas y le cogí la muñeca:

—¡Camarada! ¿Me oye?

No me oía.

—Tenemos que llevarla al hospital —gesticuló mi padre. —De lo contrario, morirá. —Yo no reaccioné. —Ayer me sonrió —continuó informándome. —Le preparé una sopa en la estufa. Me agarró la mano, y cuando quise meterle una cucharada de sopa en la boca, se había dormido. Así, de golpe. Debes llevarla al hospital.

—Eso es imposible —le di a entender con gestos.

A mi padre le entró el pánico.

—Está fría. Se está muriendo. Lo sé. Mi madre también estaba caliente al principio y luego se enfrió de pronto. Muerta. Tiene que examinarla un médico. —Era la primera vez que lo veía tan inquieto. —Mi primera mujer también estaba caliente primero, muy caliente, y luego, de golpe, se enfrió.

—¡Tranquilízate, cállate!

Pero no se callaba.

—Debemos llevarla al hospital ahora mismo.

Me sentí impotente.

—O si no a nuestra casa —gesticuló de pronto.

—¿Cómo?!

—Podemos llamar a un médico y que vaya a visitarla allí.

—Imposible.

—¿Por qué?

—No puedo explicártelo.

—Habla con Tine.

—¿Con Tine?

—Sí, ¿por qué no?

En cuanto oí su nombre, comprendí que debía compartir mi secreto también con ella. Todas las puertas del mundo se me habían cerrado; sólo podía llamar a la suya.

—Está bien —gesticulé—. —Ve a buscarla.

No sabía cómo se lo tomaría, pero estaba convencido de que se quedaría sin respiración cuando se enterase. Tine siempre había procurado mantener a mis hermanas alejadas de mis actividades políticas. Quería que sus hijas se casasen y abandonaran la casa paterna con toda normalidad, tuvieran hijos, se compraran una casa y fueran felices. Y ahora me presentaba yo ante su puerta con Yamila.

Mi madre comprendió de inmediato que se trataba de un problema grave. Hacía más de un año que no nos veíamos, y pensé que empezaría a quejarse: «¿Dónde te has metido? ¿Por qué no te has acordado de nosotros?». Pero no lo hizo. Pensé que me cogería en sus brazos, diciendo: «Hijo, ¡qué cambiado estás!». Pero tampoco lo hizo. Entró en el trastero en penumbra y me miró. Al principio no me reconoció. Luego volvió la vista hacia Yamila, que estaba tumbada en el suelo. Le conté brevemente lo que sucedía, y entendió enseguida.

Guardó silencio un momento, y entonces me mostró la otra cara de su personalidad. No era una mujer débil, sino la Tine sobre la que había oído hablar a Kazem Kan, la mujer que quitaba la nieve del tejado y se negaba a abrir la puerta. Para mi sorpresa, se arrodilló junto a Yamila, le tomó la mano y le palpó el abdomen. Luego cogió la vela y le examinó el vientre.

—Me la llevaré a casa y llamaré a un médico.

—Tine —la previne—, acaba de huir de la cárcel.

—De cualquier modo ha de verla un médico.

—Tienes razón, pero si la policía... Bueno, sí, en realidad nadie la conoce. Puedes decir simplemente que es...

—Diré que es una prima que ha venido de la aldea del Azafrán.

De esa forma tan sencilla, mi madre resolvía el complicado problema: aquella mujer estaba enferma, luego tenía que examinarla un médico.

Envolvió la cabeza de Yamila con su propio velo y le hizo señas a Akbar para que se acercase.

La ayudé a levantarla y la cargamos en la espalda de mi padre.

—¡Ven! —gesticuló Tine, y, tras besarme en la frente, añadió—: No te preocupes. Todo se arreglará.

Me quedé allí, viéndolos partir en la oscuridad. No podía hacer nada más.

Mahdi

*El hombre que lee sale del pozo
y Tine llora.
Quizá vayamos con los fieles a
la ciudad sagrada, donde las mezquitas tienen tumbas doradas.*

Yamila vivió un mes en casa. Treinta y cuatro días, para ser exactos. Al anochecer del trigésimo quinto, Tine la acompañó hasta la mezquita de la ciudad. Allí, bajo los viejos árboles, la esperaba un taxi para llevársela.

Mi madre la había atendido muy bien. En su autobiografía, Yamila se refirió a su estancia en casa de mi familia como a un período maravilloso y seguro de su vida. Con el fin de proteger a los interesados, no daba en su libro ningún nombre, exceptuando el de Tine: «Es mi obligación mencionar aquí a ciertas personas y agradecerles lo mucho que me han ayudado, pero eso, como comprenderán, resulta imposible, para garantizar su integridad física. Sin embargo, hay alguien a quien no puedo dejar de nombrar: ¡gracias a la valerosa tía Tine!».

Yamila había robado el corazón de mi madre y le había regalado unos recuerdos imborrables. Tine decía de ella que era una mujer totalmente distinta a las demás. La había cuidado con esmero y le había dado muy bien de comer, con lo que recobró un poco de peso.

—Yamila cantaba y retozaba en mi huerto, algo que, en principio, no me habría esperado de ella. Sin embargo, luego me di cuenta de que iba muy bien con su forma de ser —relataría Tine mucho después. —Hijo, si supieras las preguntas que me hacía...

—¿De qué tipo?

—Sobre ese país, esa isla. Algo parecido a Qub o Quub.

—¿Te refieres a Cuba?

—Sí, eso es, Cuba. Ella me preguntó si sabía dónde quedaba, y yo le contesté que no tenía la más remota idea. Entonces me habló de cómo vivía la gente allí, que todos gozaban de buena salud, que los medicamentos eran gratuitos, y también la leche para los niños, los hogares de ancianos... todo gratis. Me contó que las mujeres tenían muchos derechos. Que si alguna no quería a su esposo, por ejemplo, podía echarlo de casa, que los chóferes de autobús eran en su mayoría mujeres, y que incluso conducían grandes camiones. Mencionaba continuamente a aquel hombre, ¿cómo se llamaba?, aquel que no podía estar sin un puro en la boca y sin su fusil al hombro.

—¿Fidel Castro?

—No, ése no, el que llevaba una boina torcida en la cabeza.

—Che Guevara.

—Exacto. Yamila me relataba cosas increíbles sobre las aventuras de ese hombre, de cómo luchaba y escapaba una y otra vez a la muerte. A veces, también me contaba

chismes muy graciosos del sha. Que usaba un jabón de tocador de oro, que se tapaba las narices cada vez que iba al baño y se negaba a admitir que el olor saliese de su propio cuerpo... Pasamos unos días y unas noches muy hermosos en su compañía. Ella también se entendía muy bien con tu padre. Él le enseñó sus fotos antiguas, ésas en que aparece junto a Reza Kan, con el martillo de picapedrero al hombro junto al peñasco, y le hablaba sobre el texto en escritura cuneiforme esculpido en la pared de la cueva y sobre la época en que los aldeanos abrieron a golpe de martillo un camino entre las rocas para el ferrocarril. Aunque ella no entendía muy bien sus gestos, prestaba atención pacientemente a lo que le decía. A menudo también ella intentaba comunicarse con él por medio de gestos, pero no lo lograba y nos hacía reír un montón.

La historia de Tine y sus recuerdos de Yamila no tenían fin.

Sin embargo, tras la llegada de los clérigos, empezó a ver con ojos muy distintos la estancia de aquella mujer en su casa, al considerar que había echado por tierra el futuro de sus hijas.

Tuviese o no razón, lo cierto era que Cascabelito había encontrado en Yamila un modelo a seguir. Había compartido su habitación con ella durante treinta y cuatro noches, lo que resultó determinante para el resto de su vida.

Antes de la revolución, Tine abrigaba todo tipo de esperanzas. Soñaba con que en breve llegasen dos hombres buenos y normales a pedir la mano de sus hijas. Cascabelito era una excepción. A ella no había manera de controlarla.

Tine siempre anheló una vida tranquila, pero no le fue concedida. Soñaba con ser abuela, sentar a sus nietos en el regazo y contarles cuentos. Pero todo indicaba que Yamila se había encargado de que sus sueños no se hiciesen realidad.

El ansiado momento llegó: los dos hombres que Tine había estado esperando aparecieron para pedirle la mano de sus hijas; pero éstas se negaron a aceptar a aquellos tipos tan corrientes. Deseaban otra clase de marido. Tine se echó a llorar.

—Pero ¿qué queréis? ¿A quién esperáis? ¿A un Fidel Castro? ¿A un Che Guevara? ¿A un hombre con boina y puro? Ayúdame, Dios mío, yo no me merezco esto.

Sólo cuando estalló la revolución, llegaron los hombres que sus hijas anhelaban. No eran Fidel Castro ni Che Guevara, aunque sí colgaron un póster de éste en la pared, encima de la cama. No fumaban, aparte de que los puros eran muy caros, pero de vez en cuando se ponían un cigarrillo en la comisura de los labios y hablaban de la revolución.

Las hijas de Tine no fueron a parar a la cárcel, pero a sus maridos los detuvieron y encarcelaron los agentes de los servicios secretos del nuevo régimen, la República Islámica de Irán. Cuando los liberaron, años después, estaban destrozados psíquica y

físicamente, y pasaron años hasta que pudieron volver a llevar una vida normal.

La revolución había empezado, el pueblo se alzaba contra el sha. Pero su inicio se produjo en un rincón inesperado.

Una noche en que me encontraba en la tienda, mi padre me dijo:

—El hombre que lee ya no está.

—¿A quién te refieres?

—Al santo que leía en el pozo.

—¿Y qué quieres decir con que ya no está?

Tal vez convenga explicar un poco todo esto. Los chiíes llevaban casi catorce siglos esperando a Mahdi, el mesías que redimiría al mundo de sus penas.

Sin embargo, en su afán por modernizar el país y dar un escarmiento a los grandes líderes, Reza Kan Pahlevi había ordenado tapar el pozo. Pero los clérigos no se callaban, continuaban oponiéndose al sha.

Mi padre hablaba del reino de Mahdi.

—Han quitado la piedra que tapaba el pozo —gesticuló. —La entrada está abierta. El santo se ha ido.

El pozo se encontraba en un punto militarmente estratégico, por lo que era poco probable que algún creyente majareta lo hubiese abierto. Algo importante tenía que estar pasando. Una declaración de guerra al sha por parte del clero.

—¿Acaso sabes quién la ha roto?

—Alá —respondió mi padre, señalando el cielo. —El santo. Quiere arreglar las cosas. He visto sus huellas.

—¿Qué dices que has visto?

—Estuve en la aldea del Azafrán. Subí a la montaña con la gente del pueblo y vi con mis propios ojos las huellas que habían dejado sus pies descalzos en las rocas.

—¿Huellas en la piedra?

—Sí, se veía cómo el santo había caminado por allí tras salir del pozo. Los aldeanos se arrodillaron para besar las pisadas. Yo mismo besé una de ellas. Olía a gloria.

Habían liberado al santo. Era él quien iba a tomar las ciudades y expulsar al sha, en lugar del movimiento de izquierdas. Aparecía para ayudar a los pobres, apoyar a los débiles, sanar a los enfermos y consolar a las madres que habían perdido a sus hijos.

—Algunos lloraban —prosiguió mi padre. —Otros reían, sosteniendo el libro sagrado en la cabeza. Se congregaron al pie de la montaña y se colocaron mirando en dirección a La Meca. Luego siguieron las pisadas del santo divididos en pequeños grupos.

—¿Adónde llevaban?

—A la ciudad que tiene una gran mezquita y un templo con una cúpula dorada.

La ciudad en la que todas las mujeres llevan un velo negro y donde viven muchos clérigos.

Se refería a Qom.

De modo que el mesías había ido a Qom, el Vaticano de los chiíes. Cogí el coche y volví de inmediato a Teherán.

Akbar quiere dejar de ser sordomudo

*Los peregrinos vuelven a acercarse al pozo de agua.
Los acompañamos un momento.*

Mientras la ciudad sagrada de Qom vivía días de cierta agitación y recibía fieles procedentes de todos los confines del país, Teherán encaraba la revolución a su manera. Los partidos, que habían estado proscritos durante décadas, comenzaron otra vez a moverse y manifestarse. Por todas partes se veían panfletos y carteles que se distribuían o se fijaban en las paredes al amparo de la oscuridad.

Los presos políticos sabían que se había desatado la revolución y empezaron una huelga de hambre en masa.

En Qom la situación estaba fuera de control. Cuando caía la noche, ya no imperaban las leyes del sha, sino las de los clérigos. Los policías no se atrevían a salir a la calle tras la puesta del sol. También en otras ciudades se alzaron voces.

La aldea del Azafrán tenía su propia historia. Ciegos, sordos, sordomudos y minusválidos de todas partes se encaminaban al monte del Azafrán para apoyar la frente en las pisadas del santo Mahdi y rogar por su curación.

Como era imposible llegar hasta el pozo, el imán de la zona había mandado instalar un monumento funerario improvisado al pie de la montaña. Los que padecían algún problema físico ataban una larga cuerda a la reja del sepulcro y, tras anudar el otro extremo a su propio cuerpo, se tumbaban en el suelo a una distancia de veinte o treinta metros. Allí mismo se ponían en ayuno, decididos a no interrumpirlo hasta que apareciera el santo para librarlos de sus males.

Era un hervidero de gente. Los sordos se tumbaban juntos, llorando; los ciegos se sentaban en el suelo, pegados unos a otros suplicando. Los enfermos suspiraban incesantemente y los mongólicos deambulaban por doquier en aquella lastimosa masa humana.

El imán invitaba por un megáfono a los creyentes a que rogaran en voz alta, desde lo más profundo de sus corazones, por la pronta llegada del santo.

Acompañado por Cascabelito, fui en busca de mi padre entre los sordos y sordomudos, aunque no sabía a ciencia cierta si estaba allí. Mi hermana me había llamado por teléfono para comunicarme que había desaparecido, y nuestra búsqueda nos llevó al monte del Azafrán.

—¡Ya lo veo, mira, allí! —exclamó Cascabelito.

Estaba tumbado en el suelo con los ojos cerrados. Se había anudado al pie derecho una larga cuerda, cuyo extremo opuesto estaba atado a la reja del sepulcro, junto con centenares de cuerdas ajenas.

Se le veía más delgado y le había crecido la barba, lo que le hacía parecer más

viejo. Me senté a su lado y lo agarré de la muñeca.

—¿Qué haces aquí? —gesticuló sin fuerzas al verme.

—¿Y tú? ¿Qué haces tú aquí?

Después de una semana sin comer y casi sin beber, le habían salido unas feas ampollas en los labios. En ese momento pasó el imán y le puso un pañuelito húmedo y oloroso en la frente, diciéndole:

—El santo Mahdi vendrá pronto a bendecirte, buen hombre.

Luego se dirigió al siguiente.

—¡Anda, levántate! —le pedí. —Vamos a casa. —Quise ayudarlo a incorporarse, pero se negó a aceptar mi mano. —Estás deshidratado. Cascabelito, ayúdame a cargarlo.

Pero se negaba tozudamente. Nunca se me había resistido de esa forma.

—Hemos leído muchos libros juntos —le expliqué a mi hermana. —Sobre el universo, la tierra, la luna, el ser humano... Y ahora está aquí tumbado como un analfabeto, como un viejecito sordomudo. Incluso se niega a mirarme a los ojos.

Cascabelito le acarició la frente, le refrescó los labios con un paño húmedo y lo sacudió con delicadeza.

—Ven, papaíto. Vamos a casa. Me duele el alma de verte así, tan debilitado. Abre los ojos. —Él los abrió. —Tine está llorando por ti —le dijo con gestos. —Ven a casa unos días. Luego podrás regresar aquí si quieres. Vamos, es mejor así.

Ya no opuso resistencia.

—Coge los zapatos —le dije a mi hermana, mientras me lo cargaba a costas con cautela y lo llevaba al coche, que estaba aparcado a un par de kilómetros de allí.

Lo recosté en el asiento de atrás y puse rumbo a la ciudad.

Una vez en casa, Tine le preparó un tazón de sopa, despotricando contra él.

—Este hombre no me da más que disgustos. ¿Qué esperaba del santo? ¿Que lo enseñase a hablar? Si ahora ya no tengo un solo día de tranquilidad, ¡Dios me libre si empezase a hablar!

—Ya está bien, mamá —protestó Cascabelito. —No debes decir esas cosas.

—¿Por qué no? ¿Qué otra cosa puedo decir, cuando me lo traéis a casa medio moribundo?

—Mamá, ya basta. Mira que...

—¿Qué? Tú tampoco estás libre de culpa. También seré dura contigo si hace falta. Me estás arruinando la vida. Ahora que está tu hermano presente, quisiera dejar algunas cosas bien claras. Ismail, tu hermana ya no acata mis órdenes.

—¡Mamá! —saltó Cascabelito. —¿Por qué te comportas de forma distinta cuando está Ismail?

—No me comporto de forma distinta, pero quiero decirlo ahora, antes de que se marche. Desde el día en que Yamila vino a esta casa, Cascabelito se ha...

—¿Qué tiene que ver todo esto con Yamila? —protestó ella.

—... apartado de mí. Ya he dicho lo que tenía que decir.

Me sentí un extraño en mi propia casa. Tendría que haber cogido a Tine entre mis brazos y haberle dicho: «Tienes razón. Pero no debes preocuparte, los años difíciles han quedado atrás. Vendré a casa más a menudo. Todo se arreglará».

Sin embargo, no lo hice. No era capaz. Sentí que me había endurecido.

—Tine —le dije, retomando la conversación—, déjame servirle la sopa a papá. Ya hablaremos más tarde.

Le di a mi padre unas cucharadas de caldo, mientras Cascabelito le limpiaba la boca con un pañuelo.

—Te has vuelto loco, papá —gesticulé. —¿Cómo se te ocurre atarte al sepulcro?

Él no dijo nada. Se limitó a esbozar una sonrisa.

Esa noche me quedé a dormir en mi casa paterna por primera vez en varios años. Tuve una sensación curiosa. Me sentía un extraño. Mis otras dos hermanas no se habían casado aún. Como me consideraban más como el padre de la casa que como un hermano, no acudían a sentarse tan libremente a mi lado como Cascabelito. Para eso hacía falta tiempo, pero nunca lo tuvimos.

La barba canosa de mi padre me reveló que la revolución quería quitármelo.

Al día siguiente hablé con él. Intenté explicarle que el santo no existía, pero advertí que mis palabras no le causaban ninguna impresión.

Me contó que una vez, tras fallecer su primera mujer, había visto con sus propios ojos al santo en el pozo, y que dos días atrás incluso había presenciado cómo un ciego sanaba de golpe.

—El hombre era ciego cuando se acostó, pero a la mañana siguiente, al despertar, veía. El santo fue a visitarlo mientras dormía y lo curó.

Mi padre ya no quería ser sordomudo. Deseaba aprender a leer.

—Pues muy bien, te enseñaré a leer —le dije. —Dentro de un año, dentro de seis meses, volveré a casa y te enseñaré. Te lo prometo.

Mis palabras ya no surtían efecto. Las pisadas en las rocas lo habían hechizado.

Unos días después, mi padre cogió un bastón y partió en busca del santo Mahdi.

Días que pasan rápidamente

*Sobrevolamos junto a Jomeini
el monte del Azafrán.*

Alguna vez quisimos convertir la nación en un paraíso, pero no sabíamos, o tal vez preferíamos no saber, que ni el país, ni el pueblo, ni nosotros mismos estábamos preparados para ello. Teníamos prisa, éramos impacientes, deseábamos recuperar el tiempo perdido, adelantarnos a la historia, pero eso era imposible. En realidad, no nos merecíamos otra cosa que los clérigos. Los acontecimientos acaecidos en mi patria en los últimos ciento cincuenta años vaticinaban la llegada de un líder religioso, y la historia puso en escena a Jomeini. El sha tenía que dejarle sitio. El periódico más importante del país publicó con grandes letras el siguiente titular: «HA LLEGADO JOMEINI».

Jamás un diario había utilizado letras de semejante calibre. Me senté a hojearlo en la mesa de trabajo de mi padre. Él comprendió enseguida que algo importante estaba sucediendo.

—El sha ya no está —le expliqué.

—¿No?

Saqué el mapa.

—Se ha marchado a Egipto, luego a las Bahamas y de allí a Estados Unidos.

—¿Egipto? ¿Las Bahamas? ¿Estados Unidos?

No alcanzaba a comprenderlo.

El problema estribaba en que no conseguía establecer una relación entre todos aquellos acontecimientos y la partida del sha.

—Y nunca más regresará —añadí.

—¿Y eso por qué?

No entendía que, al seguir las pisadas del santo, había ayudado de hecho a expulsar al sha.

—Ahora Jomeini ocupa el trono.

Mi padre me miró con sorpresa.

—¿Por qué me miras así? ¿No querías que se fuera el sha y viniese Jomeini?

—¿Yo? ¡Si yo no he hecho nada!

—¿Cómo que no has hecho nada? Has quitado el retrato del sha de la pared y has colgado el de Jomeini en su lugar. Has salido todos los días a la calle a manifestarte junto con miles de personas. Mírate en el espejo. Incluso te has dejado la misma barba que él.

—¿Que quién?

—Tienes la misma barba larga y canosa que Jomeini.

Se contempló en el espejo y se pasó los dedos por la barba. Parecía como si hubiese descubierto algo extraño.

—¿Dónde estaba antes ese tal Jomeini? —preguntó.

Era difícil de explicar en el lenguaje de gestos. Para poder hablarle de Jomeini, primero tenía que pasar revista al último siglo de la historia del país.

—Es un poco complicado —le dije. —El sha expulsó a Jomeini hace quince años y lo obligó a residir en el extranjero, muy lejos de aquí. Eran enemigos. Ahora él ha vuelto y ha echado al sha.

Era un embrollo. Le señalé una noticia en el periódico:

—Aquí dice que dentro de tres días Jomeini viajará al monte del Azafrán y visitará el pozo.

—¿Para qué?

—Para saludar al santo.

—El pozo está vacío; el santo se ha marchado.

Eso tampoco podía explicárselo.

—No está vacío —le dije. —El santo ha vuelto. Está otra vez allí, leyendo su libro.

Un helicóptero de gran tamaño sobrevoló la muchedumbre que escalaba el monte del Azafrán, y miles de personas exclamaron al unísono:

—¡*La ielahe ila alah!* ¡*La ielahe ila alah!*

A modo de respuesta, el helicóptero dio otra vuelta.

—¡*Salam bar*, Jomeini! —gritaron todos al mismo tiempo.

Mi padre se abrió paso entre la gente y subió a un punto más elevado, en su afán por llegar lo más cerca posible del pozo. Yo lo seguí, dejándome ayudar por él en los lugares más difíciles.

El ambiente que reinaba allí me dejó impresionado. No me lo esperaba de mí mismo. El fervor religioso de la muchedumbre me hechizó. Si bien me mantenía callado cuando la multitud coreaba sus consignas, mi mente vociferaba como cualquier otro fiel: «¡*La ielahe ila alah!*!».

Jomeini sobrevolaba nuestras cabezas. Alcancé a verlo junto al piloto, saludando. Se me llenaron los ojos de lágrimas y aparté la cara para que no me viese mi padre. Seguí subiendo con entusiasmo tras él. Quería ver a Jomeini bajando del helicóptero y arrodillándose delante del pozo.

Sabía que se trataba de un momento importante en la historia del país. El helicóptero permanecía suspendido en el aire, tratando de aterrizar en un peñasco que tenía una leve inclinación. La maniobra no resultó nada fácil. El piloto realizó tres intentos, pero no se atrevía a posarse. En el cuarto intento, describió un semicírculo y tomó tierra con la cola dirigida hacia la masa. Miles de personas prorrumpieron al mismo tiempo:

—¡*Josh amad!* ¡*Josh amad!* ¡*Yare imam josh amad!* ¡Bienvenido! ¡Bienvenido sea el amigo del santo!

Siete escaladores barbudos, provistos de cuerdas y garfios, se encaramaron a la roca para ayudar al anciano líder a bajar hasta el pozo, pero él los rechazó: por respeto al santo, quería llegar allí por sus propios medios.

Pero ¿cómo iba a hacerlo? ¿Cómo lograría aquel hombre bajar por las rocas con sus babuchas de imán recién estrenadas? Era algo impensable.

Los hombres optaron por dar un rodeo. Tomaron posiciones alrededor de Jomeini y lo acompañaron paso a paso hacia abajo, aunque sin tocarlo. Tardó casi veinte minutos hasta que por fin posó el pie en el suelo donde se hallaba el pozo sagrado. En determinado momento trastabilló. Todo el mundo pensó que se caería, pero, para sorpresa de todos, logró mantener el equilibrio y se incorporó con total aplomo, lo que indujo a la masa a exclamar:

—¡Sale ala Mohamad! ¡Yare imam josh amad!

Jomeini se enderezó el turbante negro, se estiró el cuello de la túnica, irguió la espalda —parecía prepararse para una entrevista con Dios— y guió sus pasos serenamente hacia el pozo. Yo pensé que echaría una ojeada al interior, pero no lo hizo. Dio media vuelta a la izquierda y se quedó mirando hacia La Meca. Permaneció en esa posición un instante —canturreando, quizá—, luego se arrodilló con dificultad y apoyó la frente en el suelo.

Aquel gesto revestía una profunda significación política y, al mismo tiempo, parecía una escena extraída de un cuento de hadas que estaba siendo representada ante nuestras miradas. Quienes hayan leído los relatos de las mil y una noches de Sherezade sabrán a qué me refiero.

En el pasado, el sha Reza Kan había estado allí para tapar el pozo, y ahora Jomeini acudía a rehabilitarlo. Un reino había desaparecido y comenzaba el régimen de los clérigos.

Jomeini se puso en pie y hurgó en un bolsillo. Buscaba sus gafas, pero no encontró las que necesitaba. Hurgó en otro bolsillo; tampoco. Las había dejado olvidadas en algún sitio.

Se puso las que tenía. Comprobó si lograba ver bien con ellas, pero no: no veía nada. Se las quitó y las guardó de nuevo. Con cautela, se acercó al pozo, se agachó y lanzó una mirada escrutadora.

Con toda probabilidad seguía sin ver nada, pues se incorporó rápidamente. Luego volvió a inclinarse. Su postura revelaba que estaba buscando al santo, pero que no lo encontraba. ¿O acaso sí lo encontró?

Lo saludó tres veces con la cabeza y empezó a hablar hacia el interior del pozo. El silencio era total. Todos sabían que estaba consultando al santo, que le hacía preguntas sobre cómo gobernar el país.

¿Cuánto tiempo duró aquello? No lo sé.

¿Qué pudo haberle dicho al santo? Lo ignoro. En cualquier caso, debió de empezar la conversación pronunciando las siguientes palabras: «*As salam mo aleik ya Mahdi ebne, Hasan ebne, Taji ebne, Kazem ebne, Musa ebne, Yafar ebne, Bager ebne, Husein ebne, Ali ebne, Abitaleb*».

Al cabo de un rato, Jomeini hizo un ademán en petición de ayuda. Los siete escaladores barbudos se precipitaron sobre él, lo alzaron en andas y lo llevaron de regreso al helicóptero. La masa exclamó:

—¡*Jodaya! Jodaya! ¡Jomeini ra nejah dar!*

Una nueva era de la historia nacional había comenzado.

¡Ah, cómo pasa el tiempo! De pequeño, en compañía de mi padre, se me antojaba que no se movía. Los días no avanzaban, las noches parecían interminables. Ahora veo que aquellos días pasaron como un relámpago.

Estoy aquí, en el pólder, mirando por la ventana. Tengo la sensación de que el tiempo se ha detenido y que he de quedarme sentado para siempre frente al ordenador. La experiencia me ayuda. Por fortuna, sé que todo llega a su fin.

Entretanto, Jomeini ya no está, ha muerto, como si nunca hubiera existido. Una noche se enfundó en su túnica, se durmió y nunca más despertó.

Los tiempos del pozo sagrado también han pasado. El santo desapareció. El pozo está vacío. Las palomas silvestres se meten en él para empollar sus huevos en los nichos, mientras las serpientes venenosas se esconden detrás de las rocas y aguardan allí pacientemente. En cuanto las palomas abandonan el nido un momento, entran y se comen los huevos. Cuando las aves regresan y descubren que sus nidos están vacíos, lloran sobrevolando el agujero.

También eso pasa.

Luego llega el invierno y en la cumbre del monte del Azafrán nieva sin parar. El pozo se cubre temporalmente con un grueso manto de nieve, y cuando llega la primavera y la nieve se derrite, la fosa se llena de agua. Entonces, las cabras monteses no apartan la vista de sus cabritos y los empujan con la cabeza para alejarlos del pozo, por miedo a que se caigan dentro.

La Unión Soviética tampoco existe ya. Quien ahora sube a la cima del monte del Azafrán con unos prismáticos ya no divisa ninguna bandera roja, ni a ningún aduanero a este lado de la frontera ni a ningún gendarme al otro. Ya no queda nada. Todos se han ido. Yo también.

Yo estoy aquí, pero ¿dónde está el santo? Tal vez él también resida en este pólder holandés.

A menudo veo a alguien a lo lejos, paseando por el dique con su perro. Me dirijo hacia él, pero nunca logro alcanzarlo, ni siquiera cuando acelero la marcha o echo a correr. Dejo que se vaya con su perro. Ambos necesitamos este pólder.

Al contrario de lo que sucede en el resto del mundo, aquí reina la tranquilidad. Pero basta encender el televisor para darse cuenta de que este silencio engaña.

A veces aparece en la pantalla Sadam Husein, y a continuación lo hace el presidente de Estados Unidos, pronunciando algunas palabras duras sobre él. Ahora todo el mundo sabe que bajo el mando de Jomeini estuvimos en guerra durante ocho años con Iraq, nuestro país vecino. En ambos lados perecieron miles de personas, y otros miles resultaron heridos. Fue una guerra por nada. Todo, debido a la estupidez y terquedad de dos líderes locos. Luego, Sadam invadió Kuwait, otro de sus vecinos. Los norteamericanos lo echaron de allí, y él se refugió en su cueva. Pero sale de ella una y otra vez.

Aunque no quiero hablar aquí de Sadam Husein, sí quisiera utilizarlo para seguir traduciendo los apuntes de mi padre.

Cuando Jomeini se convirtió en el líder absoluto del país, nuestro partido no supo qué actitud adoptar durante un tiempo. Desconfiábamos de él, convencidos de que tampoco toleraría el movimiento de izquierdas. Sabíamos que nos proscibiría en un momento que le resultara propicio. Aun así, quisimos aprovechar aquellos momentos de libertad provisional, y optamos por una existencia legal a medias.

El partido abrió unas oficinas en Teherán y un par de dirigentes se presentaron en público, mientras que el Movimiento mantenía ocultas a sus unidades operativas más importantes, una de las cuales era la imprenta, instalada en el local donde se reunía la redacción del órgano del partido, de la que yo formaba parte.

Ya no recuerdo la fecha exacta, pero fue el día en que se casaba la mayor de mis hermanas. Yo me disponía a partir en coche para asistir a la boda —sería alrededor de la una del mediodía—, cuando de repente aparecieron unos aviones de guerra sobrevolando con gran estrépito la ciudad. Volaban tan bajo que todo el mundo se tapó los oídos y se tumbó en el suelo de inmediato.

Sadam Husein estaba bombardeando el aeropuerto de Teherán, lo que dio comienzo a la guerra. No fui a la boda, sino que regresé rápidamente a la redacción.

Una noche los aviones iraquíes bombardeaban nuestras casas, y la siguiente nosotros bombardeábamos las suyas.

Al segundo o tercer año del inicio de la contienda, sonó una tarde el teléfono. Era Cascabelito.

—Escúchame, hermano. Tine no está nada bien.

—¿Qué le ocurre?

—La ha alcanzado una bomba.

—¿Alcanzado?

—Bueno, no del todo, pero...

—¿Cuándo?

—La semana pasada, en una incursión de los aviones iraquíes. Creo que sería mejor que te dieras una vuelta por aquí.

¡Qué necio de mi parte! Era yo quien tendría que haber llamado. Sabía que habían atacado nuestra ciudad. Yo mismo había insertado la noticia en el periódico. Incluso había habido heridos. Sin embargo, los aviones habían bombardeado un polígono industrial que se hallaba lejos de casa. ¿Cómo era posible que hubiesen alcanzado a Tine?

Llegué a medianoche. Todo estaba a oscuras. Un ciclista que se apresuraba a abandonar la ciudad me previno:

—¡Sadam Husein tiene intención de atacar esta noche! ¡Lo ha anunciado hace unas horas por la radio!

La gente había buscado refugio en la montaña. ¿Cómo haría para encontrar a mi familia? Apagué los faros y conduje en plena oscuridad rumbo a nuestra casa, con la esperanza de que me hubiesen dejado una nota. Cuando quise aparcar en el barrio, surgió una figura de entre los árboles.

Era mi padre. A oscuras resultaba imposible comunicarse. Se sentó a mi lado y empezó a gesticular:

—¡Vámonos de aquí!

—¿Dónde está Tine?

—La he llevado a cuestas a la montaña —consiguió explicarme.

Puse en marcha el coche y partimos. Cuando llegamos a la montaña, escondí el automóvil detrás de un peñasco, encendí la luz interior y pregunté con gestos:

—¿Qué le ha ocurrido a Tine?

—Había ido a visitar a tu hermana Marzi, que está encinta. Acababan de salir al patio y de pronto un avión sobrevoló la casa y soltó una bomba.

—¿Dónde? ¿Encima de ellas?

—No, sobre una fábrica de tractores que hay al lado, pero derrumbó un muro de la casa. Tine, pensando que la bomba les caía encima, tiró a tu hermana al suelo y se tumbó encima de ella para protegerla. Cuando el avión se alejó, Marzi se levantó, pero Tine no.

—¿Estaba herida?

—No... Bueno, sí..., le sangraba el brazo izquierdo, y al ver que no abría los ojos, la llevaron al hospital. Fui a visitarla. Tenía los ojos abiertos, pero no me reconocía. La habían atado a la cama con unas correas.

—¿Por qué?

—El médico temía que empezara a chillar y a darse golpes en la cabeza si la soltaba. Se comportaba de un modo extraño. Supongo que era por el avión. El médico venía todos los días a pincharla para que durmiera. Hace cinco días volví al hospital. Estaba sentado a su lado en una silla, cuando de pronto vi que todo el mundo echaba

a correr. Tine abrió los ojos y comenzó a gritar. Yo no sabía qué pasaba. Le desaté las correas, cargué con ella y salí de la habitación. En el pasillo me topé con el médico. Cuando vio a Tine chillando en mi espalda, le puso otra inyección enseguida. Yo le pregunté con gestos qué debía hacer. «Llévala a casa», me contestó, y me dio una caja de pastillas. Fuera, todo el mundo huía despavorido. Eché a correr con Tine a cuestas.

—¿Y luego?

—Sigo sin entenderlo. La herida ya se le ha curado, pero no ha vuelto a despertar. Está demacrada. Supongo que es por el avión, ¿no crees?

Puse en marcha el coche y nos dirigimos al establo de un campesino que había dado cobijo a mi familia temporalmente. Nada más llegar, salió a nuestro encuentro Cascabelito.

—¡Nos has encontrado! —dijo contenta, sosteniendo en alto una lámpara de aceite.

La besé, y ella me guió hacia el interior del establo.

A la luz de la lámpara me costó reconocer a Tine. Examiné su herida. Tenía buen aspecto. No entendía por qué estaba tan maltrecha. ¿Habría sido una bomba química?

—Aquí está su medicina —gesticuló mi padre, entregándome una gran caja de pastillas semivacía.

Estudí el contenido.

—Es Valium, del fuerte. ¿Cuántas pastillas le das?

—Cuatro o cinco al día.

¿Sería que el Valium la debilitaba?

—Ten, guárdalo en el bolsillo por ahora. De momento no le daremos más.

—¿No es bueno?

—No lo sé. Vamos, ayúdame a cargarla hasta el coche.

—¿La llevamos al hospital?

—A la aldea del Azafrán. Necesita descansar en un lugar tranquilo, lejos de los aviones. Me quedaré unos días con vosotros. Si no mejora, me la llevaré a Teherán.

Llegamos a la aldea al amanecer, y fuimos a la casa que mi padre había construido en la época de Reza Kan. Tine y mis hermanas solían pasar en ella los veranos, pero yo no la había pisado en los últimos años.

—Cascabelito, prepárale una sopa a Tine. Yo haré té. Y tú, papá, ¿podrías ir a comprar pan? Tengo mucha hambre. ¿Tú no, Cascabelito?

Mi hermana pequeña, la mejor hermana del mundo, la más bonita, la más buena, me demostró a través de sus alegres movimientos que la esperanza, el buen ánimo y la salud se acercaban a nuestra casa. Cogió una cesta y acompañó a mi padre a comprar verdura.

Tine yacía como muerta en la cama. Sin embargo, tuve el palpito de que el

regocijo de Cascabelito, la luz en las pupilas de mi padre y aun el canto de los pájaros que entraba por la ventana indicaban que Tine abriría los ojos. Y que ya no chillaría, y nos miraría tranquila.

De pronto apareció un conejillo blanco. Nunca habíamos visto ninguno, pero justo en ese momento se presentó uno delante de la puerta, dio unos cuantos saltitos alegres y se esfumó.

Yo estaba convencido de que todo se arreglaría.

Al día siguiente, cuando la estufa echaba llamas azules y estaba lista la sopa, mi padre gesticuló:

—¡Mirad! ¡Tine está intentando abrir los ojos!

Me quedé cinco días más. Días que olían a sopa, leche, pan recién horneado y fuego de leña.

Cuidamos de Tine y paseamos por las colinas, riéndonos de los graciosos brincos de un conejito blanco.

También esos días pasaron.

Damawand

*Subamos al techo de la patria
y bañémonos.*

Una noche, decenas de aviones iraquíes sobrevolaron Teherán y lo bombardearon por enésima vez. Fue el peor ataque de todos los que sufrimos.

Radio Bagdad informaba regularmente sobre la partida de bombarderos con destino a Teherán. El locutor incluso instaba a la población a que abandonase la ciudad, y doce millones de habitantes se aprestaban a la fuga. Unas veces los aviones llegaban, otras no. Sadam Husein no se cansaba de repetir ese juego. La gente ya no sabía a qué atenerse.

Si huían de sus casas con sus hijos, los aviones no aparecían. Pero si se quedaban, Bagdad lanzaba un ataque. Se trataba de una guerra psicológica. Cuando los bombarderos se presentaban, la noche se convertía en un infierno. Sobrevolaban el barrio produciendo un gran estrépito. Temblaba la casa, se caían las molduras de las paredes y las cacerolas de los estantes, el gato saltaba encima de la cama, los niños lloraban desconsolados, retumbaban las bombas y también la defensa antiaérea. Luego se oía la sirena que indicaba el fin del ataque, y, a continuación, las ambulancias y los coches de bomberos. Entonces todos se lanzaban a la calle para ver qué casas habían sido alcanzadas por las explosiones.

Pero aquella noche en que decenas de aviones bombardearon Teherán simultáneamente, provocando cientos de muertos y heridos, Jomeini aprovechó la ocasión para ordenar a sus servicios secretos que detuviesen a todos los dirigentes de la oposición de izquierdas. Durante años esos servicios se habían dedicado a inventariar sus escondrijos, y en cuanto los aviones iraquíes regresaron a Bagdad, la policía apresó a la mayoría de los líderes destacados del partido.

A la mañana siguiente, cuando me dirigía a la redacción, me topé en la calle con uno de mis compañeros:

—Tenemos que salir de aquí enseguida. Han arrestado a casi todos los dirigentes.

Aquello suponía el final del partido. Volví corriendo a mi apartamento para avisar a Safa, mi mujer, que se marchó a casa de su abuela, en Kermansha, con nuestra hija Nilúfar. Acto seguido, destruí toda la documentación que guardaba en casa. Después ya no quedaba otra cosa que hacer sino esperar.

Hasta ahora no he contado gran cosa sobre Safa, mi esposa. Eso se debe a que no he querido apartarme de los apuntes en escritura cuneiforme de mi padre. De lo contrario, además de referirme a Cascabelito, también tendría que haber escrito sobre la vida de mis otras hermanas y la trágica suerte de sus maridos.

Conocí a Safa en la universidad. Aunque ella simpatizaba con el partido, no estaba afiliada ni entraba en sus planes colaborar con él. De no habernos conocido, probablemente habría llevado una vida normal, pero por mi causa se vio envuelta en toda clase de actividades.

Hasta que estalló la revolución, nos citábamos a escondidas. Sabíamos que cada encuentro podía ser el último. Después pudimos vernos con mayor facilidad y poco a poco nos atrevimos a hablar del futuro.

El día siguiente al de la caída del sha le propuse matrimonio.

Aparte del funcionario del registro civil y de dos amigos nuestros que oficiaron de testigos, nadie más asistió al enlace. En aquellos tumultuosos e históricos días resultaba imposible organizar una boda. Por la noche nos reunimos en un bar con algunos camaradas y celebramos nuestra unión hasta altas horas de la madrugada.

Tres semanas después, llevé a Safa a la casa de mis padres.

—Os presento a mi esposa.

—¿Tu esposa? —repuso Tine. —¡Es muy bonita!

Mis hermanas, sorprendidas por el inesperado encuentro, la abrazaron. Mi padre se quedó observándola a una distancia prudencial. Él ya estaba más o menos al tanto. Alguna vez le había enseñado una foto de ella. En el matrimonio, lo que contaba para él era la salud, así que la escrutó de pies a cabeza. Safa no sólo gozaba de buena salud, sino que era vivaz y sociable. «Aprobada», fue lo que leí en sus ojos. Ella se acercó a él y lo abrazó. Y como conocía la historia de su primera mujer, le cogió la mano y se la llevó a la mejilla, diciéndole:

—¿Lo ve? Estoy sana.

Eso era suficiente. No se me ocurre qué otra cosa podría haber escrito mi padre sobre aquel encuentro.

En una ocasión, Safa acompañó a mi familia a la aldea del Azafrán y pasó con ellos toda una semana. Supe que había estado muy a gusto, que había aprendido muy rápido nuestro lenguaje de gestos y que había discutido noches enteras con mi padre sobre el mundo.

—¿Sobre el mundo? —le pregunté.

—Así es. Y nos hemos reído un montón.

—¿Por qué?

—¡Yo qué sé! Me equivocaba con los gestos y todos se reían a carcajadas.

Las circunstancias ya no me permitieron continuar visitando a mis padres.

Cascabelito vino un día a nuestra casa, cuando Safa se encontraba en los últimos meses del embarazo, pero, después de nuestra enésima mudanza por razones de seguridad, tampoco ella pudo seguir en contacto con nosotros.

Tras la detención de los dirigentes del partido, comenzó un período tenebroso. Aunque en principio mi mujer y mi hija iban a quedarse en Kermansha unas semanas a lo sumo, el destino decidió otra cosa. Fueron varios años. Cuando por fin pudieron volver a casa, todo había cambiado.

Safa tuvo que viajar a una dirección completamente distinta, donde todo era nuevo: desde la llave hasta el espejo, la tetera, el suelo y el techo. Incluso la tierra que pisaba.

Aterrizó en un avión de la KLM y yo la recibí con un ramo de tulipanes holandeses de color rojo, amarillo y naranja. Cogimos el tren hasta la estación más próxima a casa y seguimos en taxi.

—Nieuwgracht, veintiuno, por favor.

Pero ahora regresemos a Teherán.

Una semana después de las detenciones, aún desconocíamos el daño infligido al partido e ignorábamos cómo habría de continuar el Movimiento.

Mientras tanto, los servicios secretos estaban ocupados día y noche intentando doblegar a los dirigentes del partido. Los verdugos utilizaban toda clase de torturas para obligarlos a someterse a los clérigos. Los prisioneros estaban en celdas separadas, y no se les permitía dormir ni sentarse. Tenían que permanecer de pie cinco días y cinco noches. En cuanto veían que cerraban los ojos, les echaban un cubo de agua helada a la cara. No les daban nada de comer, salvo un tazón de sopa para mantenerlos con vida. Ni siquiera les permitían ir al baño; tenían que hacérselo encima, así, en la posición en la que estaban. Y para destruirlos todavía más, en las celdas sonaba ininterrumpidamente una casete con discursos de Jomeini. Los verdugos no iban a cejar hasta que los dirigentes estuviesen dispuestos a hincarse de rodillas por televisión ante el clérigo de la cárcel, reconocieran que eran espías de Rusia y, a continuación, pidieran perdón.

El régimen quería que la oposición comprendiese con quién se las estaba viendo.

El doctor Pur Bajlul volvía a figurar en la lista de detenidos. En la época del sha, ya había pasado varios años en prisión, y ahora lo habían apresado otra vez. Lo obligaron a arrastrarse ante el clérigo y decir: «*La ielahe ila alah* (...). Me he arrepentido y ahora soy su discípulo».

Tenía que mostrar a millones de personas que no valía nada, que hasta entonces no había sido un ser humano, sino una bestia, y que quería ser humano, siempre y cuando el clérigo tuviese a bien concederle el perdón.

Me encontraba solo en casa y encendí el televisor para ver el informativo de la tarde. En la pantalla apareció un hombre mayor, pálido y de aspecto enfermizo. Su rostro me resultaba familiar, pero no conseguía reconocerlo. Durante unos segundos, la pantalla permaneció muda. Pretendían que aquella imagen penetrase en lo más profundo del alma de los telespectadores. Después de aquel siniestro silencio, una voz fría anunció que el espía y dentista Pur Bajlul hablaría de sus crímenes después de las noticias.

Si bien el informativo fue relativamente breve, se me antojó el más largo que había visto en mi vida. Al cabo apareció el doctor. Yo no daba crédito a lo que veía. Del viejo dentista no quedaba nada. Había muerto. En las cuencas de sus ojos se había instalado el diablo. Dijo que era un espía y que había traicionado a su país. Que

se había convertido en un seguidor de Jomeini y que éste era la sombra de Dios sobre la tierra. Luego renegó de su pasado, del partido y de sus camaradas, se arrodilló ante el imán de la prisión y se echó a llorar como un niño.

El partido se hizo trizas como una vasija de barro que cae al suelo. Cientos de camaradas fueron detenidos, muchos de ellos, ejecutados, y algunos cientos huyeron hacia las fronteras y lograron escapar.

Durante el régimen del sha se podía contar con el apoyo del pueblo, buscar refugio en casa de desconocidos, pero bajo los clérigos eso resultaba imposible.

El sha gobernaba en su propio nombre; en cambio, los imanes lo hacían en el nombre de Dios. Jomeini se presentó ante las cámaras de televisión para decir que el reino de Dios peligraba, y encomendó a sus seguidores que vigilasen a sus vecinos.

De repente el país, la patria, dejó de ser nuestra. Nadie se atrevía a hacer nada. Uno sentía que todo el mundo lo vigilaba tras las cortinas.

Después de la revolución me habría gustado aprovechar para salir de viaje con mi padre, coger juntos el tren hasta el confín meridional del país para ver los yacimientos petrolíferos, donde el gas flameaba bien alto en el aire y la tierra estaba teñida de color marrón oscuro. «¿Lo ves? ¿Lo hueles? Bajo nuestros pies, en las capas profundas de este suelo, hay mucho, muchísimo petróleo».

Luego le habría enseñado los grandes buques que lo transportaban al extranjero. Pero no tuve esa oportunidad. Mi padre, que siempre contemplaba con admiración las llamas azules de los hornillos, nunca sabría de dónde procedía ese gas.

Me habría encantado llevarlo una vez a ese maravilloso desierto persa donde la arena resplandece como el oro bajo el sol, atravesarlo con él en camello y comer en pequeñas aldeas apartadas junto con sus habitantes. Un poco de leche de camella con pan seco, un cuenquito de dátiles y un sorbo de agua recogida con la palma de la mano de un manantial por el que manaba desde el corazón de la tierra.

Me habría apetecido dormir con él en la azotea de una posada del desierto, donde uno puede cubrirse con la manta azul oscuro del cielo, con sus millones de estrellas y su luna inolvidable.

Tampoco eso fue posible.

Anhelaba un poco de libertad para poder viajar con él a Ispahán y visitar las mezquitas que él conocía tan bien y de las que tanto hablaba. Quería llevarlo a la milenaria mezquita de Lotfolah y, aunque ya no rezaba habitualmente, arrodillarme a su lado y rezar con él y por él.

Sin embargo, lo que deseaba en lo más íntimo de mi corazón era escalar en su compañía el monte Damawand.

El Damawand es la montaña más elevada y de difícil acceso de toda Persia. Se la llama el techo del país. Ya no recuerdo si tiene 5678 o 5876 metros de altura. Posee

unas características muy peculiares. Sus laderas están invariablemente cubiertas por un espeso manto de nieve y hielo, mientras que en la cumbre siempre hace calor. Una vez arriba, uno descubre que la cima tiene forma de cuenco: es un gran cráter caliente. Se trata de la boca de un antiguo volcán que en el pasado entró muchas veces en erupción. Si se apoya el oído en el suelo, aún se lo oye respirar.

En invierno es peligroso escalar el Damawand; la mejor estación es la primavera, cuando amainan los vendavales y el hielo todavía no se ha derretido. En esa época se ven alpinistas por todas partes, trepando por las laderas. En cuanto superan la enorme masa de nieve, comienzan a entonar canciones de amor: «*To jofti jol daraye mo beiayom. Jole alaam dar amad kei miaye (...)*. Me dijiste que vendrías cuando se abriera la primera flor. Todas las flores se han marchitado. ¿Cuándo vendrás por fin?».

Después de ver en televisión las imágenes de doctor Pur Bajlul, evalué mi propia situación. ¿Vendrían también a detenerme a mí? ¿Acabaría en la cárcel como él? ¿Tendría que arrastrarme de rodillas ante el clérigo para implorarle perdón? Ignoraba hasta qué punto corría peligro. Sólo sabía una cosa: que no quería abandonar el país. En aquellos tiempos difíciles quizá tuviésemos que asumir la dirección del partido.

Pero antes debía dejar la casa y esconderme unos días para no caer en manos de los servicios secretos. Luego regresaría para ver qué había quedado del partido y buscaría a los camaradas que encontrara disponibles para intentar salvar lo que aún pudiera salvarse. La consigna, por lo tanto, era huir. Pero ¿adónde?

Se me ocurrió de repente: el Damawand.

Aunque estaba siendo un invierno muy crudo, aún existía una pequeña posibilidad de ver cumplido uno de mis sueños. Bajé al sótano a buscar mi equipo de escalada, un par de botas de montaña e indumentaria adecuada para mi padre.

—¿Te vienes conmigo? —le propuse a mi padre en la tienda, para su sorpresa.

—¿Adónde?

—A escalar la montaña más alta del país.

—¿Ahora mismo?

—Sí. Tengo unos días libres, y Safa ha ido a ver a su abuela, así que he pensado que tal vez tú y yo...

—¿Y qué le digo a Tine?

—Que te marchas conmigo unos días.

¿No estaba mi padre muy mayor para una excursión tan difícil? Aunque tenía experiencia, no conocía en absoluto las técnicas de escalada. ¿No estaba cometiendo un acto de irresponsabilidad? ¿No le afectaría la altura del Damawand? Ya lo

veríamos. No quería detenerme a reflexionar sobre esas cosas. Tal vez no lográramos llegar a la cima, pero eso no importaba. Deseaba estar a solas con él; quizá fuera la última vez. Existía la posibilidad de que me arrestasen, de modo que no debía dejar pasar la ocasión. Viva la libertad envuelta en inseguridad. Si resultaba que, a partir de determinada altitud, mi padre no podía continuar, nos volveríamos y punto.

En ese caso, podríamos coger el tren e ir a los yacimientos de petróleo. O atravesar el desierto en camello hasta llegar a Kawire Lut. «Ya se verá», pensé mientras nos encaminábamos al Damawand.

Si conducía toda la noche, llegaríamos al café Safar antes del amanecer, un pequeño local donde se reunían a desayunar los alpinistas antes de emprender la ascensión en pequeños grupos.

Yo ya había subido tres veces al Damawand, aunque nunca en invierno, por lo que temía que el café estuviera cerrado y no encontráramos a ningún escalador.

Divisé a lo lejos las luces encendidas del Safar y recobré la esperanza. Mi padre guardaba silencio. Ascender una montaña porque sí carecía de sentido para él.

Había que tener un objetivo. Uno sube para luego continuar el camino hacia otro sitio. O para encontrarse con alguien al otro lado. O para después bajar a un pueblo donde lo espera una mujer. ¿Qué diablos íbamos a hacer en aquella nieve congelada?

Le expliqué que nuestra meta era llegar a la cima.

—Pero te advierto que es un ascenso duro. A propósito, ¿has escalado alguna vez con cuerdas?

—Sólo una vez —respondió mi padre. —Tú mismo me enseñaste.

Tenía razón. Lo había olvidado. En mis años de estudiante había intentado trepar con él la pared más difícil del monte del Azafrán.

Antes de abrir la puerta del café, oí murmullos en el interior. Para mi gran sorpresa, estaba lleno de gente, como en un día de primavera.

—Ven, pasa —gesticulé aliviado. —Siéntate.

No quedaba una sola silla libre.

¿Quiénes eran todas aquellas personas? ¿Cómo se explicaba que en aquel invierno tan riguroso todos quisiesen escalar la montaña al mismo tiempo? ¿Serían todos militantes de nuestra organización, deseosos de escapar unos días de la realidad?

Había tan buen ambiente que uno se olvidaba de la guerra y los imanes. Era como si hubiese cerrado los ojos un momento y, al abrirlos, me encontrase en otro sitio, o incluso en otro país.

Olía a té recién hecho, pan fresco y dátiles.

Por lo general, la gente subía a la montaña en grupos; nadie lo hacía en solitario. Quienes llegaban solos buscaban unirse a otros en ese café, y éstos los acogían sin vacilación.

Deposité el macuto en el suelo y me presenté. Anuncié a todo el mundo que tenía la intención de escalar junto con mi padre, que era sordomudo, y que preferíamos

sumarnos a un grupo experimentado.

Aquel café tan cálido en medio de la nieve congelada fue una sorpresa para mi padre. Se le veía contento. Todos se acercaron a saludarlo y desearle buena suerte, y él sintió que todos aquellos jóvenes, hombres y mujeres, eran amigos suyos.

Un grupo desocupó enseguida dos sillas para nosotros. Mi padre se sentó y yo fui a buscar el desayuno: tortilla, dátiles, mantequilla, pan recién hecho, té y azúcar. Todas las cosas que se necesitaban para una expedición de ese tipo.

Antes de que saliera el sol, partimos del café en distintos grupos, caminando en fila india, a corta distancia unos de otros. Todos sabíamos que en aquel frío dependíamos de la ayuda del compañero.

Según dictaba la tradición, a los mil metros de altitud los escaladores se colocaban uno al lado de otro en la oscuridad para contemplar la salida del sol. Mi padre estaba junto a mí. No comprendía por qué todos miraban el cielo a lo lejos.

De repente, el sol lanzó en la penumbra su primera flecha dorada, luego la segunda, después la tercera y, a continuación, todo un haz de luz. Envuelto en llamas, como una enorme corona de oro, el sol emergió desde el otro lado de la cima del Damawand. Deslumbrado, mi padre me miró primero a mí, luego al sol y seguidamente a la montaña, que se alzaba de pronto a nuestros pies como una gigantesca masa de nieve.

En cuanto el Damawand nos mostró su arcaica belleza, todos entonamos la famosa canción:

*¡Damawand majestuoso!
Antiguo orgullo persa, haznos tan robustos como tú.
Préstanos algo de tu fuerza.
Ayúdanos a no someternos en tiempos difíciles, como
nunca te has sometido tú.
Enséñanos a confiar en nosotros mismos, como tú confías
en ti mismo.
¡Tú eres la esperanza!
¡Tú eres el orgullo hecho montaña!*

El Damawand es un monte que hay que vivir en carne propia, escalar en carne propia. El trayecto a través de la nieve milenaria; el frío tan peculiar que se siente en la piel; el aroma y el color de la boca del antiguo volcán; la gruesa capa de hielo: todo eso debe olerlo, verlo y vivirlo uno mismo.

Continuamos ascendiendo en silencio. Intercalando algunas pausas, sería posible alcanzar hacia el mediodía una altura de cuatro mil setecientos metros. Allí pernoctaríamos y repondríamos fuerzas, para acometer a la mañana siguiente la parte más compleja.

Pero antes de llegar a ese punto, tuvimos que trepar con garfios y cuerdas un par de

paredes de hielo muy difíciles. Por suerte nos habíamos unido a un grupo de escaladores experimentados, que nos ayudaban en todo momento. Mi padre escalaba como una vieja cabra montés, suscitando las risas de los montañeros, que disfrutaban contemplando su anacrónico modo de escalar. Cuando llegamos a la cima, él ya no dependía de mí. Ni siquiera tenía tiempo de sentarse conmigo, pues todos querían que se sumara a sus conversaciones alrededor de las hogueras.

—Ismail, necesitamos un intérprete. ¿Te unes a nosotros? —me pidió alguien.

No me sentía muy bien. La altura me producía mareos. Hubiese preferido echarme a dormir, pero no podía dar la espalda olímpicamente a esos millones de perlas colgadas en el cielo y meterme en el saco. Además, quería aprovechar el silencio para reflexionar sobre cómo debía actuar en el futuro, con el partido diezmado. ¿Qué pasaría cuando regresase a Teherán? «El partido ha sido decapitado, pero nosotros aún estamos con vida. Hemos perdido, pero no hemos desaparecido». Lo primero, sin embargo, era llegar a la cima del Damawand.

Fue una noche breve y fría. Ya antes de la salida del sol, todos habían salido de sus sacos de dormir. Yo no era capaz de comer ni de beber nada; mi cuerpo se resistía.

En plena oscuridad, reemprendimos la escalada en pequeños grupos.

Mi padre empezó a preocuparme. A medida que ascendíamos, el aire iba enrareciéndose cada vez más. En cuanto notara que él ya no podía seguir la marcha, lo llevaría de regreso a la tienda médica.

Pero el destino decidió otra cosa. Al cabo de un rato sentí que me flaqueaban las fuerzas. Ya no podía encargarme de mi padre.

—¿Alguien puede vigilar a mi padre? —pregunté con dificultad.

—No necesita que nadie lo vigile —oí que contestaba uno de los escaladores. — Mejor cuida de ti mismo.

A determinada altura, mi cabeza se vació.

Mi padre, el partido, la organización clandestina, los clérigos; todos se borraron de mi memoria. La vez anterior, la escalada no me había planteado problemas, pero en esos instantes me sentía terriblemente débil. Mantenía los ojos fijos en las botas de la persona que marchaba delante de mí, intentando seguir sus pasos.

Llegó un momento en que ya no podía sostenerme en pie, pero una voz en mi interior me decía que debía seguir, que no debía perder de vista aquellas botas. «¡Continúa, continúa, continúa!».

El Damawand me tenía en sus garras. Se había convertido en un coloso gigantesco y yo, en un gorrión, un pequeño y frágil gorrión en su mano. ¿Cuánto faltaba? ¿Cuántos pasos me quedaban aún por dar? No sabía nada. El mundo se había detenido y yo debía seguir escalando y escalando. Un paso y otro y otro más.

De pronto se produjo el silencio y durante un momento no oí nada; luego, sólo

sonidos vagos, palabras melodiosas.

Me costó mucha energía caer en la cuenta de que los alpinistas estaban cantando. Reconocí un aroma, un aroma familiar, el del viejo volcán. Después, dejé de percibir las voces y se hizo de noche, noche cerrada. Me desplomé.

En cuanto puse el pie en el borde de la boca del antiguo volcán, me desvanecí. Nuestros compañeros de escalada comprendieron de inmediato que tenían que socorrerme. Tardé un rato en abrir de nuevo los ojos y en darme cuenta de dónde estaba. Alguien me ayudó a incorporarme y me sostuvo. Mi padre.

Me apoyé en un peñasco en el que la gente solía plantar banderas y sacar fotos. Guardo aquí, en una balda de la biblioteca, una instantánea de aquel día, en la que no se aprecia que nos encontramos en una cima a 5876 metros de altitud. Parece como si estuviéramos posando junto a una roca cualquiera. La mirada de mi padre tiene una expresión llena de orgullo, y yo salgo con los ojos cerrados.

Quien observa la foto sin conocer la historia que hay detrás, advierte algo curioso. Se nota que yo estoy muy enfermo, mientras que mi padre irradia alegría. Allí, junto a aquel peñasco, yo intentaba mantener los ojos abiertos y mirar a mi padre, hechizado por la cumbre de la montaña.

Él contemplaba con sorpresa una ondulante franja azul en la lejanía, pero yo ya no tenía fuerzas para explicarle que se trataba del Caspio, el mar que nos separaba de la desaparecida Unión Soviética. Divisaba en el horizonte una vaga raya de color verde oscuro, sin saber que se trataba del mayor bosque de Persia.

Intenté darle a entender por señas que se asomara detrás de la roca para ver las cadenas montañosas que se extendían hasta el fin del mundo. Pero no lo conseguí. Me dormí y todo quedó sumido en el silencio.

Debieron de llevarme rápidamente abajo, de lo contrario tal vez nunca habría despertado.

Cuando abrí los ojos, me encontraba tumbado en el suelo. Alguien me ayudó a ponerme en pie. Me habían trasladado a la tienda médica, pero no me hacía falta ninguna asistencia especial. El flujo natural de oxígeno bastó. Mi cuerpo empezó otra vez a funcionar con normalidad.

Cuando descendimos a los cuatro mil metros, ya pude seguir por mis propios medios, con mi padre a mi lado, vigilándome.

—¿Qué tal arriba? —gesticulé.

Sonrió. Noté que estaba preocupado por mí. Lo cogí por la cintura, le besé la frente y le dije:

—Estoy bien. Más adelante ya podré andar como si nada.

—¡Qué padre el tuyo! —me dijeron todos. —Hemos disfrutado mucho de su compañía.

Teníamos que continuar para no quedarnos fríos. A mí me costaba incluso mantenerme de pie, pues no había probado bocado desde la madrugada anterior y andaba justo de fuerzas. Después de unas cinco horas de marcha, vislumbramos una cabaña de pastores donde siempre había té recién hecho para los alpinistas y donde por poco dinero vendían pan, leche y mantequilla.

Cuando llegáramos al pie de la montaña, todos se quedarían una hora descansando en el café Safar, y luego se marcharían a sus casas. Yo no tenía fuerzas para conducir.

Pero, entre escaladores, nunca se deja a nadie abandonado a su suerte, y ellos se ocuparon de todo. Yo pernoctaría con mi padre en la cabaña del pastor hasta que me hubiese recuperado.

Nos despedimos con un abrazo. Todos le estrecharon la mano a mi padre, sacaron una última foto y partieron.

La noche que pasamos con el viejo pastor resultó inolvidable. Fue como si mi padre supiese que yo nunca volvería a gozar de tanta tranquilidad.

Al anoecer, el pastor conversó con mi padre utilizando todos los gestos imaginables. Luego, dirigiéndose a mí, dijo:

—Sé cómo puedes recobrar tus energías. Te darás un buen baño. Y Akbar también.

—¿Cómo? ¿Aquí?

—Los pastores tenemos un baño mágico. En realidad está reservado para nosotros, pero tú eres un buen muchacho; le guardas respeto a tu padre. Vamos, el Damawand siempre devuelve lo que ha tomado.

Tras unos quince minutos de marcha por la nieve congelada, el hombre alzó su lámpara de aceite.

—Por aquí. Entrad.

Lo seguimos a través de una abertura entre las rocas y nos adentramos unos cien metros en la cueva, guiados por la tenue luz del farol. Allí percibí el olor del viejo volcán.

—¡Un momento! —nos dijo, colocando la lámpara en un punto elevado. — Ahora, venid a ver.

Di un paso, me incliné hacia delante y vi un hueco, un baño natural, humeante.

—Mete la mano —me incitó el pastor.

Introduje la mano en el agua.

—Está caliente... agradablemente caliente.

—Pues daos un buen baño. Dentro de una hora, más o menos, volveré a recogeros.

El pastor se marchó. La luz amarilla de la lámpara le confería a la cueva un color

mágico. Mi padre me ayudó a sumergirme en el agua y luego, con cuidado, también él se metió.

Me hubiese quedado allí hasta el final de los tiempos.

El final del camino

Ismail no sabe adónde lo lleva el camino.

El poeta holandés R. H. van den Hoofdakker tiene razón cuando habla de las montañas. Aunque ahora vivo en el pólder, sé que he dejado mi ser, y el de mi padre, en aquellas cumbres, del mismo modo en que lo han hecho tantos otros.

*En esa postura, tal como
yacen, quizá parezca
una postura, quizá parezca
un permanecer, pero*

*mientras ellas se yerguen y se hunden
por doquier en derredor nuestro como
cuerpos de tierra durmientes;*

*la nieve se va derritiendo
en sus flancos y nieve nueva
vuelve a cubrirlos,*

*es como si nosotros sólo
hubiésemos podido dejar nuestro ser
invisible en este rebaño (...).*

El Damawand había pasado a ser un recuerdo; uno de mis sueños se había realizado y eso me hacía sentir bien.

La excursión me ayudó a ordenar mis pensamientos. Decidí aceptar mi destino y opté por la patria. Fui con mi padre en coche a Teherán. Lo llevé a la estación de autobuses y le compré un billete.

—Mira, este autobús te llevará a nuestra ciudad. No tienes que hacer trasbordo. El conductor sabe adónde vas. No nos veremos durante algún tiempo. Buen viaje, y da recuerdos en casa.

—¿Llamarás de vez en cuando? —gesticuló.

—De momento, no.

—¿Tampoco pasarás a verme a la tienda?

—Tampoco.

Sólo entonces comprendió por qué había querido escalar con él el Damawand tan de repente. Me miró como si se tratara de nuestro último encuentro. Me desdije de mis palabras:

—No lo sé. Tal vez pase un día a verte.

Nos abrazamos y el autobús partió.

Había quedado en encontrarme con mi enlace dos días después. ¿Lo habrían detenido? ¿Estaría escondido? ¿Se habría refugiado? Confiaba en que acudiría a la cita.

Habíamos convenido un código secreto. Yo tenía que pasar una vez por semana por una escuela determinada y examinar la valla en la que los alumnos solían dibujar con tiza sus *graffiti*. Si en alguna parte descubría la palabra «*Salam*», significaba que todo iba bien y que podía reunirme con él en el lugar concertado. Si no la veía, debía buscarla en la pared de otra escuela. Si tampoco la habían dibujado allí, eso equivalía a peligro. Entonces tenía que esconderme de inmediato y, dos días más tarde, dirigirme a otro sitio para encontrarme con otro enlace.

Afortunadamente, hallé la palabra *Salam* escrita en la valla. *Salam*, que significa al mismo tiempo «recuerdos», «esperanza» y «salud».

Nos abrazamos.

—¡*Salam*, camarada! ¡*Salam*!

Era como recuperar a un amigo que salía de entre los escombros después de un terremoto.

Fuimos a una cafetería y allí me relató su historia. Los días del partido habían llegado a su fin. De la dirección no quedaba nada. El comité nacional había sido disuelto y sustituido por un pequeño comité central. Teníamos que operar en el más absoluto secreto. Debíamos demostrar a los imanes que el movimiento seguía vivo.

A la mañana siguiente supe cuál era mi nueva misión. Ya no disponíamos de imprenta. Me encomendaron publicar el boletín del partido en un formato más pequeño, pero debía arreglármelas yo solo.

¿Arreglármelas? No había nada que arreglar. Lo único que teníamos era una vieja multicopista, arrumbada en un desguace de las afueras de la ciudad.

Me encargaron que fuera a buscarla, la reparara y me pusiera manos a la obra.

¿Dónde se suponía que debía instalar aquella máquina?

En casa, en mi propia casa, usando a Safa y a la niña de tapadera.

Desde luego no era muy juicioso involucrarlas en aquel asunto, pero no tenía sentido resistirse, y protestar tampoco. ¿Ante quién iba a protestar? ¿Ante mí mismo?

Debía imprimir una tirada de tres mil ejemplares semanales y entregárselos a un nuevo enlace. En condiciones normales habría sido una tarea descabellada, pero aquella no era una situación normal. Teníamos que luchar contra los clérigos con las manos desnudas.

Sin embargo, no era ésta la parte más difícil, pues, cuando llegan los tiempos duros, los militantes suelen darlo todo. Lo peor era tener que trabajar con una máquina tan vieja en mi propia casa. ¿Cómo iba a subir aquel pesadísimo armatoste a un cuarto piso sin ser visto? En el momento menos pensado, algún vecino saldría a

preguntarme: «¿Qué es eso?».

Además, la multicopista resultó ser muy ruidosa. Lo que más me preocupaba era cómo decírselo a mi mujer cuando regresara a casa.

Estaba librando una lucha interior. Debía escoger, o mejor dicho: no tenía alternativa. Opté por el movimiento, dejando de ese modo en la estacada a mi familia.

Puse fin a mis vacilaciones. Llamé a mi esposa y le dije que no podríamos vernos durante un tiempo prolongado.

Las mujeres siempre me han sorprendido. Pensé que ella replicaría, que me espetaría que eso era imposible, que quería regresar a casa y que yo no debía involucrar a todo el mundo en mis sueños demenciales: «No, quiero volver a casa».

Sin embargo, no lo dijo. Sentí que lloraba. ¿Por quién? ¿Por sí misma? ¿Por nuestra hija? Tenía derecho a una vida normal. Yo sabía que también lloraba por mí, porque ella era la única testigo de mis sueños.

Mi esposa era una mujer normal que amaba la vida y que deseaba vivir tranquila, pero yo no podía ofrecerle esa tranquilidad.

Más adelante sí, cuando se trasladó a Holanda, pero para eso tuvo que pagar un precio muy alto: no poder regresar a su hogar.

Cogí el coche y salí de la ciudad a buscar la multicopista. Llegué al desguace al cabo de una hora, más o menos. Había mucha gente rebuscando piezas entre la chatarra. No necesitaba anunciarme, podía ir directamente a un cobertizo que había al fondo. Empujé la puerta. Dentro estaba oscuro. Prendí una cerilla y luego encendí la luz.

La multicopista estaba en un rincón, cubierta de una gruesa capa de polvo y aceite de máquina. La envolví en una vieja manta que había llevado a tal efecto. Como era demasiado pesada para cargarla solo, la arrastré hasta el coche.

¿Qué estábamos haciendo? Lo que yo hacía, lo que hacíamos, no tenía nada que ver con la resistencia. Era una acción suicida. En cualquier momento podían detenerme los agentes de los servicios secretos: «¡Arriba las manos!».

Me acordé de don Quijote, que luchaba con su lanza contra los molinos de viento. Yo lo hacía con mi máquina de imprimir.

Cuando llegué al coche, le pedí ayuda a un joven que pasaba por allí. Entre los dos levantamos la máquina y la colocamos en el maletero. Luego lo cerré y fui andando hasta un salón de té de las afueras. No podía llevar la multicopista a casa a plena luz del día.

Por la noche, cuando todos habían regresado a sus casas, me eché el trasto a la espalda y subí las escaleras, peldaño tras peldaño, hasta llegar a mi apartamento. Estaba corriendo un gran riesgo. Temía que alguna de las puertas se abriese, pero nadie pareció percatarse.

Una vez en el dormitorio, dejé que la máquina se deslizara lentamente por mi espalda hasta la cama. Cuando fui a incorporarme, me resultó imposible. No podía moverme. Tuve que permanecer unos quince minutos agachado, de rodillas en el suelo, hasta que pasó el dolor.

Aún conservo ese dolor de espalda. A veces, cuando voy a levantarme después de haber pasado mucho tiempo frente al ordenador, lo noto. Tengo que andar un tanto encorvado al principio e ir enderezándome poco a poco.

Instalé el aparato en el armario empotrado e intenté aislarlo para que el ruido que producía no llegara al exterior. Pero fue en vano. La máquina hacía temblar el armario y el sonido reverberaba por toda la habitación.

El asunto no funcionaba. Aquel armatoste no era adecuado para imprimir tantos boletines. Para una escuela rural apartada que no necesitara más que veinte o treinta copias a la semana, quizá sirviera.

Una y otra vez se atascaba alguna hoja entre los dientecllos, y el disco escupía tinta hacia los cuatro costados. El cliché se rompía sin cesar, lo que me obligaba a reescribirlo a máquina continuamente.

Todo eso podía soportarlo, pero el ruido no. Los vecinos debían de preguntarse al oírlo: «¿Qué está haciendo ese buen hombre?».

¿Cuánto tiempo podía tener encendida la radio o el aspirador para evitar que el estruendo de la máquina se filtrara por las paredes? Imprimí varios cientos de ejemplares y salí al pasillo para ver si alguien había notado algo. Todos los días me escondía detrás de las cortinas para espiar cuándo se iba el vecino y a qué hora partía la vecina con sus dos hijos a casa de su madre para hacerle la visita diaria. En cuanto se marchaban, me abalanzaba sobre el armario y empezaba a imprimir como un descosido, para recuperar el retraso.

Habíamos evitado adrede todo contacto con los vecinos, pero, aun así, era posible que se preguntaran dónde estaba mi mujer. «Ya no la vemos», o «¿A qué se dedicará el vecino? Está muchas veces solo».

Durante las horas de luz corría las cortinas y no le decía a nadie que estaba en casa. A veces me pasaba días sin salir de casa.

Cuando los vecinos no estaban, hacía funcionar la máquina con electricidad, y por la noche a mano. Encendía la lámpara y me quedaba imprimiendo hasta la madrugada. Luego entregaba los boletines al enlace y recibía un nuevo encargo.

También la búsqueda de papel y tinta era una operación peligrosa. A causa de la guerra, no se encontraban por ninguna parte. Los clérigos los habían confiscado. Sólo podían adquirirse en las tiendas anejas a las mezquitas, previa autorización del imán del barrio y bajo supervisión de un par de hombres barbudos. En esos establecimientos también se vendían los principales víveres, como arroz, azúcar, té y aceite.

Yo compraba papel y tinta en el mercado negro, donde en ocasiones se pagaba hasta diez veces su precio habitual.

Los dos primeros meses, mi trabajo resultó satisfactorio y pude entregar a tiempo los boletines. Sin embargo, el miedo se me fue metiendo poco a poco en los huesos. Empecé a dormir mal. Tenía pesadillas y me despertaba con jaqueca.

Estábamos dándonos de cabezazos contra el sólido muro de los clérigos para mostrarles que aún vivíamos y que no los temíamos. Pero yo sí tenía miedo; no a que me mataran, sino a que me torturaran hasta que estuviese dispuesto a dejarme subyugar.

La realidad me demostró que nuestra resistencia no surtía efecto. Dejé de creer en lo que hacía, y eso me asustó.

Con todo, seguí insistiendo, pero la realidad era más dura que yo. Cuando salía de casa, en lo más íntimo de mi corazón no quería regresar. Incluso no me habría importado sufrir un accidente con el coche y dar con mi cuerpo en el hospital.

Me esforzaba, imprimía los boletines y los entregaba siempre en el plazo previsto. Sin embargo, un buen día dejé de funcionar, al igual que la multicopista. No podía más.

Expuse el problema a mi enlace, pero no pareció entenderme. Sentí que me despreciaba, que creía que mi única intención era salvar el pellejo. Le dije que nuestro método de oponer resistencia no daba resultado, que debíamos aceptar que habíamos perdido la batalla contra los clérigos, que era mejor ahorrar fuerzas para el futuro.

Yo mismo era un buen ejemplo. Creía en el partido y estaba dispuesto a sacrificarme. Pero eso no funcionaba.

Él me aseguró que transmitiría mis consejos al comité central.

Una semana después, me contestaron lo que ya me esperaba. No estaban de acuerdo conmigo. Si no deseaba seguir colaborando, podía dejarlo y pasar a la reserva, con lo que quedarían interrumpidos todos mis contactos con el partido.

¿Interrumpir los contactos? Yo no quería eso. No podía optar por una vida segura mientras mis camaradas continuaban luchando contra los clérigos. ¿Cómo podría sentarme a la mesa por la tarde con mi mujer y mi hija y oír por televisión cómo un imán anunciaba: «La policía ha detenido a los últimos enemigos de Dios. En su guarida han encontrado una multicopista y...»?

Era demasiado tarde para llevar una vida burguesa normal. Mis compañeros tenían razón; debíamos enfrentarnos a los clérigos que ponían de rodillas a nuestro pueblo. Decir que no, gritar que no. Aunque nadie nos oyera. Ya llegaría el momento en que lo hiciesen.

Una vez transmitida mi opinión, me sentí mejor y volví a ponerme manos a la obra.

Un mes y medio después, cuando llegué por enésima vez al lugar convenido para entregar los boletines, mi enlace no apareció. Se suponía que debía esperarme junto a la cabina telefónica que había detrás del zoco principal de Teherán, donde los tenderos cargaban y descargaban sus mercancías.

Cuando lo veía, estacionaba en un lugar reservado para camiones, bajaba del coche y abría el maletero como un comerciante más. Él se acercaba con una carretilla y se llevaba las cajas.

Pero esa vez no se había presentado. Di una vuelta en coche para mirar por el aparcamiento. Nada, ni rastro de él.

El día anterior todo parecía estar en orden. Había visto la palabra *Salam* escrita en la valla. Si había pasado algo, debía de haber sido al final de la tarde.

Aún no había motivos para dejarse llevar por el pánico. No tenía más que volver al mismo sitio una hora más tarde. Sólo en caso de que entonces no estuviera, habría ocurrido algo.

Aparqué y fui a sentarme a un salón de té. El tiempo pasaba con una lentitud exasperante. Di un paseo por el parque, pero no aguanté más que un cuarto de hora. Entré en el zoco e intenté interesarme por las vitrinas de los joyeros. En vano. El minutero de mi reloj se negaba a moverse. Me dirigí a otro salón de té, me tomé unas cuantas infusiones y leí los diarios atrasados.

Por fin llegó la hora. Salí del establecimiento, subí al coche y volví a la cabina telefónica para ver si había llegado mi enlace. No estaba. Pasé de largo, di media vuelta y regresé de nuevo. Nadie.

Tenía que abandonar de inmediato el lugar y dirigirme al sitio acordado para los casos de urgencia. Si no lo habían detenido, estaría allí.

Salí de la ciudad y me encaminé hacia una venta, donde mi enlace debía esperarme junto a la ventana. En cuanto me viese, se levantaría y subiría a mi coche. Pasé lentamente por delante de la fachada principal. No había nadie junto a la ventana. Dejé la venta atrás, di media vuelta y volví a mirar.

¿Se podía calificar de angustia lo que sentí? De momento no. Era una sensación extraña, indeterminada, como quien nota en la espalda una carga muy pesada que le impide enderezarse, aunque la carga ya no está.

Sentía miedo, sí, pero la angustia aún no tenía posibilidades de invadirme. Algo malo había pasado. O la policía estaba pisándole los talones a mi enlace, o ya lo había apresado.

¿Qué hacer?

Me largué de allí inmediatamente, pues, cuando la policía arrestaba a alguien, lo conducía a la sala de torturas y lo martirizaba el tiempo que fuera necesario hasta que delatase a todos sus contactos.

Aún quedaba un asomo de esperanza. Tenía que esperar hasta el día siguiente y

personarme, a modo de última cita, en casa de otro camarada, donde una mujer desconocida para mí se encargaría de restablecer mi contacto con el partido.

Por motivos de seguridad, esa noche me estaba prohibido regresar a casa. Dejé el coche en un aparcamiento y pernocté en un hotel. Si al día siguiente tampoco aparecía el último enlace, eso suponía el final del camino.

La cita era en pleno centro de la ciudad, junto a un parvulario. A las once y media tendría que haber un coche ante la puerta, con una mujer al volante leyendo un periódico. En caso de avistarlo, yo debía aparcar el mío un poco más adelante, desandar el camino a pie y apostarme en la acera hasta que se abriese el portón de la escuela y los padres se llevasen a sus retoños. Yo tenía que aguardar un momento allí y luego preguntarle a la mujer: «Señora, ¿usted también está esperando a alguien por casualidad?». Si ella respondía: «Sí, casualmente también estoy esperando a alguien», debía subirme a su automóvil, ella arrancararía y nos marcharíamos de allí.

Pasé por delante de la escuela. Había algunos coches estacionados. En uno de ellos incluso había una mujer al volante, pero no leía ningún diario. Aparqué y volví andando hasta la acera, donde los padres aguardaban a que saliesen sus hijos. Observé a la mujer. Parecía más un ama de casa que una persona metida en política. «No es ella —pensé—. ¿O sí lo es? Quizá no saque el periódico hasta que no se haya ido todo el mundo». El portón de la escuela se abrió y los padres entraron. Me asusté al ver que la mujer se apeaba y entraba en el edificio como los demás. Cinco minutos después ya no quedaba un solo coche.

Transcurridos otros cinco minutos, salió el conserje y cerró la verja de hierro.

Me negaba a creerlo, pero el partido se había desmoronado. Los clérigos nos habían cogido. Me encontraba al final del camino.

A partir de ese momento, ya no supe qué hacer.

¿Había caído en la trampa? ¿Estaban vigilándome los policías? ¿Me habían perseguido para encontrar a los demás?

Tanto si había caído en la trampa como si no, debía entrar en acción. El primer paso era desprenderme cuanto antes de las cajas que llevaba en el maletero. Luego ya vería.

Corrí hacia el coche y me largué de allí. Era curioso. A pesar de que la policía podía estar vigilándome, se me había ido el miedo. Mi única preocupación era deshacerme de las cajas.

Luego tendría que sacar de casa la multicopista. Miré por el retrovisor para ver si me seguían. Me interné por unas callejuelas y di media vuelta para controlar los automóviles que circulaban detrás de mí. No me pareció ver ninguno sospechoso. Cogí la autopista y aceleré. Tomé una salida cualquiera y esperé un rato. Podía sacar los boletines del maletero con toda tranquilidad. Pero ¿dónde tirarlos? ¿A un contenedor de basura? Imposible. Lo que había hecho poniendo en peligro mi vida no

debía acabar en un contenedor.

Vi un puente. Un río me pareció un buen sitio. Fui hasta allí, me detuve debajo y esperé a que no pasara nadie. Sin perder un segundo, abrí el maletero, cogí las cajas y las lancé una por una al agua.

Me quedé unos instantes mirando cómo se alejaban flotando, arrastradas por la corriente. ¿Dónde desembocaba aquel río? En un gran lago de agua salada, cerca de la ciudad sagrada de Qom.

El tiempo era oro. Fui a casa. Si a mi enlace lo habían detenido la víspera, no podía perder ni un segundo. Sólo los grandes héroes conseguían mantener la boca cerrada más de uno o dos días en la sala de torturas de los clérigos. Algunos morían allí por negarse a revelar nombres.

La consigna era clara: había que recogerlo todo y largarse.

Primero la máquina y luego el coche.

En los alrededores de mi casa no se veía nada sospechoso. Ningún vehículo extraño.

Aparqué, esperé un momento delante de la puerta y subí corriendo las escaleras. Era difícil aceptar que la impresión de boletines se había acabado. Metí la documentación y la tinta en una bolsa y bajé todo al coche. Dejé abierta la puerta del maletero y volví al apartamento.

Abrí el armario, saqué la máquina a rastras, la envolví en una manta y la tumbé encima de la cama.

Si me la cargaba a la espalda desde esa posición, ya no podría enderezarme. Temía quedarme bloqueado y no poder moverme a causa del dolor. Debía pensar en otra cosa.

Coloqué la mesa junto a la cama, me subí a ésta y luego puse la multicopista sobre la mesa. Así tenía que resultar.

En alguna parte había leído que una mujer francesa había levantado el camión que había atropellado a su hijo para sacar a éste de debajo de las ruedas. Me agaché y me cargué la multicopista a la espalda. Me llevó un rato llegar a la puerta y salir a la escalera. Ya no me importaba que alguien me viese. Con una mano sujetando la máquina y la otra en la barandilla, empecé a bajar cuidadosamente los peldaños.

De pronto, oí que se abría la puerta de un apartamento y pisadas de hombre, pero no me inmuté.

—¿Qué hace, vecino?

—Cargando este trasto, como puede ver —le contesté con total serenidad.

—¿Qué es?

—¿Le importaría ayudarme? Si no, me temo que luego no podré ponerme derecho.

Me senté en un escalón y apoyé la máquina en el suelo.

—Tendría que haberme llamado para que le echase una mano —me dijo.

—No quería molestarlo; además no sabía si estaba en casa.

Entre los dos seguimos bajando la multicopista.

—Pesa bastante, ¿no? —se quejó—. ¿Para qué diablos sirve?

—Chatarra, pura chatarra —le respondí con la mayor naturalidad posible. — Cosas de segunda mano... ¿Cómo decirlo? —continué. —Un *hobby*. Reparaciones, máquinas viejas. En fin, ya sabe. Las cosas se han puesto muy caras y hay que buscarse la vida, pero en estos apartamentos tan reducidos... Ya me entiende. Gracias por ayudarme. Ya estamos, he dejado el maletero abierto. Lo dicho, gracias otra vez.

Colocamos la multicopista en el coche, y el vecino volvió a su casa mientras yo cerraba la portezuela y me ponía en marcha.

Un árbol de Navidad en los apuntes de Akbar

Llévate mi abrigo, que en las montañas hace frío.

Después de haber metido la multicopista en el maletero del coche con ayuda del vecino y haberme marchado de casa, interrumpí la escritura. Salí a la calle y me dirigí al centro cultural del barrio. Allí caí en la cuenta de que era diciembre: el último del siglo.

En la plaza del barrio vi a un campesino holandés apilando árboles de Navidad y a niños eligiendo uno con la venia de sus madres. Los escaparates de las tiendas estaban adornados. Era la primera vez que me fijaba en esas cosas. Ese año, la Navidad era distinta para mí, para nosotros. Parecía como si fuese la primera que pasaba en Holanda. ¿Por qué me había resultado tan indiferente hasta entonces?

Compré un árbol, uno joven de color verde claro. Habitualmente, era mi mujer la que se encargaba de ese tipo de cosas. ¿Cómo se explicaba que en esa ocasión no sólo viese que se acercaba la Navidad, sino que incluso llevase un árbol a casa?

Al verme llegar con él, mi esposa exclamó sorprendida:

—¡Pero cómo es posible! ¡Ismail ha comprado un árbol de Navidad!

¿Era casualidad?

Tal vez fuese porque estaba dando los últimos retoques a los apuntes y eso suponía un gran alivio para mí. Una vez había conseguido dar forma, prácticamente, al libro de Aga Akbar en lengua neerlandesa, quería incluir en él un árbol de Navidad. Uno adornado con luces de colores, angelitos, corazones y un par de campanillas doradas.

Las últimas semanas me había sentido tan cansado que necesitaba cambiar de aires. Otros años habíamos hecho las maletas y nos habíamos ido a Alemania, Bélgica, Inglaterra o Suecia a visitar a algún amigo. Pero esas Navidades quería pasarlas en Holanda. En busca de una casita de alquiler en un lugar de vacaciones, fuimos desfilando por distintas agencias de viaje, pero en todas partes nos hacían la misma pregunta, extrañados: «¿A estas alturas?!».

Cuando estudié la carrera de Física, leí muchos libros de matemáticas. Según las estadísticas, entre todas aquellas casitas ocupadas tenía que haber alguna vacía.

Y en efecto, así fue. Encontramos un chalet porque alguien había cancelado su reserva. Era demasiado caro y grande para nosotros, pero, por suerte, mi mujer sabe resolver muy bien ese tipo de pormenores. Llamó enseguida por teléfono a una amiga, que también le apetecía pasar las Navidades en algún sitio, en compañía de su hija, e hicieron todos los arreglos necesarios.

Cuando partimos, me llevé los papeles de mi padre con la esperanza de poder concluir el relato.

El cámping quedaba en algún lugar de Frisia, entre las ciudades de Drachten y Leeuwarden. Cuando llegamos, había una espesa niebla que nos impedía apreciar los alrededores y pasamos la tarde contemplando campos grisáceos.

Me pareció una buena idea celebrar la Navidad y el Año Nuevo con la amiga de mi esposa. Desde el principio reinó un ambiente festivo en el chalet. Nos pusimos a decorarlo para la ocasión. No habría hecho falta que hubiéramos llevado nuestro arbolito, pues la casa ya tenía uno incluido. Si yo me encargaba de la compra, las mujeres harían el resto y ya no me necesitarían. De ese modo, podría dedicar unas horas cada día a los apuntes. Quería acabar el libro antes de empezar el nuevo siglo.

—¿Dónde estás? —gritó mi mujer.

—Aquí arriba.

—¿Te apetece tomar un café con nosotras?

Bajé a reunirme con ellas.

—Acabo de mirar por la ventana de la habitación —dije. —Parece como si estuviéramos en una casita en las nubes. No se ve más que una bruma gris. Si esperamos a que se disipe para salir, estamos arreglados. ¿Habéis pensado algo?

—No sé —contestó mi mujer. —Cuando hayamos deshecho el equipaje, quizá vayamos con las niñas a la ciudad. ¿Te apuntas?

—No, prefiero quedarme. En la guía del cámping he leído que a unos cinco o seis kilómetros a pie hay un pueblecito con un café. Creo que iré a dar una vuelta por allí.

Elas decidieron coger el autobús a Leeuwarden, la capital de Frisia.

Me puse los zapatos de marcha, cogí el bloc de notas y me lancé a la búsqueda del café.

Aunque seguí las indicaciones mencionadas en la guía, me topé con un río, o un lago quizá, que me impedía continuar. De pronto, en medio de la niebla, surgió un transbordador, pilotado por un hombre barbudo de cierta edad que maniobraba para acercarlo al muelle.

—¡Suba! —me dijo con un cerrado acento local.

—¿Que suba? ¿Para ir adónde?

—Al otro lado.

—Yo estoy buscando un pueblecito donde hay un café.

—¡Suba! —repitió el hombre.

—Tenía entendido que debía andar unos cinco o seis kilómetros —le dije tras embarcar.

—Sí, es posible —repuso—, pero no ha elegido un camino equivocado.

Después de unos minutos de travesía, la embarcación se detuvo en la otra orilla y el barquero me señaló unas lucecitas en la niebla.

Se trataba de un pueblecito tranquilo con dos hileras de casas viejas. En el centro,

a un lado de una pequeña plaza, divisé un típico café tradicional holandés con un letrero de Heineken colgado sobre la puerta. Eché un vistazo al interior para ver si había alguien. Un hombre mayor atendía la barra; por lo demás, el establecimiento se hallaba vacío.

—¿Está abierto? —pregunté alzando un poco la voz al entrar.

—¡Por supuesto, adelante! —me respondió el hombre.

Me senté junto a la ventana para poder mirar hacia fuera.

—Un café, por favor.

Era un sitio tranquilo, ideal para escribir un rato.

—¿Cómo lo quiere? —me preguntó el hombre.

—Solo. No, mejor póngale un poco de leche, por favor.

Con la multicopista en el maletero, emprendí la retirada. ¿Cómo desprenderse de un trasto así en una ciudad con un tráfico tan intenso como Teherán?

Si era cierto que corría peligro, no debía circular por la vía pública en mi propio coche.

Quería terminar las cosas como es debido. No como un miedica, sino como un combatiente que había llegado al final del camino. Dejar la máquina abandonada en una acera y salir pitando no era propio de alguien que está deseoso de luchar. Sin duda, la multicopista acabaría en alguna comisaría, lo que tendría cuando menos dos consecuencias: en primer lugar, se pondrían a buscar enseguida huellas dactilares en la superficie y, en segundo lugar, cualquier agente de los servicios secretos, en cuanto la descubriese así, tirada en la acera, sacaría inmediatamente la conclusión de que estábamos asustados, muertos de miedo, que lo habíamos tirado todo por la borda y que habíamos huido despavoridos.

Tenía sentimientos encontrados. En mi fuero interno me alegraba porque iba a librarme de la multicopista, pero al mismo tiempo no quería deshacerme de ella. Era como si mi vida estuviese ligada a esa máquina. Mientras estaba metida en el maletero del coche, era como un ancla para mí. Luego, cuando no la tuviese, ya no me quedaría ningún asidero. Ya no sería nada. Sobraría.

Decidí no tirarla.

Quién sabe si en algún momento volvería a ser de utilidad. Incluso era posible que recomenzáramos después de un tiempo. La devolvería al desguace donde había ido a recogerla, pero tenía que darme prisa.

Eran casi las cinco y media de la tarde y no sabía a qué hora cerraban. Mientras me dirigía hacia allí, reflexioné sobre lo que iba a decirles. O tal vez no les diría nada; me limitaría a arrastrar la multicopista hasta el cobertizo. Ya veríamos.

Al cabo de aproximadamente una hora llegué al desguace. En la pequeña oficina todavía había luz. Aparqué y bajé a comprobar si la verja estaba abierta, pero ya

habían echado el cerrojo.

—¿Hay alguien? —grité.

Nadie, por lo visto.

Me cercioré de si se podía entrar en el cobertizo por detrás. No. La única alternativa era dejar la máquina delante de la verja y partir.

En ese momento se apagó la luz del despacho. Me quedé esperando. De detrás de un montón de chatarra apareció alguien. No logré distinguir si se trataba del portero o de algún empleado de la oficina. Cuando se acercó, vi que era un hombre mayor con una especie de gorra de campesino en la cabeza, aparentemente el portero.

—Buenas tardes —le dije.

—Buenas tardes —contestó con acento afgano. Era uno de aquellos refugiados que habían entrado en el país a millares en los últimos años. —¿Busca a alguien?

—No. Hace unos meses vine a recoger una multicopista del cobertizo. No sé si usted estará al tanto...

—Pues no.

—No importa. El caso es que ya no la necesito y quería devolverla, pero he visto que la verja está cerrada. La tengo en el maletero. Vengo de lejos, y me resulta un poco complicado llevármela de nuevo a casa, pues pesa mucho. ¿Me permitiría dejarla donde estaba? Le quedaría muy agradecido.

Se lo pensó un momento.

—¿Quién le dio esa máquina?

—Fue un arreglo a través de varias personas. Me dijeron que fuese al cobertizo y que la cogiese sin más. Es una máquina que está más para el desguace que para otra cosa. Por eso he venido a devolverla.

—Está bien, vaya a buscarla. Pero ahora están todas las luces apagadas. Déjela aquí dentro y mañana yo me encargaré de llevarla al cobertizo.

—Se lo agradezco.

Abrí el maletero, saqué con dificultad la multicopista y la deposité en el suelo. Envuelta en la manta, la arrastré al interior y la dejé allí.

—¿Otro café? —me preguntó el camarero.

—Sí, gracias. Estaba muy bueno.

—¿Está escribiendo un diario de las vacaciones?

—No. Bueno, en realidad sí, es una especie de diario.

—¿Lleva mucho tiempo en Holanda? Veo que escribe muy deprisa...

—Sí, es verdad, pero cometo muchos errores. Luego, en casa, me tocará corregirlos.

—Habla muy bien el neerlandés. ¿De dónde es?

—De Irán. De Persia.

—Ah, ya. Supongo que habrá advertido que tengo alfombrillas persas en las

mesas. No son auténticas, pero son bonitas. El dibujo, los colores... No le molesto más. Me imagino que está hospedado en el camping, con la familia.

—Así es.

La niebla se había disipado y la gente del pueblo había salido a pasear por la calle mayor luciendo su ropa de fiesta. Un grupo de hombres de la edad de mi padre entró en el café. Saludaron al dueño y se pusieron a hablar entre ellos en dialecto, a voz en grito. Su presencia le dio al local un toque de alegría.

El camarero me sirvió el segundo café y dijo:

—No creo que pueda seguir escribiendo con este...

—No se preocupe. No me molesta.

Como habíamos acordado, después de desprenderme de la multicopista tenía que dejar el coche en cualquier parte y largarme.

Esas cosas se hacen sin pensar que en algún momento pueden convertirse en realidad.

Pero debía acatar lo pactado, pues de lo contrario pondría en peligro a los demás. Disponía de mucha información sobre el partido y conocía a muchos camaradas, además de saber sus domicilios. Si la policía me detenía, me arrancarían todos esos datos, uno por uno. De modo que no podía vacilar. Tenía que deshacerme del coche.

Y cuando ya me hubiera librado de él, ¿qué debía hacer? ¿Qué otra cosa habíamos convenido?

Mientras conducía en la oscuridad, se me ocurrió que podía dejarlo detrás de la casa de mi padre. No, mejor no. Era probable que permaneciese allí durante meses, por lo que no resultaba un lugar adecuado. ¿Detrás de la tienda entonces? Allí había un pequeño solar por donde no pasaba nadie. Incluso parecería natural que un automóvil estuviese allí un tiempo prolongado. Durante la guerra era frecuente ver en el mismo sitio coches averiados para los que era imposible conseguir piezas de recambio.

Di media vuelta y tomé la carretera que conducía a nuestra ciudad. Llegaría allí pasada la medianoche, una hora muy buena. Mi padre ya habría vuelto a casa y las calles estarían desiertas.

Era casi la una menos cuarto cuando llegué a nuestra calle. Un perro que husmeaba entre la basura se esfumó en la oscuridad al oír el ruido de mi coche. En la casa de mis padres, las cortinas estaban echadas, como siempre, pero había luz. ¿Es que aún no se habían acostado? En la cortina se dibujó la figura de Tine. «Está despierta —me dije. —¿Habrá ocurrido algo?». Sentí el impulso de entrar, pero la casa se me antojó un coto vedado. Lo que ocurría detrás de aquellas cortinas ya no tenía nada que ver conmigo, aunque pensé que igual podía pasar un momento, saludar a todos y marcharme.

Aparqué, pero, cuando iba a bajarme, vislumbré tras las cortinas la sombra de mi padre con los brazos en alto.

Era mejor no saber lo que estaba pasando. Tenía que irme de allí. Mi objetivo era otro. Arranqué y seguí mi camino.

Yo estaba habituado a ver siempre alguna luz encendida en la tienda de mi padre. Pero aquella vez todo estaba apagado. Reduje la velocidad, pasé por delante de la puerta y torcí a la derecha para dirigirme a la parte trasera. Me detuve y apagué el motor, por miedo a despertar a los vecinos. Bajé del coche y lo empujé hasta el árbol añoso. De pronto percibí una tenue luz en el ventanuco del almacén, donde una vez habíamos dado cobijo a Yamila.

Pensé que se trataba de un error de apreciación, que me había engañado la vista.

Cogí todos los papeles del coche y cerré la puerta con llave. ¿Qué hacer con los documentos y la llave? Lo más probable era que no me hiciesen falta durante mucho tiempo. O tal vez nunca más. Metí la llave entre los papeles y me acerqué al ventanuco con la intención de echarlo todo dentro por una rendija del marco.

Al día siguiente, en cuanto mi padre viese el coche detrás de la tienda, comprendería lo que pasaba. También acabaría encontrando la documentación y la llave en el almacén.

Pude deslizar fácilmente los papeles por la ranura, pero la llave se negaba. Como el marco era viejo, quité un trocito de madera podrida con la punta de la llave y la empujé hacia dentro. Cuando cayó al suelo, vi una sombra que se movía en el interior. Antes de que ocurriese algo grave, le susurré:

—No te asustes. Todo está en orden. No pasa nada.

¿Quién podría ser? ¿Cascabelito? ¿Amigos suyos? ¿Estaría mi padre al corriente? No entendía nada, ni falta que hacía. Yo ya era un extraño en aquel lugar y mi objetivo era desaparecer, alejarme de allí.

Ya había abandonado mi casa y me había deshecho de la multicopista y del coche. Ahora me tocaba a mí. Nunca había imaginado que alguna vez llegaría ese día. No podía ir al centro, pues podrían detenerme en cualquier momento. Tenía que salir de la ciudad.

Después de casi una hora de marcha, dejé atrás los edificios y aparecieron ante mi vista las montañas y la cumbre del monte del Azafrán. Me sentía como una manzana que ha caído de la rama: nadie podía devolverla a su sitio. Debía tomar el camino que me llevaría hasta el otro lado de la cordillera. ¿Abandonar el país? En ningún momento se me había pasado por la imaginación.

¿Cómo iba a dejar a mi padre, a mi madre, a mis hermanas? Ni siquiera me había despedido de mi mujer y mi hija. No, al menos tenía que llamar a Safa y comunicarle que me iba unos meses, tal vez menos, o tal vez más.

Volví al centro en busca de un teléfono público y marqué el número de la abuela

de mi mujer. Safa comprendería enseguida que era yo. ¿Quién si no yo llamaría a esas horas de la noche? No tardó mucho en responder.

—Hola, soy yo —le dije apresuradamente. —¿Cómo estás? ¿Y Nilúfar? Oye, no tengo muchas monedas. Quería decirte que debo desaparecer durante un tiempo.

—¿Desaparecer? —me preguntó medio dormida. —¿Por qué? ¿Adónde irás?

—Todavía no lo sé. Pero es necesario. En cuanto encuentre un sitio seguro te llamaré. Dale recuerdos a tu abuela. Un beso.

—Vale. Suerte.

La realidad era dura. No podíamos seguir hablando; ella lo sabía. Había que suprimir las emociones. Un militante no podía realizar llamadas telefónicas largas. Había que transmitir brevemente el mensaje y colgar enseguida.

Siempre pensé que algún día mi mujer me diría: «No podemos seguir así. Ya sé que cuando nos conocimos tú ya habías elegido tu camino. Fue culpa mía. Debí darme cuenta de que sería víctima de tus sueños».

Sin embargo, nunca pronunció esas palabras. Y yo constaté con sorpresa que se alegraba de que me fuese. Por intuición, debió de comprender que, también para su propia tranquilidad, existía sólo un camino: el que llevaba al monte del Azafrán.

Al salir de la cabina telefónica, vi gente en la calle y caí en la cuenta de que era viernes.

Mi padre solía ir a la casa de baños antes del amanecer, como todos los fieles, y luego a la mezquita para asistir a la oración de los viernes. Era un ritual que había practicado a lo largo de toda su vida. De niño, yo siempre lo acompañaba. Él me despertaba de madrugada y me daba la bolsa de los baños. Se ponía en marcha y yo lo seguía, adormilado.

Miré el reloj. Faltaba media hora para que saliera el sol. Si me daba prisa, lo encontraría en algún punto entre los baños y la mezquita. Me dirigí a la mezquita. Ya no era arriesgado caminar deprisa, o aun corriendo, por la ciudad en penumbra, pues todo el mundo pensaría que me apresuraba para llegar a tiempo al rezo.

Entré en la mezquita junto con los demás. Miré por la ventana hacia el interior de la sala de oración para ver si estaba allí mi padre. No estaba. Di media vuelta y me dirigí a la casa de baños.

¿Justo aquella mañana no había acudido a rezar? ¿Habría ocurrido de verdad algo grave en casa que le impedía acudir a la mezquita?

Al salir de un callejón, me pareció ver su figura. Reconocí su manera de andar, sin levantar del todo los pies, sino más bien arrastrándolos por el suelo, algo que se había agravado con el paso del tiempo.

Me aposté en un rincón. Mi padre pasó a mi lado, absorto en sus pensamientos. Fui detrás de él y le di una palmada suave en la espalda. Se giró.

—*Salam* —gesticulé.

Me miró con sorpresa.

—¿Qué haces aquí? ¿Has estado en la tienda?

—He de hablar contigo. ¿Tienes un momento? He venido a despedirme.

—¿Cómo?

—Me marchó.

—¿Adónde?

—Al monte del Azafrán. Y luego al otro lado.

—¿Al otro lado?

Guardó silencio. Sabía a qué me refería. En sus años mozos había visto a muchos hombres y mujeres atravesando a hurtadillas los almendrales en la oscuridad para ir al otro lado. Gente que pasaba por casa a pedir algo de comer. Personas a las que los gendarmes detenían y se llevaban en un *jeep*.

—¿Cuándo te vas? —gesticuló.

—Ahora mismo, antes de que salga el sol.

—¡Pero si no llevas nada! Espera, voy a comprarte algo de pan —me indicó, tras lo cual se dirigió a la tahona, que abría bien temprano los viernes por la mañana.

¿Era consciente mi padre del significado de mi huida? No esperaba que tuviera una reacción tan serena. Quizá iba a comprar pan para poder pensar por el camino.

Regresó con una barra recién hecha en la mano. La dobló como si fuese un periódico, la envolvió en su pañuelo y me la dio.

—Toma, te hará falta.

Caminamos juntos hacia las afueras de la ciudad, en dirección a las montañas.

A la luz de una farola, le expuse brevemente los hechos. Que habían detenido a mis compañeros y que me cogerían también a mí si no desaparecía. Le conté que había dejado el coche detrás de la tienda, bajo el árbol, y que había echado los papeles y la llave por el ventanuco. Lo miré a los ojos para ver si estaba al corriente de la presencia de una persona en el almacén. No detecté nada.

Quise preguntárselo, pero no lo hice. Si él hubiera sabido algo y lo hubiera considerado necesario, me lo habría dicho. Por otra parte, quizá fuese un asunto de Cascabelito, y en ese caso no era necesario decirle nada.

Estaba a punto de salir el sol, y mi padre iba a faltar por primera vez a la oración.

—¿No vas ir a la mezquita?

—No —gesticuló.

Era obvio que sabía el motivo de mi partida.

Llegamos al cementerio, a donde a esas horas tempranas acudían las madres con sus alfombrillas bajo el brazo a rezar por sus hijos asesinados.

Por aquella época, muchos hombres y mujeres jóvenes contrarios a los imanes morían ejecutados. Al principio no permitían que las familias enterraran los

cadáveres de sus hijos en el cementerio, pero después sí, aunque estaba prohibido visitar las sepulturas de los muertos. Por eso, las madres lo hacían los viernes de madrugada al amparo de la oscuridad.

Con paso vacilante, nos acercamos a la tumba de mi primo y amigo Yawad, recientemente asesinado. Me hiqué de rodillas junto a la lápida, cogí un guijarro y di con él unos golpecitos contra la losa para despertarlo.

—Adiós, Yawad. Me voy.

Cuando el sol apareció por encima del monte del Azafrán, mi padre se quitó el abrigo largo que llevaba.

—Toma. Al otro lado del monte del Azafrán hace frío.

—No, quédatelo tú, que si no cogerás un resfriado.

No me hizo caso.

Ese abrigo, ese viejo abrigo negro, sigue colgado en mi armario hasta el día de hoy.

Mi padre señaló las montañas y comenzó a gesticular:

—Conoces el camino. Hasta la cumbre del monte del Azafrán no tendrás problemas. Cuando llegues al otro lado, aprieta el paso, pues allí no da el sol por la tarde, y al anochecer sopla un viento fuerte. Aunque te canses, no te detengas, sigue andando. No lo olvides. Evita siempre las vías del ferrocarril, para que no puedan descubrirte los gendarmes. Una vez arriba, toma el otro camino, el de las cabras monteses. Así nadie podrá verte, ni siquiera con prismáticos.

Quise decirle que no estaría mucho tiempo fuera, que regresaría pronto, pero no lo hice. Quise mirarlo a los ojos, pero no me dio ocasión. Bajó la vista a mis zapatos y gesticuló.

—Aunque no son los más adecuados, te servirán.

Quise abrazarlo, pero se escabulló. Señalando la cumbre del monte del Azafrán, me indicó:

—¡Vete ya!

Me puse en marcha. Mientras ascendía, volvía la cabeza una y otra vez para mirar hacia abajo, hacia la puerta del cementerio, donde estaba mi padre.

TERCER LIBRO

La cueva

Un nuevo camino

La pérdida es una experiencia que conduce hacia un nuevo camino. Una nueva oportunidad para empezar a pensar de otro modo. La pérdida no es el final de las cosas, sino el final de una manera determinada de pensar. Quien cae en un sitio se levanta en otro. Ésa es la ley de la vida.

Son palabras del poeta persa Mohamade Mojtari, un camarada de Ismail que se negó a abandonar el país y cuyo cadáver fue encontrado en un desguace de las afueras de Teherán. Según informó el periódico holandés De Volkskrant, murió estrangulado a manos de agentes de los servicios secretos.

Ismail sí se fue. Cogió el camino del monte del Azafrán, y su padre permaneció junto a la verja del cementerio hasta que ya no logró distinguir a su hijo de las rocas.

Akbar sabía por experiencia que quienes desaparecían detrás de la montaña nunca volvían. Pero ¿hacia dónde iban todos esos hombres, todas esas mujeres, e Ismail?

Si su hijo consideraba que no había otra salida, debía marcharse. Pero ¿qué le diría él a Tine?

En cuanto salió el sol, las madres se esfumaron del cementerio. Una anciana con bastón se acercó a Akbar y lo saludó:

—Buenos días, Aga. ¿Qué estás mirando?

—Salam —gesticuló él. —Estaba mirando el sol, que acaba de elevarse por encima del monte del Azafrán. Detrás de la cordillera veo unos nubarrones oscuros. Seguro que está nevando.

Tenía que apresurarse para ir a casa. Nunca había regresado tan tarde de la mezquita, y su mujer se inquietaría.

Tine lo esperaba en la puerta.

—¿Dónde te habías metido? —le espetó furiosa. —¿Dónde está tu abrigo? ¿Por qué no has comprado pan? ¿Dónde has dejado la bolsa de los baños?

Era verdad: ¿dónde había dejado la bolsa?

—Te lo explicaré dentro —gesticuló él. —Ven, cierra la puerta y echa el cerrojo. ¿Dónde está Cascabelito? Llámala. Tengo algo importante que contaros. Ha subido a la montaña. Se ha marchado. Ya no está.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién ha subido a la montaña? ¿Quién se ha marchado?

—Ha desaparecido. En las montañas. ¿Dónde está Cascabelito? ¡Llámala! Le he dicho que evitara las vías del ferrocarril, para que no lo vieran los gendarmes con los prismáticos.

—¡Cascabelito, ven aquí! —gritó Tine. —No acabo de entender lo que me dice tu padre. Ha venido sin el abrigo, ni la bolsa de los baños, ni pan, y no hace más que hablar de las montañas y de alguien que se ha ido. Dios mío, ¿qué hago yo con un hombre que llega a casa con una historia distinta cada día? ¿Dónde has dejado el abrigo?

Tine sabía perfectamente a qué se refería Akbar, sólo que se negaba a creerlo. Necesitaba la confirmación de su hija, que por fin acudió.

—¡Se ha ido! —gesticuló enseguida Akbar.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Va de camino al monte del Azafrán.

—Ismail se ha ido, mamá.

Tine se sentó y se puso a llorar en silencio.

—Es mejor así —intentó consolarla Cascabelito. —Imagínate que hubiese caído en manos de los clérigos. Lo digo en serio, no llores. Si logra burlar la vigilancia de los gendarmes, estará a salvo. Lo conseguirá. Conoce el camino y sabe cómo escabullirse. No llores. Lo que debes hacer ahora es desear con todas tus fuerzas que logre escapar. Papá, ven, siéntate aquí. Toma este té, te calentará por dentro. Cuéntame cómo ha sido todo.

Akbar cogió la taza, se sentó y empezó a gesticular:

—Cuando me dirigía esta mañana a la mezquita, alguien me ha dado una palmada en la espalda. Era él. Quería adentrarse en las montañas, pero no tenía ropa de abrigo ni pan. Ahora que lo pienso, creo que me he dejado la bolsa de los baños en la tahona... Tampoco llevaba zapatos adecuados.

Su hija se sentó a su lado y le dijo:

—Todo saldrá bien. Se las apañará.

Como Cascabelito estaba muy cerca de su padre, Tine no alcanzaba a ver los gestos que intercambiaban.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó enfadada—. ¿Por qué no puedo saberlo yo también? ¿O acaso es otro secreto más entre padre e hija?

—Perdona, mamá. No lo estamos haciendo adrede.

—¿Cómo que no? —dijo Tine. —¡Ya estoy harta de secretos en esta casa! Harta de los secretos entre padre e hijo. Y harta también de los vuestros. ¿Qué pretendéis conseguir con ellos? Nada de nada. Ya lo has visto. ¿Dónde está tu hermano? ¿En manos de los gendarmes? ¡Ay, Dios mío, Ismail!

—Mamá, cálmate, por favor. No grites, que te van a oír los vecinos.

—Cascabelito, ten cuidado. Despierta, abre los ojos. Tu hermano, tu modelo, ya no está. Ahora te toca a ti. Yo...

Se echó a llorar desconsoladamente.

—Mamá, no es momento para lamentaciones —le imploró su hija. —Ismail todavía está en camino. Le queda un buen trecho por delante antes de alcanzar la frontera. Toma, ponte el velo y reza. Es lo único que puedes hacer por él. Papá, tú ve a la tienda. Luego iré yo.

—Llamará tan pronto como llegue al otro lado —gesticuló Akbar al incorporarse. —Allí hay otra clase de gente, ¿sabes? ¿Dónde está el mapa?

—¡Déjate de mapas! —exclamó Tine mientras cogía el velo y se iba a la otra habitación.

Ismail no llamó y tampoco llegó ninguna carta suya. No podía escribir ni telefonar. Quienes se refugiaban en la Unión Soviética no podían mantener contacto con sus familias. ¿Recibir en casa de Akbar una carta enviada desde la Unión Soviética? ¿Un sobre que llevara estampado un sello con la bandera roja, la hoz y el martillo? ¿Sellos de correos con el retrato de Lenin? Impensable.

Cada vez que sonaba el teléfono y Tine se precipitaba a responder, Akbar la seguía con la mirada.

—¿No?

—No.

Cuando el cartero pasaba por la puerta de la tienda, Akbar gesticulaba:

—¿No hay carta?

—No.

Sin embargo, estaban convencidos de que no lo habían detenido. Safa, su mujer, sabía por sus amigos que no debía esperar ninguna llamada ni carta de su marido.

Tres días después de la partida de Ismail, Akbar se marchó a la aldea del Azafrán, y fue, pueblo por pueblo, montado en una mula, preguntando a los viejos del lugar si en los últimos días los gendarmes habían arrestado a alguien. No, si no, ya se habrían enterado.

Varios meses más tarde, a altas horas de la noche, cuando ya nadie esperaba una llamada, sonó el teléfono. Tine salió de la cama con aire cansino y descolgó el auricular:

—Salam.

—Salam —contestó una voz masculina. —¿Es usted la madre de Ismail?

—Sí, soy yo —respondió Tine angustiada, pensando que sería alguien de la policía.

—Señora, soy un amigo de su hijo. La llamo desde Berlín. Quería comunicarle que Ismail está bien. En este momento se encuentra en Tayikistán. Quizá venga aquí, a Berlín, pero todavía tiene que esperar un poco. Ya se pondrá en contacto con ustedes personalmente. ¿Podría transmitírselo también a su mujer? Buenas noches.

Antes de que Tine pudiera decir nada, el hombre había colgado.

—¿Quién era? —gesticuló Akbar.

—Ismail, ¡ay, Dios mío! Bueno, no era él en persona, pero está bien. Llamemos a Safa.

Por aquella época, la Unión Soviética tenía que hacer frente a numerosos problemas, y Gorbachov, con su *glasnost*, intentaba salvar cuanto fuera posible. Rusia ya no era un país que pudiese acoger a los camaradas del país vecino. La solidaridad internacional había dejado de existir. Antes, el Estado o las autoridades locales rusas acogían a los camaradas refugiados como Ismail y les ofrecían todo tipo de

oportunidades. Por ejemplo, les permitían matricularse en la universidad o les brindaban la posibilidad de formarse en empresas y koljoses. Pero eso pertenecía al pasado. Ahora todo estaba patas arriba. Lo único que le preocupaba a la gente era salvar su propio pellejo. Ismail fue a dar a un piso que debía compartir con otros siete compatriotas refugiados, todos ellos sin futuro y sin salida. Sus sueños se habían hecho añicos. Le costó meses adquirir conciencia de dónde estaba y qué le había ocurrido.

Las cosas en Rusia andaban de mal en peor. Tenía que largarse de allí.

Por medio de un compatriota se enteró de que podía aprovecharse del caos reinante y trasladarse a Alemania. Un excorreligionario que vivía allí desde hacía tiempo le consiguió un permiso de viaje temporal, con el que pudo partir hacia Alemania Oriental.

Nada más llegar a Berlín Este, buscó una oficina de correos y llamó por teléfono a su mujer. Respondió la abuela.

—Soy yo, Ismail.

—¿Quién?

—Ismail, el marido de Safa.

—¡Ah, hola! ¿Cómo te va? Safa en este momento está trabajando, y Nilúfar aún duerme. Sí, se encuentra bien. ¿Y tú? ¿Todo bien?

—Estoy en Berlín. Volveré a llamar esta noche.

A continuación, marcó el número de sus padres. Respondió Tine.

—Salam, Tine. Soy yo, Ismail.

Pobrecilla, casi se desmaya del susto.

—Tine, ¿me oyes? ¿Cómo estás? Perdona que no haya... Es que no podía. Era imposible. Ahora estoy en Berlín. Tengo que ser breve. ¿Dónde está mi padre? ¿Y Cascabelito?

Tine lloraba.

—¿Por qué no dices nada? No puedo hablar mucho tiempo. ¿Está mi padre en casa?

—No, hijo. Está en la tienda.

—¿Y Cascabelito?

—Tampoco.

—Lástima. Bueno, es igual. Ya volveré a llamar. Ahora tengo que dejarte. ¿Así que todo va bien? Vale. Llamaré pronto.

Tine no le contó que hacía mucho que Cascabelito ya no estaba en casa, sino en prisión, y tampoco que Aga Akbar no se encontraba bien, que estaba enfermo. La llamada telefónica había sido tan inesperada y la conversación, tan rápida, que no supo reaccionar. Pero, aunque hubiese tenido más tiempo, no le habría dicho la verdad. Nada cambiaría y él se entristecería. No había que apresurarse para dar malas

noticias a la gente. No hacía falta que Ismail lo supiera.

Después de colgar, Tine se cubrió con el velo y corrió a la tienda para contarle la buena nueva a Akbar.

—¡Ha llamado! —gesticuló desde la acera, cuando vio a su marido al otro lado de la ventana.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! —contestó, antes de entrar en el taller.

—¿Qué? ¿Está bien?

—Sí, muy bien. Me ha preguntado por ti... y por Cascabelito.

—¿Le has dicho que ella...?

—No.

—¿Por qué no? Es su hermano, tiene que saberlo.

—No he podido. Me han entrado ganas de llorar, y me temblaban las manos. No he sido capaz de contárselo.

—¿Volverá a llamar?

—Sí, ahora puede hacerlo sin problema. Cascabelito se pondrá muy contenta cuando se entere. Se lo diré el viernes. No, díselo tú. Con gestos es mejor; así nadie lo entenderá. Pero sólo le dirás que ha llamado, nada más. Ahora iré a casa de Marzi y de Ensi y les contaré que ha telefoneado. Estás muy pálido. ¿No te sientes bien? Creo que no iré a ver a nuestras hijas. Anda, cierra la tienda y vamos a casa.

A Cascabelito la habían detenido un mes y medio después de la huida de Ismail. Nadie sabía por qué.

Un buen día no regresó a casa al atardecer, y Tine sospechó enseguida que algo malo sucedía. Siempre había contemplado la posibilidad de que un día arrestasen a su hija, como a tantos otros. Ella imaginaba que, llegado el caso, la policía aparcaría un *jeep* delante de la puerta y se la llevaría.

Pero como eso no había ocurrido y Cascabelito no había llegado a casa, le entró una angustia mayor. ¿Qué hacer? ¿Avisar a la familia? ¿Esperar un poco más? Nada de ceder al pánico. «Mejor esperar», pensó.

Tine y Akbar aguardaron levantados hasta muy entrada la noche. Cascabelito no aparecía ni llamaba.

Por otras familias cuyos hijos habían sido detenidos, Tine sabía que, poco después de atraparlos, los agentes de los servicios secretos iban a registrar la casa. «¡Tenemos que recoger sus cosas!», pensó, incorporándose como una flecha.

—Busca una caja —le dijo a Akbar con gestos. —Hay que hacer desaparecer los libros de Cascabelito. ¡Deprisa, los policías no tardarán en venir! Busca una caja de cartón vacía.

Tine sabía leer un poco, pero nunca podría llegar a comprender de qué trataban

todos aquellos libros que su hija tenía en su habitación. ¿Eran buenos, o peligrosos?

—Mételo todo ahí —gesticuló.

—¿Todo?

—Sí, todo.

Tine se agachó y sacó de debajo de la cama de Cascabelito una bolsa llena de papeles. Los hojeó para ver si entendía algo, pero no lo consiguió. También los puso en la caja. Luego miró en el armario.

—No te quedes ahí parado. Busca en los bolsillos de la ropa y saca todo lo que encuentres.

Mientras Akbar hurgaba en las prendas de su hija, Tine enrolló la alfombra para asegurarse de que no hubiera nada escondido debajo. No había nada.

—¡Andando! Tenemos que librarnos de esta caja.

—¿Y adónde la llevamos?

—¡Yo qué sé! Fuera de aquí, al menos. Coge de ese lado; no puedo cargarla yo sola. Espera. No podemos deshacernos de estos libros así como así. Es posible que Cascabelito regrese, y como vea que he tirado todas sus cosas, se pondrá hecha una furia. Ya sé, llevaremos la caja al almendral y la esconderemos en el fondo del cobertizo. Si Cascabelito vuelve, siempre podremos sacarla de allí. Y si no... Bueno, coge de ahí, ten cuidado.

Levantaron la caja y la llevaron hasta la puerta. Tine abrió con precaución y echó un vistazo fuera.

—¡Vamos, no hay nadie! —gesticuló.

Caminando con pasos rápidos, fueron hasta un huerto que se encontraba al final de la calle, a unos cien metros de su casa, y tomaron un sendero que conducía a un viejo cobertizo medio derruido que tenía la puerta abierta. Tine escondió la caja debajo de las herramientas de labranza, cerró la puerta y señaló:

—¡A casa!

—¡Ya nos hemos librado de todas esas cosas, gracias a Dios! —dijo Tine cuando regresaron.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Akbar.

—Nada. Esperar. Y ver qué nos depara el día de mañana.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—No, nada.

Se quedaron sentados en silencio un buen rato. No podían irse a la cama. Quizá Cascabelito regresara en cualquier momento.

Tine oyó pasos. ¿La policía? Se levantó y atisbó entre las cortinas. Eran los vecinos del barrio, que acudían a la mezquita para la oración de la mañana.

—Dios mío, ayúdame. Ya está a punto de salir el sol y Cascabelito todavía no ha

vuelto a casa. ¿Y ahora dónde la busco?

Tine pensó que siempre había sabido que su hija nunca llevaría una vida normal. Ella nunca tendría una casa, un marido, hijos, un gato, una cocina...

—¿Sabes que...? —gesticuló Akbar.

—¿Qué intentas decirme?

—Cascabelito ha... Si van a venir esos policías, ¿no deberíamos ir también a la tienda para...? Bueno, todavía quedan cosas de Cascabelito en el almacén.

Tine se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué ha escondido allí?

—Papeles.

—¿De qué clase?

—Impresos.

—Vamos para allá. No, ahora no podemos, hay gente en la calle. —Volvió a mirar a través de la cortina. —Sí podemos; ven. Nos mezclaremos con la gente. Es un buen momento —dijo cogiendo el velo.

Salieron a la calle con total serenidad y tomaron el mismo camino que los fieles.

—Tú ve a la tienda, y no enciendas la luz —le indicó Tine. —Yo seguiré con las mujeres hasta la mezquita y luego me reuniré contigo.

Akbar se dirigió al taller, sacó la llave del bolsillo, descorrió el cerrojo y abrió la puerta. Entró sigilosamente y se quedó esperando a su mujer a oscuras.

Tine no tardó en llegar. Prendió una cerilla y gesticuló:

—Busca la lámpara... No, mejor una vela.

Akbar le trajo una a medio consumir. Tine la encendió y fue al almacén.

—¿Dónde están?

—No lo sé, por ahí.

Con la vela en la mano, Tine rebuscó entre los trastos. A tientas, encontró unos papeles apilados en una caja de cartón. Acercó uno a la luz y leyó unas líneas, pero no entendió muy bien de qué iban. Sospechó que se trataba de un panfleto, se lo tendió a Akbar y gesticuló enfadada:

—Necio, eres un completo necio, Akbar.

Se hincó de rodillas y continuó. De debajo de una mesita sacó una máquina de escribir.

—¿Qué diablos hacemos ahora con esto? ¡Ay, Akbar, Akbar, vas a acabar conmigo!

Siguió buscando a gatas en la oscuridad. Detrás de una caja de madera halló unos aerosoles para pintar *graffiti*. Eran cosas que nunca había visto. Con cuidado, sostuvo uno ante la vela para examinarlo.

—¿Qué será esto? ¡Apártate, hombre! ¡Ten cuidado! ¡No sea que exploten! Coge una bolsa y ponlos dentro. No, mejor no los toques, déjame a mí. —Recogió los aerosoles uno por uno y los metió en una bolsa de plástico, suspirando—: Cascabelito, has arruinado tu vida, y la mía también. —Y gesticulando para que lo

entendiera Akbar, añadió—: ¡Deprisa! ¿Dónde he dejado el velo? Dame los papeles. Tú coge la máquina de escribir y escóndetela debajo del abrigo. Envuélvela en un paño. No, en una alfombrilla. ¡Rápido! Yo llevaré estos malditos papeles. ¡Salgamos! Sígueme. Vamos al río.

Fuera comenzaba a clarear, aunque el sol aún no había salido.

Los hombres regresaban a sus casas con pan recién hecho que habían comprado en la tahona.

—¡Salam aleikum!

—¡Salam aleikum!

Tine tomó un atajo hacia los viñedos, seguida de Akbar. Al cabo de un cuarto de hora llegaron al río.

Ella buscó una piedra, la metió en la caja con los panfletos, se desanudó el pañuelo que llevaba bajo el velo y ató la caja con él. Acto seguido, la sumergió en el agua. Luego cogió con cuidado la bolsa donde estaban los aerosoles, la llenó de agua y la cerró con un nudo. A continuación, la empujó hacia el centro del río y la vio alejarse flotando a duras penas en la corriente antes de hundirse.

—¿Qué haces ahí mirando? —gesticuló furiosa. —¡Tira esa máquina!

Pero Akbar no obedeció. No podía, vacilaba.

Tine fue hacia él, se la quitó de las manos, se acercó a la orilla y la lanzó con todas sus fuerzas al río. La máquina cayó al agua con gran estruendo y Tine se arrodilló en el suelo.

—¡Ay, mi espalda! ¡Akbar, ven aquí! ¡Dame la mano! ¡Ay, ay, me falta el aire! ¡No, no me toques! Cascabelito, mira lo que me has hecho...

Rompió a llorar. Después de un rato, se incorporó con ayuda de Akbar y, cogidos del brazo, volvieron a casa.

A las once de la mañana, dos agentes de los servicios secretos entraron subrepticamente en la tienda de Aga Akbar. Ese día había estado a punto de no ir, pues no se encontraba con ánimos, pero Tine había insistido:

—Tú ve a abrir como si no pasara nada y ponte a trabajar. Nadie debe enterarse de que Cascabelito no ha venido a casa esta noche.

Akbar se encontraba trabajando en su mesa, cuando las sombras de los agentes se dibujaron en la alfombrilla que estaba reparando. Asustado, alzó la cabeza y quiso ponerse en pie.

—No te levantes —le indicó por señas uno de ellos.

Akbar presintió que se trataba de los hombres que había mencionado Tine. Mientras tanto, el otro se puso a deambular por el local, examinando las cosas. Cambió de lugar un par de alfombrillas enrolladas que estaban sobre la mesa de trabajo y echó un vistazo dentro de una caja que había en un estante.

—Allí dentro, esos hombres. Una foto. Cascabelito. Su pelo. Pendientes — gesticuló él.

Nadie entendía lo que quería decir.

La situación se les había ido de las manos. Los odiados agentes de los servicios secretos se deslizaron hacia el coche en que habían llegado y desaparecieron.

Los comerciantes acompañaron a Akbar al taller.

—¿Qué querían esos hombres?

—Uno de ellos llevaba fotos en el bolsillo. Los pendientes verdes. El pelo largo de Cascabelito. Y sus... ¿Cómo puede haber visto sus pendientes verdes? ¿Me comprendes?

—No —le contestó el dueño de la tienda de comestibles.

—Anoche, Cascabelito... Quiero decir... no vino a dormir a casa, pero mi mujer sabe más que yo. Y ese hombre ha sacado una pistola. Llevaba la foto en el bolsillo de la chaqueta. De pronto me he enfadado, he cogido un palo y le he pegado. El otro ha querido agarrarme por detrás y le he sacudido un buen puñetazo en... La foto, ¿dónde está la foto?

—Creo que será mejor que llamemos a su mujer —sugirió el tahonero. —Me parece que no se siente bien.

Ismail volvió a telefonar unas cuantas veces, pero Tine fue incapaz de contarle que Cascabelito estaba presa. Una y otra vez repetía que, casualmente, su hermana no se hallaba en casa.

—Tine, me resulta difícil llamaros. No puedo hacerlo con regularidad. Volveré a intentarlo mañana por la tarde, a eso de las siete —había dicho la última vez. — Comunícaselo a Cascabelito. Quiero hablar con ella. ¿Podrías decirle a mi padre que mañana regrese de la tienda un poco antes? Me apetece oír su voz. Por cierto, ¿se encuentra bien?

—Estamos viejos. Unas veces mejor, otras peor. Él se queda hasta tarde en el taller, como siempre.

Tine estaba mintiendo, pues, mientras hablaba con su hijo, Akbar yacía enfermo en cama. Se había colocado de espaldas a él, para que no se diera cuenta de que era Ismail. Pero Akbar lo notó, sintió que su mujer le ocultaba algo. Se incorporó con dificultad y, acercándose a Tine, le preguntó con gestos:

—¿Quién es?

—La vecina —respondió ella.

Akbar leyó en su mirada que mentía.

—¿No será Ismail por un casual? —gesticuló, y luego pronunció—: Ismaa, Ismaa, Ismaa, Agggaaa, Aga Akkekebaaaaa.

—¡Tine! —dijo Ismail levantando la voz al otro lado de la línea. —¿Está mi

padre ahí?

Akbar le arrebató a su mujer el auricular y empezó a narrarle a su hijo con voz trémula la historia de Cascabelito:

—Ji au au au jo jo jo ma ua uaa uaaa cas cas au au au yy yy yyoo au ccor ccor tttttt au ccas Akka gagaga agga ua uaaa uaaa affo affomm ttien tiendd ggol ggolpp yyyoo yyoooo bedddd doooo nooonooo ccas ccasccaaa yyooo nnonnonoo.

Cuando acabó, le devolvió el auricular a Tine, se enjugó las lágrimas y se metió de nuevo en la cama.

Llorando, Tine le contó a Ismail la verdad. Le confesó que Cascabelito estaba presa; que, por fin, después de seis meses, podían visitarla una vez al mes; y que Akbar se había caído en la calle bajo los cedros y los vecinos lo habían llevado a casa en andas.

Akbar regresó a la tienda, pero no era capaz de trabajar.

—Ya no me funciona bien la cabeza —le comentó a Tine. —Cuando me pongo a reparar las alfombrillas, me equivoco con los dibujos de las flores.

—Intenta concentrarte. Si no haces bien el trabajo, nos quedaremos sin dinero. Ve al taller y empieza poco a poco; después las cosas saldrán solas.

Un mes más tarde, una noche en que Akbar no regresaba a casa, Tine fue a ver por qué tardaba su marido. Éste se había desvanecido encima de la alfombrilla, con el cuaderno de la escritura cuneiforme a su lado. La mujer fue corriendo a la tahona y el dueño llamó a una ambulancia, que llegó enseguida. El médico le explicó a Tine:

—Tu marido necesita descansar. El trabajo puede ser mortal para él.

Transcurrida una semana, Akbar abandonó el hospital apoyándose en un bastón.

Como no podía quedarse en casa sentado, fue andando a la tienda con el bastón, abrió la puerta, se instaló en una silla junto a la ventana e intentó trabajar un poco. Hacia el mediodía dio un paseo hasta el cementerio, se sentó junto al sepulcro de su sobrino Yawad y contempló desde allí el monte del Azafrán. Cuando regresó a casa, ya era de noche. Tine le espetó:

—¿Dónde te habías metido? ¿Qué haré si vuelves a desmayarte?

Akbar cogió una pluma, marcó con una cruz otro día más en el calendario y luego contó los días que faltaban para que pudiesen ir a ver a Cascabelito.

Los días de visita, Akbar se levantaba de madrugada y, apoyado en el bastón, iba caminando solo hasta la prisión, que estaba a diez kilómetros de la ciudad. Tine le decía cada vez:

—No lo hagas. No te conviene. Es mejor que vengas conmigo en autobús.

Pero Akbar no le hacía caso.

—Andar me sienta bien. Voy despacio, sin prisas. No tienes que preocuparte. De tanto en tanto, hago un descanso.

Cuando llegaba a la cárcel, se sentaba en el salón de té de la plazoleta que había

enfrente hasta que aparecía el autobús y descendían los familiares. En cuanto veía a Tine entre la gente, se levantaba e iba a su encuentro.

Cada vez que visitaba a su hija, Akbar le llevaba unos ovillos de lana que él mismo teñía. Cascabelito llegó a tejer con ellos en la celda una túnica, un par de guantes y unos calcetines abrigados. Tine le compraba verdura fresca y lentejas, porque Cascabelito no veía bien en la oscuridad de la celda. La última vez le había pedido a su madre nueces y dátiles secos.

—¿Para qué? —le preguntó Tine. —No te conviene comer muchas nueces si te mueves tan poco.

—No te preocupes, mamá. No me las como.

Así fueron pasando los meses. Y los años. Cayó el muro de Berlín, e Ismail fue a parar a Holanda. Le dieron una casa en el pólder, con una ventana donde se sentaba a contemplar su pasado.

Fueron tiempos difíciles, pero no se arrepintió de su huida, ni de la senda política que había elegido recorrer. Había aprendido mucho y acumulado numerosas experiencias. Incluso podía decirse que había vivido mucho. Sin embargo, le dolía extraordinariamente y le inquietaba que Cascabelito estuviese encarcelada. Además, sentía una profunda sensación de culpabilidad.

Era invierno. Por la mañana temprano, Akbar cogió su bastón y salió de casa, rumbo a la prisión.

En primavera y verano se detenía a charlar con los campesinos que labraban las tierras.

—¿Cómo estás, Aga Akbar? —gesticulaban.

—Mejor.

—¿Y tu hija?

—Bien, me ha hecho unos guantes y una gorra para el invierno. Incluso está tejiendo una alfombrilla. Dice que se sentará encima de ella y saldrá volando de la cárcel —respondía riendo. —Volando... —repetía, moviendo el bastón en el aire.

Se sentaba con ellos, tomaba un té, descansaba un poco y luego continuaba la marcha.

Sin embargo, en invierno era más duro. No podía detenerse para no quedarse frío. Pero no le importaba. Entablaba conversaciones imaginarias con Cascabelito, y de ese modo no sentía frío en los pies.

La última vez que fue con Tine a visitarla la encontró envejecida. Lo notó en las patas de gallo y también en su postura. Incluso se percató de que andaba un tanto encorvada.

Quizá no fuese así y él se equivocaba. No obstante, le comentó a su mujer:

—He visto que Cascabelito iba un poco encorvada. ¿Tú también lo has notado?

—No, pero debe de ser porque los presos pasan muchas horas sentados. No pueden moverse demasiado en las celdas. Cuatro o cinco chicas en esas celdas tan estrechas... Cuando salga, tendrá que caminar mucho. Así volverá a andar bien.

—¿Cuándo saldrá?

—No lo sé, Akbar. No suelen decirlo. Tal vez pronto, o tal vez falte mucho aún.

—¿Qué quieres decir con que tal vez falte mucho?

—Ya basta, Akbar. ¿Cómo quieres que lo sepa? A lo mejor falta tanto que, cuando ella salga, la que no pueda andar sea yo.

Esa respuesta lo afligió.

Durante el trayecto de regreso, Akbar reflexionó sobre las palabras de Tine. Había dicho que quizá faltara mucho, tanto que, cuando su hija saliera, a lo mejor ella ya no podía andar. Y yo probablemente me habré muerto. Cascabelito echará canas en prisión. Pero es lista y fuerte, resistirá lo que haga falta. Cuando salga, aún podrá vivir muchos años, y trabajar, y quizá incluso tener hijos. Ha leído muchos libros, se las arreglará. Tine dice que no me ponga triste, que todo irá bien. Dice que si estoy muy apenado, volveré a caerme al suelo y me moriré. Y si me muero, no podré seguir visitando a Cascabelito en la prisión, y ella llorará siempre en su celda.

Tine dice también que si me muero, lógicamente, tampoco volveré a ver a Ismail.

Cuando Cascabelito salga, quizá podamos ir a visitarlo. Tine dice que viajaremos en avión. Quién sabe, quizá vayamos los tres a verlo. ¿Dónde dijo que vivía? Tine dice que vive en un país donde no hay montañas y el cielo está siempre nublado. Que allí sopla mucho el viento. Y que Ismail vive en el fondo del mar.

¿En el fondo del mar? ¿El mar?

«Sí», responde Tine. Han apartado el mar, lo han empujado hacia atrás. Y ahora, en la tierra que han desocupado crecen árboles y pastan las vacas. Allí vive Ismail, pero yo no entiendo nada.

Cascabelito es distinta de Ismail, tiene más paciencia que él, me explica las cosas con más calma.

Ismail siempre me hablaba de las cosas grandes, del cielo, las estrellas, la Tierra, la luna. Cascabelito, sin embargo, siempre hablaba de cosas pequeñas.

Una vez cogió del suelo una piedrecita y me aseguró que dentro había cosas que se movían.

¿Movimiento dentro de una piedra?

Me dijo que en aquella piedra había cosas que giraban, igual que la Tierra alrededor del sol.

No entendí nada. Le repliqué que era imposible. Una piedra es una piedra, y punto. Si le doy un martillazo, no se ve nada. Ni Tierra, ni solecito alguno.

Ella me entregó un martillo, y rompí la piedra.

—¿Lo ves? No hay ningún solecito.

—Pártela en pedazos más pequeños —repuso ella.

Obedecí. La deshice en trocitos más y más pequeños cada vez, y seguí

golpeándola hasta que no quedó más que una montañita de arena y ya no podía reducirla a fragmentos más pequeños.

—El solecito está dentro del grano de arena más diminuto —dijo Cascabelito.

Yo solté una carcajada.

Es lista. Esas cosas las saca de los libros. Una vez apoyó la cabeza en mi pecho izquierdo y me dijo:

—Pum, pum, pum.

—¿Qué quieres decir con eso de pum, pum, pum? — le pregunté.

—Que aquí, debajo de las costillas, tienes un motor.

—¿Un motor?

Me dio la risa, pero ella abrió un libro y me enseñó qué clase de motor tenía yo debajo de las costillas haciendo «pum, pum, pum».

Akbar fue andando a la prisión, que estaba en la ladera de una colina. Cuando llegó a la plazoleta que había enfrente, ya había salido el sol. Aún tenía tiempo y fue al salón de té a esperar a Tine. El dueño le sirvió un té y le preguntó si quería comer algo.

—Pan con queso —gesticuló Akbar.

A través de la ventana contempló las montañas nevadas y la cárcel, los ventanucos de las celdas. «En una de esas celdas está Cascabelito —pensó con leve amargura. —Ella sabe que estoy esperando aquí en el salón de té. Luego, cuando la vea, me preguntará: “¿Cómo estás, papá? ¿Has venido otra vez andando? Es mejor que no lo hagas, te dolerá la rodilla. ¿Por qué no coges el autobús?”. “No me gusta el autobús. El olor a gasolina no me deja pensar. Sin embargo, caminando puedo pensar un montón de cosas”».

Akbar se molesta cuando, durante la visita, un celador se planta al lado de Cascabelito para vigilarla. Tine le dice que no se fije en él, que actúe como si no hubiese nadie, pero Akbar no puede.

Una vez le dio a entender al guardia por medio de gestos:

—¿Podría apartarse?

Tine le tiró enseguida de la manga.

—¡No le digas eso, que no nos dejarán venir a verla!

La visita es breve, siempre se acaba volando. Tine dice:

—No te quejes. Es suficiente.

El autobús pasó por delante del salón de té, se detuvo en la parada y los pasajeros bajaron.

Akbar vio a Tine, que había comprado verdura fresca para Cascabelito. Por primera vez notó que andaba con dificultad. «Ha envejecido», pensó.

La visita a los presos políticos sólo les estaba permitida a los padres. Los hacían pasar a todos juntos a una sala, donde un poco más tarde podían hablar con sus hijos detrás

de un enrejado alto y alargado. A un metro y medio de distancia de éste, había otra reja de separación. Como todo el mundo hablaba a la vez, era necesario hacerlo bien alto para entenderse.

Había que darse prisa, porque la hora se pasaba volando y las palabras no pronunciadas se quedaban atravesadas en la garganta hasta el mes siguiente.

A veces, en ese ambiente gélido y bullicioso, de repente una madre empezaba a chillar y se producía un silencio instantáneo. Todos sabían que si algún preso no acudía a la cita, era porque lo habían ejecutado. La hora de las visitas era una tortura para los padres. Morían cien veces hasta que veían a sus hijos detrás de aquellas rejas. ¿Estarán? ¿No estarán?

Akbar no sabía nada del desasosiego y la angustia de esos padres. Tine le había ahorrado ese sufrimiento, pero ella se derretía como una vela hasta que aparecía Cascabelito.

La puerta interior de la prisión se abrió y los guardias acompañaron a los reclusos hasta las rejas, pero Cascabelito no estaba entre ellos. Su lugar permaneció vacío. Tine quiso gritar, pero no salió ningún sonido de su boca. Akbar vio cómo le temblaban las verduras en la mano y a continuación se desplomaba. Le entró el pánico.

Dos mujeres policías agarraron a Tine por los brazos y la arrastraron hacia fuera. Akbar fue tras ellas unos metros, pero enseguida regresó.

—¿Dónde está mi hija? —gesticuló, dirigiéndose a uno de los agentes apostados al otro lado de los barrotes, que no le contestó. —Cascabelito, mi hija —siguió apresuradamente, mientras miraba intranquilo a las celadoras que llevaban a Tine a la puerta.

El carcelero actuó como si no lo viese.

Pasó la hora de las visitas, y los guardias obligaron a los padres a retirarse.

—Tú también. ¡Fuera! —le dijo el vigilante a Akbar.

—Todavía no he visto a mi hija.

—¡Fuera de aquí! —le espetó, señalándole la puerta. Akbar no quería salir. El agente lo agarró del brazo. —¡Fuera he dicho!

Akbar se aferró a las rejas y gritó con fuerza:

—¡Mmmiii CcCAAASS!

Tres guardias lo zarandearon con violencia para obligarlo a soltar las rejas y lo empujaron hacia la puerta. Fuera de sí, Akbar levantó el bastón sobre la cabeza de uno de ellos con la intención de atizarle con todas sus fuerzas, pero de pronto se acordó de la advertencia de Tine: «No te enfades. No les digas nada a los policías. ¡No les hagas nada! Nunca más le pegues a un policía. De lo contrario, matarán a Cascabelito».

Bajó el bastón, esbozó una sonrisa y gesticuló:

—Obedeceré. Ya me voy.

Fuera lo esperaban los otros padres, que se arremolinaron en torno a él para preguntarle:

—¿Qué? ¿La has visto?

—¡No! Me han echado a la calle.

—¡Qué barbaridad! No son humanos, son unas bestias —masculló una mujer.

—¿Dónde está mi esposa?

—Se la han llevado a casa —respondió un hombre.

—¿Cómo estaba?

—No te preocupes. Unas mujeres la han acompañado a casa.

Akbar no sabía qué hacer. Todos murmuraban que seguramente habían ejecutado a Cascabelito.

—Si la han ejecutado, ya avisarán a la familia —musitó una madre.

—Son más ruines de lo que tú crees —replicó otra. —Lo que buscan es someterte. Sólo entonces te dicen que han matado a tu hijo.

—¿Sabéis qué? —farfulló una tercera. —En el autobús comentaban que anoche los guardias estuvieron en las montañas persiguiendo con perros y reflectores a un grupo de presos que se había fugado.

—¿Qué?

—Se fugaron tres.

—¿De la cárcel de los clérigos? ¿Tú estás bien de la cabeza?

—También yo lo he oído comentar en el salón de té —dijo un hombre.

Las mujeres se cubrieron la cabeza con el velo y siguieron conversando en grupos.

Akbar se quedó solo.

Dos *jeeps* con guardias armados y perros bajaron la cuesta y atravesaron la plaza.

—¡Fuera! —vociferó uno de los policías. —¡A casa!

Las madres se precipitaron hacia la parada del autobús, donde las aguardaban sus maridos.

El autobús partió y el lugar quedó desierto. De las montañas bajaba un viento cortante que barría la plazoleta. Akbar se quedó allí, esperando a que saliera el imán de la prisión.

Tenía la intención de acercarse a él, cogerle la mano, besársela e implorarle: «Cascabelito no ha aparecido, y mi mujer se ha desmayado. ¿Sabe usted...?».

En ese instante se abrió la puerta de la cárcel y salió una policía envuelta en un velo. Había terminado su trabajo y se dirigía a la parada del autobús.

Él la reconoció. Era hija de uno de sus clientes. Akbar inclinó la cabeza a modo de saludo y ella le devolvió el gesto.

Con actitud vacilante, Akbar le indicó por señas:

—Mi hija. No ha venido.

La mujer volvió la cabeza y fijó la mirada en el muro de la prisión. Akbar prosiguió:

—Mi esposa se ha desplomado. Le he preguntado a un guardia dónde estaba Cascabelito, pero...

Incómoda, la mujer continuó mirando la penitenciaría, y luego el salón de té.

—Tu hija ya no está —gesticuló debajo del velo.

—¿Cómo que no está? —gesticuló Akbar con expresión de sorpresa.

—Se ha ido a la montaña —respondió, antes de salir disparada a coger el autobús, que entraba en la plaza.

Huellas

*Es difícil establecer a ciencia cierta
si se trata de huellas humanas o de animales.*

Ya era de noche y en casa de Akbar había mucha gente. Los vecinos iban entrando. Todos estaban convencidos de que Cascabelito formaba parte del grupo de reclusos huidos, sólo que no había confirmación.

Se rumoreaba que llevaba meses preparando la fuga. Con la lana que le proporcionaba su padre se había confeccionado ropa de abrigo, y había guardado las nueces. No obstante, resultaba difícil creerlo.

Tine estaba inquieta. Los vecinos y los hombres de la familia la rodeaban, y sus hijas Ensi y Marzi trataban de calmarla.

—Tine, no actúes como si Cascabelito estuviese muerta —le dijo Ensi. —Algo me dice que está viva. En este momento quizá haya llegado a la cumbre del monte del Azafrán.

—¿Fugada? ¿En la cumbre del monte del Azafrán? —se preguntaba Tine, llorando desconsoladamente. —Es imposible. Conozco a mi hija. ¿Podría ir alguien a averiguar qué ha sido de ella?

—Eso es imposible —replicó Marzi. —Los guardias han estado todo el día rastreando las montañas. Nadie la ha visto. Deja de lamentarte. Además, aunque la hubiesen...

—¡Cállate! —chilló Tine, llevándose las manos a los oídos.

Hubo un silencio. Tine cayó entonces en la cuenta de que Akbar todavía no había regresado a casa.

—¿Aún no ha vuelto Akbar de la cárcel?

—Ya vendrá. Tal vez haya ido a la tienda.

Los vecinos conversaban entre sí.

—Si es cierto que se han escapado, ¿te imaginas lo que les espera?

—Confío en que los guardias no consigan pillarlos.

—Y si no lo hacen, me pregunto si lograrán aguantar el frío allí arriba. Cascabelito no tiene experiencia como escaladora.

—¿Quién te ha dicho eso? Se defiende muy bien. Estoy convencido de que han recibido ayuda. Nadie en sus cabales se internaría en las montañas así como así. Tal vez hubiera un coche esperándolos fuera de la prisión.

—Dicen que Cascabelito se puso un velo negro, salió por la puerta principal como si tal cosa y se esfumó.

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué? ¿Te acuerdas que dijo que estaba tejiendo una alfombra para salir de allí volando?

—El corazón me da un vuelco sólo de pensarlo.

—¡Marzi, Ensi...! ¿Dónde están Bolfazl y Atri? —inquirió Tine. —¿Podéis acercaros alguna a la tienda a ver si vuestro padre ha regresado?

El té ya estaba listo. Mientras una vecina preparaba sopa en una cacerola, otra lo sirvió y lo ofreció a los presentes en una bandeja. Marzi se puso el velo y fue a ver si su padre estaba en el taller.

Poco después llegaron Bolfazl y Atri, los maridos de Marzi y Ensi. Habían ido a ver al imán de la ciudad para pedirle explicaciones.

—¿Y? —preguntó Tine, incorporándose.

—Nada —contestó Bolfazl. —Es como si se hubiesen cerrado todas las puertas del mundo. No se puede hablar con nadie.

—Tómame un té —le dijo Ensi. —Hay que esperar. No tenemos alternativa.

Se abrió la puerta y entró Marzi anunciando que Akbar no había vuelto aún.

—¿Que aún no ha vuelto? ¡Santo Dios! —exclamó Tine—: Iré a buscarlo —dijo cogiendo el velo. —Temo que se haya caído de nuevo. Bolfazl, Atri, ¿venís conmigo?

—¡Siéntate, Tine, y tranquilízate! —le ordenó Ensi. —Deja que se encarguen los hombres de eso.

—¿Lo veis? —chilló Tine. —Le he dicho cientos de veces que tome el autobús, pero no me hace caso.

—Tal vez haya ido a casa de alguien para desahogarse —sugirió Ensi. —Llamaremos a todos nuestros conocidos. Si no está con nadie, los hombres saldrán en su busca. Siéntate, todo se arreglará.

Tres hombres —los yernos de Tine y un vecino— se pusieron sus gruesos abrigos, cogieron linternas y se lanzaron en plena oscuridad en busca de Akbar.

Decidieron recorrer a pie el camino hasta la prisión, por si el anciano se había caído sobre la nieve congelada. A todo el que encontraban, le preguntaban por él.

—¿No habrá visto por casualidad a Aga Akbar?

—¿Aga Akbar?

—Sí, el tejedor de alfombras mudo.

—¿El que siempre va caminando a la prisión?

—Exactamente.

—Lo veo a menudo pasar por aquí, pero hoy no lo he visto.

Continuaron, y tropezaron con un viejo campesino que empujaba por la nieve una carretilla cargada de leña.

—¡*Salam aleikum!*

—¡Buenas noches! ¿Qué hacen por aquí con este frío?

—Buscamos a Akbar, el tejedor de alfombras.

—Ah, sí, ese que va con un bastón...

—El mismo. ¿No lo habrá visto hoy por casualidad?

—Pues no. Hoy he estado todo el día encerrado en casa.

A los pocos minutos vieron llegar el autobús, procedente de las montañas. Alzaron las linternas y el vehículo se detuvo lentamente junto a la cuneta.

—¿Suben? —les preguntó el conductor desde la ventanilla.

—No, buscamos a Aga Akbar.

—¿Aga Akbar?

—El tejedor de alfombras, seguro que lo conoce.

—¿Se refiere al mudo? ¿El que tiene la hija en la cárcel?

—Sí. ¿Lo ha visto?

—Creo que sí.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—No recuerdo. Esta tarde... ¿O ha sido esta mañana? Hacia las once... ¿O eran las doce? No me atrevo a decirlo con certeza. Creo que iba hacia arriba, hacia el pueblo... —Se volvió hacia los pasajeros—: ¿Alguien ha visto hoy al tejedor de alfombras sordomudo? ¿No? ¿Nadie?

El autobús continuó la marcha, y ellos siguieron su camino.

—Ha debido de ocurrirle algo grave —dijo el vecino. —Quizá deberíamos avisar a la policía.

—¿A la policía? ¿Tú crees que va a ayudarnos?

—Sigamos unos kilómetros más —propuso Atri. —Cerca del pueblo hay un taller mecánico que tiene un surtidor de gasolina. Podríamos preguntar allí. Alguien lo habrá visto.

De la montaña soplaba un viento frío que arrastraba nieve.

—No entiendo cómo una persona enferma como Akbar puede hacer todo este camino a pie —se preguntó el vecino.

—Akbar es fuerte.

—Pero está enfermo.

—Él sabe lo que hace. Se toma su tiempo para llegar a los sitios. Camina despacito —respondió Bolfazl. —Además, casi nunca ha cogido un autobús ni un taxi... Sí, puede que esté enfermo, pero es más fuerte que yo.

—Me parece que la gasolinera está cerrada —dijo Atri. —Con tanto hielo en las calles, la gente no se atreve a coger el coche.

No obstante, siguieron andando. En efecto, allí no había ni un alma.

—Mira, ahí hay una cabina —dijo Bolfazl. —Llamaré a casa; a lo mejor ha vuelto.

Respondió Marzi al teléfono.

—Soy Bolfazl. ¿Todavía no ha regresado? Nosotros hemos preguntado a todo el mundo, y nada, pero seguiremos buscando. Te llamaré en cuanto sepamos algo.

—El dueño de la gasolinera vive en el pueblo —dijo Atri. —Seguro que él lo ha visto. Vayamos allá.

En la tienda de comestibles preguntaron por la dirección del dueño de la gasolinera. Les dijeron que vivía unas calles más allá, en una casa con una gran puerta de hierro. El timbre no funcionaba. Atri dio unos golpecitos en la puerta con una piedra, y un perro empezó a ladrar.

—¿Quién es? —preguntó una mujer.

—Ya sé que es un poco tarde para...

Se abrió la puerta y apareció el dueño de la gasolinera en persona.

—Perdone que lo molestemos a estas horas de la noche —se disculpó Atri—, pero estamos buscando al tejedor de alfombras que suele ir andando a la prisión. ¿Lo conoce usted?

—Sí, cómo no, Aga Akbar. Lo conozco muy bien. Una vez nos reparó una alfombra. Siempre que pasa por delante del taller camino de la cárcel, me saluda. ¿Qué le ha ocurrido?

—Hoy ha ido a visitar a su hija a la cárcel, pero aún no ha regresado a casa. Padece del corazón..., y estamos muy preocupados. ¿Lo ha visto usted, por casualidad?

—Sí, esta mañana ha pasado por delante del taller, pero no sabría decirnos si ha vuelto. ¿Por qué no vais a la plaza de la penitenciaría y preguntáis en el salón de té? ¿Habéis venido en coche? ¿No? Pues os queda un buen trecho. Esperadme, voy a buscar el abrigo.

El hombre sacó su *jeep* y subieron todos a él.

—Akbar es un buen tipo —dijo mientras conducía. —Todo el mundo dice que da suerte. En una ocasión me arregló una alfombra, y me la dejó como nueva. Está atravesando momentos difíciles. Esto es el mundo al revés. ¿A quién se le ocurre encarcelar a muchachas y mujeres? Alá nos va a castigar de verdad. ¡Ni el sha se atrevía a hacer esas cosas! Sin embargo, los imanes hacen lo que les da la gana.

En el salón de té ya no había luz, pero el dueño de la gasolinera sabía dónde vivía el propietario. Siguieron en dirección a las montañas, y al cabo de unos kilómetros divisaron las luces de un pueblo. Cuando llegaron a la plaza, el hombre detuvo el vehículo delante de una casa.

—Mashadi... ¡Eh, Mashadi! ¿Estás ahí? —gritó hacia una ventana iluminada en la primera planta.

El aludido se asomó y, al reconocer el *jeep*, bajó enseguida.

—Bienvenidos, adelante. ¿Qué se os ofrece?

—¿Podrías ayudar a esta gente? —le pidió el dueño de la gasolinera. —Están buscando a Aga Akbar, el tejedor de alfombras, ya sabes, el mudo que anda con bastón, el que tiene a la hija presa.

—Sí, ya sé a quién te refieres.

—Aún no ha vuelto a casa. Sufre del corazón, y temen que le haya ocurrido algo. Lo han buscado por todas partes. He pensado que a lo mejor tú lo habías visto.

—Efectivamente. Suele esperar a su mujer en el salón de té. Esta mañana ha desayunado allí, y luego han entrado los dos en la prisión, pero no sé dónde han ido después. Un momento, déjame pensar... Ah, sí, he vuelto a verlo más tarde hablando con una mujer en la parada del autobús.

—¿Y luego? —inquirió Bolfazl.

—El autobús se ha ido, pero él se ha quedado allí, contemplando las montañas. No sé más.

—¿Dónde puede haberse metido? —dijo Bolfazl.

—¿Habrá ido a visitar a alguien? —se preguntó Atri.

—No lo creo, sabiendo el estado en que se encontraba Tine.

—Tal vez haya vuelto ya a casa —sugirió Atri.

—Lo dudo mucho.

—Entonces ¿qué? —preguntó el vecino.

—Pienso que no ha ido hacia abajo, sino hacia arriba.

—¿Hacia arriba?

—Sí, a las montañas —recalcó Bolfazl.

—¿A las montañas?

—Quién sabe... Es posible —dijo Atri.

—¿Puedo preguntarle una cosa? —dijo Bolfazl, dirigiéndose al propietario del salón de té. —Se rumorea que se han escapado unos presos. ¿Sabe usted algo de eso, por casualidad?

El hombre miró primero al dueño de la gasolinera y luego a Bolfazl.

—Discúlpenme, pero yo no quiero saber nada de esos asuntos. Tengo cinco hijos y... No, no sé nada de eso. Al tejedor de alfombras lo he visto en la parada del autobús, pero no sé nada más, de verdad. Discúlpenme.

—Está bien —dijo el dueño de la gasolinera. —Ya les has dicho lo que sabías. Yo tampoco quiero meterme en líos. Pero el tejedor de alfombras es un tipo de buen corazón... Por eso he traído aquí a esta gente. Ya nos vamos.

El hombre entró en la casa y echó el cerrojo.

El dueño de la gasolinera arrancó el motor del *jeep* y dijo:

—No sé qué pensáis hacer ahora, pero yo me vuelvo a casa. Espero que no os lo toméis a mal.

—Usted ha hecho lo que ha podido, muchas gracias —le respondió Bolfazl. —Si fuera tan amable de dejarnos otra vez en la plaza...

Los llevó hasta allí y se apearon del vehículo.

Allí estaban los tres, en la parada del autobús, deliberando sobre cómo proceder.

—Podríamos coger el camino de la montaña y buscar un poco más —sugirió Bolfazl.

—Eso es de locos —replicó el vecino.

—Conozco a Akbar —dijo Bolfazl. —Si sospecha que Cascabelito se ha escondido en el monte, habrá ido tras ella.

—No lo creo, con la nieve que ha caído.

—Yo, en su lugar, lo haría.

—No discutáis —terció Atri. —Podemos subir un trecho. Akbar no puede haber llegado muy lejos con el bastón.

Tomaron el sendero del monte, examinando a la luz de las linternas las pisadas en la nieve congelada.

—Éstas, ésas y aquéllas son de botas militares —dijo Bolfazl.

—¿Y éstas? —preguntó Atri.

—Ésas son de zapatos normales. Podríamos seguir las.

—Los guardias deben de haberlas rastreado también.

—Lo dudo —replicó el vecino. —Ningún fugado escogería este camino.

—¿Por qué? —inquirió Bolfazl.

—Pues porque dejaría marcadas sus huellas en la nieve.

—Cuando uno corre peligro y no tiene opción, coge el camino que sea.

—No estoy de acuerdo. Yo creo que habrán ido por la carretera hasta llegar al primer pueblo, y de allí al siguiente, y luego habrán cambiado de ruta. Si son inteligentes, permanecerán escondidos unos días antes de subir a la montaña.

En un punto del camino, las huellas de las botas militares se interrumpían y sólo se veían las de una persona, entremezcladas con las de las cabras monteses.

Los tres hombres ascendieron un poco más, hasta llegar a una bifurcación de la que salía una senda transitada sólo por las cabras. Era la que tomaban los escaladores, pertrechados de cuerdas y garfios, para llegar a la cueva de la inscripción en caracteres cuneiformes.

—Akbar ha pasado por aquí —afirmó Bolfazl.

—¿Con el bastón? —repuso Atri.

Bolfazl se hincó de rodillas en la nieve para examinar las huellas a la luz de la linterna.

—Las cabras bajan hasta aquí en busca de comida —dijo. —Es difícil distinguir pisadas humanas entre tantas de cabra. Creo que será mejor que volvamos.

Los tres hombres llegaron a casa de Tine a altas horas la noche con las linternas apagadas en las manos. Las mujeres los recibieron en silencio. Nadie se atrevía a llorar, nadie se atrevía a decir nada. La noche se había tragado a Akbar y a Cascabelito.

Los primeros rayos del sol se abrieron paso lentamente por las ventanas. Sin embargo, el nuevo amanecer no llegaba con ninguna noticia. Los días fueron transcurriendo, al igual que las noches. No hubo novedades.

Una de las primeras mañanas de primavera, el perro de un pastor que conducía a su rebaño por el monte en busca de pasto tierno echó a correr hacia un peñasco y comenzó a ladrar. El hombre lo siguió. Junto a la roca yacía el cuerpo sin vida de un anciano.

Su cabellera canosa brillaba como la plata labrada en la nieve recién caída.

Escritura cuneiforme

Los apuntes de Aga Akbar.

Aquí culmina la historia de Aga Akbar. Su cuaderno de textos en escritura cuneiforme tiene más páginas, pero son ininteligibles.

No queda claro dónde las escribió.

¿En su casa?

No, es poco probable.

Son absolutamente incomprensibles. Quizá las escribiese en la montaña. Junto a aquella escarpada pared de roca, hasta donde habría llegado con la intención de ayudar a Cascabelito a escalarla.

¿Ayudar a Cascabelito?

Imposible.

Se nota que le costó redactarlas.

Las escribió en el frío. En la nieve.

De los presos fugados nunca más se supo. La suerte que corrieron sigue siendo un misterio. Es posible que Akbar los encontrase en las montañas. Tal vez les dijese que debían eludir las vías del ferrocarril y les indicase qué camino tomar para llegar al monte del Azafrán.

Quizá le aconsejase a Cascabelito:

—Intérnate en la cueva hasta el fondo, hasta que ya no puedas caminar de pie. A la derecha, sobre un saliente, encontrarás frutos secos, uvas pasas y bolsitas con dátiles. También ropa abrigada y una linterna para los escaladores que no conocen el terreno. Coge las bolsitas. Luego adentraos aún más en la cueva, hasta que ya no podáis seguir ni siquiera agachados. Allí estaréis a salvo. Podéis quedaros a dormir unas noches hasta que se hayan marchado los guardias.

Ésas fueron, probablemente, las últimas frases de los apuntes de Akbar.

Luego debió de besar a Cascabelito:

—Y ahora, corred. No os preocupéis por mí. Cavaré un hoyo en la nieve y me quedaré allí sentado, vigilando; y si vienen los guardias, gritaré bien alto para preveniros. Mañana regresaré a casa. ¡Buen viaje, hija mía!

¿Llegarían Cascabelito y los otros presos fugados a la cueva?

Es posible. Y quizá durmieran allí, en lo más profundo de la gruta. Y quizá aún no hayan despertado.

Dentro de cien años despertarán. O tal vez dentro de trescientos. Como los hombres de Kahaf, cuya historia figura en el libro sagrado:

Y así continuaron su marcha los hombres de Kahaf, hasta que por fin buscaron refugio en la cueva, diciendo: «Tened misericordia de nosotros».

En esa cueva, Nosotros les tapamos los oídos y los ojos durante muchos años.

*Y cuando saliera el sol, lo verían levantarse a la derecha de la cueva.
Y cuando se pusiera, lo verían retirarse hacia la izquierda.
En el medio, en la cueva, se encontraban ellos.
Pensaban que estaban despiertos; sin embargo, dormían.
Y Nosotros los hacíamos volverse hacia la izquierda y hacia la derecha (...).
Unos decían: «Eran tres, y el cuarto era quien velaba por ellos».
Otros afirmaban: «Eran cinco, y el sexto era quien velaba por ellos», aventurando una posibilidad.
Y había quienes aseguraban: «Eran siete». Nadie sabía nada.
Nosotros los despertamos, para que pudiesen interrogarse mutuamente.
Uno de ellos dijo: «Hemos permanecido aquí un día o menos de un día».
Otros replicaron: «Vuestro Dios es quien sabe mejor cuánto tiempo ha pasado. [Conviene] que enviemos a uno de nosotros a la ciudad con esta moneda de plata».
Nosotros tenemos que obrar con cautela. Si descubren quiénes somos, nos lapidarán.
Al cabo de la conversación, Yemilija abandonó la cueva con la moneda de plata en la palma de la mano.
Cuando llegó a la ciudad, notó que todo había cambiado y que no entendía la lengua.
Habían dormido trescientos años en aquella cueva y no lo sabían. Después añadieron otros nueve años a los anteriores.*

Un día, Cascabelito despertará.

Con una moneda de plata en la palma de la mano, abandonará la cueva.

Y cuando llegue a la ciudad, verá que todo ha cambiado.

Procedencia de los textos citados

La traducción al castellano del poema «El jardinero y la muerte», de Pieter Nicolaas van Eyck, procede de la *Antología de la poesía neerlandesa moderna*; selección, traducción, introducción y notas de Francisco Carrasquer; «El Bardo», Ediciones Saturno, Barcelona, 1971, pág. 66.

La traducción del pasaje de *Max Havelaar*, de Multatuli, ha sido tomada de la versión española del libro homónimo (*Max Havelaar o las subastas de café de la Compañía Comercial Holandesa*; introducción, traducción y notas de Francisco Carrasquer; Los Libros De La Frontera, Barcelona, 1975), pág. 11 y ss.



KADER ABDOLAH, (Arak, 12 de noviembre de 1954). Kader Abdolah es un escritor holandés de origen iraní. Su obra, escrita en neerlandés, se caracteriza por el uso de elementos procedentes de la literatura persa. Además, es colaborador habitual de uno de los diarios más importantes de Holanda, *De Volkskrant*, y ha obtenido el Dutch Media Prize por sus columnas. Kader Abdolah es el pseudónimo literario de Hossein Sadjadi Ghaemmaghami Farahani. Este seudónimo fue creado a partir de los nombres de dos de sus amigos de la resistencia que murieron asesinados.

Kader Abdolah estudió física en Teherán graduándose en 1977. En ese mismo año se unió a un grupo de izquierdas que se oponía en primer lugar al régimen de Sah y después al del ayatolá Jomeini. Fue redactor de un diario clandestino hasta que en 1988 tuvo que huir de Irán. Obtuvo asilo político en Holanda donde ha residido hasta nuestros días.

Actualmente es uno de los escritores holandeses más conocidos y traducido a otros idiomas siendo su quinta obra, *La casa de la mezquita* (*Het huis van de moskee*) una de las novelas más vendidas de la historia en Holanda. Una novela que llega a vender más de 300 000 ejemplares, además de la aclamación del público en 2007 como una de las mejores novelas de la literatura holandesa de todos los tiempos.

Como Nabokov y Conrad, Abdolah posee el talento de escribir en un idioma extraño como si fuera propio.

Notas

[1] Kahaf: Historia muy conocida del Corán. Unos hombres perseguidos a causa de su religión buscan refugio en la cueva de Kahaf. Exhaustos, se quedan dormidos. Cuando despiertan, comprueban que han envejecido y que tienen barbas largas y canosas. Uno de ellos coge una moneda y se escabulle a la ciudad, donde ve que todo ha cambiado: han dormido trescientos años. <<

[2] Hotan: Ciudad al norte de China, conocida en el mundo entero por la belleza de sus mujeres. <<

[3] **Sige:** Segunda esposa. Además de la legítima, a los musulmanes les está permitido tener una segunda mujer, a la que, sin embargo, no se le reconocen derechos de herencia. <<

[4] Aan kahto wa zawagto (...): Sura del Corán, declamado por el imán durante la ceremonia nupcial para celebrar el matrimonio entre el hombre y la mujer. <<

[5] Azafrán, monte del: Debe su nombre al hecho de que en otoño está cubierto de flores rojas y amarillas. <<

[6] Salam: Saludo que significa «paz». <<

[7] Seyed: Señor, don. Tratamiento que reciben todos los descendientes de Mahoma.

<<

[8] Salam aleikum: «Te deseo salud» o «Te saludo». <<

[9] Jatun: Señora, doña. <<

[10] Nagshe Yahan: Plaza más antigua de Ispahán y de todo Irán. <<

[11] Hafiz: Poeta medieval persa, cuyos poemas son utilizados a modo de textos sagrados y aprendidos de memoria. Todo persa posee en su casa un ejemplar de la antología que lleva su nombre. <<

[12] Ejra besma raboka lazi jalaj: «Recita en el nombre de tu Señor, que ha creado al hombre a partir de sangre coagulada». Así comienza el sura del Corán en que el arcángel Gabriel se presenta ante Mahoma. Aunque éste es analfabeto, cuando Gabriel le pide que recite el sura, consigue hacerlo, lo que da comienzo oficialmente a su misión. <<

[13] Saadi de Shiraz: Poeta y escritor medieval, cuyas hecayadas constituyen un hito en la lengua y literatura persas. En todo hogar persa se conserva un ejemplar de su obra *Gulistan (La rosaleda)*, junto a la antología de Hafiz. <<

[14] Jayyam, Omar: Célebre poeta persa (c. 1050—1122), conocido en Occidente sobre todo por sus cuartetas (Rubaiyyat). <<